

RADIOGRAFÍA DE LAS JUVENTUDES EN MÉXICO Y AMÉRICA LATINA

PRESENTACIÓN

- 3 Radiografía de las juventudes en México y América Latina
Samuel Abraham Torres Méndez

DOSSIER

- 15 Liminalidades juveniles: diferencias y desigualdades
Raúl Nieto Calleja
- 43 Estados de ánimos colectivos en las juventudes *situadas*
y *sitiadas* en México y América Latina
Alfredo Nateras Domínguez
- 73 Políticas de Juventudes: tensiones entre la desigualdad,
lo individual y lo comunitario
Ana Miranda y Fabiola Carcar
- 105 El trabajo de la juventud NiNi en los hogares mexicanos
Juan Manuel Hernández Vázquez
- 137 Revitalización cultural y reivindicaciones juveniles
en el Movimiento Jaranero: Hacia una escena xalapeña
Homero Ávila Landa
- 169 Juventudes y trabajo de servicios: algunas consideraciones
para la investigación
Julio César Becerra Pozos y Diana María Chen Rodríguez
- 199 Jóvenes en la historia latinoamericana: una aproximación
a la historiografía de la región
Ivonne Meza Huacuja
- 227 Implicaciones de la migración internacional sobre la
educación en una comunidad del Occidente de México
Enrique Martínez Curiel y Andrea Bautista León

ENSAYO CRÍTICO

- 253 La importancia social de la práctica deportiva
para las juventudes
Claudia Romero Molina

RESEÑA

- 269 Rethinking Young People´s Marginalisation: Beyond Neo-
Liberal Futures?
Guillermo Leal Muñoz

Radiografía de las Juventudes en México y América Latina

Samuel Abraham Torres Méndez

Desde el 1 de diciembre de 2018 México atraviesa una etapa de profundos cambios económicos, políticos y sociales que desafían las inercias hegemónicas del poder y avanzan hacia una nueva configuración de la relación entre sociedad y Estado. La ruptura con el carácter expoliador y la erosión institucional de los gobiernos neoliberales para, en su lugar, consolidar un modelo de desarrollo basado en el bienestar colectivo y la reducción de las brechas de desigualdad que históricamente han pesado sobre las poblaciones y regiones más desposeídas, está implicando una regeneración de la vida pública de gran calado que ha sido descrita como la Cuarta Transformación.

Estas transformaciones están siendo acompañadas por una multitudinaria generación de jóvenes que han asumido con valor, creatividad y responsabilidad un rol estelar como protagonistas del desarrollo del proyecto nacional. En México, las y los jóvenes no sólo constituyen el grupo etario más numeroso, con proyecciones que alcanzan los 39 millones de personas, sino que, además, son uno de los más diversos, identificados a lo largo de un mosaico variopinto de identidades y condiciones económicas, políticas, lingüísticas, laborales, sociales y culturales que orientan y dotan de sentido individual y colectivo a este extenso grupo de población.

Estos hechos representan la coyuntura idónea para reconocer la contribución estratégica de las personas jóvenes al desarrollo nacional, no sólo desde la óptica del llamado bono demográfico, sino también de la conciencia de sus múltiples aportaciones en la definición, gestación y difusión de algunas

de las más importantes reivindicaciones de las transformaciones en curso. Así pues, su inédito peso demográfico y notable pluralidad son elementos suficientes para reconocer que las y los jóvenes son parte sustantiva e inseparable de la transformación del país.

No obstante, tampoco debe perderse de vista que en este país las personas jóvenes enfrentan severas carencias y rezagos en aspectos tan diversos como el trabajo y la vivienda digna, el acceso a servicios de salud y educación de calidad, la alimentación saludable, la disponibilidad de espacios reales de participación o de ejercicio de sus derechos culturales y ambientales, entre muchos otros elementos indispensables para un desarrollo digno y autónomo. Las cifras, además, advierten el arranque de un proceso gradual de envejecimiento poblacional que implicará en corto tiempo cargas significativas al Estado, resultantes de la responsabilidad política de proveer protección social a poblaciones de personas adultas mayores cada vez más numerosas.

En este contexto, el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE) ha decidido impulsar una reflexión amplia sobre los retos, desafíos y oportunidades que entraña la condición joven en el México actual, capaz de apoyar la generación de programas, políticas y acciones que sirvan para hacer frente a este cambiante panorama demográfico y garanticen la mejor calidad de vida para todos los mexicanos y mexicanas a lo largo de su curso de vida. Un cambio de paradigma que refleje un nuevo compromiso institucional para hacer de México un país más igualitario, en donde todas las personas jóvenes sean capaces de ejercer plenamente sus derechos y sean reconocidas como protagonistas no sólo de sus trayectos biográficos sino del devenir nacional, sin distinción de condición social o económica, origen étnico, lugar de residencia, adscripción de género, orientación sexual, etcétera.

En el marco de esta reflexión, el IMJUVE, en su calidad de autoridad rectora y principal referente institucional en materia de juventud, se ha propuesto editar y publicar una vez más la revista *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud (JOVENes)*, originalmente concebida en 1996 como un producto editorial

para la difusión y discusión de los avances del conocimiento generado en el ámbito académico sobre las y los jóvenes. Ello ante la necesidad de promover el desarrollo de nuevas líneas y procesos de investigación sobre el tema, que profundicen y desentrañen la naturaleza de los nuevos intereses, cambios y problemáticas que atraviesan actualmente las juventudes en México y el resto del continente.

La formación y consolidación de espacios para el diálogo del conocimiento especializado en materia de juventud a nivel continental, será crucial para conformar una estrategia integral de fortalecimiento de las políticas para y con las juventudes, basada en un enfoque transversal. Ello coincide con el objetivo de *JOVENes* de difundir investigaciones y estudios sobre juventudes desde una perspectiva transdisciplinaria, con la intención de generar nuevas propuestas de acción en favor del bienestar de las mismas.

Entre los cambios más importantes que caracterizan esta nueva etapa de *JOVENes*, destaca la conformación de un Comité Editorial y un Consejo Asesor Internacional integrado por académicos y académicas expertas en diversas temáticas vinculadas a la juventud, órganos encargados de conducir procesos de dictaminación para la publicación de artículos. Entre otras innovaciones, este proceso incorpora evaluaciones a pares ciegos, con lo cual se pretende erradicar arbitrajes parciales, asegurando la máxima calidad del contenido. Estas previsiones abrirán las puertas a personas jóvenes interesadas en la publicación de estudios e investigaciones, previa aplicación de la convocatoria correspondiente. Con ello, se brindarán herramientas para el desarrollo profesional e incorporación al mercado laboral y académico de talentos emergentes.

Cabe señalar que este modelo de difusión, coordinación y promoción de investigaciones es una estrategia desarrollada también por otros organismos institucionales e instancias gubernamentales, entre los que destacan la *Revista Acta Pediátrica de México* del Instituto Nacional de Pediatría, la *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas* del Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias, o la *Revista de Ciencia Forense* del Instituto Nacional de Ciencias Penales,

entre muchas otras. Estas revistas se han abocado por años a realizar, promover y difundir investigaciones de acuerdo con su área de interés. Estos esfuerzos hacen evidente que la investigación científica es fundamental en la generación y mejoramiento de políticas públicas, así como para la promoción del bienestar social de la nación.

Siguiendo los ejemplos anteriores, el presente número de *JOVENes* -coordinado por el Dr. Julio César Becerra Pozos- articula un conjunto de indagaciones de diversa episteme disciplinaria, que comparten una misma determinación por refrescar la importante tradición investigativa sobre juventudes desarrollada en México durante las últimas décadas. De ahí surge la metáfora que da nombre a este número, *Radiografía de las Juventudes en México y América Latina*.

Fue en 1896, cuando se realizó la primera radiografía en el país, la cual -aunque no con la calidad que estamos acostumbrados hoy día- permitió examinar el interior del cuerpo humano, auxiliando en la identificación y tratamiento de padecimientos. Esta tecnología, con el paso del tiempo y las innovaciones biomédicas, fue refinándose y reinventándose, al punto de permitir generar imágenes con una mayor resolución e incluso superando la bidimensionalidad. Siguiendo esta tónica, los estudios sobre juventudes se han transformado, permitiendo analizar con mayor detalle y precisión a las y los jóvenes. Justamente esta nueva época pretende proporcionar una imagen tridimensional de los mismos, impulsando nuevas perspectivas transdisciplinarias y encuadres conceptuales que coadyuven en la labor de mapear los fenómenos y las problemáticas que configuran la condición juvenil; migración, trabajo, educación y violencia, por mencionar algunas de ellas.

Asimismo, los contenidos que conforman este número dan cuenta de un rico diálogo intergeneracional entre investigadoras e investigadores procedentes de distintos puntos del continente que permite demostrar, no sólo la multiplicidad de miradas que hoy caracteriza a los estudios sobre juventudes, sino la importancia de su interrelación hacia la conformación de diagnósticos integrales que permitan una mejor comprensión de la población.

Para comenzar, en su artículo, la Dra. Ana Miranda invita al lector a un recorrido histórico sobre los paradigmas, tensiones y problemáticas que han orientado la investigación juvenológica en el continente a lo largo de los últimos treinta años. Desde la irrupción de las culturas juveniles como efecto de las transiciones democráticas ocurridas en la década de los ochenta, hasta la expansión de procesos de precarización que marcan la condición juvenil en el nuevo milenio, la autora identifica las tendencias que han dominado este campo del conocimiento y la forma en que han inspirado la evolución de las políticas públicas en materia de juventud. Pone especial atención en aquellas enfocadas en el área de apoyo al empleo, la inserción laboral y los ingresos de las personas en situación de vulnerabilidad, como ámbito de reflexión estratégica para el mejoramiento de las políticas públicas y la progresión de los estudios sobre juventudes.

Por su parte, el Dr. Homero Ávila Landa aprovecha la emergencia del Movimiento Jaranero en la capital del estado de Veracruz para explicar la naturaleza de las pulsiones culturales que significan y enriquecen las formas de identidad y participación juvenil en la ciudad. La expansión *glocal* de la cultura musical de la región del Sotavento, las ramificaciones de las migraciones juveniles hacia nodos urbanos y la configuración de redes de retroalimentación son elementos que permiten al autor articular una postura respecto a la renovación de las prácticas culturales más allá de su territorio, como un proceso acompañado de ejercicios deliberativos, negociaciones y consensos, que ha dado pie a nuevas formas de democratización de la escena cultural xalapeña y de reivindicación de derechos políticos y culturales entre las y los jóvenes veracruzanos.

En su artículo, la Dra. Ivonne Meza-Huacuja discute los motivos de la carencia de investigaciones históricas sobre el devenir de las juventudes en Latinoamérica. La autora explica cómo el énfasis en el análisis sobre el significado de ser joven desde la óptica de la participación del pequeño sector estudiantil en los movimientos de protesta contra regímenes dictatoriales y la desarticulación entre producciones nacionales, regionales e internacionales -que han buscado explicar desde

sus contextos el papel de las personas jóvenes en la configuración de las tramas históricas nacionales-, son desafíos que paulatinamente han sido sorteados para fortalecer la naciente historia de las juventudes en Latinoamérica.

A su vez, el Dr. Juan Manuel Hernández Vázquez aprovecha su artículo para desmontar prejuicios y convenciones predominantes contra las personas jóvenes, particularmente a quienes -habiéndoseles vedado el ejercicio pleno de su derecho a la educación y el empleo- han sido clasificadas como “NiNis”. Sobre la base de los resultados de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo de 2019, el autor demuestra que, lejos de estereotipos sobre una supuesta inacción generacional, buena parte de las y los jóvenes identificados como parte de este grupo económico dedican un tiempo importante al desarrollo de actividades indispensables para la reproducción social, como el cuidado de las personas adultas mayores y los quehaceres domésticos. A la luz de estos hechos, se reconoce la importancia de cuestionar la validez de estos conceptos bajo la óptica de un concepto ampliado de trabajo.

En su artículo, el Dr. Raúl Nieto Calleja invita a explorar nuevas categorías para analizar el tránsito de las y los jóvenes hacia la condición adulta. Recuperando las contribuciones de Víctor Turner sobre el significado de lo *liminal*, el autor da cuenta de algunas de las situaciones límite que enfrentan actualmente las personas jóvenes en su curso de vida y de cómo éstas, luego de la crisis que atraviesan las trayectorias biográficas clásicas, configuran entre algunos sectores sociales el retraso en su entrada a la condición adulta, o bien propician en otros su incorporación temprana al mundo laboral y, con ello, la pérdida prematura de su identidad juvenil.

Consciente de las problemáticas emergentes, desventajas sociales y riesgos múltiples que determinan las vivencias cotidianas de gran parte de las juventudes en México y América Latina, el Dr. Alfredo Nateras Domínguez propone en su artículo una matriz de análisis socio-histórica que emplaza al lector a referirse a las juventudes con respecto a sus contextos como *juventudes situadas*. Estos contextos dan cuenta de la creciente precariedad e incertidumbre que presiona a la con-

dición juvenil a lo largo del continente, al mismo tiempo que explican el desencanto que grandes colectivos juveniles sienten hacia sus realidades sociales y cómo éste activa distintas estrategias de afrontamiento y mecanismos de resistencias.

En su artículo, la Dra. Andrea Bautista León y el Dr. Enrique Martínez Curiel invitan al lector a reflexionar, sobre la base del estudio de una comunidad en el Occidente de México, cómo las distintas modificaciones que han sufrido a nivel familiar los patrones de tránsito migratorio entre México y Estados Unidos, contribuyen a explicar los resultados de las políticas educativas y sociales implementadas en el país. En el texto, se describe cómo en sólo unas décadas, los perfiles sociodemográficos de las y los migrantes se han transformado, evidenciando nuevas carencias y demandas sociales en términos de escolaridad y empleo que afectan particularmente a las personas jóvenes, desafiando sus posibilidades para encontrar un lugar en las comunidades que forman parte.

Por su parte el Dr. Julio César Becerra Pozos y Diana María Chen Rodríguez -joven egresada de la licenciatura de psicología- comienzan su artículo resaltando la importancia de hablar de *juventudes* y no sólo de *juventud* en la actualidad, manifestando particularidades conceptuales para el mejor entendimiento de ello, aunado a un recorrido histórico del ser joven, así como de una exposición de regionalismos y coloquialismos que reflejan la asimetría de la condición. Preámbulo que permite entrar de lleno a la propuesta de la tríada transición-género-clase como posibles variables para realizar investigaciones desde y con las juventudes, en este caso, los autores se enfocaron en reflexionar su pertinencia en el mundo laboral de los servicios, exponiendo consideraciones para hacer visibles las asimetrías en cuanto a la inclusión, condiciones y permanencia en el empalme de juventudes y trabajo.

El ensayo de Claudia Romero Molina -joven egresada de la carrera de sociología- ayuda a hacer visible la importancia del derecho a la cultura física y la práctica deportiva como parte integral del bienestar de la persona joven. Al fungir como un espacio de encuentro y articulación intra e intergeneracional, capaz de generar cohesión e identidad comunitaria, la autora

advierte cómo la práctica deportiva representa un canal inmejorable para fortalecer capacidades y dotar de herramientas estratégicas a las personas jóvenes para una mejor transición a la adultez. Así, el texto reconoce en estas prácticas un ámbito de acción gubernamental que no debe desestimarse, pues es capaz de internalizar ciertas pautas culturales que no pudieron obtenerse dentro del núcleo social primario.

Finalmente, Guillermo Leal Muñoz -joven egresado de la licenciatura de psicología- presenta una reseña del libro *Rethinking Young People's Marginalisation: Beyond Neo-Liberal Futures?*, escrito por Perri Campbell, Luke Howie y Peter Kelly, en ella se enfoca en las estructuras de marginación que atraviesan a las personas jóvenes, mencionando algunas particularidades que configuran procesos neoliberales a los que están atados. Asimismo, resalta la crítica de los autores hacia la cultura del emprendimiento y la resiliencia mediante historias de vida de jóvenes, resaltando la potencialidad de los estudios sobre juventud para repensar su marginación y concebir horizontes diferentes.

Como se observa, los estudios e investigaciones que integran el primer número de *JOVENes* ofrecen al lector un copioso abanico de preguntas, evidencias e hipótesis útiles para detonar reflexiones incisivas sobre la condición juvenil en el México contemporáneo, alimentando procesos de debate y sensibilización acerca de las temáticas y problemáticas que afectan a las y los jóvenes en la actualidad, así como la importancia de su atención integral. En su conjunto, estas aportaciones buscan hacer de la cuestión de las juventudes un punto nodal e irremplazable de las discusiones sobre el proyecto de nación al que aspiramos, así como impulsar una nueva perspectiva de las personas jóvenes capaz de reconocer su compleja diversidad, las brechas de desigualdad que históricamente han enfrentado y la importancia de la agencia como aspecto crucial de su bienestar a lo largo del curso de vida. Consideramos que lo anterior coadyuvará a la paulatina -pero decisiva- transformación de los espacios y los procesos de toma de decisiones, públicos y/o privados, que incumben

a las juventudes, campos donde se debate no siempre con su opinión o consentimiento, el devenir de su curso de vida.

El asunto no es menor en un país en donde tradicionalmente la atención a la juventud se ha fincado en una concepción tutelar y contenciosa, incapaz de reconocer su heterogeneidad, o las diversas expresiones, necesidades y aspiraciones que se expresan desde lo juvenil. Estos enfoques se han encargado de reproducir miradas generalizadoras y estigmatizantes de las juventudes, señalándolas como elementos marginales (e incluso amenazantes) de la estabilidad social o bien, entendiéndolas solamente como periodos de preparación hacia la vida adulta y plena ciudadanía, incapaces de observar la heterogeneidad cultural y la desigualdad estructural que delinean la condición juvenil en el México contemporáneo.

Frente a estas inercias adversas, es imprescindible comenzar a construir un cuadro más complejo y menos lineal que permita la comprensión integral de las realidades y vicisitudes juveniles, lo que implica trascender de la concepción tradicional de la juventud como grupo inmaduro y problemático para, en su lugar, aprender a reconocer a las personas jóvenes como sujetos de derecho con agencia y capacidad creativa no sólo de sus propias culturas juveniles, sino del devenir nacional. Esto conlleva también dejar de evaluar exclusivamente a las y los jóvenes a partir del ideal adulto para, en su lugar, concebir a la juventud como construcción sociocultural de una fase estratégica en el ciclo de vida que cambia de forma y de contenido a través del tiempo y el espacio, revalorando su papel participativo en la construcción y determinación de sus propias vidas.

Sea pues este nuevo número de *JOVENes* el primer aliento de una estrategia permanente, transversal e interdisciplinaria para la profundización del conocimiento de las personas jóvenes, así como una invitación al lector para explorar la copiosa diversidad de brechas, expectativas y modos de experimentación que delinean la condición juvenil, inyectando nuevos bríos a la investigación especializada en materia de juventud y su articulación con procesos institucionales de toma de decisiones, en favor del bienestar de las personas jóvenes.



DOSSIER

Liminalidades juveniles: diferencias y desigualdades

Juvenile Liminalities: Differences and Inequalities

Raúl Nieto Calleja¹

RESUMEN

En este ensayo exploraré diversas maneras con las que los jóvenes acceden a la condición adulta; propondré en su primera parte recuperar la aportación de Victor Turner, quien estableció las diferencias entre fenómenos *liminales* y fenómenos *liminoides*. En una segunda parte, propondré que ambos fenómenos se conjuntan en nuestra sociedad contemporánea en una dimensión más amplia que denominaré «*liminar*» en donde, además de los procesos liminales y liminoides, podemos ubicar otras situaciones límite (de crisis) a las que se debe enfrentar una persona joven en el transcurso de su vida y a las que llamaré «*liminaris*». Concluiré comentando cómo la escuela y las familias en nuestra sociedad retardan a algunas y algunos jóvenes mayores de 18 años su entrada a la condición adulta mientras que, en otro sector social, se convierten en adultos la mayoría de las y los adolescentes que se insertan y experimentan el trabajo “temprano”.

Palabras clave: liminal, liminoide, liminar, liminaris, límite.

ABSTRACT

In this essay, I will explore various ways in which young people enter the world of adulthood. I will propose in its first part to recover the theoretical contribution of Victor Turner who established the differences between the *liminal* and *liminoid* phenomena. In the second part, I will propose that both phenomena are joined in our contemporary society in a broader dimension which I will call «*liminar*», where, in addition to the liminal and liminoid processes, we can locate other limit (crisis) situations which the young people must face during the course of their lives and what I will call «*liminaris*». I will conclude by commenting on how the school and families in our society delay some young people over 18 years of age to enter adulthood, while, in another social sector, most of the adolescents are inserted and become adults when they experience the “early” work.

Key words: liminal, liminoid, liminar, liminaris, limit.

¹ Profesor Investigador de Tiempo Completo de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, CDMX, México Correo electrónico: rnc@xanum.uam.mx

Podemos comenzar afirmando que la idea de juventud, tal como actualmente es concebida en las sociedades occidentales, es muy reciente en términos de la larga duración de la historia de la humanidad. En efecto nos atrevemos a afirmar que la noción de *juventud* –como una etapa específica de la vida que es reconocida y construida socialmente– tiene apenas unos cuantos siglos de existir. Por ello es conveniente alejarse del sentido común que piensa a la *condición juvenil* como algo fácilmente definible o simplemente etario –medible en años de vida cumplidos– o, peor aún, como algo meramente natural, como una etapa de la vida humana determinada por ciclos biológicos y los procesos de maduración reproductiva, que universal y fatalmente debemos transitar casi todas las personas para transformarnos de infantes a adultas.

En efecto, en la mayor parte de las sociedades que la humanidad ha construido a lo largo de su historia, la juventud no ha existido. Sin duda, para que surgiera en Occidente una noción como la de *juventud* se requirieron varios siglos; siguiendo a George Duby (1964), quien documenta cómo vivían en el siglo XII los hombres solteros provenientes de familias y linajes aristocráticos franceses –y qué papel social y cultural jugaban sus prácticas de caballería y andanzas juveniles lejos de casa– hipotéticamente he propuesto que tal vez ahí podríamos documentar algunos de los primeros registros históricos de las prácticas culturales juveniles donde la noción de viaje, tránsito y transformación están presentes (Nieto, 2017).

Por su parte, la antropología se ha encargado de documentar, en la gran mayoría de las sociedades que ha estudiado –no occidentales–, cómo los grupos humanos han clasificado etariamente a sus miembros en únicamente dos tipos de personas: *mayores* y *menores*. Tales distinciones tampoco son meramente biológicas ni etarias, sino constituyen sobre todo producciones culturales y sociales. En aquellas sociedades y en las nuestras, los tránsitos entre una condición de menor hacia un estatus de mayor eran –y todavía son– mediados por elementos simbólicos y dispositivos rituales que poseen una

gran complejidad (Turner, 1980 [1967], 1988 [1969]; Leach, 1978 [1976]).

Muy probablemente a lo largo de la historia, tal como hoy sucede en la mayor parte del tercer mundo, debido a la alta mortandad infantil y juvenil, la pirámide demográfica era mucho más ancha en su base y se angostaba en su vértice. Sin embargo, como consecuencia de los avances de la medicina, de la sanidad, de la salubridad, de la seguridad social, de los apoyos para el desempleo, del abatimiento de la pobreza extrema y en general del mejoramiento de las condiciones materiales de la vida, en casi toda Europa y en la parte norte de América se ha dado el fenómeno de que la prolongación de la esperanza de vida –antes que ser una espléndida noticia– califica a estas sociedades como *envejecidas*, lo que sin duda es también algo muy reciente en la historia de la humanidad.

En efecto, el siglo xx pudo atestiguar cómo entre la infancia y la adultez irrumpieron demográfica, política y culturalmente las personas jóvenes. Sin embargo, la representación social y contemporánea de lo juvenil “tal como hoy la conocemos” probablemente es producto de la posguerra del siglo pasado y requirió, no solo de programas masivos de vacunación y de prevención de las enfermedades (que redujeron la mortalidad infantil, produciendo masivamente adolescentes) sino que fue necesaria su conjunción con procesos sociales, culturales, demográficos, materiales y simbólicos que se tradujeron en la prolongación de la esperanza de vida y en el surgimiento de un nuevo campo etario y cultural (Hall y Jefferson, 2006 [1975]; Reguillo, 2010, p. 23 y ss.).

Pierre Bourdieu (1990 [1984]), en una entrevista publicada originalmente en 1978 –10 años después del mayo parisino– al atender la pregunta *¿Cómo enfoca el sociólogo el problema de los jóvenes?*, hablaba de las relaciones entre jóvenes y viejos y contestaba:

El reflejo profesional del sociólogo es señalar que las divisiones entre las edades son arbitrarias. Es la paradoja de Pareto, cuando dice que no sabe a qué edad empieza la vejez igual que no sabe dónde empieza la riqueza. De hecho, la frontera entre juventud

y vejez en todas las sociedades es objeto de lucha [...] en la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la *división* (en el sentido de repartición) de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo, o claro por clase...) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un *orden* en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar. [...] Cuando digo jóvenes/viejos, entiendo la relación en su forma más vacía. Siempre se es joven o viejo para alguien. [...] La juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos. [...] cada campo tiene sus leyes específicas de envejecimiento (Bourdieu, 1990 [1984], pp. 163-164, corchetes míos y cursivas del autor).

A esta altura me parece claro que para poder entender las distintas maneras con que se transita, experimenta y construye la juventud es necesario partir de la premisa de que en ella se reproducen todas las diferencias, desigualdades e inequidades que la sociedad produce y reproduce a su interior. En este sentido es muy difícil hablar de juventud en singular y se hace necesaria una obviedad: hablar en plural de juventudes, de distintas personas jóvenes, de diferentes condiciones y actores juveniles.

LO LIMINAL Y LO LIMINOIDE

En este artículo lo que me interesa explorar es cómo se verifica el tránsito entre menores y mayores en nuestra sociedad, es decir, cómo se transita de la condición juvenil a la condición adulta. A simple vista pareciera que en nuestra sociedad la juventud fuera una especie de etapa o periodo liminal entre la condición de menor y la de mayor. Sin embargo, la liminalidad –en un sentido antropológico– es una condición transitoria y culturalmente regulada mediante dispositivos rituales. Conviene recordar con Edmund Leach que:

la mayor parte de las ceremonias rituales se ocupan de movimientos a través de los límites sociales, de un estatus social a

otro, de hombre vivo a antepasado muerto, de soltera a esposa, de enfermo y contaminado, a sano y limpio. [...] son los marcadores de intervalos en la progresión del tiempo social [...], y del transcurrir del tiempo biográfico (1986, p. 107, corchetes míos).

En estos procesos de tránsito lo liminal resulta fundamental. Es pertinente precisar que la palabra *liminal* al parecer es un anglicismo que adoptaron tanto hispano-hablantes como francófonos, proveniente del latín *limen*, y que significa lo “perteneciente al umbral”, a la entrada. El término liminal es actualmente utilizado por las ciencias sociales, la psicología clínica, la literatura, los estudios culturales y, en mucha menor medida, por el derecho.

También es pertinente recordar que el concepto de *liminalidad* (*liminality*) surgió en la antropología simbólica de habla inglesa, donde se desarrolló toda una cuenca semántica a partir del término *liminaire* (en francés) que utilizó Arnold van Gennep (2008 [1909]) para analizar –entre otros– los ritos de paso (*rites de passage*), de transición, de iniciación presentes en las sociedades no occidentales que estudió, mediante los cuales las personas debían transitar para cambiar de una condición social a otra; así él señalaba:

Si el esquema completo de los ritos de paso incluye, por consiguiente, en teoría, ritos preliminares [*préliminaires*] (separación), liminares [*liminaires*] (margen) y postliminares [*postliminaires*] (agregación), en la práctica dista mucho de haber una equivalencia de los tres grupos, bien por su importancia, bien por su grado de elaboración [...] Propongo en consecuencia llamar ritos preliminares a los ritos de separación del mundo anterior, ritos liminares a los ritos ejecutados durante el estadio de margen y ritos postliminares a los ritos de agregación al mundo nuevo (Van Gennep, 2008, pp. 25 y 38, [corchetes míos]).

El antropólogo escocés Victor Turner es, sin duda, quien, al explorar y problematizar el campo semántico de *limen* y de *liminaire*, va a construir e intentar complejizar y precisar sus alcances y con ello inaugura toda una cuenca de sentido sobre

las propiedades de lo liminal (Turner, 1967, 1969, 1974, 1982). En su ensayo titulado *Liminal to Liminoid, in Play, Flow, and Ritual: An Essay in Comparative Symbology*, publicado en 1974 (y reimpreso con pocas modificaciones en 1982), él señala:

Durante la fase intermedia de transición, llamada por van Gennep “margen” o “limen” (que significa “umbral” en latín), los sujetos rituales atraviesan un periodo y un área de ambigüedad, una especie de limbo social que tiene pocos atributos (aunque a veces estos son los más cruciales) de los estatus sociales profanos o de estados culturales, ya sean anteriores o posteriores” (1974, p. 58, [traducción mía]).

Anteriormente, en *El Proceso Ritual* (1969), Turner establecía:

La liminalidad [*liminality*], la marginalidad y la inferioridad estructural son condiciones en las que con frecuencia se generan mitos, símbolos, rituales, sistemas filosóficos y obras de arte. Estas formas culturales proporcionan a los hombres una serie de patrones o modelos que constituyen, a un determinado nivel, re-clasificaciones periódicas de la realidad y de la relación del hombre con la sociedad, la naturaleza y la cultura, pero son también algo más que meras clasificaciones, ya que incitan a los hombres a la acción a la vez que a la reflexión. [...] Cada una de estas obras tiene un carácter multívoco, con múltiples significados, y es capaz de afectar a la gente a muchos niveles psicobiológicos simultáneamente (1988 [1969], p. 134, corchetes míos).

Más adelante –agrega Turner– que, si se considera también a “la liminalidad como un tiempo y lugar de alejamiento de los procedimientos normales de la acción social, puede contemplarse potencialmente como un periodo de revisión exhaustiva de los axiomas y valores centrales de la cultura en que se produce” (1988 [1969], p. 134).

Dos años después Víctor Turner advertirá que existen “algunos tipos de procesos socioculturales en que nuevos símbolos, verbales y no verbales, tienden a ser generados. Esto [–dice Turner–] me conducirá a una comparación entre los fenóme-

nos ‘liminales’ y los ‘liminoides’” (1974, p. 53, [trad. y corchetes míos]). Conviene aclarar desde ahora que el término *liminoide* no posee ninguna connotación negativa o despectiva, Turner explicita claramente que el sentido con que usará el sufijo *-oide* es similar al de [...] *asteroide*, con forma de estrella; *ovoide*, con figura de huevo, etc.; deriva del griego *-eidos*, una forma, una apariencia, y significa “similar, parecido”; lo “liminoide” se asemeja, sin ser idéntico, a lo “liminal” (1974, p. 64, énfasis del autor, [trad. y corchetes míos]). Así, Turner señala:

El tránsito [*passage*] de un estatus social a otro suele ir acompañado de un tránsito [*passage*] paralelo en el espacio, un movimiento geográfico de un lugar a otro. [...] A veces este simbolismo [de *passage*] espacial puede ser el precursor de un cambio real y permanente de residencia o esfera geográfica de acción. Por ejemplo, una niña Nyakusa o Ndembu, después de sus ritos de la pubertad, abandona su aldea natal para vivir en la de su marido; en algunas sociedades de caza, los niños jóvenes viven con sus madres hasta el momento de sus ritos de iniciación a la edad adulta, después de lo cual comienzan a vivir con los otros cazadores de la tribu. Quizás algo de este pensamiento persiste en nuestra propia sociedad, cuando en grandes organizaciones burocráticas a escala nacional –como el gobierno federal, una gran corporación industrial, el sistema universitario, etc.– la promoción en estatus y salario suele implicar el movimiento en el espacio de una ciudad a otra. [...] La fase “liminoide” entre el abandono de un puesto y la asunción de otro recompensaría su estudio en términos de simbología comparativa, tanto en lo que se refiere a la persona (sus sueños, fantasías, lecturas y entretenimientos favoritos) como de aquellos a los que abandona y a los que se une (sus mitos sobre él, el trato que le dan, etc.). [...] en la liminalidad la gente “juega” con los elementos de lo familiar y los desfamiliariza. La novedad surge de combinaciones sin precedentes de elementos familiares (1974, pp. 58 y 60 [trad. y corchetes míos]).

A partir del trabajo de Sutton-Smith (1972) sobre el juego, el orden y el desorden infantil, Turner comenta que:

él ve las situaciones liminales y liminoides como los escenarios en los que surgen nuevos símbolos, modelos y paradigmas, como los semilleros de la creatividad cultural. Estos nuevos símbolos y construcciones retroalimentan los dominios y ámbitos económicos y político-legales ‘centrales’, proporcionándoles objetivos, aspiraciones, incentivos, modelos estructurales y *raisons d'être* (1974, p. 60 [trad. mía]).

Sin embargo, Turner reconoce que en las primeras sociedades agrarias o tribales:

la liminalidad en sí misma no pueda escapar al control de [...] fuertes principios estructuradores. Sólo ciertos tipos de partidos y otros juegos *infantiles* tienen un cierto grado de libertad porque se definen como estructuralmente “irrelevantes”, no “importantes”. Sin embargo, cuando los niños son iniciados en los primeros grados de la edad adulta, las variabilidades y capacidades del comportamiento social son drásticamente reducidas y controladas. La ley, la moralidad, los rituales, incluso gran parte de la vida económica están bajo la influencia estructurante de los principios cosmológicos. El cosmos se convierte en un complejo tejido de “correspondencias” basadas en la analogía, la metáfora y la metonimia (1974, p. 61, [cursivas del autor, trad. mía]).

Sin duda lo liminal y lo liminoide están conectados: “[...] en la liminalidad se oculta la semilla de lo liminoide, a la espera de grandes cambios en el contexto sociocultural para que se convierta en un ‘candelabro’” que se ramifica en variados géneros culturales liminoides” (1974, p. 75). Sin embargo, existen diferencias significativas entre fenómenos liminales y fenómenos liminoides; a manera de contrapunteo Turner establece las diferencias más importantes:

1. *Los fenómenos liminales* tienden a predominar en las sociedades tribales y en las primeras sociedades agrarias que poseen lo que Durkheim ha llamado “solidaridad mecánica”, y dominadas por lo que Henry Maine ha llamado “estatus”. Los *fenómenos liminoides* florecen

en sociedades con “solidaridad orgánica”, vinculadas recíprocamente por relaciones “contractuales”, y generadas por y después de la revolución industrial [...].

2. *Los fenómenos liminares* tienden a ser colectivos, a referirse a ritmos calendáricos, biológicos, socio-estructurales, o a crisis en los procesos sociales, ya sean resultado de ajustes internos, de adaptaciones externas o de medidas correctivas. Así, aparecen en lo que podríamos llamar “rupturas naturales”, disyunciones naturales en el flujo de los procesos naturales y sociales. Se ven así reforzados por la “necesidad” sociocultural, pero contienen *in nuce* la “libertad” y la potencialidad para la formación de nuevas ideas, símbolos, modelos, creencias. *Los fenómenos liminoides* pueden ser colectivos (y cuando lo son, a menudo se derivan directamente de antecedentes liminales), pero son productos más característicamente individuales, aunque a menudo tienen efectos colectivos o de “masa” [...].
3. *Los fenómenos liminales* están integrados centralmente en el proceso social total, formando con todos sus demás aspectos un todo completo, y representando su necesaria negatividad y subjuntividad. *Los fenómenos liminoides* se desarrollan aparte de los procesos económicos y políticos centrales, a lo largo de los márgenes, en las interfaces e intersticios de las instituciones centrales y de servicio; son de carácter plural, fragmentario y experimental [...].
4. *Los fenómenos liminales* [...] tienen un significado intelectual y emocional común para todos los miembros de un grupo dado. Al sondearlos, reflejan la historia del grupo, es decir, su experiencia colectiva a lo largo del tiempo. [...] comparten su carácter masivo y colectivo. [...] *Los fenómenos liminoides* tienden a ser más idiosincrásicos o extravagantes, y son generados por individuos, específicos y nombrables, y en grupos particulares, “escuelas”, círculos y grupúsculos. Tienen que competir entre sí por el reconocimiento general y son considerados al principio como ofertas lúdicas puestas

a la venta en un mercado “libre”, al menos en el caso de los fenómenos liminoides en las incipientes sociedades capitalistas y democrático-liberales. Sus símbolos están más cercanos al polo tipológico “objetivo-social” que al personal-psicológico.

5. *Los fenómenos liminares* tienden a ser en última instancia funcionales [*eufunctional*], incluso cuando parecen ser “inversivos” para el funcionamiento de la estructura social, son formas de hacerla operar sin demasiada fricción [...]. *Los fenómenos liminoides*, por otra parte, son a menudo parte de críticas sociales o incluso de manifiestos revolucionarios –libros, obras de teatro, pinturas, películas, etc.– que exponen las injusticias, ineficiencias e inmoralidades de las principales estructuras y organizaciones económicas y políticas. En las sociedades modernas complejas, ambos tipos coexisten en una especie de pluralismo cultural. Pero lo liminal –encontrado en las actividades de las iglesias, sectas y movimientos; en los ritos de iniciación de clubes, fraternidades, órdenes masónicas y otras sociedades secretas, etc.– ya no abarca a toda la sociedad. [...] Pero para la mayoría de la gente, lo liminoide todavía se considera más libre que lo liminal, una cuestión de elección y no de obligación (1974, pp. 85-86, cursivas del autor, [trad. y corchetes míos]).

Fue necesario explorar en extenso la diferencia entre fenómenos liminales y liminoides para proponer que los y las jóvenes en su *passage* hacia la condición adulta pueden hacerlo transitando tanto por dispositivos culturales (rituales) que incluyan la liminalidad –que el mundo de los adultos les proponen– como por rutas, condiciones, situaciones y procesos más liminoides mediante los cuales afirman su autonomía, y ejercen su agenciamiento juvenil. Pero podríamos considerar que muchos jóvenes al igual que:

Los novicios son, de hecho, temporalmente indefinidos, más allá de la estructura social normativa. Esto los debilita, ya que no tie-

nen derechos sobre los demás. Pero también los libera de obligaciones estructurales. Esto los coloca también en una estrecha conexión con los poderes asociales de la vida y la muerte (Turner, 1974, p. 58, [trad. mía]).

LO LIMINAR Y LO LIMINARIS

Empezamos este apartado narrando una singular pesquisa lingüística. Es bueno señalar que en la edición original de *Les rites de passage* (1909), van Gennep utilizó el término *liminaire* 7 veces en singular y 3 en plural, a ellos agregó dos términos más *préliminaires* y *postliminaires* y nunca usó el término *liminal*, pues éste aún no existía en francés.

El antiguo término francés *liminaire* es definido por el *Dictionnaire de l'Académie française* como una voz utilizada desde el “Siglo xvi. Tomado del latín *liminaris*, [que significa lo que es] ‘relativo al umbral’, después [se transformó en] ‘preliminar” y agrega dos acepciones:

1. Que está al frente de un libro, que es su comienzo o introducción. Piezas preliminares. Epístola clave. Su discurso fue precedido por una declaración de apertura. Por extensión. Que preludia algo, que es el comienzo. Después de algunos comentarios introductorios, entramos en el corazón del tema.
2. FISIOLÓGÍA. PSICOLOGÍA. Que alcanza el umbral necesario para causar un efecto medible o ser perceptible. Estímulo liminal. Intensidad de una corriente eléctrica. (También decimos Liminal) (*Dictionnaire*, 2019, [trad. mía]).

Conviene señalar que actualmente el francés también dispone de los adjetivos *liminal* o *liminale* (plural, *liminaux*, *liminales*), que se incorporaron a partir del siglo xx, y que fueron tomados “del inglés *liminal*, de mismo significado. [...] A veces se usa, especialmente en psicología, como sinónimo de *Liminaire*” (*Dictionnaire*, 2019, [trad. mía]).

Por su parte la palabra castellana *liminar* –que por cierto fue la que usaron los traductores de *Les rites de passage*– posee un sentido y una etimología similares a la francesa *liminaire*; el Diccionario de la lengua española [RAE] define al adjetivo *liminar* como proveniente “del latín *limināris*” y en su primera acepción califica al término como “Perteneiente o relativo al umbral o a la entrada” y en su segunda como sinónimo de “preliminar (que sirve de preámbulo)” (RAE, 2019a). Sin embargo, la antigüedad en el uso de este vocablo no pudo ser ubicada en las fuentes históricas del castellano y sólo aparece –desde 1992– en las recientes ediciones en papel del diccionario y en las actuales ediciones en línea (RAE, 2018).

Por su parte, el inglés, para expresar los campos semánticos de los términos de *liminar* y *liminaire* –que hemos comentado– dispone de dos términos. Por una parte, existe la palabra *liminary* cuyo significado es similar a una de las acepciones de sus equivalentes castellana y francesa: “ubicado en el comienzo (como de un libro): introductorio, preliminar”, proviene del francés y su uso está identificado desde 1603. Adicionalmente existe la palabra *liminal*, cuya primera acepción corresponde a lo que está “relacionado con, o situado en un umbral sensorial: apenas perceptible o capaz de provocar una respuesta”. Ambas son similares a las acepciones de los términos que comentamos en francés y castellano. Pero el inglés también posee una acepción nueva y distinta de las otras; lo “perteneiente a; lo relacionado con; o ser o estar en; un estado, fase o condición intermedia: entre dos, transicional” (*Dictionary by Merriam-Webster*, 2019, [traducciones mías]). Este último sentido del inglés queda confirmado tanto por el *Cambridge Dictionary* que define el adjetivo *liminal* como “entre, o perteneciente a dos lugares diferentes, estados, etc.: El estado liminal entre la vigilia y el sueño”; como por el *Dictionary Lexico* de Oxford que define a *liminal* como un término técnico, que significa “1. Relacionado con una etapa de transición o inicial de un proceso [...] 2. Ocupar una posición en o a ambos lados de una frontera o umbral” (*Cambridge Dictionary*, 2019, *Dictionary Lexico*, 2019, [trad. mía]).

Como se puede apreciar tanto el término *liminar* castellano, como la voz *liminaire* francesa y las palabras *liminary* y *liminal* del inglés, superponen sus campos semánticos. Sin embargo, el Diccionario de la lengua española (2019a) sorprendentemente no incluye entre sus entradas las palabras *liminal* ni *liminalidad* probablemente por considerarlas anglicismos o barbarismos que los antropólogos y psicólogos contribuyeron a naturalizar en el castellano mexicano, aunque, hay que señalarlo, curiosamente sí incluyeron un vocablo como *subliminal* (RAE, 2019b). Los editores del diccionario han preferido mantener la palabra *liminar* casi en desuso en el castellano corriente y que, al parecer, solo se le utiliza como un tecnicismo en ámbitos clínicos o jurídicos.

Aprovechando este aparente vacío lingüístico del castellano aquí deseo proponer una nueva acepción –una suerte de “tecnicismo antropológico”– al ya existente término *liminar*. Deseo sugerir, apoyado en las diferencias que propuso Turner, que lo liminar puede incluir todo un conjunto muy diverso de prácticas sociales, y fenómenos *liminales* y *liminoides* en que muchas de las y los jóvenes contemporáneos mexicanos participan de manera individual o colectiva en su vida cotidiana y que son equivalentes a las prácticas descritas en el apartado anterior.

Es indispensable reconocer que en una sociedad de una complejidad y una escala demográfica como la mexicana, que se caracteriza también por su gran diversidad cultural, pero sobre todo por su enorme desigualdad social, es imposible que exista un solo dispositivo ritual que pueda considerarse como el ritual canónico en los tránsitos de joven a adulto, o a adulta. Sin embargo, en tal tránsito podemos identificar fenómenos, procesos, situaciones, condiciones, espacios y tiempos –tanto liminales como liminoides– que incluyen una gran diversidad de prácticas culturales, sociales, grupales, familiares o individuales. Menciono rápidamente solo algunos ejemplos que van desde las disposiciones con que el Estado pretende regular y clasificar a las y los jóvenes –separándolos de los adultos–, hasta diversas prácticas con que las familias proveen a los jóvenes

de recursos simbólicos que funcionan como marcadores del tránsito hacia la condición adulta:

a) La obtención de la credencial electoral que emite el Instituto Nacional Electoral (INE, antes IFE). Esta credencial y el pasaporte son los únicos documentos oficiales que acreditan tanto la identidad y nacionalidad como la condición de adulto o adulta de quien lo porta. La credencial del INE equivale al *Carnet* o a la Cédula de Identidad de otros países y funciona como un *id* universal (de manera similar a la licencia de manejo en Estados Unidos). No es obligatorio su trámite, pero el no tenerla dificulta muchísimo la vida de las personas. Dependiendo del calendario electoral, el INE permite la inscripción desde unos meses antes de que las personas jóvenes cumplan 18 años. En 2015 el país contaba con 119.5 millones de personas y el INE cubría el 86% de la población (INE, s/f, p. 11); en octubre de 2019 había 90.7 millones de ciudadanos registrados en su padrón (INE, 2019). Aquí conviene recordar que, como consecuencia del movimiento estudiantil de 1968, el autoritario Estado mexicano decidió reducir el criterio de “mayoría de edad” de 21 a 18 años cumplidos; con lo cual la mayoría de los estudiantes universitarios dejaban de ser menores de edad y se convertían en adultos y –como tales– podían ser encarcelados. En la actualidad la posesión de este documento permite a los jóvenes entrar a bares y *antros* en los que para ingresar se exige ser “mayor de edad”; sin embargo, muchas veces sin poseerlo –por ser menores de 18 años, o por no haberlo tramitado– pueden acceder a tales lugares utilizando todo tipo de triquiñuelas.

b) Ceremonia de *Jura de Bandera* que el Estado organiza el 5 de mayo de cada año a generaciones de jóvenes reclutas que cumplieron con el Servicio Militar Nacional (SMN). Al finalizar esta ceremonia castrense los jóvenes obtienen, después de un año, lo que para muchas de sus familias es muy valioso: la *liberación de la Cartilla*. Los jóvenes pueden solicitar su registro en el SMN desde los 17 años y hace pocos años el SMN también empezó a reclutar a jóvenes mujeres. Dado que el SMN dejó de ser obligatorio en México desde hace más de un decenio otros jóvenes optan, de manera consciente, por no realizarlo

y asumir las restricciones laborales que pueda acarrear esta decisión.

c) La obtención de una Licencia para conducir un vehículo. Una vez poseída la credencial del INE se puede solicitar una licencia que es obligatoria portar para conducir un automóvil. Es necesario señalar que muchas veces se puede adquirir la licencia sin haber aprobado un examen de manejo y que por haber sido un documento fácilmente falsificable, perdió su condición de documento de identidad. Cuando se es menor de edad existe la posibilidad, a partir de los 16 años, de obtener un permiso provisional para manejar. Conducir un auto da autonomía para explorar la ciudad, pero sobre todo la noche y sus reglamentaciones. Por ejemplo, en la ciudad de México los jóvenes conductores aprenden a eludir los *alcoholímetros* que son dispositivos policíacos con los que el Estado captura y apresa los conductores en estado de ebriedad. Sin embargo, muchos jóvenes, confiando en su suerte, se arriesgan a conducir vehículos familiares o de amigos sin portar algún documento.

d) Ceremonias rituales secularizadas como las que realizan las jóvenes al cumplir 15 años (*quinceañeras*, Nieto, 2001); que les pueden ser impuestas, mediante presiones familiares contra la propia voluntad de la festejada, o bien ser perfectamente aceptadas y deseadas por las jóvenes quienes gustosa y lúdicamente se exhiben, en el espacio público, en suntuosas limusinas acompañadas de sus *damas* y *chambelanes*. Con una lógica similar, pero menos abigarrada y más rumbosa, muy pocas jóvenes pueden *decidir* festejar sus quince años realizando un viaje en crucero por el caribe o un *tour* visitando ciudades europeas; pero muchas otras eligen celebrar con sus familias mediante una discreta fiesta o modestas vacaciones en el mar. Para las jóvenes siempre queda la posibilidad de no realizar ninguna ceremonia o festejo.

e) Dispositivos y prácticas culturales mediante las cuales se transita de la condición de estudiantes hacia un nuevo *status* como perteneciente a una generación o cohorte de egresados. Las ceremonias de graduación pueden ser solemnes y marcar la conclusión satisfactoria de un nivel escolar (bachi-

llerato, universitario) mediante la recepción de un documento escolar que acredite la conclusión; tales ceremonias pueden ser auspiciadas por las autoridades escolares, las familias y los padres. Pero en su gran mayoría pueden ser más lúdicas, festivas, familiares e informales, permitiendo incluso que participen en ellas quienes no han concluido sus estudios y de cuya realización sólo queda como registro una fotografía. También pueden ser festejos generacionales organizados solo por las y los propios jóvenes, dentro o fuera de las escuelas y de los que se excluyen a los adultos. O bien pueden realizar viajes *de generación* que suelen emular en sus excesos a los que hacen a nuestro país jóvenes norteamericanos conocidos como *spring breakers*.

f) La obtención de un teléfono celular “propio”. Muchas veces los jóvenes reciclan aparatos de segunda mano que utilizaron sus padres o hermanos mayores. Pero en muchas más ocasiones, incluso aun siendo niños, son las personas jóvenes quienes demandan a la familia la posesión de un celular propio. La fascinación que ejercen estos dispositivos entre los y las jóvenes es tal que se los apropian y encuentran usos inéditos para el mundo adulto (Winocur, 2009). En algunas ocasiones las familias imponen, sobre todo a las mujeres jóvenes, la obligación de portar un *celular encendido* que permita que sean fácilmente localizables a cualquier hora y lugar. Frente al control familiar siempre se puede decir a los padres que “no había señal donde estaban” o que se les “acabó el crédito” en los sistemas de prepago, o “se agotó la batería”, pero al mismo tiempo las personas jóvenes pueden estar abiertas y atentas a todas las redes sociales a su alcance. Aquí conviene recordar la enorme y contestataria fuerza política que adquirieron en México los movimientos esencialmente juveniles como el #YoSoy132 de *Twitter* de hace seis años o, más recientemente este año, el *MeToo* que se ramificó especializada para denunciar el hostigamiento sexual en ámbitos como el de los escritores, el periodismo, el cine, el teatro, la política, la academia, la publicidad, entre otros.

g) Existen también indicadores y señales simbólicas (Leach, 1978 [1976]), con las que las familias marcan a hijas e hijos que

ya son adultos o que están muy cerca de serlo. A los varones, por ejemplo —que no transitan por algo parecido a los “15 años”— en algunas ocasiones, además de una singular fiesta de cumpleaños, se les regalan anillos, medallas u algún otro objeto que conmemore sus 15 o 18 años cumplidos. Entre los objetos que se pueden obsequiar está el teléfono celular a su propio nombre. En otras ocasiones se les entregan las llaves de la casa confiando en que “ya son responsables”. En muchos menos casos se tramita una tarjeta de crédito “adicional”, a nombre del o la joven, que es extensión de la que posee alguno de los padres. Finalmente, a la manera de un símbolo individualizado, la persona joven sabe en su intimidad que su firma es única e irrepetible y es prueba de su mayoría de edad, pero no necesariamente de su condición adulta.

Sin duda estas prácticas culturales son representativas del *mainstream* juvenil urbano que fácilmente pueden identificarse como convencionales, integradas e integrables, o “incorporadas” al sistema cultural hegemónico. En ellas no se agotan lo liminal y lo liminoide presentes en el universo juvenil. Las seleccioné porque, aún en ellas —además de una liminalidad que orienta a la reproducción cultural y estructural del orden social instaurado por generaciones anteriores— podemos encontrar respuestas resilientes y liminoides individuales y colectivas con las cuales se pretende interpelar un orden cultural al que, con agenciamiento juvenil, se le puede dar la vuelta.

Pero bien sabemos que al lado —o tal vez al *margen*— de estos jóvenes convencionales que anhelan o fatalmente esperan integrarse a una condición adulta similar a la de sus padres, podemos identificar lo que tradicionalmente las y los estudiosos de la juventud han denominado “modos” de ser jóvenes “alternativos” o “disidentes”: *tribus*, *estilos*, *estéticas* e incluso *culturas* y *subculturas* juveniles (Feixa, 1998 y 2003; Feixa, Molina y Alsintet, 2002; Medina, 2000; Nateras, 2000; Reguillo, 2004, 2007 y 2010; Urteaga, 2011a, 2011b y 2013; y Valenzuela, 1998 y 2015, entre otros). En el seno de estos agrupamientos y comunidades juveniles, que se alejan del *mainstream* también podemos encontrar la liminalidad y lo liminoide. En efecto, muchas de sus disposiciones culturales y prácticas políticas

pueden ser calificadas de liminoides por su carácter interpe-lador y autonomista, pero sobre todo por su naturaleza y adscripción voluntaria. Sin embargo, en muchas de ellas no está ausente la liminalidad en la medida en que existen umbrales o rituales mediante los cuales las y los jóvenes ingresan. Estas culturas o agrupamientos juveniles son las que más han llamado la atención de la academia que se ha interesado en el tema, ya que por ocupar la calle y otros espacios públicos son más visibles que otras formas, o estilos juveniles (Reguillo, 2010, p. 414 y ss.; y 2007, p. 29 y ss.). Como bien comenta Reguillo muchos de esos “acercamientos a las expresiones culturales juveniles que, con no poca frecuencia, se deslizan hacia una conceptualización del sujeto joven centrada en el placer, en el nomadismo (como un valor epocal) y en prácticas que no parecerían tener otra razón de ser que la perpetuación indefinida de un goce sin tiempo y sin espacio” (Reguillo 2004, p. 51). Cuando en realidad lo que comparten muchas de ellas es una especie de “malestar juvenil” en las culturas parentales y hegemónicas con las que viven (Reguillo, 2004, p. 55). Como bien concluye esta autora:

La performatividad de las culturas juveniles no puede ser contenida en la univocidad de una interpretación, sus múltiples repercusiones se despliegan y se expanden en un mundo cada vez más agotado y más perplejo. Instalarse ahí, en el territorio de sus prácticas, afinar la escucha y doblar el impulso a la respuesta y explicación anticipada, puede ayudar, tal vez, a ubicar por qué, pese a sí mismos, los jóvenes operan como signos de lo político y, a veces, de la política (Reguillo, 2004, p. 56).

En efecto, recientemente en agosto y septiembre de 2019, se llevaron a cabo una serie de marchas en la Ciudad de México que llamaron poderosamente la atención de los medios; particularmente la realizada el 17 de agosto y la convocada para el 19 de septiembre por #TerremotoFeminista en contra la violencia de género y demandando la *Alerta de Violencia de Género contra las Mujeres*; en ellas participaron varios miles de jóvenes mujeres. En su cobertura los medios olvidaron

las demandas legítimas y solo cubrieron, y magnificaron, la presencia en la marcha de algunas jóvenes mujeres vestidas de negro que pintaban consignas en las paredes y rompían cristales de comercios y equipamientos urbanos. Estas jóvenes, al cruzar los límites de la civilidad política, le quitaban el monopolio mediático que, desde hace más de siete años, detentaban los jóvenes varones anarquistas (Alís, 2019; Azpiri, 2019; y Chavira, 2019).

Por otra parte, y para finalizar este apartado quiero proponer que, en la dimensión liminar, además de las prácticas liminales y liminoides de los jóvenes que hemos descrito, podemos ubicar otras situaciones y experiencias límite (de crisis) a las que se debe enfrentar una persona joven en el transcurso de su vida y a las que llamaré «*liminaris*» (umbral en latín). Son lo que desde una dimensión más subjetiva e íntima podríamos caracterizar como los imponderables de la vida. Estas situaciones se presentan de manera intempestiva y en ellas la vulnerabilidad y falta de autonomía de las personas jóvenes se pone a prueba, pero como respuestas a ellas también aparecen sus recursos, resistencias o resiliencias.

A partir de los hallazgos de la investigación de Thomson, Bell, Holland, Henderson, McGrellis y Sharpe (2002) sobre esos momentos críticos –recuperados mediante narrativas biográficas de un centenar de jóvenes de Reino Unido durante un periodo de cinco años– podemos intentar ver algunos momentos críticos de las personas jóvenes mexicanas.

En esos momentos las presiones socio-estructurales, culturales y sistémicas ejercidas a un nivel personal, se perciben por las y los jóvenes como algo externo sobre lo que no tienen mucho control y se experimentan como vivencias íntimas, aparentemente azarosas o fatales, en las que las personas jóvenes van tomando decisiones, no siempre de manera consciente, pero al paso del tiempo ayudadas de su reflexividad notan que con ellas van (o se va) modelando de alguna manera su biografía. Las macro estructuras a esta escala explican poco ya que de una manera fenomenológica y en una dimensión cotidiana, tanto jóvenes como adultos vivimos las presiones, y

estas tienen rostro y nombre. Apunto, por lo pronto, solo tres que ejemplifican lo que llamo situaciones «*liminaris*»:

La primera pertenece al campo parental donde se ventilan conflictos cotidianos en dos arenas, la de la filiación y la de la alianza, en la primera pueden surgir –por muy diversos motivos– diferencias y conflictividad con los genitores, o con quien cumpla la función de *pater*, que propician la salida de los jóvenes de sus hogares y seguridades familiares. En el terreno de la alianza, las crisis de la pareja parental pueden desembocar en procesos de separación, divorcios y/o nuevas nupcias que pueden dar lugar a familias recompuestas que no están exentas de la conflictividad. En ambos casos estos conflictos pueden llegar al extremo del repudio paterno o materno de la persona joven. Salir del espacio residencial familiar (ser “corrido” de la casa) implica obtener, de algún modo, autonomía residencial y económica, y con ello transitar intempestivamente a la condición de adulto joven.

La segunda se desarrolla en el inicio de la vida sexual. Por ejemplo, en el caso de muchas de las mujeres jóvenes su mundo juvenil se ve trastocado a partir de la experiencia de un embarazo no deseado (que no pocas veces termina en un aborto). La gestión familiar de estas situaciones suele tener culturalmente distintos desenlaces que pueden ir desde expulsar (“correr”) a la hija de casa familiar, hasta apoyarla a suspender el embarazo. En muchas otras ocasiones la familia asume el embarazo no deseado y se apropia de ese nuevo e inesperado nieto convirtiéndolo simbólicamente en un hijo y transformando a su joven madre en hermana de él; con ello pretenden reinsertarla en su condición juvenil. Parte de las soluciones pueden incluir obligar al joven varón “responsable” del embarazo a hacerse cargo de una nueva familia, si es que él no lo ha planteado. No sobra advertir que, cuando no es así, esta situación puede producir una gran transformación en la biografía de la joven quien transitará de una situación de joven “hija de familia” a la de madre soltera, en muchos de los casos estas experiencias introducen a las y los jóvenes al mundo adulto. Cabe señalar que:

México ocupa el primer lugar en el tema [del embarazo en adolescentes], entre los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) con una tasa de fecundidad de 77 nacimientos por cada mil adolescentes de 15 a 19 años de edad (Inmujeres, 2019).

Finalmente, en otras ocasiones una muerte inesperada de alguien significativo modifica la estructura y economía de los hogares precarios en los que viven la mayoría de las personas jóvenes mexicanas, de tal suerte que, por ejemplo, después del ritual funerario de un padre o una madre (en el caso de hogares encabezados por mujeres), el hijo o hija no solo se transforman en huérfanos, sino que inesperadamente deben asumir las funciones económicas del *pater*, es decir de un adulto. Pero esta situación no necesariamente requiere de alguna muerte; basta que las estructuras económicas dejen sin empleo al sostén principal de la familia, o que por enfermedades, huelga o conflictos laborales los padres dejen de percibir su salario para que las personas jóvenes ingresen al mercado laboral –casi siempre en la informalidad en la que laboraban los padres– y al hacerlo entran súbitamente al mundo adulto.

Sin duda existen otras numerosas situaciones “*liminaris*” más idiosincráticas donde en el plano de la residencia, de los desplazamientos, de la sociabilidad, la salud, la afectividad, la sexualidad y las experiencias de violencia física y simbólica, se propician situaciones que aceleran el ingreso al mundo adulto. Por falta de espacio no las desarrollaremos aquí.

COLOFÓN. LA ESCUELA Y EL TRABAJO

El 23 de mayo de 2017 el entonces Secretario de Educación declaraba a la prensa:

Hoy nuestro país tiene uno de los cinco sistemas educativos más grandes del mundo, después de Estados Unidos, de Brasil, de China y de la India, con 34 millones de alumnos, dos millones de maestros y más de 260 mil escuelas (SEP, 2017).

Sin embargo, a la par de su extensión y masificación, en México la educación ha perdido mucho del papel que jugaba antes como promotora del ascenso social, lo que propició una modificación de la estructura de clases provocada por particulares procesos de desclasamiento, reenclasamiento y enclasamiento, pero también resultado en buena parte de un fenómeno similar al que Bourdieu llamara “la devaluación de las titulaciones académicas” (1990 [1984], p. 132). La Escuela – como en otras sociedades – es una institución que regula, contiene, retiene, clasifica y separa socialmente a las y los jóvenes. Nos atrevemos a afirmar que, a pesar de no garantizar aún la cobertura de la demanda –sobre todo en educación superior y media superior– en este sistema transcurre buena parte de la vida cotidiana de la mayoría de los niños y las personas jóvenes de nuestro país. Como es de esperarse, los y las estudiantes, en la medida en que avanzan en los distintos niveles educativos, se enfrentan a una realidad cada vez más competitiva, donde las carencias de todo tipo se hacen más evidentes. Idealmente, la escuela puede ser un magnífico espacio de socialización para los estudiantes, pero bien sabemos que eso no siempre sucede y que dicho espacio no está exento de conflictividad y problemas; éstos pueden adquirir el rostro del *Bullying*, propiciado por propios compañeros, dificultades con profesores, y desde luego problemas de comprensión de lectura y aprendizaje en ciertas áreas de conocimiento, situaciones que pueden significar el abandono de los estudios y la incorporación al mercado laboral. Los afortunados que concluyen un nivel enfrentan las dificultades de acceder a otro superior, sea el del bachillerato o universitario. Al no lograrlo, una mayoría de jóvenes irremediablemente ingresarán a las filas laborales. Reguillo (2007 [2000]) apuntaba, desde hace casi 20 años:

La incapacidad del Estado para ofrecer y garantizar educación para todos, así como el crecimiento del desempleo y de la sobrevivencia a través de la economía informal, indican que el marco que sirvió como delimitación para el mundo juvenil, a través de la pertenencia a las instituciones educativas y a la incorporación tardía a la población económicamente activa, está en crisis (p. 27).

Curiosamente aquellas y aquellos que sí culminan con éxito la formación universitaria, incluso el posgrado, muchas veces lo hacen al costo personal de no ser plenamente autónomos y depender de ayudas económicas familiares y estatales (becas). El posdoctorado en más de una ocasión representa un salvavidas para no naufragar en el desempleo pleno. Quienes realizan las largas trayectorias escolares –cuyo número es relativamente pequeño pero significativo– pueden prolongar artificialmente el estatus de menores a pesar de ser clasificados por otros eufemísticamente como adultos-jóvenes. Como Feixa (2003) señala:

El resultado es un modelo híbrido y ambivalente de adolescencia, a caballo entre una creciente infantilización social, que se traduce en dependencia económica y en falta de espacios de responsabilización, y una creciente madurez intelectual, que se expresa en el acceso a las nuevas tecnologías de la comunicación, a las nuevas corrientes estéticas e ideológicas, etc. Las transiciones discontinuas hacia la edad adulta, la infantilización social de los adolescentes, el retraso permanente en el acceso al trabajo y a la residencia, la emergencia de mundos artificiales como las comunidades de internautas, la configuración de redes adolescentes a escala planetaria, serían los rasgos característicos de un modelo de inserción “virtual” en la sociedad (p. 25).

En nuestro país –en el otro extremo social– todavía existe una enorme masa de trabajo infantil de difícil cuantificación, no solo en el medio rural sino bastante visible en las ciudades. Los estudios cualitativos empiezan a alumbrar difíciles situaciones “*liminaris*” con que adolescentes y jóvenes de la comunidad otomí de la ciudad central, en muchas ocasiones deben abandonar sus estudios para “ayudar” mediante su trabajo al sostenimiento familiar y algunas veces financiar su propia educación. Reyes (2019) explora en las familias otomís un nuevo sentido del concepto de *drama* de Turner, y propone que estos jóvenes indígenas urbanos viven verdaderos dilemas, dramas familiares y difíciles procesos de negociación intersubjetivos al interior de sus familias con los que intentan construir una

salida ante la disyuntiva de tener que abandonar la escuela e integrarse al mundo laboral de los adultos o intentar articular ambas realidades. En un contexto nacional donde está prohibido el trabajo de menores de 14 años y es obligatoria la educación –incluso hasta el nivel universitario– parece difícil el cumplimiento de las expectativas familiares. No sobra advertir que probablemente no conocerán un estatus similar al de los jóvenes que hemos visto en el párrafo anterior porque estas personas jóvenes estudiadas por Reyes han transitado –mediante el trabajo “temprano”– de la condición de menores/estudiantes a la condición de adultos, donde ambos comparten su adscripción étnica en la comunidad otomí urbana que les ha proporcionado un acompañamiento cultural y familiar, al acercar a los jóvenes las oportunidades laborales que surgen de la red de emparentados y amigos.

En este ensayo, de manera aún exploratoria, propuse que para poder entender las distintas maneras con que se ingresa, transita, experimenta, construye y se sale de la juventud es necesario partir de la premisa de que en ella se reproducen todas las diferencias, desigualdades e inequidades que la sociedad porta. En este sentido es muy difícil hablar de juventud en singular y se hace necesario hablar en plural de juventudes, de jóvenes, de condiciones juveniles diferenciadas en las que las inequidades y desigualdades económicas sociales y culturales se hacen presentes.

REFERENCIAS

- Alís, K. (2019, 19 de septiembre). ¿Por qué se descontroló la protesta de mujeres contra la violencia de género en Ciudad de México? *CNN en Español en México*. Disponible en: <https://cnnespanol.cnn.com/video/protesta-mujeres-feministas-amlo-sheinbaum-violencia-violan-pkg-krupskaia-alis-perspectivas-mexico/>.
- Azpiri, A. (2019, 17 de agosto). Multitudinaria protesta de los colectivos feministas contra la violencia en México. *Eitb.eus*. Disponible en: <https://www.eitb.eus/es/noticias/internacional/videos/deta->

- lle/6612774/video-protesta-colectivos-feministas-violencia-mexico-df/.
- Bourdieu, P. (1988 [1979]). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- (1990 [1984]). Cap. 10, La «juventud» no es más que una palabra. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura* (pp. 163-173). Ciudad de México: Grijalbo.
- Cambridge Dictionary* (2019). Cambridge University Press [versión en línea, Consulta: 20/09/2019, <https://dictionary.cambridge.org/dictionary/english/liminal>].
- Chavira, P. (2019, 19 de septiembre). ¿Quieres ver lo que hicieron las feministas durante la marcha contra la violencia? En *Imagen Entretenimiento* [Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=e2UUBrUhgEo>].
- Dictionary by Merriam-Webster* (2019). Merriam-Webster [versión en línea, Consultas: 20/09/2019, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/liminary>. <https://www.merriam-webster.com/dictionary/liminal#other-words>].
- Dictionary Lexico* (2019). Dictionary.com and Oxford University Press [versión en línea, Consulta: 20/30/2019, <https://www.lexico.com/en/definition/liminal>].
- Dictionnaire de l'Académie française* (2019). 9a édition [versión en línea. Consultas: 20/09/2019 <https://dictionnaire-academie.fr/article/A9L0853>. <https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A9L0854>].
- Duby, G. (1964). Dans la France du Nord-Ouest au XII^e siècle: les «jeunes» dans la société aristocratique, *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, septiembre-octubre, 19 (5) 835-844.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- (2003). Del reloj de arena al reloj digital: Sobre las temporalidades juveniles. En *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*, julio-diciembre, México, 7 (19) 6-27.
- Feixa, C., Molina, F. y Alsinet, C. (eds.) (2002). *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, malandros, punketas*. Barcelona: Ariel.
- Hall, S. y Jefferson, T. (eds.) (2006 [1975]). *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post War Britain* (2a. ed.). Milton Park: Routledge, Taylor y Francis e-Library.

- INE, Instituto Nacional Electoral (s/f). *Plan estratégico del INE 2016-2026 Indicadores y metas*. [Consulta: 20/30/2019. https://portalanterior.ine.mx/archivos2/DS/recopilacion/JGEor201612-19ac_01P05-03x06.pdf].
- ____ (2019) *Estadísticas. Lista Nominal y Padrón Electoral*, INE, México [Consulta: 20/30 /2019. <https://www.ine.mx/credencial/estadisticas-lista-nominal-padron-electoral/>]
- Inmujeres, Instituto Nacional de las Mujeres (2019, 7 de enero). *Estrategia Nacional para la prevención del Embarazo en Adolescentes*. [Disponible en: <https://www.gob.mx/inmujeres/acciones-y-programas/estrategia-nacional-para-la-prevencion-del-embarazo-en-adolescentes-33454>].
- Leach, E. (1978 [1976]), *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- Medina, G. (ed.) (2000). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Nateras, A. (ed.) (2002) *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. Ciudad de México: UAM.
- Nieto, R. (2001). Ritualidad secular, prácticas populares y videocultura en la Ciudad de México. *Alteridades* 11(22) 49-57. [Disponible en: <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/384/383>].
- ____ (2017). Jóvenes. El trabajo como organizador de la vida. En Alfredo Nateras (ed.) *Culturas juveniles sitiadas y resistencias afectivas*. Tomo II. Embarazo / trabajo / dogas / políticas (pp. 157-196). Ciudad de México: Gedisa, UAM-I.
- RAE, Real Academia Española (2018). *Mapa de diccionarios* [en línea]. Instituto de Investigación Rafael Lapesa, Real Academia Española. [Consulta: 20/09/2019. <http://web.frl.es/ntllet/SrvltGUILoginNtlletPub>].
- ____ (2019a) *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, 23.^a ed., [versión 23.2 en línea. Consulta: 20/09/2019] <https://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=liminar>].
- ____ (2019b) *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, 23.^a ed., [versión 23.2 en línea. Consulta: 20/09/2019] <https://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=subliminal>].

- Reguillo, R. (2004) La performatividad de las culturas juveniles. *Revistas Estudios de Juventud: De las tribus urbanas a las culturas juveniles*, Instituto de la Juventud, Madrid, 64 (4) 49-56.
- ____ (2007 [2000]). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- ____ (2010) La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares. En Rossana Reguillo (coord.) *Los jóvenes en México* (pp. 395-429). Ciudad de México: FCE /Conaculta.
- Reyes, J. (2019) Entre la Escuela y el trabajo temprano. Voces de cinco dramas familiares en la comunidad otomí de la Ciudad de México. Tesis de Doctorado. Posgrado en Ciencias Antropológicas, UAM-Iztapalapa, Ciudad de México.
- SEP, Secretaría de Educación Pública (2017, 23 de mayo) *Mensaje del secretario de Educación Pública*. [Disponible en <https://www.gob.mx/sep/prensa/mensaje-del-secretario-de-educacion-publica-aurelio-nuno-mayer-durante-la-presentacion-del-nuevo-modelo-educativo-108579?idiom=es>].
- Sutton-Smith, B. (1972) Games of Order and Disorder. Paper presented to Symposium on Forms of Symbolic Inversion. American Anthropological Association, Toronto, December 1.
- Turner, V. ([1967] 1980) *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- ____ ([1969] 1988), *El proceso ritual*, Madrid: Taurus.
- ____ (1974) Liminal to Liminoid, in Play, Flow, and Ritual: An Essay in Comparative Symbology. *Rice University Studies*, vol. 60, núm. 3, Summer, Rice University, Houston, Tex: pp. 53-92. Disponible en: <https://scholarship.rice.edu/handle/1911/63159>.
- ____ (1982). Liminal to Liminoid, in Play, Flow, and Ritual: An Essay in Comparative Symbology. En Victor Turner, *From Ritual to Theatre: The Human Seriousness of Play* (pp. 20-60). New York: PAJ Publications.
- Thomson, R., Bell, R., Holland, J., Henderson, S., McGrellis, S. y Sharpe, S. (2002). Moments: Choice, Chance and Opportunity in Young People's Narratives of Transition. *Sociology*, Sage Publications. London, Thousand Oaks, New Delhi: vol. 36 (2) 335-354.
- Urteaga, M. (2011a). *La construcción juvenil de la realidad: jóvenes mexicanos contemporáneos*. Ciudad de México: UAM / Juan Pablos Editor.

- ____ (2011b) Retos contemporáneos en los estudios sobre juventud, *Alteridades*, 21 (42) 13-32.
- ____ (2013) De jóvenes contemporáneos: *Trendys*, emprendedores y empresarios culturales. En Néstor García Canclini, Francisco Cruces y Maritza Urteaga (coords.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. Barcelona: Ariel / Fundación Telefónica.
- Valenzuela, J. (1988) ¡A la brava ése! Cholos, punks, chavos banda [1998. 2ª ed. corregida y aumentada]. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- ____ (2015) *El sistema es atinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. Ciudad de México: UAM / El Colegio de la Frontera Norte / Gedisa.
- Van Gennep, A. (1909). *Les rites de passage*. Réimpression de l'édition de 1909 Émile Nourry, augmentée en 1969, Mouton and Co. et Maison des Sciences de l'homme. París: Éditions A. y J. Picard, 1981. [Consulta: 20/09/2019, disponible en : http://classiques.uqac.ca/classiques/gennep_arnold_van/rites_de_passage/rites_de_passage.html].
- ____ (2008) *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial.
- Winocur, R. (2009) *Robinson Crusoe ya tiene celular*. Ciudad de México: UAM-I / Siglo XXI editores.

Estados de ánimos colectivos en las juventudes *situadas* y *sitiadas* en México y América Latina

Collective states of mind in the situated and besieged youths in Mexico and Latin America

Alfredo Nateras Domínguez¹

RESUMEN

El espíritu que alimenta a este escrito, desde una visión plástica, va encaminado a hacer una serie de marcajes con respecto a los elementos significativos y emergentes de la condición juvenil de hoy, en cuyas coordenadas de análisis espacio-temporales se anclan a la situación donde transcurren las vivencias de las vidas cotidianas de una gran parte de las juventudes en México y lo que atañe a Centro y América Latina, por extensión imaginada, guardando sus especificidades.

Asimismo, se plantea una matriz de análisis socio-histórica que implicaría referir a las juventudes con respecto a sus contextos como *juventudes situadas*. Estos contextos, al ser leídos como textos y claves hermenéuticas, dan los matices a la condición juvenil significada por las precariedades: *juventudes sitiadas*. Con ello, lo incierto y lo borroso de la realidad social objetiva conllevan también representaciones y estados de ánimo –*las subjetividades*– agrupadas a melancolías colectivas de desencanto que activan estrategias de afrontamiento y mecanismos de resistencias, en tanto su evidente desventaja social y riesgos múltiples.

Palabras clave: contextos, juventudes, precariedades, migración, afectividades.

ABSTRACT

The spirit from a plastic view that feeds this text it is aimed in making a series of markings with respect to those significant elements and emergents from youth status today whose spatio-temporal analysis coordinates are anchored to the situation of the experiences in the daily lives of a large part of the youth in Mexico and, by extension using the imagination; saving the specificities in each country, to Central and Latin America.

We propose a matrix of socio-historical analysis, which would imply and refer the youth with respect to their contexts –*youth situated*–, this youths readed as texts and hermeneutical keys, as much as they are those that are giving the nuances to the youthful condition that is meaning by their precariousness: *besieged youth*, in both its obvious social disadvantage and their multiple risks, given the uncertainty and fuzziness of objective social reality that involve representations and moods –*subjectivities*– of grouped disenchantment and collective melancholy, activating coping strategies and resistors mechanisms.

Keywords: contexts, youth, precariousness, migration, affectivities.

¹ Profesor Investigador de Tiempo Completo de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, CDMX, México. Correo electrónico: tamara2@prodigy.net.mx

INTRODUCCIÓN

La intención de este artículo es diseñar una narrativa y discurso teórico-metodológico, temático y emergente, circunscrito en el campo de estudios de las juventudes en México, en conjunto con América Latina. De la misma forma, éste debe tener una posibilidad de existencia al moverse y desplazarse cubriendo varios cursos y trayectorias amplificadas y flexibles, aunque a su vez, sean pantanosas y sinuosas en coordenadas espacio-temporales, locales-globales. Se busca llegar a visibilizar ciertos rostros y matices de la condición juvenil contemporánea, así como señalar sus tensiones, conflictos y complejidades (Morin, 1998) en lo que respecta al análisis, comprensión e intervención de tales actores y realidades juveniles diversas.

Esto nos coloca en un sitio de arranque que tiene que ver con la activación de las memorias sociales teórico-afectivas en tanto traza, de manera esquemática –como valor didáctico y analítico–, ciertos momentos y circunstancias que fueron posibilitando la construcción de este campo de estudio. Tomando este punto de partida, y sin pretender definir de una manera determinista, dogmática o atrincherada en alguna postura o disciplina, se visibilizarán ciertas matrices teórico-conceptuales, que han facilitado la edificación de una plataforma teórica potente con el fin de comprender de la mejor manera posible: ¿cómo es que se lleva a cabo la *construcción social de las juventudes*? y, dialécticamente hablando, reflexionar en torno a ¿cómo la *condición juvenil al mismo tiempo construye realidad social*? (Urteaga, 2010, 2011). Todo lo anterior en un ir y venir constante, intermitente e inacabable. Difícil a su vez, rápidamente cambiante, heterogéneo. No exento en múltiples momentos de zonas borrosas, inasibles e ininteligibles.

Desde estos territorios y lugares de enunciación se elige tratar las temáticas o los aspectos de las *precariedades juveniles*, en tanto considero que es uno de los marcajes estructurales y “de época” que influyen de manera significativa en los derroteros de las experiencias en las vidas cotidianas (Heller, 1987) de las *subjetividades juveniles*. La misma temática afecta a

gran parte de este sector poblacional, tanto en México como en América Latina, guardando así sus respectivas singularidades en los niveles locales y globales.

En este devenir, una de las tantas trayectorias que me interesa tratar de manera rápida –cuya centralidad es la crisis descomunal del *neocapitalismo* en su versión de *neoliberalismo-tecnócrata*, ya que emana como hilo conductor– es lo referente al asunto de las migraciones forzadas infanto-juveniles-familiares que se dieron entre 2018 y 2019. A partir de sus cualidades de lo emergente, lo coyuntural, lo inesperado, lo desbordante, lo caótico y demasiado conmovedor. O, dicho de otra manera, de los éxodos y de las caravanas de migrantes (Valenzuela, 2019) que se movieron y se desplazaron de Centroamérica, la cual, cabe decir, es una zona geopolítica muy olvidada por los estudiosos de las juventudes y que abarca los desplazamientos de El Salvador, Honduras y Guatemala –el Triángulo del Norte Centroamericano (TNC)– hacia la frontera sur de México en su andar y caminar hacia la frontera norte con los Estados Unidos de América, a fin –desde sus imaginarios y deseos– de arribar al territorio del “*gabacho*” o “*gringolandia*”, e intentar alcanzar el tan mencionado sueño americano que implicaría una mejor existencia. Es decir, y en muchos sentidos, una mejora en el nivel de lo económico-material-objetivo y simbólico vivido como tranquilidad, felicidad y denominado como *bienestar subjetivo*.

EL CAMPO: DE MEMORIAS TEÓRICO-CONCEPTUALES Y DE NOSTALGIAS AFECTIVAS

No tengo ningún reparo en afirmar de manera contundente que, con respecto a los estudios de las juventudes tanto en América Latina y, en lo particular, en el caso de México, estamos ante un campo ya consolidado y en expansión –no exento de tensiones, conflictos, arritmias y distanciamientos–, con un horizonte prometedor de alto aliento dados los espacios generados y conquistados, además de los diálogos intra e intergeneracionales que actualmente se llevan a cabo entre las

y los investigadores de la “*vieja guardia*” y las y los jóvenes investigadores a nivel nacional e internacional. Siguiendo esta línea, y en conjunto con determinadas organizaciones de la sociedad civil que trabajan con jóvenes, los medios masivos de información y de comunicación, así como con ciertas instituciones gubernamentales y privadas devienen en diálogos duros y, a veces, radicalmente contrapuestos. Destacaría que tales encuentros a veces acaban en desencuentros intergeneracionales con respecto a las distintas camadas de investigadores llegados e incorporados al campo. Y de igual manera –en la mayoría de las ocasiones– se dan encuentros en donde se desarrollan estrategias colaborativas e intercambios inter y transdisciplinarios, diversos y múltiples, interesantes y creativos.

Dicho campo, construido por varios y varias colegas –hay quienes abandonaron, quienes desaparecieron y quienes murieron–, comenzó a partir de intuir lo infaltable de los contextos que considerábamos más importantes y significativos al indagar e intervenir en ese momento. También se sospechó de los requerimientos históricos de la época y, además, confieso, teníamos muchas dificultades e incertezas en lo que atañía a elegir las diferentes temáticas de investigación, como es lo juvenil, la construcción del objeto y sujeto joven y las indefiniciones teóricas de estrategias metodológicas incipientes en los discursos disciplinares de las ciencias sociales y humanas divergentes, dada la hegemonía –mejor dicho, la tiranía– del positivismo lógico. Un positivismo que se traducía en tener que realizar investigaciones cuasi-experimentales y diseños estadísticos sofisticados para medir y predecir las conductas y comportamientos de adolescentes y jóvenes de México y Latinoamérica.

Si trazáramos algunas coordenadas histórico-temporales diría que el inicio serio en la edificación del campo dataría a partir del siglo pasado, allá por la década de los años setenta y en lo que va del siglo xxi. Lo cual implica que actualmente tenemos y poseemos un capital académico valioso; un gran acervo editorial de conocimientos y de saberes de la condición juvenil muy significativo y múltiple, donde concurren dis-

tintas narrativas y disciplinas, así como temáticas, referentes teórico-conceptuales, dispositivos metodológicos variados, y posicionamientos ideológico-políticos no siempre concordantes por parte del gremio o de la “*comunidad de sentido*”. Esto ha sido posible en gran medida por la construcción de una Red de Redes de Investigadores(as) que se ha mantenido, ha sido pertinaz y por la cual se han difundido y dado a conocer bajo el intercambio, conocimientos y saberes que posibilitan la construcción de vínculos y de relaciones sociales-afectivas entre el gremio.

Sin pretender ser muy esquemáticos o lineales –aunque no por ello poco rigurosos–, privilegiando una perspectiva didáctica-funcional e instrumental, voy a realizar algunos trazos y trayectorias en la recreación histórica y teórica-metodológica de ciertos momentos, algunos coyunturales y circunstanciales, que posibilitaron la edificación de este campo de estudio. Para esto haré una suerte de lectura-relectura abierta y libre, a partir de lo que otras y otros colegas han escrito al respecto en el siguiente orden de aparición: Reguillo (2004); Pérez, Valdez, Gómez-Granell, Paris (2004); Pérez (2011); Urteaga (2011); Pérez y Valdez (2018); Pérez (2018).

De inicio, una de las interrogantes que podríamos elaborar sería la siguiente: ¿Cuál es el sentido, la utilidad social y el valor simbólico de referirse a la historia del campo de los estudios de las juventudes en México? Una respuesta provisoria sería que apelamos a ella a fin de saber y estar enterados de lo que se ha hecho, avanzado y lo que se ha dejado de hacer. Es decir, ¿cuáles son las temáticas y problemáticas más relevantes? ¿cuáles están pendientes?; ¿quiénes han realizado el estudio de las juventudes de lo individual a lo colectivo?; ¿qué espacios se han generado y gestionado?; ¿con qué tipo de vínculos y de redes contamos?; ¿qué matrices conceptuales y paradigmas se han empleado?; ¿qué marcos interpretativos se han desarrollado?; ¿desde qué dispositivos teórico-metodológicos se ha construido la evidencia empírica?

Cabe mencionar que al acercarnos a conocer lo planteado y producido, inevitablemente debemos mencionar a los “clásicos”. A las y los investigadores de la “vieja guardia”. Luego

entonces podríamos replantear, resituar y, por consiguiente, abonar en nuevos planteamientos –distintos paradigmas– que posibiliten un salto cualitativo más en los conocimientos y saberes en el campo de estudios de las juventudes en México y en América Latina. A su vez, ello provee de frescura e inventiva a los nuevos tiempos socio-históricos y a los nuevos estados de ánimo colectivos en su producción y reproducción, lo cual no niega la originalidad de la vieja guardia.

Rossana Reguillo (2004) propone *tres momentos* o *ejes socio-temporales* suficientemente flexibles y plásticos. Los mismos le permitieron trazar algunas coordenadas analíticas y derroteros temático-conceptuales-metodológicos que le fueron dando los rostros, los matices y las tesituras, tanto al campo de estudio, como a su objeto y a su sujeto: las juventudes.

El primer momento corre de finales de los años setenta y principios de los ochenta, caracterizado por los estudios “en” y “desde” el centro de la capital del país –el centralismo académico e intelectual– que refiere también a la cuasi inexistencia de mujeres investigadoras, y a los incipientes avisos de la crisis estructural de nuestro país –bajo el capitalismo neoliberal– llamando la atención en las “bandas juveniles” de los sectores populares y las periferias ciudadanas, además de las reminiscencias de los movimientos estudiantiles-juveniles como lo más relevante de esta época.

Habría que enfatizar que lo que subyace a esta etapa es el inicio de la construcción y la edificación teórico-conceptual, con evidencia empírica, en relación a lo que podríamos nombrar hoy como *las juventudes*.² Esto conllevó, siguiendo a Bachelard (1982), a continuas “rupturas epistemológicas” con respecto a los conocimientos y a los saberes previos bajo un espíritu de “se conoce en contra de lo conocido”, situación que

² Me refiero a las juventudes en plural porque no existe una sola forma de ser joven, ya que esta sentencia se contrapone a la unicidad de la categoría cuando se habla del joven o de la juventud, en tanto, no se marcan las diferencias y la heterogeneidad existente entre ellas. Además, a las juventudes también hay que considerarlas desde la categoría *intra*, es decir, hay distintas maneras de ser joven, por ejemplo, la adscripción identitaria juvenil *punk*; *anarco punk*, *heavy punk*; *hard punk*, hasta *happy punk*; las cuales entran en disputa por la creación de su propia presencia y por la construcción de sentido.

llevó, por ejemplo, a desmontar el concepto de adolescencia,³ como “esencia” –edad biológica– y contraponerlo al de jóvenes –edad socio-cultural–, lo cual posibilitó colocar, en el campo y en varias agendas públicas e institucionales, nuevas temáticas y problemáticas, así como diferentes enfoques teórico-metodológicos como el método etnográfico o las etnografías de lo *unilocal a lo multilocal*.

Lugar importante fue también la aparición de instancias institucionales con apoyo del gobierno como el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA),⁴ que acabó convirtiéndose en cónclave y trinchera para las juventudes del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Aun así, al menos se tenía una figura importante encargada del diseño de políticas públicas en relación a las juventudes en el país. Y, a su vez, se edita la Revista *in Telpochtli, in Ichpuchtli*⁵ (1981-1988) como estrategia para tematizar y difundir conocimientos acerca de las juventudes, principalmente en México.

El segundo momento abarca de mediados de los años ochenta a los inicios de los noventa, época en la que las investigadoras cobran una importante presencia. El centralismo del pasado se disuelve y las investigaciones se realizan, paulatinamente, a nivel de todo el país. Quizás algunas de las acciones más relevantes y visibles de este momento es la puesta en escena del concepto de *Culturas Juveniles*,⁶ el cual reorganizó y le dio un giro a la perspectiva de las juventudes en los territorios de los Estudios Culturales, por lo que se trabajaron los

³ Sin duda, otra de las narrativas y discursos académicos e institucionales que ha disputado la creación de sentido con respecto a las y a los jóvenes, o mejor dicho, las juventudes, desde las posturas de la psicología social psicológica, cuya unidad de análisis es el individuo, en este caso, el adolescente, ha llevado a que la misma postura confunda y utilice el término y el concepto de juventud o jóvenes como sinónimo, cuando teóricamente no lo son, lo que resulta en una concepción esencialista, es decir, universalista, homogénea, totalizante y a-histórica.

⁴ A finales de los noventa, este Consejo muta o deviene en lo que ahora conocemos como el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE).

⁵ En la lengua náhuatl es un vocablo genérico que designaba al joven varón y a la joven mujer.

⁶ Al respecto, el lector interesado puede consultar el capítulo del antropólogo Rodrigo Díaz, “La creación de la presencia. Simbolismo y performance en grupos juveniles”, donde realiza un análisis y recorrido muy lúdico e interesante para arribar a una postura crítica y constructiva con respecto a lo resbaladizo y lo pantanoso del concepto de las *culturas juveniles* (véase Díaz, en Nateras, 2002, pp. 19-41).

aspectos de las identidades o identificaciones, así como los estilos de vida, las estéticas corporales (la “facha”, el “porte”), las escenas y consumos musicales, los espacios de las *sociabilidades*, y lo que he denominado como *el uso social de drogas versus* la drogadicción y la farmacodependencia, ambas posturas médicas-psiquiátricas en el eje salud-enfermedad.

En gran parte de los estudios realizados, la preocupación teórica-metodológica va encaminada a ligar el nivel de lo subjetivo –la biografía individual– con lo objetivo de la realidad social; es decir, lo micro con lo macro, lo teórico con lo empírico. De ahí que el eje analítico fuera, sin duda, el andamiaje clave de lo socio-histórico, en tanto posibilitó –bajo la pregunta de investigación– cómo dar cuenta de qué construye lo juvenil en la heterogeneidad cultural. Con ello se apunta a la construcción sociocultural de lo juvenil y a los jóvenes como actores, protagonistas de su propia historia, con capacidad de agencia y de acción social (Urteaga, 2010, 2011).

Categorías de análisis como los mundos o universos adultos *versus* los mundos o universos juveniles, permitieron visibilizar esa relación asimétrica de poder, además de conceptualizar sobre los espacios sociales de diversificación, lo cultural entendido desde su valor simbólico, y la generación o lo generacional como lectura de comprensión con un momento teórico muy significativo cuando en 1985 se declara el Año Internacional de la Juventud.

El tercer momento se ubica a finales de los años noventa e inicios del 2000, donde se destacan al menos cinco cuestiones claves y fundamentales.

Uno: El campo ya está fortalecido y en vías de expansión, lo cual posibilita seguir avanzando con un horizonte de futuro prometedor en la construcción de nuevos andamiajes y marcos teórico-interpretativos-comprensivos (ante las nuevas realidades juveniles). Ya que el posicionamiento irrefutable del concepto y la categoría de análisis: *las juventudes*, que abarca su vertiente socio-histórica y socio-cultural, tanto en la agenda de las ciencias sociales, humanas y culturales en México y en América Latina, como en la agenda política nacional (Urteaga, 2011). Con lo cual abren el diálogo y la colaboración en-

tre la academia, funcionarios(as) y políticos(as) venciendo las desconfianzas mutuas para influir en el diseño de las políticas institucionales.

Dos: La creación de líneas editoriales –revistas y libros– desde ámbitos gubernamentales en diálogo y colaboración con la academia y organizaciones de la sociedad civil (osc).

Tres: El establecimiento de “Redes de Investigadores sobre Juventud”, en México y América Latina.

Cuatro: Espacios académicos universitarios de formación.

Cinco: La Encuesta Nacional de Juventud (2000).

En lo que corresponde al asunto de las temáticas más trabajadas y visibles, se apuntó a la reconstrucción de las subjetividades sociales juveniles, a las tensiones entre lo global-lo local (lo *glocal*); a la relación dialéctica entre lo individual, lo social y lo cultural, el eje transicional de la educación y el empleo; también a las migraciones e inmigraciones, a las adscripciones identitarias, a las emociones, a las afectividades y a las nuevas *eroticidades* (las sexualidades).

Sucesos editoriales muy importantes y trascendentales fueron la creación de la Revista *JOVENes*, a cargo de la Dirección del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Juventud (CIEJ) del Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE) bajo la dirección del, ahora, Dr. José Antonio Pérez Islas. A su vez, se creó la Colección de Libros con el mismo nombre y otros proyectos editoriales que arrancaron en 1996. Hasta que, en el año 2007, fueron groseramente desmantelados⁷ por la administración del Partido Acción Nacional (PAN), de ultraderecha, dada su arrogancia e ignorancia excesiva –verdaderos analfabetos funcionales–.

La importancia de la revista y la de los libros estribó en que se tuvieron los dispositivos a partir de los cuales se difundieron y socializaron los conocimientos del área en una red de redes que se iba construyendo dentro de los estudios de juventud

⁷ En este sentido es de celebrar, por lo que implica y significa, que la nueva Dirección General del IMJUVE –a cargo del joven político Guillermo Santiago– y del Director de Investigación y Estudios Sobre Juventud: maestro Samuel Torres Méndez, se esté resucitando *JOVENes. Revista de Estudios Sobre Juventud*.

en México dialogando intensa y acaloradamente con colegas españoles y de América Latina.

En este sentido, aquí podríamos situar la edificación de la Red Nacional de Investigadores sobre Juventud en 1996. Acontecimiento fundante y central, ya que, a partir del hacer y del quehacer colectivo en los saberes y conocimientos, edificó una serie de vínculos y de relaciones intersubjetivas que posibilitaron los intercambios entre los *locus* académicos –*intra e inter*– y las instancias o instituciones gubernamentales.

Un espacio académico emblemático y fundante para la transmisión y la difusión de los conocimientos y de los saberes acumulados –capital intelectual– fue la creación del *Diplomado de Culturas Juveniles. Teoría e Investigación*, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, en 1998, y que sigue en curso hasta la fecha, referente a los estudios de las juventudes, tanto en México como en América Latina, así como para la sensibilización social en la formación de nuevos investigadores de la juventud.

Importa también mencionar el hecho de que, por primera vez, en el caso mexicano, se llevó a cabo la *Encuesta Nacional de Juventud 2000. Jóvenes Mexicanos del siglo XXI*,⁸ a cargo del CIEJ-IMJUVE, instrumento invaluable, ya que implicó realizar un diagnóstico o mapeo preciso que posibilitó visibilizar la gran heterogeneidad de la juventud en nuestro país, así como situarlos en las transformaciones y en los cambios en los cuales se insertaban. A partir de dicha Encuesta Nacional, se realizaron análisis para cada uno de los estados de la República, lo cual dio cuenta de las especificidades locales y regionales de las juventudes en México. También fue una herramienta clave para el diseño de políticas nacionales y estatales junto a la creación de programas de intervención, y un conocimiento muy útil para los distintos sujetos y actores sociales en el campo de los estudios de las juventudes. De ahí es de donde

⁸ La segunda Encuesta sobre juventud en México, se realizó en el año 2005 y, la tercera, en 2010, aunque no tuvieron la trascendencia de la primera realizada en el 2000. Esperemos que la nueva Dirección del IMJUVE tenga la habilidad política suficiente para gestionar recursos y llevar a cabo la cuarta encuesta, así como continuar con los premios nacionales a nivel de licenciatura, maestría y doctorado, a las mejores tesis de estudios de las juventudes en México.

deviene la utilidad social de la información, la cual debe estar abierta y ser accesible para todos los interesados.

A partir de los tres momentos referidos anteriormente, *proponemos dos etapas más*. Es decir, una cuarta y una quinta, considerando más o menos las cohortes socio-temporales marcados por Reguillo (2004). Por lo que hablaríamos –siguiendo la idea de movimientos, cursos y trayectorias, con sus respectivas inflexiones– de un espacio temporal de 2000 a inicios del 2010, y de finales de 2010 en adelante.

En el cuarto momento, de mediados de 2000 a principios de 2010, diríamos que una vez consolidado el campo y al ser muy diverso, logró “echar raíces”, “enraizarse”, en tanto los diálogos e intercambios eran fructíferos por la participación de las distintas generaciones o “camadas” de investigadoras e investigadores jóvenes. Quienes siguen llegando al campo, se están consolidando –no sin dificultades por los tiempos que corren desde la lógica del trabajo *hiperflexible*– para empezar a insertarse en las universidades y centros de investigación, aunque no con plazas de tiempo completo. Aun con esta falta, tienen horas-clase; participan activamente en congresos, seminarios, y coloquios; son asistentes de investigación; dirigen tesis de licenciatura y de posgrado; publican en revistas y libros colectivos e, incluso, tienen algunos puestos de dirección en asociaciones civiles, en ámbitos gubernamentales o instancias privadas.

A su vez, con respecto a los dispositivos teórico-metodológicos, se enfatizan las estrategias metodológicas horizontales, dialógicas, colaborativas y militantes, así como las etnografías multisituadas. Las temáticas y las investigaciones más socorridas van en las coordenadas de las violencias sociales, las tecnologías de la comunicación y de la información (TIC), o los estudios de género, femenino y masculino. Otras vertientes temáticas son las juventudes en los centros urbanos tanto de México como de América Latina; las transiciones a la adultez y, con una mayor visibilidad, los estudios comparados y de colaboración entre académicas y académicos de varios países, principalmente con Centro y América Latina.

Otro esfuerzo más a destacar, es la edificación de nuevos espacios de diálogo, además de discusiones *intra* e *inter* generacionales entre investigadores de juventud que se están llevando a cabo. Por ejemplo, en 2008, se crea –bajo la responsabilidad de Pérez Islas– el Seminario de Investigación en Juventud (SIJ) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

El quinto momento, que corre de finales de 2010 a 2019, abarca el dilema o paradigma de encontrar los mecanismos más redituables entre los diálogos inter e intra generacionales, a fin de llevar a cabo la mutación y la transición, que vayan encaminados el gestionar y facilitar, los relevos que implicaría seguir realizando las aperturas de los espacios académicos de investigación e intervención con los que ya contamos. Esto con la intención de ir cediendo –“dar los pases reales como simbólicos”– su gestión, y garantizar así su continuación, por parte de las nuevas generaciones de jóvenes investigadoras e investigadores.

En este sentido y espíritu, en 2013 y a partir del SIJ de la UNAM, se realiza un Padrón Nacional de Jóvenes Investigadores, que a su vez lleva a cabo el *Primer Encuentro Nacional de Jóvenes que Investigan Jóvenes* (ENJIJ).⁹ Y para el 2015, se establece la Red Nacional de Jóvenes Investigadores (RENAJI) (Pérez, 2018).

El 28 de abril de 2016 se instaura el *Seminario Permanente: Jóvenes entre la creación y la criminalización*, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), coordinado por la Dra. Maritza Urteaga y los doctores: Hugo C. Moreno y Mario J. Domínguez, todos de la ENAH. Un espacio que alberga a jóvenes y no tan jóvenes investigadores, hombres y mujeres estudiantes de posgrado, preocupados por establecer las me-

⁹ El Segundo Encuentro Nacional, denominado *Nuevos Métodos para Nuevas Realidades*, fue en 2014; el Tercero, se llevó a cabo en 2015 con el nombre de *Nuevas Miradas para Acercarse a los Mundos Juveniles*; el Cuarto, realizado en 2016, fue intitulado *Escenarios Juveniles de las Violencias*. El Quinto, en el año de 2017, se realizó bajo el nombre de *Las condiciones de los mercados de trabajo*; el Sexto, en 2018, *Identidad, Cultura y Emancipación*, y el Séptimo, en 2019 nombrado *Jóvenes frente a los procesos migratorios*.

diaciones entre las violencias y las estrategias de resistencias sociales, vía los dispositivos de la cultura y las artes.

En 2016, a través del Seminario Virtual del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en coordinación con el Colegio de la Frontera Norte, sede Tijuana (el Colef), bajo la batuta del Dr. José Manuel Valenzuela Arce, se impulsa e imparte el seminario denominado: *Juvenicidio, América Latina y más allá*, que aglutina a investigadoras e investigadores de primer nivel dentro de la larga data de México y América Latina, donde, a su vez, concurren una gran variedad de estudiantes del continente.

Para 2017, 2018 y 2019 se dan nuevas promociones bajo la denominación: *Juvenicidio y vidas precarias en América Latina*, tutelado ahora solo por el Colef-Tijuana, bajo la misma coordinación del Dr. José Manuel Valenzuela Arce. Cabe decir que dicho seminario ha tenido una recepción muy numerosa de estudiantes y funcionarios entusiastas y propositivos, ya que en su mayoría están llevando a cabo investigaciones cercanas y relacionadas con el asunto de lo que he denominado: *las violencias de muerte*, en ámbitos juveniles.

En lo que respecta a las grandes temáticas abordadas, destacan: las migraciones de retorno de las y de los jóvenes, violencias de género desde su vertiente dentro del “*feminicidio*” y del “*juvenicidio*” (Valenzuela, 2012, 2015); las juventudes “indias” o “indígenas”, el “*fetichismo*” respecto a las redes digitales; el desbordamiento del crimen organizado, las nuevas formas de participación social y política de jóvenes en clave cultural de la *neo o post política* junto con las expresiones y manifestaciones en el espacio público del malestar y el descontento social y callejero. También se desarrollan la construcción de ciudadanías juveniles, la discusión por los derechos humanos y, lo relacionado con las precariedades, la vulnerabilidad y diferencias sociales, en las que se debaten una gran parte de las juventudes.

A través de este *recorrido de memorias teórico-conceptuales y de nostalgias afectivas* diríamos que los estudios de las juventudes en México – principalmente– y en América Latina, van garantizando, en cierta medida, la posibilidad de adecuar y de ajustar permanentemente las plataformas teórico-teoré-

ticas y seguir afinando los marcos interpretativos-comprensivos que conduzcan a la diversidad de abordajes interdisciplinarios a partir de dispositivos metodológicos mixtos, tanto cuantitativos como cualitativos y con la solvencia empírica. Dando cuenta o visibilizando las complejidades, las tensiones y los conflictos de las problemáticas y las esperanzas en los mundos o los universos juveniles en nuestras sociedades contemporáneas.

ACERCA DE LOS ANDAMIAJES TEÓRICO-CONCEPTUALES

De igual manera, a partir del curso y de la trayectoria que se acaba de hacer con respecto a la juventud o las juventudes, podríamos afirmar que éstas no son tan solo una palabra denominativa, sino una potente categoría de análisis sociocultural; un concepto construido permanentemente, situado en un tiempo y en un espacio histórico determinado, dotado de contenidos epistémicos, de prácticas de sentido y de vivencias diferenciadas *intra* e *inter* juveniles, lo que va configurando los mundos y los universos juveniles *versus* los mundos y los universos adultos. De tal suerte que para comprender a la juventud o a las juventudes se requieren continuamente de nuevos y frescos paradigmas que posibiliten las re-conceptualizaciones y las re-interpretaciones situadas de manera dinámica (Cordera y García, 2012).

En este tenor, las juventudes se comprenden mejor a partir de sus vínculos sociales con “los otros”, particularmente con los mundos adultos, aunque también implica reflexionarlas con respecto a las instituciones (Trejo, Anzate y Itati, 2010), a los medios masivos de comunicación y a la sociedad y la cultura como un todo o totalidad (perspectiva holista).

Las juventudes, como cualquier otro tipo de sector social, conglomerado o agrupamiento, son diversas y desiguales, actores y sujetos sociales, móviles-oscilantes cambiantes y complejos. La categoría o concepto de la misma implica reconstruir sus cursos y trayectorias de vida –biografías individuales– ligadas a lo social-cultural de sus contextos.

En estas coordenadas de análisis, la propuesta teórico-metodológica de Urteaga (2010, 2011) adquiere una gran riqueza heurística en relación al enfoque (diría método) socio-histórico-cultural, ya que nos sitúa en los ejes analíticos de la construcción de las narrativas, los discursos e imágenes institucionales y socio-culturales de lo juvenil y, al mismo tiempo, la construcción juvenil de la realidad socio-cultural en un ir y venir constante.

En este sentido, los ejes más significativos en la configuración “sociocultural de lo juvenil” se dan a partir de la interrelación de varias *de análisis*, por ejemplo, *el género, la clase social y la etnia*.

Uno de los aspectos fundamentales en torno a la construcción sociocultural de lo juvenil, está en relación con *la categoría de género*, a partir de la cual se construye una diferencia significativa en relación a las juventudes en tanto ser hombres/las masculinidades y ser mujeres/las feminidades. Durante un tiempo, la narrativa y el discurso dominante de la masculinidad homogeneizaba a las juventudes y, por consiguiente, se invisibilizaba a las mujeres en su condición de jóvenes, es decir, cuando se hablaba de la juventud, o de los jóvenes, el imaginario colectivo y hegemónico, en automático se retraducía en que todos eran hombres.

Es evidente que no es lo mismo ser un joven hombre a una joven mujer en determinado tipo de acciones, de prácticas sociales y de expresiones culturales. Tenemos como ejemplo, las situaciones en términos del empleo, la equidad, la violencia, la sexualidad, la sensibilidad, la creatividad y las corporalidades. Pero lo que resulta más interesante e importante es dar cuenta teórica y metodológicamente con base en evidencia empírica de las diferencias, recovecos, tesituras y texturas con respecto, y frente, a la condición de las masculinidades e, incluso, al interior de lo femenino juvenil, en el entendido de que hay varias formas de ser mujer en función de sus vivencias y experiencias.

Otra categoría clave es la referente a *la clase social*, olvidada últimamente por una gran parte de las y los investigadores en las ciencias sociales, humanas y culturales, debido a la gran

dificultad que implica contemporáneamente su manejo en términos teórico-metodológicos y empíricos.

Es claro que el lugar social es también muy importante en la configuración de la condición de lo juvenil o de las juventudes. Evidentemente, esto lo intuimos y lo sabemos todos, ya que no es lo mismo ser joven dentro de la adscripción identitaria juvenil de los *Mirreyes* –jóvenes adinerados y en condiciones muy favorables de vida– a ser un joven perteneciente a lo que queda de la clase media de este país. O ser joven en condiciones más desfavorables, social y económicamente hablando, como vivir en Ecatepec ("*Ecatepunk*"), o en Ciudad Netzahualcóyotl ("*Nezayork*"), o en algún otro contexto social nada favorable.

Por lo cual, el lugar o el estrato social es un ordenador imprescindible de análisis en la configuración de las relaciones sociales/intersubjetivas en términos de la condición juvenil. Ello quiere decir que frente a las otras *clases sociales* hay otras juventudes, y también al interior de la propia clase social, como dimensión de análisis.

La etnia es otra categoría muy relevante en la constitución de las juventudes en términos de su heterogeneidad. Tenemos poca investigación con respecto a las juventudes en zonas rurales, las indígenas, o determinados grupos campesinos. Actualmente se han incrementado las investigaciones e intervenciones de varios equipos de académicos, como el Centro de Investigación de Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) e, incluso, la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

Por ejemplo, colegas de Chile están trabajando bastante sobre las juventudes en relación a su condición de ser *Mapuches*, y en Centroamérica (Honduras, Salvador y Guatemala o TNC), se están realizando estudios con respecto a las juventudes del campo en términos de sus adscripciones identitarias indígenas como *Mayas*.

Las categorías y dimensiones de análisis anteriormente mencionadas van construyendo y configurando la condición de lo juvenil, ligadas, entrecruzadas e interrelacionadas, a partir de situar a estos sujetos y actores sociales en relación con

sus contextos, tanto económicos, como políticos, sociales, culturales e históricos.

Estos entramados nos conducen a considerar a las juventudes como actores y sujetos sociales activos siendo protagonistas –con capacidad de agencia sociocultural– de una historia individual construida social y colectivamente. Y, aunque han predominado caracterizaciones demográficas que ubican la edad cronológica (rangos de edad¹⁰) en la supuesta definición de los actores y de los sujetos sociales juveniles, estos enfoques y aproximaciones de grupos etarios sirven básicamente a las instituciones, a los organismos nacionales e internacionales en el diseño de sus políticas públicas y de programas de intervención, aunque distraen y nublan la mirada, a fin de entender su densidad *procesual* y su comprensión teórica-teorética.

DE LOS CONTEXTOS A LOS TEXTOS: CLAVES COMPRENSIVAS- INTERPRETATIVAS DE LAS REALIDADES JUVENILES

Una de las interrogantes, que de nueva cuenta tendríamos que formularnos y replantear, sería el de “*juventudes situadas*” (Nateras, 2016a, 2016b) con respecto a la importancia actual, indiscutible y urgente, que cobran los contextos sociales, económicos, políticos, culturales e históricos, a partir de los cuales ubicamos a los sujetos y a los actores juveniles en su variedad y diversidad *intra e inter* sociocultural. En este flujo de ideas surge la siguiente pregunta: ¿qué podríamos entender por los contextos? Una respuesta provisoria, rápida e instrumental entendería los contextos como herramientas y claves interpretativas que nos posibilitarían una mejor comprensión de la dinámica de la realidad social objetiva en la que están insertos y anclados tales actores –aunque no fijos y estáticos– ya que influyen e impactan, en varios sentidos, sus vidas cotidianas junto a sus vivencias-experiencias, y delinean ciertas prácticas

¹⁰ El Consejo Nacional de Población (CONAPO) marca el rango de 15 a 24 y de 15 a 29 años. Cordera y García (2012), por su parte, proponen la siguiente clasificación: Adolescentes (15 a 19 años), Jóvenes (de 20-24 años) y Adultos jóvenes (de 25 a 29 años).

individuales, sociales, colectivas, junto con sus representaciones o auto-representaciones y estados de ánimo afectivos.

Esto conlleva, como posicionamiento intelectual, teórico y académico, deslindarnos de las narrativas y de los discursos que avalan un determinismo estructural, ya sea psicológico –estructuras síquicas–, sociológico –estructuras sociales– o antropológicas –estructuras culturales–, en tanto las estructuras “*no determinan todo*”, ya que los sujetos y los actores tienen capacidad de agencia o protagonismo. Aun así, tampoco podemos avalar el discurso actual donde “*todo es construido*”. Por lo que quizás el dispositivo teórico-epistémico más redituable sería el de “*estructuras-estructurantes-en estructuración*”, ya que abren ciertos *intersticios* y *locus* que posibilitan mediaciones, márgenes de flexibilidad, influencia, plasticidad, interacción e intercambio en la producción y reproducción de los actores sociales juveniles.

En tal sentido, si los mundos o universos juveniles no se pueden entender sin sus relaciones y sus vínculos con el todo social y cultural, entonces podríamos proponer la siguiente premisa teórica-teorética: pensar a las juventudes –sus biografías o subjetividades individuales construidas socialmente– tendría que transitar por reflexionar y problematizar el contexto del país o países que correspondan –la realidad social objetiva– y, viceversa; es decir, pensar al país –sus contextos–, también tendría que implicar reflexionar a sus juventudes, en virtud de tal o cuales situaciones o problemáticas.

Y esto es así –por sobre otros sectores, conglomerados o agrupamientos sociales– no solo por su importante presencia demográfica en México y en América Latina, sino que también, y principalmente, en términos simbólicos. Es decir, por lo que representan y por lo que significan en el aquí y en el ahora de nuestros países y en el todo sociocultural.

En relación con su valor simbólico, las juventudes son uno de los actores y de los sujetos socioculturales más protagónicos en la escena y en el entramado de la vida cotidiana (Heller, 1987). Ellas son quienes más finamente visibilizan las contradicciones del proceso civilizatorio vehiculizadas en la crisis descomunal del *neoliberalismo* y del proyecto económico del *neoliberalismo*.

lismo en el que se vive actualmente. Este proyecto económico afecta en mayor proporción –objetiva y subjetivamente– a las y a los jóvenes en México y en América Latina bajo el término de *juventudes sitiadas* (Nateras, 2016a, 2016b).

De ahí que hay que preguntarse: ¿Cuáles contextos son más significativos y trascendentales al dar cuenta de ciertas tensiones, conflictos y problemáticas sociales? Siguiendo la ruta tanto de los marcajes de la agenda pública como de las academias, las investigaciones e intervenciones emergentes en el campo de estudio de las juventudes tienen un especial énfasis en *las violencias sociales, las precariedades* –la precarización–, *el malestar social y las protestas callejeras, el “feminicidio” y el “juvenicidio”* (Valenzuela, 2012, 2015); *las nuevas formas de participación social y política* –la neo o la post política– y *las migraciones forzadas*.

De éstas, considero que una de las temáticas emergentes y urgentes a problematizar con respecto a las juventudes, hoy, es lo que atañe al entramado de las *precariedades* en el que una gran parte de ellos y ellas están inmersos y se encuentran. Además de un delineamiento de las dinámicas, las tesis y los estados de ánimos individuales y colectivos en sus vidas cotidianas, marcando, en gran medida, sus comportamientos socioculturales, tanto en México como en América Latina.

La *otra temática* –asociada y derivada de la anterior– es los procesos y los flujos migratorios, en especial –y por su densidad analítica– los correspondientes a las *migraciones forzadas*, es decir, a lo que estamos presenciando, los *éxodos humanos y las caravanas de migrantes*¹¹ *centroamericanos*.

A partir de este espíritu que me anima, realizaré rápidamente una suerte de bosquejo y de mapeo teórico-reflexivo acerca de la condición juvenil contemporánea, básicamente en el eje

¹¹ Hay que recordar que después del atentado a las Torres Gemelas en Nueva York (septiembre, 2011), el supuesto nuevo orden mundial, construyó el discurso acerca de que los sujetos o personajes, que justamente los ponen en predicamento y, por consiguiente, se convierten en enemigos y, en una amenaza para ellos, son: los pobres, los terroristas, los migrantes (Sosa, 2004) y, agregaría también, a las “*pandillas transnacionales*”. Sólo basta recordar los más recientes pronunciamientos neofascistas/racistas del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, el magnate Donald Trump, contra los migrantes en general y, en particular, descalificando y agrediendo, a los centroamericanos; en específico, a la Mara Salvatrucha (MS-13) y a las “pandillas” como la del Barrio-18 (B-18).

de las *precariedades* y las *migraciones forzadas*. Esto no solo en el ámbito material-fáctico de las condiciones de vida en la que se encuentra una parte significativa de este sector de la población sino sobre todo desde su aspecto simbólico, es decir, en función de sus prácticas sociales, sus expresiones culturales y sus acciones colectivas que, por lo común, irrumpen espectacularmente en el espacio público de la calle dándole cabida y rostro al malestar y al descontento social.

DE LAS PRECARIIDADES A LA PRECARIZACIÓN: DESIGUALDADES, VULNERABILIDAD Y POBREZA

En relación a nuestras sociedades contemporáneas, pensando en los importantes centros urbanos de México,¹² Centro y América Latina, se destaca la tremenda crisis que vive el *neocapitalismo*, en su versión de *neoliberalismo económico* –aquel “*capitalismo de cuates*”– depredador, salvaje, sin ética, plagado de historias de corrupción y en contubernio constante con lo que se ha dado en llamar “*las economías criminales*” que los ubica en coordenadas de “*la paralegalidad*” al recordar, tan solo, la tremenda situación que se está viviendo en el caso de Argentina desde el 2018, y en 2019, con el gobierno del empresario Mauricio Macri, aunque hay que recordar también las anteriores crisis de 2001 y 2002. En las mismas lógicas se ubica la situación insostenible que se está viviendo en Ecuador 2019 –la crisis social y la revuelta indígena–, bajo la presidencia de Lenín Moreno, quien a “*rajatabla*”, quiere imponer las recetas perversas y fracasadas dictadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI).

En el caso mexicano, el Estado benefactor, el del bienestar social, no duró mucho. Abarcó, más o menos, de la década

¹² Una de las películas que da cuenta de las incipientes contradicciones de la modernidad en las grandes ciudades es *Los Olvidados* (1950), del cineasta Luis Buñuel. Película censurada por algún tiempo, se aprecia también en este filme la emergencia de las “*palomillas*”, de “*agrupamientos de cuates*”, lo que posteriormente fueron las “*pandillas juveniles*”. Al respecto, hay un escrito antropológico de Carles Feixa denominado: “*Asesinos adolescentes, asesinados*”: *Representaciones de la adolescencia en Los Olvidados, de Luis Buñuel* (Nateras, 2016a, pp. 77-110).

de los años cuarenta, a principios de los ochenta. La apuesta se conoció como “el desarrollo estabilizador” cuya narrativa festiva y discursiva era la del “*milagro mexicano*” donde el crecimiento y el fortalecimiento de las clases medias era su motor. Y es precisamente en los años ochenta, cuando arriban al poder presidencial los “*tecnócratas*” quienes tuvieron a bien, poco a poco, dismantelar las instituciones del Estado privatizando las paraestatales y los bancos, por referir tan solo algunos ejemplos. Curiosamente, las crisis más duras fueron en las administraciones de 1982, 1994 y 2009. Y Chile quizás sea la primera referencia de la instrumentación del modelo económico del *neoliberalismo* ensayado en América Latina cuando el dictador, Augusto Pinochet, dio el fatídico golpe militar al gobierno socialista de Salvador Allende en 1973.

Estos contextos se comparten como latinoamericanos signados por la globalización, además de enfrentar una crisis brutal de *neocapitalismo* devenido en *desorden*, en *caos*, guardando las particularidades de los ritmos socioculturales, los tiempos históricos y las especificidades de cada uno de los países, que no dejan de estar cruzados y delineados por situaciones sociales, ambientes, climas y entornos similares que en el caso particular de las juventudes contemporáneas están marcadas sustancialmente por los procesos y los mecanismos de la exclusión y de las desigualdades sociales, la vulnerabilidad y los riesgos, la pobreza y la miseria, ya sea en Colombia, Perú, Brasil, Argentina, Ecuador o México (Trejo, Arzate y Itatí, 2010) donde agregaría también a El Salvador, Honduras, Guatemala y Nicaragua.

Contextos y situaciones desfavorables que se ligan y articulan propiciando estados de ánimo colectivos –de las *juventudes situadas y sitiadas*– en trazos de desencanto, desesperanza, malestar e indignación social; que van configurando acciones y mecanismos de interpelación, de resistencias sociales, de construcción de ciudadanías juveniles donde las redes digitales han replanteado los activismos denominados como *ciber-militancia*, *ciber-política*, cuya puesta en escena –*performativa*– de las *adscipciones identitarias* y de sus posturas políticas, va encaminada, en los espacios públicos, a la disputa

por la creación de sus presencias, y por la demanda imposter-gable de sus derechos humanos.

Es claro que, bosquejando un horizonte amplio de la situación actual de las juventudes latinoamericanas, una de sus características es la *escasez* de oportunidades –en toda su amplitud– que van dificultando seriamente la construcción de un mundo mejor ya que viven en condiciones de *vulnerabilidad*, la cual se define, siguiendo a Jiménez y Boso (2012) como:

(...) el incremento de la pobreza, el desempleo, subempleo, informalidad y precarización laboral, los embates contra los sistemas de pensiones y jubilaciones, la afectación de los derechos y las conquistas sindicales, la disminución de la cobertura y acceso de los servicios de salud, la atenuación del sistema educativo como elemento asociado a la movilidad social, el crecimiento de la violencia y la inseguridad (p. 10).

Las precariedades –laborales, económicas, educativas, de salud, recreativas, familiares– ligadas con la exclusión social y las crecientes desigualdades son también uno de los rasgos, de los matices y de las tesituras que le están dando los rostros, tanto en México, Centro y América Latina –incluiría también al Caribe–, a las juventudes de hoy. Ellas conllevan procesos y estructuras de las realidades sociales muy complejas (Morin, 1998) en las que particularmente *las y los actores juveniles* tienen que diseñar o rediseñar sus horizontes de presente en el aquí y en el ahora del todo socio-cultural desde distintos lugares de desventajas acumuladas individual, social e históricamente hablando.

Las problemáticas que enfrentan las juventudes en México y en América Latina en la transición y en las trayectorias de la educación hacia el trabajo –además de ser asuntos estructurales muy difíciles– parecen estar rotos, fracturados (Pérez, 2018). Sin embargo, aunque la escuela está perdiendo el sentido frente al trabajo, esta no pierde su centralidad (Jiménez y Boso, 2012).

Lo que hoy predomina es lo que se conoce como el trabajo flexible, situación que conlleva una inestabilidad, incerteza e

incertidumbre en los campos o mercados laborales, por lo que están emergiendo nuevas formas de “empleabilidad”: agencias juveniles, juventudes *prosumidoras*, pero también surgen nuevos dispositivos y estrategias que se colocan en los umbrales, en los bordes y en los límites de la “*informalidad*” y de la “*paralegalidad*”.

Aspectos que han ocasionado que en los diferentes escenarios socioculturales –sea la escuela, el trabajo o la familia; por citar algunos– se estén gestando las diversas y múltiples vivencias y experiencias de las cotidianidades de las juventudes en situaciones muy desfavorables. Desventajas marcadas por la exclusión y por las crecientes desigualdades sociales que, para Saraví (2009), tensan las transiciones a la adultez (diríamos, a los mundos y universos adultos) con un énfasis principalmente en las y los jóvenes de los sectores populares. Para esto, el autor propone hablar de *transiciones vulnerables* cuyos dos niveles de análisis –interdependientes e interrelacionados– serían la biografía (el individuo o lo individual) para entender la exclusión, y la historia (la sociedad o lo macro) a fin de comprender las desigualdades sociales.

Lo interesante en cuanto a planteamiento teórico-metodológico es que para la juventud en sí es muy importante la vivencia: su experiencia *biográfica* como tal o tales. Por lo que podríamos, bajo la visión de la investigación etnográfica, decir lo siguiente: “*siga usted los cursos de vida y las trayectorias de las juventudes*”. De tal suerte que estamos señalando la importancia de la construcción de las *subjetividades* juveniles, poco atendidas en estas coordenadas analíticas.

ÉXODOS CENTROAMERICANOS INFANTO-JUVENILES: ENTRE EL MIEDO, LA INCERTIDUMBRE Y LA ESPERANZA

Podríamos imaginar que existe una suerte de matriz teórico-conceptual donde concurren una serie de términos como las *precariedades*, las *desigualdades sociales*, la *exclusión*, las *vulnerabilidades*, los *riesgos* y la *escasez*, entre otros, íntimamente relacionados. Estos serían una especie de *núcleos* y de

nodos que se comparten, comunican y re-articulan con procesos estructurales complejos y que visibilizan problemáticas acuciantes como la pobreza, la miseria, las violencias sociales de muerte y las *migraciones forzadas*, por ejemplo.

Es evidente que los flujos y los *procesos migratorios*, particularmente los *forzados*, están circunscritos a una diversidad de contextos, motivos y significaciones. Quizás los más relevantes sean los asociados a cuestiones económicamente apremiantes, a los climas de violencias sociales insoportables, a pertenecer a una minoría étnica u orientación sexual no heterosexual, por guerras locales, o simplemente, el huir de regímenes autoritarios, dictatoriales o militares.

Estas situaciones han ocasionado tremendos estragos alterando y rompiendo las dinámicas de sus vidas cotidianas (Heller, 1987), separando a las familias y, por consiguiente, creando estados de ánimo colectivos de miedo, incertidumbre, zozobra, dolor social, sufrimiento colectivo y bastante desesperanza.

En este sentido, me interesa referir un estudio de caso paradigmático y en contraste, con respecto a la *migración forzada* cuyo centro se sitúa en lo que se conoce como la Región del Triángulo del Norte Centroamericano (TNC) que incluye a los países de El Salvador, Honduras y Guatemala. Actualmente reconocida como el área más peligrosa del mundo, siendo San Pedro Sula, en Honduras, el lugar más violento de la región.

Las coordenadas y el eje espacio-temporal se ubican básicamente a finales de los años setenta, los ochenta y principios de los noventa, espacios temporales que marcaron las vidas, las experiencias y existencias individuales, sociales y colectivas, de toda una generación de niños, niñas y de jóvenes centroamericanos, a lo que he denominado *infanto-juveniles*.

Como ejercicio de memoria social, colectiva e histórica, hay que situar los contextos (entendidos en la propuesta esbozada páginas atrás y desde su valor interpretativo-comprensivo) dando razones para explicar el que exista un clima de represión y de muerte de una manera desbordante, cruel y despiadada.

Por ejemplo, en el caso de El Salvador, la guerra entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y el Ejército Salvadoreño –entrenados en La Escuela de las Amé-

ricas en Estados Unidos– arrojó una cifra de más de 70 000 muertos, algo sencillamente brutal.

En lo que atañe a Honduras, se dieron una serie de asesinatos muy definidos contra los comunistas, los izquierdistas, los líderes sociales, activistas y, de manera significativa, contra jóvenes estudiantes.

En lo que se refiere a Guatemala, el exterminio de las poblaciones indígenas fue abierto y descarado creando problemas muy serios de desplazamientos forzados en toda la zona hasta la frontera con México.

Dada esta situación, los actores y los sujetos sociales más vulnerables fueron las y los jóvenes. Por ejemplo, en El Salvador –solo por citar un país–, el ejército y la guerrilla empezaron a reclutarlos de una manera desmedida, lo cual implicó fundamentalmente una situación de muerte casi segura para ellos. En la película *Voces inocentes* (2004),¹³ el cineasta mexicano, Luis Mandoki, retrata de una manera muy desgarradora tales sucesos dramáticos.

Por tales motivos, una de las estrategias familiares para salvaguardarlos de las violencias y la muerte asociada a sus contextos fue ingresar a esta generación *infanto-juvenil* a los flujos y a los procesos de las migraciones transnacionales forzadas. Con ello, se envió a jóvenes, niños y niñas principalmente a los Estados Unidos de América, vía México y con la característica de que la mayoría de ellos y de ellas no contaban con los papeles reglamentarios, es decir, se iban de “*mojados*” o de “*ilegales*” y, además, sin el resguardo o el acompañamiento de un adulto.

¹³ Esta película narra de una manera descarnada la historia de vida de Chava, un “*bi-chito*” –así le llaman a los niños en El Salvador– de 11 años quien se ve presionado y confrontado ante la constante amenaza de ser reclutado, ya sea por el ejército salvadoreño o por la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en plena guerra civil.

Posteriormente, Mandoki (2012) filma el largometraje *La vida precoz y breve de Sabina Rivas*. En dicho filme, se relatan las penurias y las tragedias que padecen los migrantes, en especial los centroamericanos, en la Frontera Sur de México narrando su intento de llegar a los Estados Unidos de América y alcanzar el “*sueño americano*”. El personaje central de la trama es una niña-adolescente llamada precisamente Sabina y cuenta su viacrucis migratorio al recorrer las balsas, el paso por los retenes, el calor, los animales y la constante zozobra de ser asaltados, o asesinados por integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13).

Otro marcaje muy importante e infaltable, en relación a considerar a los contextos como claves hermenéuticas, fue que, durante el año de 1992, en la Ciudad de México, a instancias de nuestro país y, del gobierno francés, se firmaron los acuerdos de Paz para la región del TNC, conocidos como los tratados del Castillo de Chapultepec. Con estos acuerdos, se daba formalmente por concluida la guerra en la zona. Sin embargo, las violencias de muerte no disminuyeron sino aumentaron de una manera inesperada y sorprendente. Esto debido, entre otras cuestiones, a que no se dismantelaron las instancias y las estructuras de las violencias de muerte. Y siguiendo la idea de Tilly (2003), *los profesionales de las violencias*, es decir; militares, paramilitares, mercenarios, sicarios, grupos de limpieza social, crimen organizado, fuerzas especiales, agentes de la Agencia Central de Inteligencia [CIA] norteamericana, abonaron en la configuración de lo que he nombrado como “el *mercado y el festival de las violencias de muerte*” (Nateras, 2015).

A partir de la firma de los tratados de paz del Castillo de Chapultepec-México, el gobierno de los Estados Unidos de Norte América instrumenta y lleva a cabo una deportación masiva, principalmente de integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13) y de la “*pandilla*” del Barrio 18 (B-18), a sus respectivos países de origen en El Salvador, Honduras y Guatemala. Situación que provocó un desorden, caos social y, una creciente alarma, al desconfigurar los espacios públicos en sus principales ciudades, así como una brutal y descarnada batalla por la disputa de su control.

Tracemos ahora una línea analítica imaginaria espacio-temporal y ubiquémonos de nueva cuenta en el TNC entre el año 2018 y el 2019. Los éxodos humanos que recientemente se acaban de dar *desde Centroamérica* (Valenzuela, 2019) siguen una trayectoria que atraviesa el territorio mexicano hasta llegar a Tijuana, Baja California para intentar ingresar a los Estados Unidos de América.

La primera característica es que se trata de *migraciones forzadas* con un cierto ingrediente político, motivadas por las desesperantes *precariedades* económicas que visibilizan la pobreza extrema y miseria al límite, las incertezas laborales,

las violencias sociales en espacios familiares, el acoso sexual, “el feminicidio”, las perpetradas por el crimen organizado, las pandillas trasnacionales (la *Mara Salvatrucha*, MS-13 o el *Barrio 18*, B-18)¹⁴ o por padecer gobiernos o regímenes políticos muy autoritarios (de ultraderecha) e intolerantes.

La segunda es muy llamativa ya que lo clandestino se despoja de su clandestinidad y de ahí surge el tránsito de lo semiprivado en grupos reducidos a manifestarse abierta, oceánica, visiblemente, deviniendo en grandes conglomerados de personas, representadas o puestas en escena en el espacio público de las calles, los caminos, las carreteras, los parques, los refugios y los albergues.

La tercera, tiene que ver con su configuración poblacional, es decir, son éxodos mayoritariamente plagados de *niñas*, *niños*, de *jóvenes* y de muchas familias.

En relación a *niñas* y *niños*, se estima que son un poco más del 40% del total de los que están migrando y lo más preocupante es que lo hacen sin compañía de algún adulto, o incluso sin ningún familiar.

En lo que atañe a *las juventudes* básicamente migran por las situaciones de violencias que están padeciendo y, por un aspecto, tanto real como simbólico, en que las precariedades económicas, laborales y educativas en las que viven y padecen, en sus respectivos países (los conformados por el TNC) les están imposibilitando imaginar perspectivas factibles, no ya de futuro sino de sus vidas cotidianas en el aquí y en el ahora de sus existencias.

Y en lo que se refiere a *las familias*, es llamativo ver a tantas mujeres jóvenes, mujeres embarazadas y madres solteras. Pero también aparecen en la configuración de la población de quienes migran, los adultos mayores, con sus tristezas acumuladas, sus esperanzas en el horizonte y su inquebrantable fe.

¹⁴ Actualmente la “*pandilla*” del Barrio 18 (B-18), ya se dividió entre los del Sur-Sureños y, los “*Revolucionarios*”. Tal escisión se dio, entre otras cuestiones, por una diferencia en su concepción, es decir, los del Sur, inclinados a seguir los patrones sociales y culturales de los agrupamientos al estilo de Los Ángeles, California USA y, los “*Revolucionarios*”, más híbridos, dados los procesos de deportación y, cercanos a los agrupamientos identitarios/barriales locales.

Si releyéramos rápidamente el andamiaje de las *precariedades*, las *desigualdades* sociales, la *exclusión* y las *vulnerabilidades* (Moraña y Valenzuela, 2017) desde coordenadas analíticas de la *necropolítica* (Mbembe, 2011) podríamos afirmar que es el Estado, sus instituciones y gobiernos, los que deciden quiénes viven y mueren, dadas sus condiciones socioculturales en que transcurren las vidas cotidianas en el aquí y en el ahora del todo social, en este caso, las juventudes.

REFERENCIAS

- Bachelard, G. (1982). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis de conocimiento objetivo*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Cordera, R. y García, R. (2012). *Jóvenes: una generación que podríamos perder*. México: Idea Latinoamericana.
- Heller, Á. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, España: Península.
- Jiménez, M. y Boso, R. (2012). *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa*. México: UNAM-CRIM.
- Moraña, M. y Valenzuela, J. (2017) *Precariedades, exclusiones y emergencias. Necropolítica y sociedad civil en América Latina*. México: UAM-Iztapalapa, Gedisa.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica. Seguido de sobre el gobierno privado indirecto*. Madrid: Melusina.
- Morin, E. (1998). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, España: Gedisa.
- Nateras, A. (coord.) (2016a). *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas*. Tomo I. *Violencias y aniquilamiento*. México: UAM-Iztapalapa, Gedisa.
- ____ (coord.). (2016b). *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas*. Tomo II. *Problematizaciones (embarazo/trabajo/drogas/políticas)*. México: UAM-Iztapalapa, Gedisa.
- ____ (2015). *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*. México: Tirant Humanidades, UAM-Iztapalapa.

- _____. (2002) (coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-Iztapalapa, Porrúa.
- Pérez, J. y Valdez M. (2018). "Presentación", en: Pérez, E. (2018) (coord.). *Entre la oportunidad y la precariedad. Jóvenes y mercados de trabajo en México*. México: UNAM.
- Pérez, J. (2011). "Yo no vengo a escribir un prólogo", en: Urteaga, M. (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. México: Juan Pablos Editor, UAM-Iztapalapa.
- Pérez, J., Valdez, M. et al. (2004) "Introducción. De redes y retos", en: Reguillo, R. (2004) et al., *Tiempo de Híbridos. Entresiglos: jóvenes México-Cataluña*. México: SEP-IMJ, Secretaría General de Juventud, CIIMU.
- Pérez, E. (2018) (coord.). *Entre la oportunidad y la precariedad. Jóvenes y mercados de trabajo en México*. México: UNAM.
- Reguillo, R. et al. (2004). *Tiempo de Híbridos. Entresiglos: jóvenes México-Cataluña*. México: SEP-IMJ, Secretaría General de Juventud, CIIMU.
- Saraví, G. A. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS.
- Sosa, R. (2004) (coord.). *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).
- Tilly, C. (2003). *The politics of collective violence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Trejo, J., Arzate, J. e Itatí, A. (2010). (coords.). *Desigualdades sociales y ciudadanías desde las culturas juveniles en América Latina*. México: UAEM, Porrúa.
- Urteaga, M. (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. México: Juan Pablos Editor, UAM-Iztapalapa.
- _____. (2010). "Género, clase y etnia. Los modos de ser joven", en: Reguillo, Rossana (2010) (coord.). *Los jóvenes en México*. México: FCE, Conaculta.
- Valenzuela, J. (2019) (coord.). *Caminos del éxodo humano. Las caravanas de migrantes centroamericanos*. México: Gedisa.

- ____ (2015) (coord.). *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. México: Ned, Iteso, El Colegio de la Frontera Norte.
- ____ (2012) *Sed de Mal. Feminicidio, jóvenes y exclusión social*. México: El Colegio de la Frontera Norte, UANL. México.

PELÍCULAS/FILMES

- Amérigo, F. y Buñuel, L. (1950). *Los Olvidados*. México.
- Bender, L. y Mandoki, L. (2004) *Voces inocentes*. México: 20th Century Fox.
- Churchil y Toledo, Mandoki, L. (2012) *La vida precoz y breve de Sabina Rivas*, México: Fidecine.

Políticas de Juventudes: tensiones entre la desigualdad, lo individual y lo comunitario

Youth Policies: tensions between community, individuality and social unevenness

Ana Miranda¹

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-3261-4344>.

Fabiola Carcar²

RESUMEN

Las políticas de juventudes comenzaron a implementarse en América Latina a partir de los años ochenta. En los años noventa, y frente al avance de la desocupación, se implementaron los “Programa Jóvenes” en numerosos países, generando una segmentación de la oferta programática. En 2000, la expansión del paradigma de derechos marcó nuevos rumbos, en dirección a la universalización y la complementariedad de las acciones públicas en las áreas de formación y promoción del empleo joven, que hoy se encuentra en debate.

Con el objetivo de aportar al diseño de políticas, el artículo analiza la evolución de los programas de empleo y capacitación de ingresos orientados a personas jóvenes en condición de vulnerabilidad en Argentina desde los años noventa hasta la actualidad. Al tiempo que sostiene dos hipótesis: i) las políticas de juventudes se encuentran en América Latina tensionadas por la fuerte desigualdad persistente; ii) las políticas que tienen como sujetos de derechos a las juventudes vulnerables y que son formuladas desde el paradigma de la empleabilidad individual muestran grandes limitaciones para cumplir con sus objetivos.

Palabras clave: juventudes, políticas de juventud, programas de empleo.

ABSTRACT

Youth policies have been implemented in Latin America since the eighties. Over the nineties, as unemployment grew up, “Programa Jóvenes” was introduced in several countries, with a market segmentation of the programmatic offer as a result. In the year 2000, expansion on the right’s paradigm set new pathways towards universalization and complementarity of public actions over training and promotion of youth employment; that very same which is matter of discussion nowadays.

To bring light over policies design, this article analyses the evolution of employment and training programs for young people under vulnerability conditions in Argentina, from its inception in the early nineties to current days. Two hypotheses are proposed: i) youth policies in Latin America struggle against strong persistent inequalities in the region; ii) all of the policies created from the individual employability paradigm, whose subjects of law are vulnerable youth, have great limitations in the fulfilling of their objectives.

Key words: youths, youth policies, training programs.

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Argentina (FLACSO-Ar), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: amiranda@flacso.org.ar

² Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Argentina (FLACSO-Ar), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: fcargar@flacso.org.ar

INTRODUCCIÓN

El campo de los estudios y las políticas de juventudes, en tanto lo trabajamos en nuestros días, comenzó a desarrollarse en América Latina a partir de los años ochenta. En el contexto de las transiciones democráticas, donde la participación política se articuló con la producción cultural disidente,³ las acciones promovidas por el “Año Internacional de la Juventud” (1985), brindaron el sostén institucional para el impulso de la investigación en temas de juventud, sobre todo aquellas vinculadas a las culturas juveniles y participación social y política, las cuales tuvieron correlato en programas universales y afirmativos sobre la condición juvenil. De modo particular, en Argentina los trabajos de Braslavsky (1986, 1989) marcaron el inicio del reconocimiento de la juventud en tanto actor social estratégico y se dieron en el contexto de la creación de las Direcciones de Juventud, con una fuerte impronta en la gestión cultural (Bendit y Miranda, 2017).

Durante los años noventa, la investigación recibió un fuerte impulso a partir de la actividad de agencias gubernamentales y multilaterales de cooperación, y se desarrollaron encuestas de juventud en numerosos países, que produjeron un significativo acervo para la elaboración de diagnósticos y el diseño de políticas (Pérez Islas, 2006; Rodríguez, 2008). Estos impulsos se dieron en el contexto de un fuerte avance de la desocupación juvenil, que se fue convirtiendo en un problema público de gran envergadura, dando lugar a la expansión los denominados “Programa Jóvenes” orientados a personas en situación de vulnerabilidad. Estos programas, que tuvieron como objetivo atender a la desocupación de las personas jóvenes de baja calificación, promovieron una fase inicial y corta de formación, con un periodo también corto de práctica en el sector privado, y de acciones de apoyo y asesoramiento para la inserción laboral (OCDE, ONU y CAF, 2016), y marcaron el inicio de un camino recurrente de programación pública.

³ Roberto Jacoby denominó “la estrategia de la alegría”, a una movida que politizaba y resignificaba a los años oscuros, y daba lugar a los inicios de la individuación y señalaba la “falta de futuro” de cara al avance de la desocupación entre jóvenes.

El modelo programático de los años noventa implicó una segmentación de las políticas de juventud, promoviendo la atención diferencial a distintos grupos poblacionales (Isacovich, 2019), así como la ramificación de las políticas de juventudes entre distintos ministerios y unidades ejecutoras sectoriales, en una estrategia de escasa articulación. En décadas posteriores, la expansión del paradigma de derechos impulsó la implementación de programas que tendieron a universalizar el acceso de las personas jóvenes al bienestar, sobre todo a partir de los denominados programa de ingresos condicionados (por ejemplo, Asignación Universal por Hijo, o Progresar en Argentina). Asimismo, promovió la articulación entre los distintos programas y políticas, en un modelo de crecimiento inclusivo (Jacinto, 2016), que fue modificado en el último período de gobierno en favor de un modelo basado en la acción individual.

En el contexto del debate sobre los modelos de gestión, el presente artículo aborda un análisis de las políticas en el área de apoyo al empleo, la inserción laboral y los ingresos de las personas jóvenes en condición de vulnerabilidad en Argentina desde los años noventa hasta la actualidad. La elección de las políticas de empleo responde a la importancia presupuestaria de los programas, que convierte a las políticas laborales –junto con las educativas– en uno de los principales sectores de injerencia estatal en las juventudes.

El documento fue elaborado con base en un relevamiento documental en el marco del Proyecto Colectiva Joven,⁴ y sostiene dos hipótesis: i) las políticas se encuentran en América Latina tensionadas por la fuerte desigualdad existente entre las personas jóvenes, que de forma interseccional afecta de manera particular a las mujeres jóvenes; ii) las políticas que

⁴ “*Colectiva Joven: Jóvenes hacen colectivo*”, es un proyecto de investigación-acción orientado a apoyar emprendimientos y proyectos comunitarios vinculados a la producción y a la generación de ingresos en barrios de la periferia de San Pablo y el Gran Buenos Aires. La iniciativa se está desarrollando gracias al apoyo de Fapesp (Fundación de Investigación de San Pablo- Brasil) e IDRC (*Canada's International Development Research Centre*), a través de un consorcio que nuclea a la Universidad Federal de San Carlos y la Organización Acción Educativa en San Pablo-Brasil, y a la Fundación Hogar de Cristo y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) en Argentina.

tienen como sujetos de derechos a las juventudes vulnerables y que son formuladas desde el paradigma de la empleabilidad individual muestran grandes limitaciones para cumplir con sus objetivos. El artículo se organiza en cinco secciones, las primeras abordan el estado del arte de la investigación del campo de los estudios de juventud, las orientaciones generales en políticas de juventud y las particularidades del caso argentino. A continuación, y con base en los hallazgos, se presenta el debate y las reflexiones finales, con el propósito de contribuir al conocimiento social, y a la elaboración de políticas de juventudes de acuerdo con el diagnóstico crítico.

UNA BUENA TEORÍA: EL CAMPO DE LOS ESTUDIOS DE JUVENTUD EN AMÉRICA LATINA

Muchas veces se ha señalado que ninguna intervención práctica puede funcionar sin estar asociada a una “buena teoría”. Así como se ha sostenido que, en toda definición de políticas públicas puede leerse la base conceptual desde la cual fue formulada, distinguiéndose las distintas corrientes del pensamiento social que dan origen a su formulación. En el caso particular que nos toca, la trayectoria del campo de los estudios de juventudes hace evidente distintos momentos, en un recorrido de diálogo y retroalimentación entre la investigación y el diseño de acciones enfocadas en la mejora de las condiciones de vida. En nuestros días, el campo de los estudios de juventud es amplio, dinámico y tiene una trayectoria de más de 40 años de producción original y situada. La riqueza de sus investigaciones se hace evidente en la participación de investigadores y expertos en foros, congresos y publicaciones a nivel regional e internacional.⁵

Visto desde la experiencia de hoy, la historia⁶ comenzó a desarrollarse a partir de mediados la década de los ochenta,

⁵ La Revista *JOVENes* forma parte de esta tradición, y a partir de su lectura se puede ir armando el rompecabezas completo de la evolución del campo.

⁶ Hasta los años ochenta se desarrollaron algunos trabajos sobre jóvenes de carácter histórico y/o en ensayos, pero más alejados de la investigación empírica.

cuando los estudios destacaron el carácter eminentemente social de la categoría joven y sostuvieron la idea de que la juventud podía ser entendida como una transición de carácter normativo, centrada en los cambios en el estatus social de las personas. En estos primeros años fue predominante la idea de moratoria social, luego también denominada moratoria vital, la cual sostenía que la juventud se constituye como un espacio destinado a la formación en donde se produce una espera o pausa en la asunción de los roles sociales adultos, básicamente el ingreso al empleo y la pater/maternidad (Margulis y Urresti, 1996). Y de esta forma, se produjo la homologación de la idea de joven con la condición de estudiante, por lo cual era difícil ubicar o estudiar la juventud entre aquellas personas que ingresaban al mercado de trabajo o al sector de los cuidados a edades tempranas (Barladini y Miranda, 2000).

Durante los noventa, la investigación en juventudes recibió apoyos a partir de la actividad de oficinas gubernamentales y multilaterales de cooperación. En un marco de escaso financiamiento para la investigación científica, tuvieron un lugar central en el sostén a la producción de conocimiento, sobre todo a través de la elaboración de diagnósticos y análisis de coyuntura, que configuraron parte de la identidad del campo (Bendit y Miranda, 2017). Enfocando los análisis desde las políticas sociales, la situación social de las juventudes fue analizada desde las temáticas de abandono educativo, desocupación, jóvenes NiNi (ni estudia, ni trabaja), embarazo temprano, migraciones, digitalización, competencias; por distintas agencias, entre las más importantes BM, BID, CEPAL, Cinterfor, OIT. Entre estos informes, aquel que tuvo mayor predominancia fue el elaborado por la CEPAL y el equipo de Martín Hopenhayn (CEPAL, 2004), que continúa desarrollándose hasta la actualidad en distintos formatos (por ejemplo, <https://www.iadb.org/es/millennials/home>).

De forma paralela, y configurando un espacio autónomo, la actividad académica comenzó a ganar una cierta independencia a partir del año 2000, lo cual permitió el desarrollo de un campo de especialización universitario, más allá de las agendas y coyunturas de las políticas públicas y sociales.

El crecimiento académico dio lugar a la ruptura epistemológica con la noción de moratoria social y a la elaboración de marcos teóricos que procuraron dar cuenta del cambio en las condiciones de vida, como el paradigma de la “nueva condición juvenil” (Abad, 2002; Chaves, 2005; Krauskopf, 2010).

Como parte de esta tendencia, la corriente de estudios culturales (sub-culturales) ganó gran relevancia, abordando de forma extraordinaria los procesos de conflictividad social de la región. En esta línea, se destacan los trabajos de P. Vila, R. Reguillo, J. M. Valenzuela Arce, S. Cruz Sierra, C. Duarte, P. Carrano y más recientemente por M. Alcázar en perspectiva feminista (Reguillo, 2000; Valenzuela, 2015a, 2015b; Duarte, 2006/2009; Carrano, 2008; Alcázar, 2019, entre otros). Los estudios sobre pandillas, en los trabajos de C. Feixa y M. Cerbino (Cerbino, 2012; Cerbino y Barrios, 2008; Feixa y Romaní, 2014), se desarrollaron también creando un pensamiento original y situado. Al tiempo que se revitalizaron las investigaciones sobre participación política en clave generacional, que retoman los trabajos anteriores inaugurados por S. Balaridini, D. Krauskopf, y E. Rodríguez (Balardini, 2000), en donde en la actualidad sobresalen los trabajos de M. Spósito, P. Vommaro (Spósito, 2011; Vommaro y Vázquez, 2008).

En nuestros días, y frente a la revisión de la producción del campo, se ha señalado la vigencia de dos enfoques: 1) el enfoque “generacional” que integra la perspectiva culturalista centrada en las prácticas productivas juveniles, y 2) la perspectiva biográfica, que permite captar la interacción entre agencia y estructura y que, con algunas deficiencias, incluye la dimensión identitaria, abordando las biografías desde una óptica multicausal (Pérez Sainz, 2019). Se trata de una distinción que puede homologarse a la expresada por Shildrick y McDonald (2006) que, analizando la producción del norte global, plantean la existencia de dos corrientes: a) los denominados estudios culturales/sub-culturales, con una predominancia de enfoques etnográficos e investigación cualitativa, y b) los estudios de la perspectiva de *juventud como transición* enfo-

cada en aspectos estructurales y con un mayor desarrollo de estudios cuantitativos, longitudinales y enfoques biográficos.⁷

Intentando aportar en el debate desde una mirada latinoamericana, Bendit y Miranda (2017) han trabajado en la construcción de la noción de “gramática de la juventud”, como concepto sociológico, que aborda los contextos, normas y espacios institucionales que actúan de manera estructurante en los mundos de la vida en que crecen y se desarrollan los/as jóvenes en su experiencia cotidiana. La idea de gramática de la juventud propone estudiar tanto los espacios que contextualizan y determinan las experiencias juveniles en diferentes campos, como analizar las formas de acción (agencia) de los jóvenes sobre estas estructuras y determinaciones. Así como incorporar los marcos valorativos que se construyen en los distintos grupos a partir de experiencias divergentes (Bendit y Miranda, 2017; Arancibia, 2018; Cuesta Cortés, 2019).

Por último, un conjunto de trabajos comenzó a trabajar con la idea de espacialidad y justicia social abordando los procesos de segregación territorial e integrando los desarrollos de la geografía crítica (Cuervo y Miranda, 2015). Estos trabajos han sostenido que, entre las particularidades de la región, la desigualdad es el rasgo protagónico y delimitador de las trayectorias juveniles, afianzado en los últimos años por formas de circulación segmentada de la ciudad y los espacios públicos, algunos de ellos elaborados en clave post-estructuralista (Saraví, 2014; Mora Salas y De Oliveira, 2015; Chaves y Segura, 2014; Grimberg *et al.*, 2019). Asimismo, desde la perspectiva de género, se han enfatizado las temáticas relativas al cuidado, y el carácter interseccional de la desigualdad que afecta a las mujeres de sectores subalternos (Llobet, 2012; Hil Collins, 2019).

Frente a este último punto, se presenta el debate sobre la primera de las afirmaciones que sostiene el artículo, en referencia a las tensiones provocadas por la desigualdad en tanto delimitador de la efectividad de las acciones y políticas de juventudes. En efecto, uno de los debates más fecundos

⁷ Si bien se está avanzando en una visión superadora (Woodman y Bennett, 2015; Woodman y Wyn, 2013), existen aún especificidades teóricas y metodológicas que caracterizan a dichas corrientes.

y potentes en su aporte al diseño de acciones públicas está vinculado al carácter interseccional de la desigualdad, con base en el cual se comprueba el acople, la intersección de las desigualdades persistentes y estructurales que afectan a las personas jóvenes en América Latina. En el apartado que sigue, se aborda una descripción de las principales tendencias en la elaboración de programas y políticas que tienen a las personas jóvenes como protagonistas.

POLÍTICAS DE JUVENTUDES: 30 AÑOS DE PROGRAMACIÓN

Los eventos y las acciones generadas a mediados de los ochenta, a partir del año internacional de la juventud, dieron el impulso a la elaboración de un conjunto de intervenciones públicas que luego se denominaron “Políticas de Juventud(es)”. Se trató de un fenómeno de doble escala, ya que, por un lado, se constituyó un campo de estudios y, por otro, se articuló en un entramado de políticas elaboradas desde el sector público. En una primera etapa, el diseño de las intervenciones estuvo muy influido por la programación de los países europeos, sobre todo España y Portugal, e incluyó propuestas asociadas a las prácticas estudiantiles de nivel medio y superior, tarjetas jóvenes (que trabajaban sobre la identidad y el consumo), bienales de artes, recitales públicos, que podrían resumirse en la idea de “prestaciones universales enfocadas en la *generación* y uso del tiempo libre”. Pueden sumarse aquí, las casas de la juventud, los programas de movilización social y política, entre otras actividades asociadas a la noción de que la juventud era un periodo corto y de tránsito hacia la adultez.

En el marco de los gobiernos reformistas de los años noventa, y frente a la expansión de la desocupación de los/as jóvenes, se extendieron en la región los denominados Programas “Jóvenes”, entre ellos Proyecto Joven en Argentina (1991), Chile Joven (1991), Probecat México (1984), Projoven Perú (1996), Projoven Uruguay (1996), Plan Empleo Joven Venezuela (1993). Estos programas, que tuvieron amplios recursos presupuestarios, se desarrollaron con base en un modelo centrado en la

inserción laboral, con base en una fase inicial y corta de formación (que se desarrollaba mediante proveedores *ad hoc*), con un periodo de práctica, de acciones de apoyo y asesoramiento (Miranda y Alfredo, 2018; OCDE, ONU Y CAF, 2016).

La modalidad de intervención de los programas jóvenes tuvo varios supuestos relacionados con acciones o políticas de “transición” (Berdaguer, Amargós y Sala, 2002), en un modelo tradicional, apoyado en sujetos pasivos y con una estrategia tutelar (Krauskopf, 2011), incorporando una segmentación de la oferta pública hacia las juventudes, con base en la diferenciación de prestaciones entre los distintos sectores sociales.

En Argentina, los programas de atención a la desocupación de las personas jóvenes comenzaron a implementarse en el marco de un conjunto de políticas de empleo y formación profesional. Como parte de una serie de reformas que modificaron el sistema de relaciones laborales en numerosos países de la región, iniciado en los años setenta en Chile (Castillo Marín, 2003), la Ley Nacional de Empleo núm. 24.013/91, habilitó al Ministerio de Trabajo para que pueda “entender en la elaboración de políticas y programas de empleo”, al tiempo que creó modalidades *promovidas* de contratación –luego derogadas– y programas de emergencia y de fomento del empleo para grupos especiales de trabajadores/as, entre los que se encontraban los/as jóvenes.

En estos casi 30 años se implementaron numerosas políticas *activas*⁸ de empleo y formación profesional (Anexo I), comprendiendo como tales al conjunto de programas que se proponen generar incentivos para la contratación y/o capacitación de trabajadores desocupados, o que posibilitan la transferencia directa o indirecta de ingresos a los mismos, en la medida que realicen un trabajo productivo o comunitario, o se inserten en una acción formativa, independientemente del

⁸ El término *activas* permitió diferenciarlas de las *pasivas* que, como el seguro de desempleo, apuntan a asegurar un ingreso a los desempleados, o a los/as excluidos/as del mercado de trabajo, sin demandar ningún tipo de acción como contraparte. En este trabajo se incluyen las acciones que tienden a incidir sobre la oferta, sobre la demanda, o sobre la interacción entre ambas y que comportan gasto público, para diferenciarlas también de otras acciones como las reformas en la legislación laboral.

sector de actividad económica (público o privado) en el que lo realicen (Carcar, Fainstein y Miranda, 2019).

Un primer grupo comprende aquellos programas centrados en impulsar la contratación de trabajadores/as en el sector privado, o evitar despidos, a través del pago de una parte del salario, de la reducción de las contribuciones a la seguridad social, el pago del entrenamiento inicial, u otro estímulo. En otro grupo se ubica el conjunto de programas que transfieren ingresos directamente a trabajadores/as desocupados/as, a cambio de la realización de actividades comunitarias, por medio de organizaciones gubernamentales o no gubernamentales. Son llamados también programas “asistenciales” o “transitorios” y generalmente están dirigidos a trabajadores desocupados con mayores dificultades de inserción laboral. En tercer lugar, se agrupan las acciones y programas que tienen como objetivo mejorar las condiciones de empleabilidad de los desocupados a través de la capacitación, la formación profesional o la asistencia técnica, por parte de la red de instituciones en forma articulada con organismos del sector público nacional, provincial y/o municipal, y en las cuales intervienen representantes de los sectores del trabajo y la producción, y de organizaciones de la sociedad civil. En los últimos años aparecen otras prestaciones, como la posibilidad de finalizar estudios formales –terminalidad educativa y la certificación de competencias laborales–. El “Proyecto Joven”, se ubicó en esta línea. Por último, se encuentran los programas que impulsan la inserción laboral de trabajadores desocupados que se propongan emprender actividades productivas de manera independiente desde una perspectiva de desarrollo local.

Las iniciativas, en sus cuatro modalidades, exhibieron objetivos y sub-objetivos que aparecen relativamente estables a lo largo del periodo, a través de distintos programas que fueron cambiando de nombre. De este modo, cada grupo tuvo su propia *genealogía* y se puede reconocer en cada nuevo programa un ascendiente en uno anterior de la misma línea programática. Sin embargo, el peso que tuvo cada grupo de programas conforme los recursos que se destinaron a ellos, o la forma discursiva de construir los beneficiarios/as o sujetos/as

de derechos (Danani, 1996), marcaron diferentes orientaciones y finalidades de las políticas, conforme las diferentes etapas de gestión gubernamental en los que fueron implementados.

POLÍTICAS ACTIVAS DE EMPLEO EN ARGENTINA

A partir de los años noventa, frente a la emergencia de la desocupación y en el contexto de reformas estructurales, la programación pública intentó promover la contratación de trabajadores/as a través de figuras de empleo transitorio, tales como el contrato de aprendizaje que generaba vínculos “no-laborales”, entre otras figuras de empleo promovido (Castillo Marín, 2003). El fracaso de la hipótesis de la transitoriedad de las altas de desempleo y la verificación de la correlación entre el modelo económico elegido y una desocupación estructural elevada produjo, a mediados de los noventa, un corrimiento del marco conceptual en que se sustentó la política activa de empleo: de ser concebida en su esencia como *política de promoción del empleo*, pasó a acomodarse, hacia mediados de la década del noventa, como una *política de contención económica a las personas sin empleo*. Los/as desocupados/as pasaron a ser beneficiarios/as que se adhieren a un proyecto de empleo –público, la mayoría de las veces– y/o capacitación; que perciben una remuneración no contributiva (subsidio, luego “ayuda económica no remunerativa”); que no solo no son protegidos ante determinadas contingencias personales (accidentes, enfermedad, etc.), sino que el mismo Estado nacional es quien asume el costo del seguro de responsabilidad civil a fin de protegerse él mismo contra esas contingencias; y que ya ni siquiera gozan del beneficio de una relación contractual con cualquier entidad gubernamental o no gubernamental; son parte de “listados”, no suscriben contratos ni convenios. De este modo desaparecieron los sujetos: los/as desocupados/as pasaron a ser objeto de los programas del gobierno.

La política gubernamental de *promover el empleo* con acciones diseñadas e instrumentadas por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social se apoyó –a partir de mediados

de 1995 aproximadamente– en la *privación de la protección del Derecho al Trabajo*. En el fondo, el Estado pasó a concebir a la población beneficiaria como *no económicamente activa*, compuesta no por trabajadores que están transitoriamente sin empleo sino por desocupados que estructuralmente están fuera y, por lo tanto, son susceptibles de requerir al Estado *no su derecho al trabajo sino solo su derecho a la seguridad social*.

Los programas se transformaron en un “seguro de desempleo para trabajadores informales” que no podían ser cubiertos por el seguro de desempleo que cubre a los que pueden demostrar una relación laboral formal anterior. La *asistencialización* (Grassi, 2003) *de la política activa de empleo* quedó de manifiesto en el predominio notorio que pasaron a tener, en volumen de recursos asignados y de beneficiarios, los programas de tipo asistencial por sobre el resto de los programas: del 41% al inicio de la década, pasaron a representar el 99% (Carcar, 2006).

En un contexto de crecimiento excluyente y de incremento de la precarización, las políticas activas resultaron por demás insuficientes para controlar los aumentos en las tasas de desempleo y subempleo tal como lo revelan la evolución de esos indicadores entre el comienzo y el final de la década del noventa. Tal es el caso de las personas jóvenes, que fueron uno de los principales protagonistas tanto de los programas de capacitación tendiente a mejorar su *empleabilidad* –como el *Proyecto Joven* mencionado– como en los programas de transferencia directa, como el “Asistir”, implementado entre 1995 y 1997, destinado exclusivamente a jóvenes de hasta 25 años.

Como es bien conocido, la debacle económica de principios de 2000, generó una situación de emergencia social de tal envergadura que se produjo un desdibujamiento de las fronteras entre las políticas sociales, previsionales, y de empleo e ingreso, que tuvieron que enfrentar el desafío de dar respuesta a una de las peores crisis por las que atravesó el país (Becerra y Tomatis, 2015; Neffa, 2011). En este periodo, se desarrollaron programas de atención a la desocupación en las

diferentes líneas programáticas. Sin duda el de mayor alcance fue el Programa Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, que es delineado a inicios de 2002 como un Derecho Familiar de Inclusión Social, por lo que representó no solo una importante modificación en la estructura del gasto público argentino y en la asignación de funciones entre diferentes niveles de gobierno (Cetrángolo y Jiménez, 2003) sino también un giro en el modo de concebir las ayudas económicas o una nueva lógica (Neffa, 2009). Es importante advertir que, casi la mitad de los 2 millones de beneficiarios/as que llegó a tener el Programa Jefes y Jefas fueron jóvenes menores de 35 años (14% menores de 25 años y 33% entre 25 y 34 años) y que el 71% de quienes recibieron el subsidio fueron mujeres jóvenes madres (MTEYSS, 2004).

A partir del año 2003, en el marco de la recuperación económica y del comienzo de una nueva gestión gubernamental, que propuso una estrategia económica que colocó al empleo y la educación como ejes de un crecimiento con inclusión social, se recuperaron las instituciones claves del sistema laboral (como salario mínimo y negociaciones colectivas) y los programas de empleo y formación profesional fueron reestructurados y reorientados alrededor de la cuestión del empleo/desempleo.

El Estado paulatinamente dejó en manos del área de desarrollo social y, posteriormente del sistema de protección social, las acciones de transferencia de ingresos, de manera de *des-asistencializar* la política activa de empleo. Este giro en la caracterización de los desempleados/as *entre los vulnerables y los empleables* (Becerra y Tomatis, 2015) llevó a que las acciones de incentivo a la generación de autoempleo, de capacitación en oficios, de sostenimiento del empleo o de orientación y entrenamiento para el trabajo adquieran un rol central al interior del Ministerio de Trabajo. Conforme sus datos, estas acciones llegaron a representar el 43% del presupuesto para programas entre 2003 y 2008.

El “sistema de apoyo a las iniciativas de desarrollo socioeconómico local, destinado particularmente a los sectores de bajos recursos” (Res MDS 1375-04) quedaría en manos del

Ministerio de Desarrollo Social, que institucionaliza y promueve la economía social a partir de programas de ingreso, y de un conjunto de herramientas legales, técnicas y financieras destinadas a emprendimientos y proyectos asociativos o familiares. A partir del año 2008 a 2015 la economía se desaceleró y comenzaron a implementarse políticas macroeconómicas contracíclicas tendientes a expandir la demanda agregada y evitar la expulsión de mano de obra de la producción industrial. El periodo se inició con el traspaso de los fondos previsionales al Estado, y el cambio de paradigma del sistema de protección social que vira hacia una concepción de derechos. La Asignación Universal por Hijo (AUH) que comenzó a implementarse en 2010, marcó un punto de inflexión, promoviendo el derecho a la educación entre los/as jóvenes en edad de asistir a la secundaria.

Las políticas activas de empleo acompañaron el sostenimiento de los puestos de trabajo, (a través del Programa de recuperación productiva, por ejemplo), atendieron de manera particular a la población joven desocupada que ya no encontraba las mismas oportunidades de empleo que en la fase de crecimiento. El Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo, en el año 2008 y destinado a jóvenes desempleados de 18 a 24 años que no hayan completado sus estudios primarios y secundarios, constituye el mejor ejemplo de ello. El programa se propuso:

generar oportunidades de inclusión social y laboral a través de acciones que les permitan construir el perfil profesional en el cual deseen desempeñarse, finalizar su escolaridad obligatoria, realizar experiencias de formación y/o de prácticas calificantes en ambientes de trabajo, iniciar una actividad productiva de manera independiente o insertarse en un empleo.

Para lo cual brindó una ayuda económica y requirió la articulación con los diversos programas, con las provincias y el sistema educativo a fin de concretar sus propósitos en el área educativa, marcando una diferencia con el modelo de los noventa, que había creado instituciones *ad hoc*.

En una política innovadora, y centrada en una etapa central de la juventud, el Programa Progresá facilitó, a partir de 2014, la inserción en la educación superior o en experiencias de formación y/o prácticas en el ambiente de trabajo a jóvenes en situación de vulnerabilidad. Se pasó entonces:

de la empleabilidad comprendida como un problema individual que podía resolverse por un programa de *capacitación más práctica*, a una concepción de la *empleabilidad como problema multidimensional*, comprendiendo que su mejoramiento sobre la base de un conjunto de articulaciones de educación formal, no formal y experiencias laborales, que incluyen componentes de orientación socio-laboral y de desarrollo de competencias para la vida (Jacinto, 2016).

En paralelo a estas acciones, las políticas y programas de Desarrollo Social también hicieron eje en el trabajo, adquiriendo cada vez mayor institucionalidad las acciones de promoción de la economía social, en especial en los sectores de la construcción, las políticas de cuidado y otras formas de trabajo cooperativas. Sus concepciones y modos de implementación, a diferencia de las políticas laborales implementadas desde la cartera laboral, fueron construyendo universos de significaciones y prácticas que permitieron a los sujetos definirse a sí mismo en términos de portadores de derechos (Becerra et al., 2012).

En el periodo comprendido entre los años 2016 a 2019, se produjo una reorientación de la política pública. En el marco de un programa de ajuste fiscal, apertura de la economía, y revalorización financiera las políticas activas de empleo y formación instrumentadas por la alianza Cambiemos fueron reorientadas sosteniendo los marcos regulatorios anteriores, pero re-direccionando las acciones hacia la gestión individual como estrategia de intervención sobre la “empleabilidad” de la población vulnerable. Por un lado, los programas fueron adaptados para ser aprovechados por grandes empresas (caso del programa de Entrenamiento para el Trabajo para que pueda ser utilizado por YPF) morigerando el efecto “contracíclico” que

deben tener esas herramientas (Miranda, 2007) y posibilitando la generación de ganancias extraordinarias a partir de esos privilegios tal como había ocurrido en la década del noventa (Carcar, 1998). El presupuesto de esos programas representó el 23% del total de las políticas de empleo en 2018. Por otro lado, se reformuló el Programa PROGRESA otorgándole una orientación meritocrática integrándolo a la dirección de becas del Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, lo cual redujo su cobertura significativamente, e incrementó el peso de los emprendimientos, que superan el 8.5% de los recursos totales ejecutados en el mismo año.

Al mismo tiempo, se mantuvieron y se ampliaron los instrumentos de apoyo a la economía popular, en un modo de relacionamiento con las organizaciones y movimientos del campo popular denominado de “colaboración con confrontación” (Rofman, 2019) que combinó la necesidad de los movimientos sociales de representación política y social de un sector de población muy extenso y con demandas crecientes, con las necesidades de legitimación política de un gobierno que tiene sus principales apoyos en otros sectores sociales.

DEBATE

Las políticas activas de empleo y formación profesional hasta aquí relevadas resultan insuficientes para desmontar los mecanismos de producción/reproducción de la exclusión laboral de que son objetos algunos colectivos de jóvenes. La permanencia en todas ellas de una matriz conceptual sobre la idea de *empleabilidad* continúa como un elemento central del diseño (Miranda y Alfredo, 2018). Ya sea que se diseñen e implementen en contextos de crecimiento o de recesión, todas siguen siendo subsidiarias del mercado con ciertas condicionalidades que dan continuidad a la lógica del “beneficio” más que al acceso a un derecho (Becerra y Tomatis, 2015). Del mismo modo, todas parten de considerar que las personas –aunque sean heterogéneas– pueden ser *empleables* o *emprendedoras* si cuentan con la capacitación, y la asistencia técnica y financiera

adecuada, sin tomar en consideración las barreras estructurales que restringen su propia acción individual.

Las estrategias que sostienen la idea de empleabilidad entendida como un problema individual descansan en el supuesto de la existencia de un desencuentro (*miss mach*) entre oferta y demanda laboral, y apuntan a ampliar los recursos laborales de estos y estas jóvenes a través de la capacitación y, más recientemente, de “habilidades blandas” o de estrategias de intermediación (Busso *et al.*, 2012), solapando la existencia de problemáticas estructurales que restringen el acceso de los jóvenes más vulnerables, especialmente en las zonas metropolitanas (Pérez Sainz, 2019). En la misma dirección se ubican las estrategias que fomentan la capacidad de autogeneración de empleo, al desconocer las limitaciones derivadas de la exclusión financiera, tecnológica y comercial, y que conducen a proyectos poco rentables o que, cuando perduran, quedan presos de lógicas económicas de subsistencia (Miranda, 2019). Estas estrategias enfocaron la problemática en la persona y evitaron interpelar a las estructuras sociales y los/as actores determinantes en la generación del desempleo o fueron funcionales a determinamos modelos de acumulación.

Algunas investigaciones ponderan las políticas o acciones implementadas que, como en nuestro caso el Programa de Jóvenes con Más y Mejor Trabajo, tendieron a la *integralidad* de los distintos sectores de política pública que intervienen (educación y trabajo, sobre todo), ya que parten de reconocer que hay factores estructurales del mercado de trabajo que refuerzan la desigualdad social, y que entonces conseguir o mantener un trabajo no es solo cuestión de responsabilidad individual de los/as jóvenes (Székely, 2014). No obstante, es aún escasa la atención a situaciones de desventaja asociadas a las tareas de cuidado, a las situaciones de conflicto y de violencias institucionales vinculadas a la segregación residencial (Fraiman y Rossal, 2011; Miranda y Arancibia, 2018; Pérez Sainz, 2019) abordadas en una estrategia interseccional con foco en la retroalimentación de las desigualdades (Hill Collins, 2019).

La experiencia reciente del Proyecto Colectiva Joven, muestra que un grupo de jóvenes –protagonista de nuestra investi-

gación actual– acumulan desventajas y carencias económicas que persisten –a pesar de ser *beneficiarios* de programas que les facilitan ingresos y otras prestaciones– y que están *situadas* en un territorio concreto. En la mayoría de los casos, sus *trayectorias* fueron truncadas desde muy temprana edad, ya que se desvincularon de aquellas instituciones que, como la escuela, el club, incluso un centro de oficios, o una organización social o comunitaria, podían proporcionarles herramientas básicas de socialización y aprendizaje. La ruptura de lazos familiares, sociales y comunitarios, sumada incluso a vivencias personales de abandono o sufrimiento coloca a estos/as jóvenes en una situación de complejidad muy difícil de abordar desde miradas simplificadoras y fragmentadas (Morin, 1998).

En este contexto, las políticas que tienen como sujetos de derechos a las juventudes vulnerables y que son formuladas desde el paradigma de la empleabilidad individual muestran grandes limitaciones para cumplir con sus objetivos, razón por la cual se recomiendan enfoques de *intervención situacionales* (Clemente, 2016) que tengan en cuenta el contexto social y económico en el que despliegan sus vidas, el desempeño de las instituciones y organizaciones que los acompañan, y la importancia y la necesidad de involucrar y de responsabilizar a unos y otros a través del trabajo comunitario en sus entornos más directos (Krauskopf, 2011).

La experiencia de las políticas que están por afuera de la cartera laboral desde una perspectiva de economía social y desarrollo local que fueron implementadas de manera paralela a las políticas activas de empleo, tienen la ventaja, a diferencia de las políticas activas, de “facilitar el acceso al trabajo con impulso en la colectivización y la organización social” (Becerra y Tomatis, 2015), y de proponer nuevas formas de organización del trabajo. Estas estrategias, tanto formativas como laborales, transforman el carácter de organizador social del trabajo, clave para el crecimiento personal y para el desarrollo comunitario. Además, implican una mirada a partir de los derechos y no de las carencias, por lo que proponen “una disputa a las relaciones de competencia entre intereses particulares hacia relaciones de redistribución, solidaridad y reciprocidad” (Becerra

y Tomatis, 2015). Sin embargo, la escasa o nula articulación con el conjunto de las políticas de empleo y formación y, particularmente, la ausencia de un marco de protección de derechos –a prestaciones de la seguridad social, por ejemplo– segmenta aún más a los jóvenes y adultos destinatarios de las políticas.

Los avances de la investigación reflejan que los/as jóvenes más vulnerables requieren de una serie de apoyos y de acompañamientos en sus estrategias de inserción laboral y de obtención de ingresos, ya sea que implique la realización de un curso o la finalización de sus estudios, la búsqueda de un trabajo y la preparación para una entrevista, la integración a un proyecto socio-productivo o emprendimiento, el inicio de un trabajo en el sector formal, la realización de un servicio de acompañamiento o la participación en obras de infraestructura comunitaria. Sin embargo, este acompañamiento es mucho más que una *orientación* o *tutoría* como herramienta pedagógica-didáctica característica del abordaje *integral* en pos de la *empleabilidad* (Jacinto, 2016), superador del abordaje individual y multidimensional, avanzando en un enfoque comunitario e interseccional. Es un acompañamiento permanente e integral, que no está separado de otras acciones de participación e integración, sino que forma parte de la misma, en un entramado comunitario que al mismo tiempo los va constituyendo e *instituyendo* como personas, además de trabajadores. Y es, finalmente, un acompañamiento que se apoya, se conduce y se consolida a partir de las propias prácticas y experiencias de los jóvenes, que son quienes protagonizan la puesta en marcha de actividades económicas que, junto a otras, se orientan a recuperar los vínculos, la solidaridad, el *actuar en común* (Laval y Dardot, 2015) como modos alternativos al trabajo individual y competitivo.

CONCLUSIONES

A lo largo del presente texto fueron abordadas temáticas de distinto orden, las cuales en su conjunto se propusieron presentar un estado del arte sobre las ideas del campo de los es-

tudios de juventudes, así como una revisión de la acción programática de políticas enfocadas en la atención a juventudes en situación de vulnerabilidad. En el primer apartado, se revisó la historia del campo, intentando dar cuenta de las principales producciones y contribuciones teóricas durante los últimos 30 años en América Latina. En el segundo apartado, se avanzó en una descripción general de las políticas de juventudes, para luego detenerse en aquellas acciones enfocadas en el área de empleo y atención de las personas en situación de vulnerabilidad. En el tercer apartado, se presentaron los resultados de un relevamiento sobre los programas y políticas de empleo y formación profesional implementadas en Argentina por los gobiernos nacionales a partir de los años 90. Entre las reflexiones elaboradas con base al relevamiento se sostuvo que los programas y políticas implementadas estuvieron fuertemente asociados a la estrategia de desarrollo de cada una de las gestiones gubernamentales, es decir a su enfoque macro social. Pero que, además, inclusive en aquellas gestiones de mayor progresividad, siguieron trabajando con base en la idea de empleabilidad y calificación entendidas en términos individuales.

En la cuarta sección, y en referencia al debate que este artículo intenta propiciar, se avanzó en el análisis de las dos hipótesis de partida: i) las políticas se encuentran en América Latina tensionadas por la fuerte desigualdad existente entre las personas jóvenes, que de forma interseccional afecta de manera particular a las mujeres jóvenes; ii) las políticas que tienen como sujetos de derechos a las juventudes vulnerables y que son formuladas desde el paradigma de la empleabilidad individual muestran grandes limitaciones para cumplir con sus objetivos, razón por la cual se recomiendan enfoques situacionales que tengan en cuenta el contexto y las organizaciones que intervienen en el mismo.

Las experiencias de gestión comunitaria en la organización del trabajo, situadas territorialmente, aún no encuentran su correlato en la institucionalidad laboral y tampoco se ven reflejadas en las políticas activas de empleo y formación, conformando un segmento separado, que refleja y refuerza la segmentación laboral al tiempo que priva a los jóvenes más

vulnerables de las oportunidades de crecimiento y participación que surgen del acompañamiento y de la construcción comunitaria.

Por último, y retomando lo específico del campo de los estudios y las políticas de juventudes, se ha señalado la necesidad de apoyar el diseño de acciones en el entorno local más inmediato, y la progresiva articulación entre la gestión pública y las organizaciones de la sociedad civil. Como parte de una estrategia que, en primer lugar, propicia la democratización de los espacios de inclusión, a través de dinámicas participativas y gestión asociada. En segundo lugar, y siguiendo a Krauskopf (2011), fomenta una *gestión relacional* que, a nivel territorial, puede aportar a los procesos de des-estigmatización de las juventudes en los barrios. En tercer lugar, fomenta la responsabilización de los/as sujetos/as a través del trabajo comunitario atendiendo las particularidades de cada territorio y del contexto. Y, por último, propicia una estrategia interseccional, que incluya los marcos valorativos y experiencias de las juventudes, en relación a su diversidad. En este punto, la reflexión sobre las gramáticas juveniles deja de ser una cuestión retórica, o universitaria, para convertirse en una herramienta de gestión pública, que propicie la agencia juvenil, la diversidad, y el diálogo social en una estrategia de desarrollo con justicia social.

REFERENCIAS

- Abad, M. (2002). Las políticas de juventud desde la perspectiva de la relación entre convivencia, ciudadanía y nueva condición juvenil. *Última década*, 10 (16), 117-152.
- Alcazar, M. (2019). Feminism, Youth, and Women Who Rock: Rocking is also a Way to Fight. En H. Cuervo, y A. Miranda (eds.). *Youth, Inequality and Social Change in the Global South*. Singapore: Springer.
- Arancibia, M. (2018). Desigualdad espacial, género y acceso a la vivienda: un estudio sobre trayectorias juveniles en el AMBA, 1999-2017 (tesis de doctorado). Universidad de Buenos Aires, Caba.

- Balardini S. (2000). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: Clacso.
- Balardini, S., y Miranda, A. (2000). *Juventud, transiciones y permanencias. Pobres, pobreza y exclusión social*. Buenos Aires: Ceil, Conicet.
- Becerra, N. y Tomatis K. (2015). Estado y desempleo en Argentina (2003-2013). Fronteras entre las políticas económicas, sociales y laborales. Ponencia presentada en el 12° Congreso de Aset, 5 al 7 de agosto, Buenos Aires.
- Becerra, N., Tomatis, K., Bertotto, N. y Gaviglio, A. P. (2012). Intervenciones sociales del Estado y desempleo en la Argentina actual. Ponencia presentada al VI Encuentro Internacional de Economía Política y Derechos Humanos. Universidad Popular de Madres de Plaza de Mayo.
- Bendit R. y Miranda A. (2017). La gramática de la juventud: un nuevo concepto en construcción. Revista Última Década (46), 4-43. Recuperado de <https://scielo.conicyt.cl/pdf/udecada/v25n46/0718-2236-udecada-25-46-00004.pdf>.
- Berdaguer, J., Amargós, J. y Sala, P. (2002). Razones y tópicos de las políticas de juventud. Qué quieren ser las políticas afirmativas. *Revista de Estudios de Juventud* (59), 11-22.
- Braslavsky, C. (1989). Estudios e investigaciones sobre juventud en América Latina: balance y perspectivas. En: E. Rodríguez y E. Ottone (comps.), *Mitos, certezas y esperanzas. Tendencias de las investigaciones sobre juventud en América Latina* (17-48). Montevideo: Celaju, Unesco.
- ____ (1986). *Informe de situación de la juventud argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- Busso, M., Bassi, M., Urzúa, S. y Vargas, J. (2012). *Desconectados: habilidades, educación y empleo en América Latina*. Inter-American Development Bank.
- Carcar F., Fainstein C. y Miranza A. (2019). *Políticas de empleo, formación profesional y promoción de la economía social en el Gran Buenos Aires*. Documento de Trabajo. Proyecto Colectiva Joven. Flacso Argentina, en prensa.
- Carcar, F. (2006). La política activa de empleo en la Argentina de los noventa: ¿mayor inclusión o mejor exclusión?: análisis de contenido, alcance y evolución de los programas de empleo y capaci-

- tación implementados por el gobierno nacional en la década del noventa (tesis de maestría), Buenos Aires: Flacso.
- _____. (1998). Políticas laborales implementadas en Argentina y su relación con las grandes empresas. En H. Nochteff y D. Azpiazu, *La economía argentina a fin de siglo: fragmentación presente y desarrollo ausente*. Buenos Aires: Flacso, Eudeba.
- Castillo, L. (2003). *Política de empleo en Argentina. Material de Cate-dra. Economía del Trabajo*. Recuperado de <http://economydel-trabajoneffacastillomarin.blogspot.com>.
- CEPAL. (2004). *La juventud en Iberoamérica: Tendencias y urgen-cias, Santiago de Chile*. Santiago de Chile: CEPAL. Recuperado de: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/2785/S2004083_es.pdf;jsessionid=80D588ADE397829D18EF6A3BC-4B36980?sequence=1.
- Cetrángolo O. y Jiménez J. (2003). *El gasto social y el Programa Jefes y Jefas de Hogar Desempleados*. Proyecto “Enfrentando los retos al trabajo decente en la crisis argentina”. Argentina: OIT.
- Cerbino, M. (2012). *El lugar de la violencia: perspectivas críticas sobre pandillerismo juvenil*. Quito: Flacso, Tauros.
- Cerbino, M. y Barrios, L. (2008). *Otras naciones: jóvenes, transnacio-nalismo y exclusión*. Ecuador: Flacso.
- Chaves, M. y Segura, R. (eds.). (2014). *Hacerse un lugar: circuitos y tra-yectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Clemente A. (2016). La pobreza persistente como un fenómeno si-tuado. Notas para su abordaje. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas* (10), 13-27.
- Carrano, P. (2008). Identidades culturais juvenis e escolas: arenas de conflitos e possibilidades, *Multiculturalismo: diferenças culturais e práticas pedagógicas*. Petrópolis: Vozes, 182-211.
- Corrochano, M. (2011). Trabalho e educação no tempo da juventude: entre dados e ações públicas no Brasil. *Juventude em pauta: po-líticas públicas no Brasil*. São Paulo: Peirópolis, 45-72.
- Cruz Sierra, S. (2006). Cuerpo, masculinidad y jóvenes. *Iberoforum. Re-vista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 1 (1).
- Cuervo, H. y Miranda, A. (2015). Current debates in social justice and youth studies. *Handbook of children and youth studies*, 1-14.

- Cuesta, J. (2019). Gramáticas juveniles: Nuevas formas de participación juvenil en organizaciones sociales en Madrid, Cundinamarca (tesis de maestría). Universidad Externado de Colombia. Recuperado de https://bdigital.uexternado.edu.co/bitstream/001/1785/1/DBA-spa-2019-Gramaticas_juveniles_nuevas_formas_de_participacion_juvenil_en_organizaciones_sociales_en_Madrid_Cundinamarca.
- Danani, C. (1996). Algunas precisiones sobre la política social como campo de estudio y la noción de población-objeto. En S. Hintze (org.), *Políticas sociales. Contribución al debate teórico metodológico*. Buenos Aires: CEA, UBA.
- Duarte, C. (2006). Violencias en jóvenes, como expresión de las violencias sociales. Intuiciones para la práctica política con investigación social. *Revista pasos* (120).
- (2009). Sobre los que no son, aunque sean: Éxito como exclusión de jóvenes empobrecidos en contextos capitalistas. *Última década* 17 (30), 11-39.
- Feixa, C. y Romaní, O. (2014). From Local Gangs to Global Tribes: The Latin Kings and Queens Nation in Catalonia. En S. Bragg, M. Kehily y D. Buckingham, *Youth cultures in the age of global media* (88-103). Londres: Palgrave Macmillan.
- Fraiman, R. y Rossal, M. (2011). *De calles, trancas y botones: Una etnografía sobre pobreza, violencia y solidaridad urbana*. Montevideo: MI.
- Grassi, E. (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame I y II*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Grimberg S., Machado M. y Martiñan, M. (2019). Carcova is love: Becoming youth in the slums of the global south. En H. Cuervo y A. Miranda (eds.), *Youth, Inequality & Social Change in the Global South. Springer for the series Perspectives on Children and Young People*. Springer.
- Jacinto, C. (2016). Redefiniendo la empleabilidad en los programas de formación e inserción laboral de jóvenes. El rol de las Organizaciones de la Sociedad Civil. En E. Faur (comp.), *Repensar la inclusión social. Políticas públicas y sociedad civil en la Argentina (1991-2016)*. Fundación Tzedaka, Capital Intelectual.

- Krauskopf, D. (2011). El camino hacia las políticas locales de juventud y la apuesta municipal. En: *Juventud e Inclusión Social: una mirada desde el Municipio*. Recuperado de <http://www.celaju.net/wp-content/publicaciones/2012/11/PPJs-y-Des-Local.pdf>.
- ____ (2010). La condición juvenil contemporánea en la constitución identitaria. *Última década*, 18 (33), 27-42.
- ____ (2000). Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes. En *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo* (119-134). Clacso.
- Hill, P. (2019). *Pensamento feminista negro: conhecimento, consciência e a política do empoderamento*. San Pablo: Editorial Boitempo.
- Laval, C. y Dardot, P. (2015). *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.
- Leccardi, C. y Feixa, C. (2011). *El concepto de generación en las teorías sobre la juventud*. *Última década*, 19 (34), 11-32.
- Llobet, V. (2012). Políticas sociales y ciudadanía: Diálogos entre la teoría feminista y el campo de estudios de infancia. *Frontera norte*, 24 (48), 7-36.
- Margulis, M., y Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre Cultura y juventud. Buenos Aires: Biblos.
- Miranda A. (2019, en prensa). *Estrategias de emprendimientos productivos y economía social y popular para la generación de ingresos: juventudes, territorio y género*. Costa Rica: Flacso.
- Miranda, A. y Alfredo, M. (2018). Políticas y Leyes de Primer Empleo en América Latina: tensiones entre inserción y construcción de trayectorias. *Revista de Ciencias Sociales*, DS-FCS, 31 (42), 79-106.
- Miranda, A. y Arancibia, M. (2018). La ambición es autobiográfica: género, espacio y desigualdad social entre jóvenes mujeres en el Gran Buenos Aires. Sudamérica. *Revista de Ciencias Sociales* (9), 95-116.
- Miranda, A. (2007). *La nueva condición joven: educación, desigualdad y empleo*. Fundación Octubre de Trabajadores de Edificios.
- Morin, E. (1998). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- MTEySS. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. (2004). *Trabajo, ocupación y empleo. Serie Estudios/1. Subs de Programación Técnica y Estudios Laborales*. Recuperado de http://www.trabajo.gob.ar/downloads/estadisticas/toe_01_completo.pdf.

- Neffa, J. C. (2011). *Empleo, desempleo y políticas de empleo. Políticas públicas de empleo II (1999-2002)*. N 6 2do semestre. Buenos Aires: CEIL, Piette.
- ____ (2009). El Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJyJHD) Análisis de sus características y objetivos. Fortalezas y debilidades. En *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales*, vol. II. Buenos Aires: Clacso.
- OCDE/CEPAL/CAF. (2016). *Perspectivas económicas de América Latina 2017: Juventud, competencias y emprendimiento*. París: OECD Publishing.
- Pérez Islas, J. (2006). Trazos para un mapa de la investigación sobre juventud en América Latina. *Papers* (79), 145-170.
- ____ (2008). Juventud: un concepto en disputa. En J. Pérez Islas, M. Valdez, M. y M. Suárez (coords.). *Teorías sobre la juventud. La mirada de los clásicos* (9-33). México: Porrúa, UNAM.
- Pérez Sainz, J. (2019). *Vidas sitiadas. Jóvenes, exclusión laboral y violencia urbana en Centroamérica*. Costa Rica: IDRC, Flacso. Recuperado de: http://www.flacso.or.cr/images/docs_proyectos/libro-vidasitiadasweb.pdf.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*, vol. 3. Editorial Norma.
- Rodríguez E. (2008). Políticas públicas de juventud en América Latina. *Pensamiento Iberoamericano* (3), 273-291.
- Rofman, A. (2019). El escenario participativo de base popular en el Gran Buenos Aires en tiempos neoliberales: huellas de la historia reciente y cambios emergentes. Ciudadanías. *Revista de Políticas Sociales Urbanas* (4).
- Sáez, F. (1997). Políticas de mercado de trabajo en Europa y en España. *Revista Papeles de Economía Española* (72), 309-325.
- Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: Flacso México, CIESAS.
- Sposito, M. (2005). Algumas reflexões e muitas indagações sobre as relações entre juventude e escola no Brasil. *Retratos da juventude brasileira: análises de uma pesquisa nacional*.
- Székely M. (2015). Intervenciones de empleabilidad juvenil en América Latina: Un resumen de programas y políticas. *III Estudio Suplementario del Plan de Aprendizaje para el Programa NEO*.

- Valenzuela, J. (2015a). *El sistema es antinosotros: culturas, movimientos y resistencias juveniles*. México. Gedisa.
- ____ (2015b). *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina*. NED Ediciones.
- Vila, P. (1985). Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil. En E. Jelin (comp.), *Los nuevos movimientos sociales*, 1 (83-156). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Vommaro, P. y Vázquez, M. (2008). La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos de la Argentina. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*, 6 (2), 485-522.
- Woodman, D. y Wyn, J. (2013). Youth policy and generations: Why youth policy needs to 'rethink youth'. *Social policy and Society* 12.02, 265-275.

ANEXO 1

Políticas activas de empleo y formación profesional implementadas por la máxima autoridad laboral.

Nota: el año en el que se ubica es de su creación formal y sombreado señala los años de vigencia.

	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019
Fomento del empleo/pago único																											
PIT																											
Pridis																											
Procopa																											
Proedis																											
Preno																											
Proas																											
Crédito Fiscal																											
Progr. Empleo Privado (PEP)																											
PRL																											
Formación Profesional																											
Pronapas																											
Retorno al trabajo																											
Asistir																											
Programa Emergencia Regional IPER																											
Extensión del Seguro de desempleo																											
PROSA																											
Trabajar																											

· 4ª ÉPOCA, NÚM. 34, ENERO-JUNIO 2020 · PP. 73-103 ·

· 4ª ÉPOCA, NÚM. 34, ENERO-JUNIO 2020 · PP. 73-103 ·

· 4ª ÉPOCA, NÚM. 34, ENERO-JUNIO 2020 · PP. 73-103 ·

El trabajo de la juventud NiNi en los hogares mexicanos

The housework of NEET youth in Mexico

Juan Manuel Hernández Vázquez¹

Orcid: 0000-0002-6009-5545.

RESUMEN

Este documento ofrece elementos para reflexionar sobre qué tanto las personas jóvenes sin trabajo y sin actividad escolar no realizan actividad alguna, como insinúa una de las interpretaciones dominantes del concepto “NiNi”, la que sugiere que solo son importantes las actividades en el mercado laboral y en la educación formal. Se valora el tiempo dedicado a actividades en los hogares por jóvenes de 20 a 29 años que no estudian ni trabajan. La información es tomada de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del primer trimestre de 2019. El análisis muestra que buena parte de los jóvenes pertenecientes al grupo de edad analizado, sobre todo las mujeres, dedican un tiempo importante al desarrollo de actividades indispensables para la reproducción social, como el cuidado de las personas ancianas y los quehaceres domésticos, por lo que, bajo la óptica de un concepto ampliado de trabajo, no podrían ser clasificados como *NiNi*.

Palabras clave: tiempo de actividad no económica, juventud fuera de la escuela y del trabajo.

ABSTRACT

This article offers elements to reflect on if can we say that young people not in employment, education or training do not perform any activity. This idea is related to one mexican dominant meaning implied in the “NEET” concept, by which it seems that the only valuable activities, in people's lives, are either the economic tasks fulfilled in the labor market or the educational activities performed in the formal education system. To achieve this objective, it was valued the time spent by NEET young people aged 20 to 29 years, to eight household activities. The information was taken from the National Occupation and Employment Survey of the first trimester of 2019. The analysis found that major part of this population group, especially women, dedicates significant time to this kind of activities that are essential for social reproduction. So, under an expanded concept of work, they could not be considered as NEET.

Keywords: non-economic activity time; youth not in employment, education or training.

¹ Profesor Investigador de Tiempo Completo de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, CDMX, México

LAS PERSONAS NINI COMO PROBLEMA EN MÉXICO

Hasta antes del 12 de agosto de 2010, el tema de las personas *NiNi* no había llamado mayormente la atención de las y los investigadores. Aquel día el Dr. José Narro, entonces rector de la UNAM, sembró una bomba de opinión a través de los medios al afirmar que había 7.5 millones de jóvenes entre 12 y 29 años de edad que ni estudiaban ni trabajaban, lo cual era “una vergüenza” nacional (La Redacción de *Proceso*, 12 de agosto de 2010). El *boom* mediático que siguió después de aquella declaración explotó la idea de que este grupo poblacional “no hace nada” porque “son unos flojos y unos buenos para nada” (Cruz, 12 de agosto de 2010), como si las únicas actividades de valor para la reproducción social, fueran vender fuerza de trabajo en el mercado laboral y estudiar en el sistema educativo formal. Este problema conceptual sería el primero que saltaría a la vista en la construcción del dato sobre el número de *NiNi*.

Pasado el tiempo, han resultado cuestionables tanto la originalidad en el uso del concepto *NiNi*, como el número de jóvenes clasificados bajo esa categoría, y la pertinencia del concepto mismo. Sobre lo primero, la idea fue gestada por la *Social Exclusion Unit* del Parlamento Británico, en un documento donde se decía que era importante observar a jóvenes de 16 a 20 años *not in education, employment or training* (aunque no utilizó el acrónimo inglés equivalente “*NEET*”), porque esa situación se traducía en años “desperdiciados y frustrantes que conducen, inexorablemente, a salarios más bajos y peores perspectivas de trabajo en la vida posterior” (*Social Exclusion Unit*, 1999, p. 6). Es posible que el *boom* mediático de las personas *NiNi* mexicanas, iniciado por el rector Narro, se haya inspirado en la cresta de cobertura que había tenido un año antes el tema en España, a raíz de la nota periodística de Barbeira (22 de junio de 2009) publicada por el diario *El País*. En aquella nota, a quienes se entrevistó consideraban que los y las *NiNis*, dado que no estudian ni trabajan, desperdiciaban su vida y eran presentistas, nihilistas, indecisos, infantilizados resistentes a las imposiciones sociales asociadas al paso del

tiempo, tratando de seguir siendo infantes y de vivir el presente sin las complicaciones de la adultez.

El cálculo de las 7.5 millones de personas *NiNi* aparentemente existentes en 2010, también ha sido cuestionado debido, precisamente, a problemas conceptuales sobre los que descansa su construcción. No es claro cuál fue la fuente del Dr. Narro, pero otras publicaciones han llegado a cifras similares (Márquez, 2018). El entonces Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación [INEE] estuvo entre quienes primero matizaron la cifra inicial. En su informe anual 2011 estimó, con datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo [ENOE] del segundo trimestre de 2010, que si se usaba un concepto restringido de lo que se considera “trabajo”, entre la población de 15 a 29 años de edad habría casi 7 millones de “*NiNi* aparentes”, pero si el concepto se ampliaba a las actividades no económicas realizadas en los hogares, entonces la cifra se reducía a tan solo 400 398 “*NiNi* estimados” que al parecer no realizan actividad alguna, estando habilitados físicamente para ello (INEE, 2011). Tres años más tarde dos investigadores del Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI] confirmarían esta segunda cifra, enfocando a la población de 14 a 29 años mediante la ENOE del segundo trimestre de 2011. Afirmaron que, si no se consideraban *NiNi* a quienes están en búsqueda activa de trabajo, a las y los incapacitados permanentes y a quienes realizan actividades en sus hogares, la cifra caía de 7.4 millones, a tan solo 428 000, mayoritariamente hombres (Leyva y Negrete, 2014).

El concepto *NiNi* ha resultado problemático y falto de pertinencia porque el particular proceso multiforme de construcción social con que ha sido desarrollado, le ha dotado de un carácter homogeneizante, “ocultista”, estático, y determinista a la vez que voluntarista. Homogeneizante porque, bajo el mismo paraguas conceptual, iguala a jóvenes que en sí son heterogéneos al menos en dos sentidos: primero, confunde a profesionales universitarios, a veces con posgrado, que no han logrado insertarse en el mercado laboral, con jóvenes que por diversas razones aparecen ni trabajando ni estudiando en los registros (Muñoz, 10 de abril de 2019); segundo, porque agluti-

na roles fundamentalmente diferentes, algunos socialmente apreciados: realizador de labores domésticas, trabajador voluntario, desempleado, desafiado de la educación, resistente cultural a los determinismos conductuales de la vida adulta, delincuente en potencia, “flojo” o “vago”, entre otros (Assusa, 2018).

El concepto es “ocultista” porque, bajo el artilugio de la confusión de roles, inculca la idea de que trabajar y estudiar son las únicas actividades importantes para la vida de las personas (Negrete y Leyva, 2013), y oculta el hecho de que existen otras actividades centrales para la reproducción social, como las actividades domésticas y el voluntariado.

Es estático en dos sentidos. Primero, porque descansa sobre el supuesto de que *NiNi* es una condición estacionaria (Negrete y Leyva, 2013), siendo que las personas jóvenes pueden seguir trayectorias diversas en periodos relativamente breves, combinando eventos de actividad e inactividad educativa y laboral (Sánchez-Soto y Bautista, 2018); y segundo, porque, como Márquez (2018) ha señalado, frecuentemente los análisis giran en torno a grupos que mezclan edades infantiles, de 14 o 15 años, con adultas, de 24 o 29 años, lo cual nubla la mirada sobre la volatilidad situacional asociada a las distintas edades de los subgrupos involucrados (Feijoó, 2015).

Finalmente, el concepto puede ser usado tanto con un matiz determinista como voluntarista: lo mismo adjudicando la raíz del problema a la ausencia de oportunidades sociales, que cargan en el individuo la completa responsabilidad de ser *NiNi*. Ambas tendencias no toman en cuenta el papel de la familia, como institución mediadora entre la estructura y la acción, donde muchas veces se toman decisiones importantes sobre lo que han de hacer las personas jóvenes. Eventualmente es ahí donde se decide quién trabaja, quién estudia y quién se queda en el hogar para propiciar la funcionalidad del grupo doméstico. En este sentido, al analizar las trayectorias de transición a la vida adulta, Mancini (2012) resalta que, a partir de las aceleradas transformaciones económicas y sociales de los últimos años, ha habido un cambio en la distribución de los

riesgos entre el Estado, la familia y el mercado, que son los tres órganos de gestión de la seguridad social.

Por lo anterior, la idea de *NiNi*, por un lado, puede servir como herramienta para victimizar a personas arrastradas por la ausencia de oportunidades y, por otro, como arma estigmatizadora de otras que, por elección, han decidido dedicarse a labores demandadas por sus familias. Las propias juventudes han reclamado que el concepto *NiNi* las define más por la vida que no tienen, que por la que sí tienen como elementos fundamentales de los arreglos domésticos necesarios para la viabilidad de sus hogares. Debido a estos arreglos, han de desplegar actividades consideradas indeseables, como la realización de quehaceres y reparaciones domésticas, y el cuidado de infantes y de ancianos y ancianas (Feijoó, 2015). Ello resalta la deuda de especialistas con la población joven llamada *NiNi*, porque, entre otras cuestiones, se sabe muy poco sobre la importancia del tiempo que dedican a estas actividades, consideradas como no trabajo, porque no se resuelven en el mercado.

EL “TRABAJO” EN LOS HOGARES ES TRABAJO

El origen etimológico de la palabra “trabajo” da idea de que, desde los tiempos del Imperio Romano (27 a. C.-476 d. C.), no solo constituyen trabajo aquellas actividades dirigidas exclusivamente a la producción de bienes y servicios, que son comprados y vendidos en el mercado, sino toda actividad que implica molestia, tormento, fatiga, sufrimiento, penalidad o dolor físico.

Fue a finales del siglo xv cuando dicha palabra apareció por primera vez en un diccionario, y deriva de “trabajar”, que viene del latín *tripaliāre*, la cual a su vez procede de *tripaliūm* (Rodríguez y Real Academia Española [RAE], 2014). El *tripaliūm* (tres palos) era un instrumento de tormento hecho con tres maderos cruzados, que los romanos usaban para castigar a esclavos o reos, aunque originalmente se usaba para inmovilizar caballos y bueyes, a fin de herrarlos o examinarlos. Así, es fácil advertir que la palabra “trabajo” pasó naturalmente a formar

parte del léxico común, en una sociedad campesina que, para vivir, debía invertir grandes esfuerzos físicos en transformar la tierra, a fin de extraerle el sustento; que se sometía rutinariamente a una serie de dolores parecidos a los causados por el aporreo en el *tripaliūm*.

La idea de trabajo como esfuerzo que transforma las cosas, influyó en la física newtoniana de finales del siglo xvii. Para la mecánica clásica, trabajo es lo que hace un objeto, cuando ejerce una fuerza sobre otro objeto, para que este cambie su estado de reposo o movimiento en la dirección de la fuerza ejercida sobre él (Feynman *et al.*, 1998).

¿Cómo fue que “trabajo” terminó adoptando el significado cuasi-exclusivo de “actividad económica”? Entre las acepciones registradas por el diccionario de la RAE (2018) aparece que es “esfuerzo humano aplicado a la producción de riqueza” o “penalidad, molestia, tormento o suceso infeliz”. No obstante, en la ciencia de la economía, la corriente dominante solo acepta la primera. La base de pensamiento sobre la que se sienta la visión moderna de la economía liberal se encuentra en la economía clásica de Adam Smith, particularmente en su estudio sobre *La Riqueza de las Naciones* de finales del siglo xviii.

A Smith le importaba definir dónde están las fuentes de la riqueza, y una de esas fuentes la encontraba en el trabajo: “el producto anual del trabajo y la tierra del país” (Smith, 1997/1776, p. 27). Entonces, para él, el único trabajo socialmente importante era aquel que contribuía a lo que hoy se llama Producto Interno Bruto (PIB). Es así que, desde los tiempos de la economía clásica, fueron sentadas las bases para que el trabajo en los hogares, que se realiza fuera de los márgenes del mercado, el que ni se compra ni se vende, trabajo *NiNi*, no sea considerado importante para la sociedad dentro de la visión económica predominante actual.

Esta idea de Smith sobre el trabajo, a pesar de haber influido en la concepción marxista de trabajo productivo, el que genera plusvalía (Cadena, 1991), no impidió que el propio Marx desarrollara un concepto inicial amplio de trabajo, por el que cabría considerar que las personas llamadas *NiNi* sí realizan trabajo en los hogares. En su definición original de trabajo, de-

finitivamente, lo importante es que este, como sea, contribuya a la transformación de los materiales que, en bruto, brinda el planeta, para asegurar su existencia, independientemente de que el resultado de dicho trabajo productivo sea realizado o no en el mercado:

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que este realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso, el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y las manos, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda (Marx, 1984/1867, p. 130).

La adopción de esta idea amplia de trabajo ha sido insinuada por investigadores economistas como Leyva y Negrete (2014), y Robles (2004). Ninguno desarrolla la idea, pero los primeros la sugieren cuando se preguntan si es económicamente irrelevante el trabajo de las mujeres, y se contestan que sí porque “representa poco más de una quinta parte del PIB” (p. 17). Por su parte, Robles (2004) hace lo propio cuando dice que para los infantes “distinguimos tres actividades económicas principales: trabajar en la fuerza laboral, dedicarse solo a estudiar, o a los quehaceres domésticos” (p. 72). Bajo esta afirmación subyace que las actividades realizadas por las personas en los hogares, sin remuneración alguna, en sí son actividades económicas, porque de otra manera tendrían que contratar a alguien para que, en su lugar, lavara y planchara la ropa de la familia, hiciera la limpieza y la comida, cuidara la casa, atendiera a personas infantes y ancianas del hogar y las llevara al médico o a la escuela; o hiciera labores de mantenimiento menor, como sustituir un empaque, un apagador, una clavija o un fusible, entre otras actividades necesarias para el funcionamiento de los hogares.

QUIÉNES SON LAS Y LOS *NiNi* DE 20 A 29 AÑOS

La investigación generalmente se ha centrado en *NiNis* de 15 a 29 años, pero se ha cuestionado que se trata de un grupo de población muy heterogéneo, fundamentalmente por razones relacionadas con sus edades, las cuales se encuentran ligadas a la representación deseable de distintos roles sociales: infantes y adolescentes obligados a concluir la educación media superior alrededor de los 17 años de edad y que, por lo mismo, no deberían trabajar; personas adultas, desde los 18 años, que idealmente deberían concluir estudios de licenciatura alrededor de los 22 años y que, por lo tanto, no deberían casarse ni tener hijos, sino hasta la conclusión de sus estudios.

El análisis que sigue se centra en la población de 20 a 29 años, la cual constituye un grupo de particular interés para la política pública. Es menos heterogéneo que el de 15 a 29 años porque sus integrantes ya se encuentran en la adultez, sin obligación de estar en el sistema educativo formal y con el deber socialmente instituido de estar trabajando y/o estar estudiando porque, de otro modo, además del desperdicio económico implicado, podrían fácilmente caer en conductas socialmente no deseadas, generalmente asociadas a las adicciones: consumo y/o distribución de drogas, participación en actos delictivos del crimen organizado, entre otras. Veremos a continuación cómo se comportan, en algunas características seleccionadas, estas y estos jóvenes que en el primer trimestre de 2019 estaban fuera del sistema educativo formal y que tampoco trabajaban. Jóvenes llamados *NiNi*, por no tener un mejor término para definirlos.

De acuerdo con la ENOE, al iniciar el año 2019 hay en México casi 5 millones de *NiNi* con edades de 20 a 29 años, quienes representan 25.3% de la población total en ese grupo de edad, pero un análisis por sexo revela que, entre las mujeres, la proporción asciende a 41%, mientras que entre los hombres solo es de 9 por ciento.

Otras cuestiones destacables son que entre *NiNis* predominan las mujeres, quienes representan el 83.1% de esta población (4.1 millones), además, 77.5% no son solteras 74.5% son

madres con al menos un hijo (1.3 niños en promedio), 61.4% no cuenta con educación media superior, teniendo 10 años de escolaridad promedio (equivalentes a un año de preparatoria), y 80.1% no tiene disposición para trabajar, aun cuando se les ofreciera la oportunidad (tabla 1).

Una proporción mucho menor de esta población está formada por hombres (16.9%, 833 mil) que, en comparación con las mujeres, son mucho más frecuentemente solteros (76%, vs. 22.5%); están mucho más dispuestos a trabajar, si tuvieran la oportunidad (59.6% vs. 19.9%); y están algo más escolarizados, pues acumulan cerca de medio año más de estudios, y en mayor proporción han concluido al menos el nivel medio superior (46.6% vs. 38.6 por ciento).

Tabla 1. Características de las personas NiNi de 20 a 29 años, 2019

Característica	Hombre	Mujer	Total
Población	832 641	4 106 931	4 939 572
Tiene hijos (solo mujeres) (%)	--	74.5	--
En estado de soltería (%)	76.0	22.5	31.5
Nivel educativo (%)			
Sin básica	19.7	18.7	18.8
Básica	33.7	42.7	41.2
Medio superior	29.1	28.9	29.0
Superior	17.5	9.7	11.0
Participación económica (%)			
Desocupados (en búsqueda)	46.2	7.1	13.7
Disponibles	13.3	12.7	12.8
No disponibles	40.4	80.1	73.4
Escolaridad media (años)	10.4	10.0	10.1
Hijos promedio (solo mujeres)	--	1.3	--

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

Cabe mencionar algunas diferencias de las personas *NiNi* analizadas, en contraste con el resto de jóvenes comparables

(tabla A1 del anexo): las mujeres del primer grupo tienen hijos más frecuentemente que las del segundo, además, tienen doble probabilidad tanto de ser madres, como de no tener cubierta la educación media superior, y su promedio de hijos también es el doble. Asimismo, si bien los hombres están más escolarizados que las mujeres, ocurre lo contrario con las y los demás jóvenes, cuyas mujeres tienen un año más de estudios formales que los hombres y también los superan por 14 puntos porcentuales en la proporción de quienes ya cubrieron el nivel medio superior.

Investigaciones precedentes coinciden en señalar otras características relevantes de quienes son *NiNi*, aparte de las reportadas aquí para el grupo de 20 a 29 años. Márquez (2018), con base en una revisión exhaustiva de la bibliografía, menciona que hay una reducción paulatina del número de mujeres debido, principalmente, al aumento en su matriculación escolar; estas personas son más frecuentes en el medio rural que en el urbano; por lo general viven en hogares pobres; y su situación cambia en tiempos relativamente cortos: de no trabajar ni estudiar, pueden pasar rápidamente a estudiar y/o trabajar.

Por su parte, Vélez et al. (2018), con datos de la encuesta *Millennials en México*, dan cuenta de aspectos poco explorados. Encontraron que, en comparación con la otra población joven, las y los *NiNi* de nuestro país dedican más tiempo a labores de cuidado y a quehaceres domésticos (esto también se encontró en la presente investigación); que sus expectativas salariales son inferiores, incluso por debajo de los salarios promedio; que están menos dispuestos a experimentar vivencias nuevas; que sienten menor control sobre su entorno; y que sus padres tienen opiniones menos positivas sobre sus hijos e hijas, están menos involucrados en sus vidas y tienen menores expectativas de logro para ellos. También descubrieron que las mujeres *NiNi* tienen menores expectativas educativas que los hombres *NiNi* y que con frecuencia asumen roles tradicionales.

Como se pudo apreciar más arriba, hay proporciones importantes de hombres y mujeres *NiNi* que buscan trabajo o que trabajarían si tuvieran la oportunidad, por lo que cabe re-

visar las cifras conocidas a la luz de estos datos. Esto nos lleva a pensar, como la Organización Internacional del Trabajo [OIT] (Dema, Díaz y Chacaltana, 2015), que existen los *NiNiNi*, que no estudian ni trabajan, ni buscan empleo, y los *NiNiNiNi*, porque, además, ni están disponibles.

Se mostró antes que la cifra de *NiNis* entre 20 y 29 años asciende a 4 939 572, pero si se restan los 678 565 que buscan empleo, el número se reduce a 4 261 007 *NiNiNi*; y si además se restan los 633 492 que no buscan empleo pero que están en disposición para trabajar, quedan 3 627 515 *NiNiNiNi*. En total serían más de 1.3 millones menos que la cifra original.

Se tendrían entonces dos poblaciones de particular interés para una política diferenciada hacia las y los jóvenes *NiNi*. Una de 1.3 millones (38% hombres y 62% mujeres), a la que se podría apoyar para ingresar al mercado de trabajo, con programas estilo *Jóvenes Construyendo el Futuro* y otra, mucho mayor, de 3.6 millones (9% hombres y 91% mujeres) sobre la cual se requerirían políticas diferenciadas, al menos de tres tipos: unas basadas en becas para quienes están en disposición de concluir sus estudios; otras canalizadas a quienes solo necesitan guarderías para trabajar y/o estudiar; y las terceras para quienes necesitan tanto las becas como las guarderías. Obviamente, la implementación de estas y otras políticas, requiere la existencia de sistemas de información actualizados, precisos y confiables, que ya son tecnológicamente factibles, para identificar a personas en riesgo. También parece obvio que toda política dirigida a población *NiNi*, para su inserción económica y/o educativa, debe ir engarzada sistémicamente con políticas educativas, industriales y de salud pública, a fin de agregar pertenencia y coordinación en esos tres ámbitos. Ya se han escrito detalles interesantes al respecto (De Hoyos, Rogers y Székely, 2016; Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OECD], 2016; Dema, Díaz & Chacaltana, 2015).

EL TIEMPO DE LAS PERSONAS *NiNi* EN LAS ACTIVIDADES DEL HOGAR

Como se discutió antes, no todas ni todos los *NiNi* serían clasificados bajo esta categoría si es adoptado el concepto de trabajo original: aquel que considera como trabajo a toda actividad humana que requiere esfuerzo para transformar los materiales de la naturaleza, a fin de satisfacer necesidades. Así, serían concebidas como trabajo, no solo las actividades económicas, sino también las consideradas no económicas, como las realizadas en los hogares, que no se resuelven bajo la lógica de compra-venta en los mercados. ¿Qué tanto las y los *NiNi*, realizan actividades no económicas? La ENOE ayuda a responder esta pregunta.

Esta encuesta pregunta a los informantes cuánto tiempo dedicaron la semana anterior a la entrevista a ocho actividades no económicas, distintas a trabajar o a buscar trabajo. A continuación, se transcriben estas actividades, junto con su correspondiente forma sintética, misma que será utilizada en los análisis:

- *Estudios*. Estudiar o tomar cursos de capacitación (incluye el tiempo dedicado a realizar trabajos escolares).
- *Cuidados*. Cuidar o atender sin pago, de manera exclusiva a personas infantes, ancianas, enfermas o con discapacidad (bañarlas, cambiarlas).
- *Trámites*. Realizar compras, llevar cuentas o realizar trámites para el hogar o encargarse de la seguridad (como guardar el automóvil).
- *Acompañamiento*. Llevar a algún miembro del hogar a la escuela, cita médica u otra actividad.
- *Construcción*. Construir o ampliar su vivienda.
- *Mantenimiento*. Reparar o dar mantenimiento a su vivienda, muebles, aparatos electrodomésticos o vehículos.
- *Quehaceres*. Realizar los quehaceres de su hogar (lavar, planchar, preparar y servir alimentos, barrer).
- *Servicios*. Prestar servicios gratuitos a su comunidad (conseguir despensas, cuidar personas en un hospital).

¿Qué tanto las y los *NiNi* de 20 a 29 años realizan estas actividades? La tabla 2, con información construida a partir de esta encuesta, muestra detalles sobre el porcentaje con que este grupo poblacional reportó que realizaba cada una de estas actividades. Sobresale lo siguiente: a) la gran mayoría realiza alguna actividad no económica (94.6%), pero las mujeres participan considerablemente más, puesto que su porcentaje supera por 24 puntos porcentuales al de los hombres (98.7% vs. 74.7%); b) los hombres participan en todas las actividades y las mujeres solo están ausentes en la construcción (o ampliación) de vivienda; c) los hombres, aunque participan en todas las actividades, solo superan a las mujeres en dar mantenimiento o hacer reparaciones menores (7 puntos porcentuales de diferencia), y muy marginalmente en estudiar fuera del sistema educativo (0.7 de punto porcentual); d) no es en las actividades domésticas donde las mujeres más superan a los hombres (28.9 puntos porcentuales), sino que lo hacen más en labores de cuidados (56.8 puntos), en realizar trámites (44.2 puntos) y, de manera similar, en acompañar a infantes y personas ancianas (28.4 puntos porcentuales).

Un análisis comparado arroja diferencias interesantes entre *NiNis* y demás jóvenes. Sobresale que si bien, las y los *NiNi* participan con ligera mayor frecuencia en el conjunto de las actividades en hogares que el resto de jóvenes (ver Tabla A2 del anexo); no obstante, en varias de las actividades específicas, los superan de manera importante, como en: labores de cuidados (35.1 puntos porcentuales), trámites (23.3 puntos), acompañar o llevar al médico o a la escuela (20.8 puntos) y quehaceres domésticos (17.5 puntos). Para este grupo, además, la actividad de acompañar a personas infantes, ancianas o enfermas ocupa el cuarto lugar de importancia, por la frecuencia con que la realizan, y es sustituida por los y las *No NiNi*, sobre todo por la de estudiar o realizar tareas escolares. El grupo de jóvenes que no lo son, sólo participan más en estudiar y en realizar labores de mantenimiento (por lo que se dedican menos al acompañamiento), actividades en las que, naturalmente, pueden contribuir con más frecuencia, gracias

a que han adquirido mayores competencias, por haber estado más tiempo en la escuela.

Tabla 2. Porcentaje de las personas *NiNi* entre 20 y 29 años que realizan actividad no económica, según clase de actividad, 2019

Actividad	Hombres	Mujeres	Total
Quehaceres	69.3	98.1	93.3
Trámites, compras, aseguramiento	33.6	77.8	70.4
Cuidados	11.2	68.1	58.5
Acompañamiento	4.6	32.9	28.2
Mantenimiento	7.5	0.5	1.7
Servicios	1.0	1.1	1.1
Estudios	1.5	0.7	0.9
Construcción	0.7	0.0	0.2
Total	74.7	98.7	94.6

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

Ya se vio que la gran mayoría de *NiNis* analizados, con mayor o menor frecuencia participan en las ocho actividades del hogar seleccionadas, y en muchas, más frecuentemente que el resto de jóvenes que tienen su misma edad. Pero, ¿qué tan importante es el tiempo que dedican a estas actividades? ¿Dedican más tiempo que el resto de jóvenes?

Los y las *NiNi* analizados dedican un tiempo importante a las actividades no económicas, casi siempre realizadas en los hogares. En conjunto, 75.5% aportan al funcionamiento de sus hogares un tiempo equivalente a, por lo menos, media jornada laboral semanal, pero mujeres y hombres contribuyen de manera extremadamente diferente. Mientras la gran mayoría de ellas, cerca del 90%, dedican ese tiempo, solo 14% de los hombres hacen lo mismo. Más aún, mientras cerca del 70% aporta jornadas completas, sólo 4.5% de los hombres hacen un esfuerzo equiparable (Tabla 3). La considerable mayor aportación de las mujeres al funcionamiento del hogar también se confirma si centramos la atención en los que menos aportan. Mientras que solo 1.3% de las mujeres no contribuye en ab-

soluta al hogar, prácticamente las que están impedidas por alguna discapacidad, por el contrario, es una cuarta parte de los hombres (25.4%) la que no contribuye en absoluto.

Tabla 3. Porcentaje de personas *NiNi* entre 20 y 29 años que realizan actividad no económica, según tiempo semanal dedicado, 2019

Tiempo (Horas)	Hombre	Mujer	Total
0 Horas	25.4	1.3	5.5
0.1 a 4.9	18.2	0.7	3.7
5 a 9.9	22.5	2.4	5.8
10 a 19.9	19.5	7.4	9.5
20 a 34.9	9.8	19.5	7.8
35 ó más	4.5	68.7	57.7
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

El tiempo dedicado por el conjunto de la población *NiNi* analizada, a las actividades no económicas, supera considerablemente el dedicado por el resto de jóvenes. Solo 38.1% de la población que no pertenecen a esta categoría dedica al menos media jornada a las actividades mencionadas (tabla A3 del anexo), incluidas estudiar y hacer tareas, 37.4 puntos porcentuales por debajo del registrado por las y los *NiNi*. Pero este diferencial encontrado se debe exclusivamente a la actividad femenina: solo las mujeres *NiNi* dedican más tiempo a realizar tareas no económicas, en comparación con las que no pertenecen a este grupo, dado que los hombres *NiNi*, al contrario de lo que se esperaría, dedican menos tiempo que los que sí trabajan y/o estudian.

Entonces, parecería que una parte importante de los hombres *NiNi* prácticamente no solo no dedica tiempo a estudiar ni a trabajar, sino que, a pesar de tener más tiempo libre, contribuyen menos que sus pares que sí estudian y/o trabajan. Son alrededor de 200 mil. Si se resta a esta cantidad el número de los que están en búsqueda activa de trabajo, quedan cerca de 137 mil, que al parecer “no hacen nada”. Quizás sean estos

los casos verdaderamente inquietantes, con mayor probabilidad de caer en conductas anómicas: adicciones, narcotráfico y crimen organizado, hacia los cuales convendría dirigir esfuerzos especializados con políticas focalizadas para incidir en los casos específicos. Cabe complementar diciendo que, en el caso de las mujeres, el número de las que al parecer “no hacen nada” se acerca tan solo a 47 mil.

Ya hemos avanzado en conocer la cantidad de tiempo, tan considerable, que dedican las personas *NiNi*, particularmente las mujeres, a las actividades no económicas, sobre todo a las relacionadas con el funcionamiento de los hogares. Ya sabemos que su tiempo de dedicación es muy importante y supera al del resto de los jóvenes, pero no sabemos aún con precisión de cuánto tiempo estamos hablando. La información de la tabla 4 apoya la pesquisa en este sentido.

El conjunto dedica el equivalente a una jornada laboral semanal completa (39.8 horas) a las actividades no económicas (tabla 4). Y casi todo este tiempo (39.5 horas) es ocupado exclusivamente en labores relacionadas con el funcionamiento de los hogares. Tan solo los quehaceres domésticos consumen el equivalente de más de media jornada laboral (21.2 horas), siguen las labores de cuidados y acompañamiento (14.8 horas) y las de realizar trámites, compras y aseguramiento del hogar (2.4 horas). El resto de las actividades, en conjunto, solo consumen 1.4 horas a la semana.

En comparación con el resto de la población joven, las personas pertenecientes a esta categoría dedican dos veces más tiempo a realizar labores en beneficio exclusivo de sus hogares, pero mientras prácticamente no invierten tiempo en estudiar o hacer tareas, quienes no lo son, sobre todo las mujeres, dedican un tiempo importante a estas actividades educativas (6.4 horas los hombres y 9.1 las mujeres) (tabla A4 del anexo). No sorprende que la población *No NiNi* reporte estos tiempos, porque buena parte de ella (26.8%) aún se encuentra estudiando en algún nivel del sistema educativo. Si no se consideran la actividad de estudiar y la de realizar servicios gratuitos a la comunidad, se encuentra que las *NiNi* dedican mucho más tiempo al hogar que sus pares (45.9 horas vs. 20.9), pero en el

caso de los hombres, la diferencia es considerablemente menor (8.7 horas vs. 6.4).

Tabla 4. Tiempo semanal dedicado por las personas *NiNi* de 20 a 29 años, según clase de actividad no económica, 2019 (horas por semana)

Actividad	Hombres	Mujeres	Total
Estudios	0.3	0.1	0.2
Cuidados	1.5	17.5	14.8
Trámites, compras, aseguramiento	0.8	2.7	2.4
Acompañamiento	0.1	1.3	1.1
Construcción	0.1	0.0	0.0
Mantenimiento	0.4	0.0	0.1
Quehaceres	5.8	24.3	21.2
Servicios	0.1	0.1	0.1
Total	9.1	46.1	39.8

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

Hasta ahora se ha cuantificado el tiempo que los jóvenes dedican a actividades no económicas singulares, pero en realidad es más frecuente encontrar que en el transcurso de una semana dediquen tiempo a realizar varias de estas. Así, sería más apegado a la realidad considerar que realizan combinaciones de actividades no económicas, ¿cuáles de estas combinaciones son las que más frecuentemente realizan? Y, ¿cuánto tiempo invierten en ellas?

La tabla 5 muestra los diez grupos de actividades no económicas, enfocadas principalmente a los hogares, a los que, con mayor frecuencia las personas *NiNi* dedican algún tiempo semanal. Cada conjunto está ligado a información sobre el porcentaje de esta población que las realiza y las horas que reportan haberle dedicado durante la semana anterior a la entrevista. También exhibe el tiempo dedicado a cada actividad singular incluida en el agrupamiento correspondiente. Nótese que casi todas y todos los que dijeron haberle dedicado algo de tiempo a esta clase de actividades, están abarcados en es-

tas diez combinaciones: 67.5% de los hombres y el 96.7% de las mujeres.

De las diferenciaciones de género, sobresalen tres.

Primera, que las mujeres *NiNi*, no solo se encargan más tiempo de las tareas del hogar que sus pares hombres, sino que además las complejizan más. Seis de los diez agrupamientos más importantes para ellas, se componen de más de dos actividades, los cuales les requieren en promedio casi 54 horas semanales, mientras que, en el caso de los hombres, solo son cuatro los agrupamientos que involucran más de dos actividades, y en promedio solo les demandan 21.4 horas semanales.

Segunda, que las mujeres no solo complejizan más que los hombres su actividad al interior de los hogares, sino que también lo hacen hacia el exterior. Los servicios sin pago en beneficio de sus comunidades (tabla 4), absorben tiempos parecidos de los conjuntos de hombres y de mujeres *NiNi*, no obstante, en la tabla 5 se aprecia que ellas suelen combinarlos con otras tres o cuatro labores en sus hogares: quehaceres, cuidados, acompañamiento y trámites, dedicándoles en estos casos, de 3 a 4 horas semanales.

Finalmente, también sobresale que los quehaceres domésticos están presentes en los diez conjuntos de actividades principales de las mujeres, y en ocho de los diez relativos a los hombres. Cuando los hombres y las mujeres únicamente realizan quehaceres, 31.9% y 8.7% respectivamente, ellos solo invierten 7.5 horas semanales, mientras que ellas dedican cerca del triple de ese tiempo (20 horas).

Tabla 5. Porcentaje de personas *NiNi* entre 20 y 29 años y tiempo semanal invertido, según principales combinaciones de actividades no económicas, por sexo, 2019

Combinación de actividades	%	Tiempo semanal dedicado a cada actividad (Horas)								
		Total	Est	Cuid	Tram	Acom	Const	Mant	Queha	Serv
Hombres										
Queha	31.9	7.5							7.5	
Tram-Queha	19.5	11.6			2.3				8.7	

Combinación de actividades	%	Tiempo semanal dedicado a cada actividad (Horas)								
		Total	Est	Cuid	Tram	Acom	Const	Mant	Queha	Serv
Cuid-Tram-Queha	4.0	27.0		13.3	2.1				1.6	
Mant-Queha	2.4	14.5						6.2	8.3	
Cuid-Queha	2.3	23.5		14.2					9.6	
Cuid-Tram-Acom-Queha	2.0	29.1		12.4	2.3	2.7			11.6	
Tram-Mant-Queha	2.0	14.6			2.7			4.8	7.7	
Tram	1.7	2.0			2.0					
Mant	1.0	5.2						5.2		
Tram-Acom-Queha	0.7	14.9			2.4	3.4			9.1	
Ninguna actividad	25.3									
Mujeres										
Cuid-Tram-Queha	30.2	56.3		26.5	3.6				26.1	
Cuid-Tram-Acom-Queha	25.3	59.9		24.9	3.6	3.8			26.9	
Tram-Queha	17.0	26.4			3.3				23.1	
Queha	8.7	19.7							19.7	
Cuid-Queha	8.2	50.0		27.5					22.4	
Tram-Acom-Queha	3.4	34.6			3.8	3.5			27.4	
Cuid-Acom-Queha	2.5	54.4		26.2		3.6			24.6	
Acom-Queha	0.7	31.6				5.4			26.5	
Cuid-Tram-Acom-Queha-Serv	0.4	58.4		21.8	2.9	3.8			27.5	2.8
Cuid-Tram-Queha-Serv	0.2	59.5		33.8	2.4				19.2	4.1
Ninguna actividad	1.3									
Total										
Cuid-Tram-Queha	25.8	55.5		26.2	3.6				25.8	
Cuid-Tram-Acom-Queha	21.4	58.6		24.7	3.5	3.8			26.6	

Combinación de actividades	%	Tiempo semanal dedicado a cada actividad (Horas)								
		Total	Est	Cuid	Tram	Acom	Const	Mant	Queha	Serv
Tram-Queha	17.4	23.5			3.1				2.5	
Queha	12.6	14.5							14.5	
Cuid-Queha	7.2	48.5		26.8					21.6	
Tram-Acom-Queha	2.9	33.8			3.6	3.5			26.6	
Cuid-Acom-Queha	2.2	53.9		25.8		3.6			24.4	
Acom-Queha	0.7	30.0				5.2			24.2	
Mant-Queha	0.4	14.7						6.1	8.6	
Tram	0.4	2.3			2.3					
Ninguna actividad	5.4									

Estu: estudios o capacitación; Cuid: cuidar niños, ancianos, enfermos o discapacitados; Tram: Trámites, compras, seguridad del hogar; Acom: llevar a escuela, médico u otra actividad; Const: construir o ampliar vivienda; Mant: reparar y dar mantenimiento; Quaha: quehaceres del hogar; Serv: servicios gratuitos a la comunidad.

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta*

Nacional de Ocupación y Empleo, I-2019.

La subpoblación enfocada, en contraste con el resto de jóvenes, no solo participa más frecuentemente y dedica más tiempo a las tareas necesarias para el funcionamiento de sus hogares, también enriquece más esta clase de tareas con combinaciones más densas de las mismas, incluso con labores de voluntariado en beneficio de sus entornos sociales. Esto ocurre sobre todo en el caso de las mujeres.

La tabla 5 muestra que, entre las diez principales agrupaciones de actividades no económicas efectuadas por los hombres *NiNi*, aparecen cuatro que incluyen la realización combinada de al menos tres tareas en los hogares, entre las cuales están los quehaceres domésticos (a los que dedican 7.5 horas semanales en promedio). En cambio, entre los No *NiNi* (tabla A5 del anexo) solamente son dos los complejos que incluyen la combinación de tres actividades, entre ellas, los quehaceres domésticos captan 5.4 horas semanales, en promedio.

En el caso de las *NiNi*, es más marcada su diferenciación respecto a las otras jóvenes, por su labor más complejizada y

su mayor dedicación a las tareas domésticas. Seis de sus diez principales combinaciones de actividades se componen de tres o más tareas, entre las cuales, los quehaceres absorben 53.8 horas semanales promedio. En cambio, las jóvenes que no lo son, registran cinco complejos de más de tres actividades, de las cuales los quehaceres reciben solo 12.5 horas semanales de atención, en promedio.

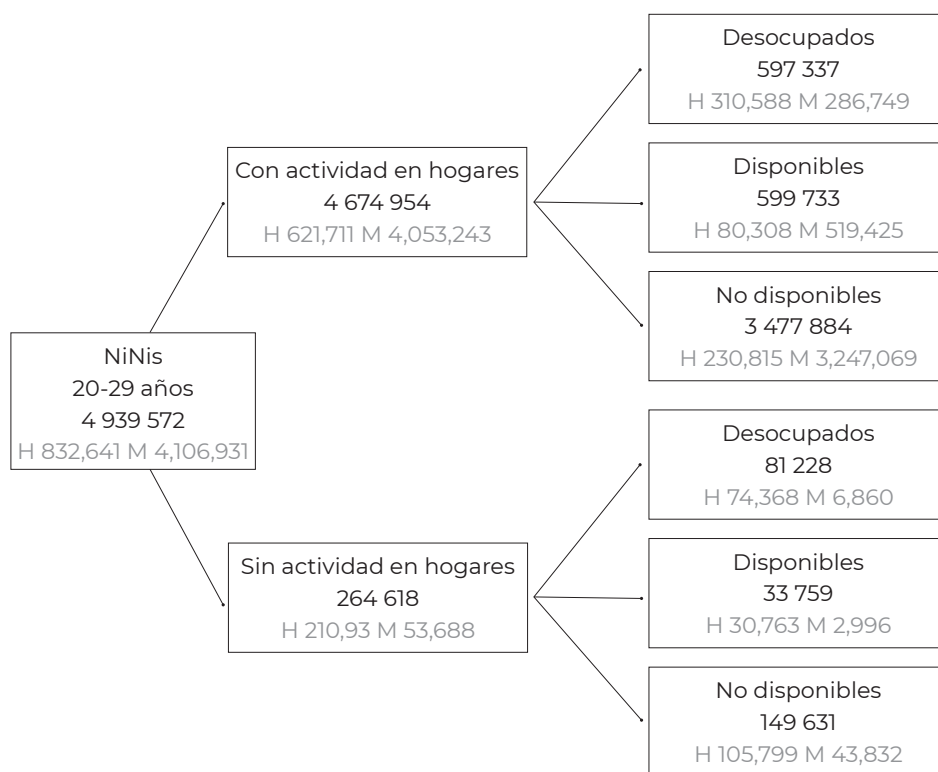
REFLEXIONES FINALES

Queda claro que, si se adopta un concepto amplio de trabajo, el cual incluye, como en los orígenes de la palabra “trabajo” y en la idea marxista inicial, no solo a las actividades sujetas al re-juego de la oferta y la demanda en los mercados, sino también a toda actividad que requiera energías y esfuerzos humanos por parte de quienes necesitan satisfacer las necesidades de sus hogares, entonces solo una mínima parte de las juventudes llamadas *NiNi* podría ser considerada como tal.

Como otras investigaciones han empezado a señalar, lo reportado en este documento coincide en que las y los jóvenes llamados *NiNi*, principalmente ellas, contribuyen de manera importantísima a la reproducción social, invirtiendo mucho más tiempo de vida y participando con mayor frecuencia en toda esa clase de actividades que son de particular importancia para el funcionamiento de los hogares mexicanos. Pero no solo eso, sino que, además, ha quedado evidenciado que también complejizan y enriquecen sensiblemente más dichas actividades con otras externas al ámbito familiar, que también contribuyen al bienestar social. Resulta injusto, pues, estigmatizar a jóvenes que no estudian ni trabajan, como si en general formaran parte de una especie de parásitos sociales que “no hacen nada”. La construcción del imaginario social sobre el ser *NiNi*, está en deuda con ellas y ellos.

Las y los considerados *NiNi* son en realidad un grupo poblacional multiforme, que cabalga a contrapelo de la categoría uniformizante, mediáticamente construida, con que se les identifica y, a veces también, se les estigmatiza.

Figura 1. Las personas *NiNi* de 18 a 29 años y su descomposición por condición de actividad no económica



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo.

Como se desprende de los análisis presentados sobre los 5 millones de personas jóvenes entre 20 y 29 años que comúnmente son llamadas “*NiNi*”, con base en su condición de actividad no económica, se pueden identificar tres grandes subgrupos (figura 1), que ameritan ser destinatarios de políticas diferenciadas: a) los que tienen actividad en sus hogares y que buscan empleo (600 mil) o que están disponibles para trabajar (600 mil), b) los que no realizan actividad alguna en los hogares, pero buscan empleo (81 mil), y c) los que no participan en los hogares ni buscan empleo (184 mil). Este último grupo es el que, al parecer, “no hace nada”: 137 mil hombres y 47 mil mujeres. El primer subgrupo es el potencialmente menos problemático porque trabaja para el propio hogar y, además, busca o al menos quiere tener actividad económica en los mercados de trabajo; el segundo es más problemático que el primero, pero no tanto como el tercero, porque si bien no contribuye al

funcionamiento de los hogares, al menos está buscando empleo activamente; finalmente, el tercer subgrupo de *NiNi* es el que requiere particular atención, por ser el de mayor potencial anómico. Para los dos primeros subgrupos quizás funcionen políticas al estilo de *Jóvenes Construyendo el Futuro*, pero estas quizás sean menos útiles si se dirigen al tercer subgrupo. No obstante, este es el que requiere con mayor urgencia una política dirigida quirúrgicamente, porque es el que está en el mayor riesgo de caer en situaciones relacionadas con las adicciones, el tráfico de drogas y el crimen organizado, pero antes urge la implementación de un sistema de información confiable, para conocer la situación de cada joven y las causas que le llevaron ahí.

La información oficial dice que el programa *Jóvenes Construyendo el Futuro* está dirigido a 2.3 millones de “*NiNi*” entre 18 y 29 años y que en este año 2019 ya ha abarcado a casi un millón, lo cual es loable. No obstante, la población a la que idóneamente estaría destinado este programa, la de personas buscadoras y las disponibles, es mucho menor a la cifra mencionada: 1.6 millones, de acuerdo con la ENOE (figura A1 del anexo). Así, habría sido factible dirigir parte de los recursos destinados al programa, a otro focalizado a la atención de los 232 mil jóvenes (178 mil hombres y 54 mil mujeres), identificados en probable vulnerabilidad extrema.

Hay otras cuestiones de distinta naturaleza, que constituyen oportunidades de mejora en la implementación del programa mencionado: utilización del mismo para atraer fuerza de trabajo gratuita y para tener ahorros en capacitación; sustracción de parte del dinero de la beca mediante *moches*, u obligando a las y los becarios a comprar bienes y servicios producidos por sus propios capacitadores y capacitadoras; sobrecalificación de becarios y becarias, o discordancia entre formación y capacitación; riesgo de que el programa se convierta en mecanismo de transferencia asistencial, más que de capacitación (Vega, 14 de mayo de 2019; Animal Político, 8 de abril de 2019; Amaury, 2019; Suárez, 24 de agosto de 2019 y Mexicanos Contra la Corrupción y la Impunidad [MCCI], 2019). Las experiencias de jóvenes becarios y becarias están ocurrien-

do más en las grandes empresas que en las micro, pero la gran mayoría (75%) de las inscritas en el padrón tienen menos de cinco trabajadores o trabajadoras. Probablemente convenga revisar las experiencias de países europeos con el sistema de formación profesional dual, como el caso de Alemania, donde las empresas receptoras cubren alrededor de dos terceras partes del costo laboral de las y los aprendices, y el Estado la otra tercera parte, mediante subsidios (Lauterbach y Lanzendorf, 1997).

REFERENCIAS

- Amaury, P. (2019). "Jóvenes Construyendo el Futuro". Disyuntivas entre la formación de calificaciones, y el asistencialismo. *IX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo*. Ponencia presentada en Bogotá, Colombia.
- Animal Político*. (8 de abril de 2019). Detectan casos de irregularidades en el programa Jóvenes Construyendo el Futuro; hay al menos 50 denuncias. *Animal Político*. Recuperado de: <https://www.animal-politico.com/2019/04/jovenes-moches-denuncia-beca-mensual/>.
- Assusa, G. (2018). Ni jóvenes, ni desempleados, ni peligrosos, ni novedosos. Una crítica sociológica del concepto de "jóvenes nini" en torno a los casos de España, México y Argentina. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 37 (1), 91-111.
- Barbería, A. (22 de junio de 2009). Generación 'ni-ni': ni estudia ni trabaja. *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/diario/2009/06/22/sociedad/1245621601_850215.html.
- Cadena, J. (1991). La teoría del trabajo productivo e improductivo en Marx. *Investigación Económica*, 50 (195), 175-206.
- Castillo, D. (1977). Adam Smith en el pensamiento marxista. *Problemas del Desarrollo* (28), 27-43. Recuperado de: www.revistas.unam.mx/index.php/pde/article/download/41887/38016.
- Cruz, S. (12 de agosto de 2010). Generación "ninis" es un estigma erróneo. Asegura el Imjuve y Conapo, dicen que los jóvenes sí realizan otras actividades. *MVS Noticias*. Recuperado de: <https://mvsnoticias.com/noticias/actualidad/Generacion-ninis-es-un-estigma-erroneo/>.

- De Hoyos, R., Rogers, H. y Székely, M. (2016). *NiNis en América Latina*. Washington: Banco Mundial.
- Dema, G., Díaz, J. y Chacaltana, J. (2015). *¿Qué sabemos sobre los programas y políticas de Primer Empleo en América Latina?* Lima: OIT, Orealc.
- Feijoó, M. (2015). Los ni-ni: una visión mitológica de los jóvenes latinoamericanos. *Voces en el Fenix*, 51. Recuperado de: http://www.vocesenelfenix.com/sites/default/files/pdf/3_19.pdf.
- Feynman, R., Leighton, R. y Sands, M. (1998). Trabajo y energía potencial (conclusión). En: *Física, Volumen I: mecánica, radiación y calor* (pp. 14-1-14-10). México: Addison Wesley Longman.
- Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación [INEE]. (2011), *La educación media superior en México*. México: Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI]. (11 de diciembre de 2018), Cuenta satélite del trabajo no remunerado de los hogares de México, 2017. *Comunicado de Prensa 649/18*. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/.../CSTN-RH2017.pdf>.
- La Redacción de Proceso (12 de agosto de 2010). "Una vergüenza", la existencia de 7.5 millones de ninis: Narro. *Proceso*. Recuperado de: <http://www.proceso.com.mx/102489/una-verguenza-la-existencia-de-75-millones-de-ninis-narro>.
- Leyva, G. y Negrete, R. (2014). NiNi: un término Ni pertinente Ni útil. *Coyuntura Demográfica*, 5, 15-22.
- Mancini, F. (2012). Narrativas de la contingencia: experiencias de riesgo laboral en procesos de transición a la adultez. En M. Jiménez y R. Boso (coords.). *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa*. Cuernavaca, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Márquez, A. (2018). Ninis en México: problema y propuestas. *Perfiles Educativos*. 40 (159), 3-14.
- Marx, K. (1984/1867). *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mexicanos Contra la Corrupción y la Impunidad [mcci]. (26 de agosto de 2019). *Jóvenes construyendo el futuro ¿Cuántos son, dónde están, qué hacen?* Recuperado de: <https://contralacorrupcion.mx/desarmlacorrupcion/jovenes-construyendo-futuro/>.

- Muñoz, A. (10 de abril de 2019). Una nueva mirada al fenómeno de los jóvenes NiNi. Universidad de San Sebastián, Instituto de Políticas Públicas en Salud. Recuperado de: <http://www.ipsuss.cl/ipsuss/columnas-de-opinion/alina-munoz/una-nueva-mirada-al-fenomeno-de-los-jovenes-nini/2019-04-10/135125.html>.
- Negrete, R. y Leyva, G. (2013). Los NiNis en México: una aproximación crítica a su medición. *Revista Internacional de Estadística y Geografía*, 4 (1), 90-121.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OECD]. (2016). *Society at a Glance 2016. A Spotlight on Youth*. París: OECD Publishing. Recuperado de: https://www.oecd-ilibrary.org/social-issues-migration-health/society-at-a-glance-2016_9789264261488-en.
- Real Academia Española [RAE]. (2018). Trabajo. *Diccionario de la Lengua Española*, 23ª ed. [versión 23.2 en línea]. Recuperado de: <https://dle.rae.es/?id=aBuhX28>.
- Rodríguez, G. y Real Academia Española [RAE]. (2014). Trabajo. *DIRAE.es*. Recuperado de <https://dirae.es/palabras/trabajo>.
- Robles, H. (2004). *El trabajo infantil en México, 1984-2000*. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, CRIM.
- Sánchez-Soto, G. y Bautista A. (2018). En búsqueda de su camino. Características de los jóvenes que no estudian ni trabajan en la Ciudad de México. En A. Corica, A. Freytes y A. Miranda (comps.) *Entre la educación y el trabajo. La construcción cotidiana de las desigualdades juveniles en América Latina*. Buenos Aires: LASA y Clacso.
- Smith, A. (1996/1776). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Social Exclusion Unit. (1999). *Bridging the gap: new opportunities for 16-18 year olds not in education, employment or training*. Londres: UK Parliament.
- Suárez, K. (24 de agosto de 2019). El programa laboral emblema de López Obrador acumula 5 000 quejas en menos de un año. *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/internacional/2019/08/23/actualidad/1566581995_421660.html.

- Vega, A. (14 de mayo de 2019). 'No estoy en mi área, pero es experiencia'. Las fallas del programa Jóvenes Construyendo el Futuro. *Animal Político*. Recuperado de: <https://www.animalpolitico.com/2019/05/jovenes-futuro-fallas-carencias-programa/>.
- Vélez, R., Arceo, E., Campos, R., Espinosa, R. y Fonseca, C. (2018). Millennials en América Latina y el Caribe: escuchando a los jóvenes de México. En R. Novella, A. Repetto, C. Robino y G. Rucci (eds.) *Millennials en América Latina y el Caribe: ¿trabajar o estudiar?* Banco Interamericano de Desarrollo. Recuperado de: <https://publications.iadb.org/handle/11319/9289>.

ANEXOINFORMACIÓN SOBRE LA POBLACIÓN NO *NiNi* EN MÉXICO, 2019**Tabla A1.** Características de las personas No *NiNi* de 20 a 29 años, por sexo, 2019

Característica	Hombre	Mujer	Total
Población	8 647 981	5 911 127	14 559 108
Tiene hijos (solo mujeres) (%)	--	37.1	--
Solteros (as) (%)	59.9	65.9	62.4
Nivel educativo (%)			
Sin básica	11.8	6.4	9.6
Básica	31.5	23.3	28.2
Medio superior	40.6	46.4	43.0
Superior	16.1	23.8	19.2
Participación económica (%)			
Desocupados (en búsqueda)	0.6	0.5	0.5
Disponibles	3.3	4.8	3.9
No disponibles	9.6	17.3	12.7
Escolaridad media (años)	11.4	12.4	11.8
Hijos promedio (solo mujeres)	--	0.6	--

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

Tabla A2. Porcentaje de personas No *NiNi* entre 20 y 29 años, según clase de actividad no económica, 2019

Actividad	Hombre	Mujer	Total
Quehaceres	63.3	94.1	75.8
Trámites, compras, aseguramiento	39.1	58.7	47.1
Cuidados	17.3	32.2	23.3
Estudios	18.4	26.1	21.5
Acompañamiento	3.4	13.2	7.4
Mantenimiento	7.2	0.6	4.6
Servicios	0.6	0.7	0.7

Actividad	Hombre	Mujer	Total
Construcción	0.3	0.0	0.2
Total	78.8	97.3	86.6

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

Tabla A3. Porcentaje de personas No NiNi entre 20 y 29 años que realizan actividad no económica, según tiempo semanal dedicado, 2019

Tiempo semanal	Hombre	Mujer	Total
0 Horas	21.5	2.7	13.9
0.1 a 4.9	19.0	4.7	13.2
5 a 9.9	21.2	11.5	17.3
10 a 19.9	16.4	19.2	17.5
20 a 34.9	8.3	21.3	13.6
35 o más	13.6	40.6	24.5
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

Tabla A4. Tiempo semanal dedicado por las personas No NiNi de 20 a 29 años, según clase de actividad no económica, 2019 (Horas por semana)

Clase de actividad	Hombres	Mujeres	Total
Estudios	6.4	9.1	7.5
Cuidados	1.7	6.2	3.5
Trámites, compras, aseguramiento	1.0	1.7	1.3
Acompañamiento	0.1	0.4	0.2
Construcción	0.0	0.0	0.0
Mantenimiento	0.2	0.0	0.2
Quehaceres	3.4	12.5	7.1
Servicios	0.0	0.0	0.0
Total	12.9	30.2	19.9

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

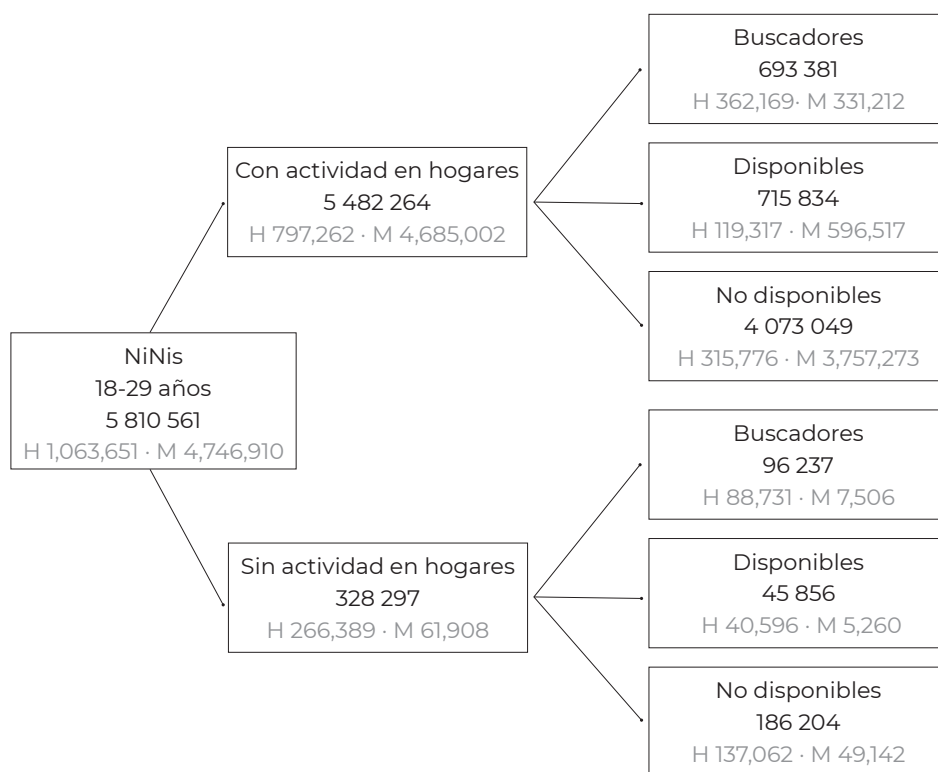
Tabla A5. Porcentaje de personas No *NiNi* entre 20 y 29 años y tiempo semanal que invierten, según principales combinaciones de actividades no económicas, por sexo, 2019

Combinación de actividades	%	Tiempo semanal dedicado a cada actividad (Horas)								
		Total	Est	Cuid	Tram	Acom	Const	Mant	Queha	Serv
Hombres										
Queha	17.9	5.2							5.2	
Tram-Queha	16.8	8.4			2.5				6.1	
Estu-Queha	7.6	43.3	38.6						5.2	
Cuid-Tram-Queha	6.3	17.8		9.9	2.6				5.2	
Estu	4.4	33.8	33.8							
Estu-Tram-Queha	4.3	42.6	34.8		2.6				5.7	
Tram	2.9	2.4			2.4					
Cuid-Queha	2.9	15.0		9.7					5.3	
Cuid	2.0	9.5		9.5						
Cuid-Tram	1.7	12.3		9.8	2.4					
Ninguna actividad no eco.	21.2									
Mujeres										
Tram-Queha	23.7	15.7			2.8				12.9	
Queha	16.1	1.8							1.8	
Cuid-Tram-Queha	13.8	4.3		19.6	4.0				17.6	
Estu-Queha	12.9	45.8	38.2						7.6	
Cuid-Tram-Acom-Queha	8.8	46.9		2.7	3.4	3.3			19.7	
Estu-Tram-Queha	6.8	47.2	34.8		2.6				9.8	
Cuid-Queha	4.3	34.8		18.6					16.1	
Estu	2.1	34.3	34.3							
Tram-Acom-Queha	1.7	27.5			3.7	3.2			2.5	

Combinación de actividades	%	Tiempo semanal dedicado a cada actividad (Horas)								
		Total	Est	Cuid	Tram	Acom	Const	Mant	Queha	Serv
Estu-Cuid-Tram-Queha	1.4	6.7	27.6	17.8	2.4				13.0	
Ninguna actividad no eco.	2.7									
Total										
Tram-Queha	19.6	12.0			2.6				9.4	
Queha	17.2	7.4							7.4	
Estu-Queha	9.7	44.6	38.1						6.5	
Cuid-Tram-Queha	9.4	31.3		15.7	2.9				12.6	
Estu-Tram-Queha	5.3	45.0	34.8		2.3				7.8	
Cuid-Tram-Acom-Queha	4.2	43.7		19.4	3.3	3.2			17.8	
Estu	3.5	33.9	33.9							
Cuid-Queha	3.5	24.8		14.1					1.7	
Tram	1.9	2.4			2.4					
Cuid	1.3	2.0		2.0						
Ninguna actividad no eco.	13.5									
Estu: estudiar o capacitación; Cuid: cuidar niños, ancianos, enfermos o discapacitados; Tram: Trámites, compras, seguridad del hogar; Acom: llevar a escuela, médico u otra actividad; Const: construir o ampliar vivienda; Mant: reparar y dar mantenimiento; Quaha: quehaceres del hogar; Serv: servicios gratuitos a la comunidad.										

Fuente: cálculos propios con base en la *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, I-2019.

Figura A1. Las personas *NiNi* de 18 a 29 años y su descomposición por condición de actividad no económica



Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo.

Revitalización cultural y reivindicaciones juveniles en el Movimiento Jaranero: Hacia una escena xalapeña

Cultural revitalization and youth reinvidications on the Movimiento Jaranero: Xalapa's scene

Homero Ávila Landa¹

RESUMEN

Uno de los momentos de la presencia “definitiva” de nuevas generaciones de la música de son jarocho en Xalapa, Veracruz, ocurrió a inicios de los años noventa del siglo xx. Ello coincidió con la expansión *glocal* de la cultura musical y festiva que identifica al sureste veracruzano. Desde entonces, la presencia de jóvenes provenientes de diferentes puntos de la región Sotavento, asiento del son y el fandango jarocho, fue renovando el panorama cultural de la capital veracruzana. Esas oleadas de personas jóvenes jaraneras y fandangueras configuraron en poco tiempo una práctica juvenil *neojarocho* que permitió hablar de una nueva cultura/identidad juvenil asentada en la ciudad (con eventos equivalentes en CDMX y fuera del país), adonde ha llegado a componer una escena cultural. Las últimas décadas del siglo pasado fueron del despegue global de esas prácticas *históricas*, pero renovadas generacionalmente más allá de su territorio, hasta alcanzar presencia en ciudades nodo que hacen parte de una red o circuito de actores y eventos: grupos, individuos, talleres, festivales, seminarios, mesas de diálogo. Ello muestra al Movimiento Jaranero –nombre del periodo contemporáneo de la revitalización de la *jarochidad*– como un proceso cultural que se ha acompañado de ejercicios deliberativos, negociaciones y consensos que aluden a formas de democratización en dicha movilización cultural, que además incluyen reivindicaciones específicas por parte de sus participantes. El objetivo de este trabajo es exponer la escena xalapeña y presentar un caso de reivindicación de derechos entre sus jóvenes fandangueros.

Palabras clave: identidad, música, revitalización, juventudes, cultura.

ABSTRACT

In the early nineties of the twentieth century one of the moments of new generations definitive presence in the son jarocho music in Xalapa took place; glocal expansion of musical and festive culture which identifies Veracruz southeast happened at the same time. Ever since, cultural landscape in Veracruz Capital City, Xalapa, was renewed by the presence of young people coming from different points of the Sotavento region, place of the son and fandango jarocho. In a brief period, those hordes of young jaraneros and fandangueros, gave shape to a *neojarocho* young practice, which allow us to speak of a brand new young culture/identity settled in the city (with equivalent shows in Mexico City and outside the country), where it has become a cultural scene. Last decade of the last century saw the global takeoff of those historical practices, renewed by the new generations, beyond its own territory, reaching node cities, part of a net or circuit of actors and events: groups, individuals, workshops, festivals, seminars, discussion tables. This shows Movimiento Jaranero –such is the name of the contemporary period in *jarochidad*– as a cultural process accompanied by deliberative exercises, negotiations and counsels; ways of democratization in such cultural mobilization; which also happen to include specific reinvidications of its own participants. This article target is to expose cultural/musical scene from Xalapa and present a rights reinvidication case among its young fandangueros.

Key words: identity, music, reinvidications, youth, culture.

¹ Profesor Investigador y Coordinador del Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la Universidad Veracruzana, Xalapa-Enríquez, México.
Correo electrónico: havila@uv.mx

XALAPA MULTICULTURAL: UNIVERSIDAD, DIVERSIDAD CULTURAL Y MOVIMIENTO JARANERO

El sobrenombre de “Atenas Veracruzana” que desde el siglo pasado tiene Xalapa, capital del sureño estado mexicano de Veracruz, refiere a su nutrida actividad cultural constituida como una oferta constante de orden estatal y universitario, a la que se suman una agenda correspondiente al modelo económico-empresarial local y otra que refiere a la vida cultural de naturaleza social (barrios, asociaciones, colectivos). Cercano al quehacer de la Universidad Veracruzana [uv], creada en 1944, la ciudad ha visto incrementar la formación de artistas, de espacios para las representaciones artísticas y culturales, de públicos marcadamente universitarios, así como de personas estudiosas de dichas expresiones, desde historiadoras y creadoras, científicas sociales y de las humanidades, hasta formadoras de gestoras y de emprendedoras culturales, incluyendo formas de autogestión y trabajo cultural de base. En este panorama, un momento significativo en la vida cultural local tuvo lugar en los años setenta, cuando el rector Roberto Bravo Garzón (1973-1981) dio un marcado impulso a las actividades artísticas y la formación en artes en la Universidad Veracruzana. Su rectorado impulsó un sistema cultural universitario que hizo surgir carreras de artes, además de crearse grupos artísticos (teatro, música: folclórica, jazz, salsa, clásica), lo que vino a potenciar el programa de difusión cultural de la Universidad. Desde entonces, si bien no todo estudiantado universitario aprende formalmente en aulas algo relativo al arte y la cultura, al menos tiene la posibilidad de acercarse a esas experiencias dado que los grupos artísticos difunden su quehacer dentro y fuera de la institución, abonando así al incremento de nuevos públicos de diferentes sectores sociales.

De manera notoria, la uv ha jugado un rol relevante en la idea y la práctica de Xalapa como lugar de formación y desarrollo de artistas, de recreación de manifestaciones culturales diversas, de consumo cultural variado y de interacciones propias de la interculturalidad que la sustancia. Junto con estudiantado y profesorado universitario, y debido a los programas

de difusión y extensión universitaria, se ha ido configurando una ciudad que pareciera habituada al consumo de eventos culturales formales ligados a las artes clásicas, y a participar en expresiones no institucionalizadas y proclives a la representación de culturas e identidades grupos, comunidades, pueblos; algunas de las cuales vehiculan estudiantes y docentes, como parte de corrientes culturales y necesidades expresivas que también han hallado en los espacios universitarios oportunidad para recrearse.

En esto, la uv sobresale como espacio de libertad expresiva donde se escenifica la diversidad cultural contemporánea citadina, que en buena medida se debe al estudiantado que llega a estudiar licenciaturas o posgrados. Así que la diversidad cultural manifiesta en Xalapa se liga con el hecho de que la misma uv es receptora de estudiantes de las subregiones veracruzanas, del país y de estudiantes internacionales; además, también es promotora cultural y formadora de profesionales del arte y la cultura. Cualquier mirada a la vida cultural xalapeña debe incluir el quehacer de la Veracruzana, ámbito de reflejo y cultivo de representaciones culturales subestatales (de regiones culturales como la huasteca, totonaca, de las grandes montañas centrales, del barlovento y del sotavento, entre otras), subnacionales y las propias del horizonte local-global.

Por otra parte, el crecimiento urbano y poblacional xalapeño de las últimas décadas ha allegado a la ciudad infinidad de familias que tanto han poblado colonias periféricas y céntricas, como impulsado el desarrollo inmobiliario en esta capital que ya agotó su territorio edificable y hoy lucha por proteger las pocas áreas verdes restantes, amén de negociar linderos con municipios adyacentes, varios de ellos ya conurbados, como Banderilla, San Andrés Tlalnehuayocan o Coatepec. La dinámica poblacional local y el crecimiento urbano durante el siglo xx tiene una contraparte en su cualidad multi e intercultural, ya que el poblamiento y la vida urbana se han nutrido con migrantes de diferentes geografías culturales del país, incluidos flujos internacionales que desde la segunda mitad del siglo xx se desempeñan en la academia y el arte universitario.

El rico horizonte cultural y artístico de Xalapa estimula diálogos entre saberes artístico-disciplinarios con expresiones culturales identitarias, así como el acercamiento entre *saberes* y *haceres* históricos no institucionales, y *quereres* de culturas vivas, en los que a veces convergen conocimientos formales, propios de procesos universitarios del ámbito artístico y de producciones artísticas consolidadas, con expresiones estéticas y culturales que identifican culturas originarias de diferente sello étnico, sobresaliendo el de carácter mestizo (en sí mismo variable). La creatividad y la diversidad cultural, en la ciudad estimulan el cruce de fronteras que convergen como procesos institucionales de enseñanza y aprendizaje del arte, así como manifestaciones identitarias históricas y contemporáneas, ligadas a cosmovisiones propias de pertenencias culturales, ajenas a la academia y al campo del arte, pero a veces en diálogo.

Esa diversidad llega a encontrar formas de retroalimentación que se van haciendo visibles entre, por ejemplo, culturas musicales tradicionales o “modernas” en espacios universitarios y en escenarios urbanos, incluidos los institucionales, independientes y alternativos, y aquellos que toman las calles para recrear, por caso, culturas juveniles. Así, muestran acercamientos interdisciplinarios: el hip hop, que es arte callejero, con el teatro, que es de raíz artística formal o académica; el son jarocho histórico, que se articula con el rock o con el jazz de origen extranjero pero ya adoptado/adaptado localmente, mientras la música popular es llevada a musicalizar obras de proyectos multidisciplinarios o a ser base de experimentaciones, y desarrollos de expresiones culturales y artísticas de élite; son encuentros que producen obras tanto artísticas como fenómenos culturales que integran el ser y hacer arte, el ser y hacer de la vida cultural, que alentan creativamente el devenir cultural.

Ejemplo de ello son las manifestaciones culturales y musicales en la ciudad y en la Universidad, espacialidades donde vemos la presencia recurrente de corrientes protagonizadas por juventudes, es decir que han sido impulsadas y encarnadas, sostenidas y representadas por grupos y generaciones ju-

veniles; casos significativos son el rock (ochenta y noventa), la salsa (ochenta), el son jarocho (noventa y nuevo siglo), el rap/hip hop (nuevo siglo), el jazz (nuevo siglo), entre otras identidades y culturas juveniles, que desde los años ochenta oxigenan el panorama local para plantear maneras independientes y alternativas de vivir la juventud desde particulares visiones del mundo ligadas con las culturas musicales, y con las culturas ligadas a esas músicas.

Por otra parte, la ola asociacionista de la vida social que se hace visible en México hacia el final de los años ochenta del siglo pasado también ha fortalecido la riqueza cultural de Xalapa en las últimas décadas. En el nuevo siglo hallamos asociaciones orientadas al quehacer cultural de la ciudad que animan la vida artística tanto de los ámbitos populares –donde son ejemplares expresiones musicales como el son jarocho, el rock, el jazz, la cumbia, la música electrónica, entre otras músicas populares, subterráneas y masivas– como de expresiones aún consideradas alta cultura: artes plásticas, música clásica... El quehacer cultural mediante las asociaciones civiles formalmente constituidas parece ser una exitosa estrategia de difusión y animación cultural en la ciudad y la zona adyacente. Por medio de ellas, los universos popular y de élite, hallan articulaciones y retroalimentaciones que enriquecen la producción artística local y las culturas expresivas populares e históricas.

Lo anterior indica que la vida cultural xalapeña tiene diferentes actores, instituciones, formas de representarse, así como estrategias, mecanismos de desarrollo y objetivos también distintos. En su diversidad sobresalen las formas académico-universitarias y aquellas manifestaciones de su diversidad histórica asentada en pueblos, comunidades, barrios, colectividades, y en la contemporánea, asociada con migraciones varias. En lo que toca a este escrito, interesa resaltar el caso de jóvenes que han protagonizado procesos que le dan a la ciudad una sonoridad especial durante las últimas décadas, así como señalar brevemente que la cultura musical tradicional –en este caso el son jarocho– recoge, refleja y vehicula temas, situaciones, luchas y demandas sociales que agregan carácter político al devenir de la tradición en el horizonte contemporáneo.

PAISAJE LOCAL DE LOS NOVENTA: DESPLAZAMIENTO DEL ROCK XALAPEÑO POR EL JAROCHO

Durante los años ochenta del siglo pasado la ciudad fue escenario de un momento importante del rock xalapeño, expresión ligada al renacer rockero nacional mediatizado y comercializado por el proyecto empresarial del *Rock en tu Idioma*, mismo que definió el horizonte histórico-cultural de finales del decenio, pero que en sus derivaciones/apropiaciones evidenció la necesidad de nuevas vías de expresión que oxigenaran la experiencia juvenil en un México cuyo Estado cultural aún de tintes nacionalistas, comenzaba a enfrentar una pluralidad de discursos emergentes y anti-convencionales, como lo fue el rock en su calidad de género musical y de cultura juvenil. En aquel marco socio-histórico, de apertura comercial y globalización, los escenarios locales y regionales hallaron correlatos inéditos en expresiones culturales no tradicionales que discurren al margen de políticas culturales oficiales, como ejemplarmente fue el caso del rock.

En el marco del resquebrajamiento del discurso nacionalista y del desmontaje del estatismo cultural de los años ochenta, emergen actores y expresiones correspondientes a nuevas identidades colectivas, algunas de las cuales se enraizaban en movimientos subterráneos –de nuevo el rock–, mientras otras, igualmente emergentes y subalternas, van a contar con apoyo estatal debido a que se trataba de un patrimonio cultural que recibía un nuevo impulso –el caso son y el fandango jarochos–, pero que también desafiaba, desde su ser local-regional y desde su revalorización comunitaria, al discurso oficial de la identidad centrada en los estereotipos nacionales impuestos (el charro mexicano, la china poblana, la música de mariachi como la nacional). Entonces, Xalapa vio: a) el surgimiento de una generación rockera muy creativa y variada entre los años ochenta y hasta mediados de los noventa, lo cual hizo de la ciudad un referente rockero regional, que refrescó culturalmente y operó como opción alternativa al anquilosado dominio simbólico convencional, y b) el asentamiento, hacia los años noventa, de representantes del Movimiento Jaranero

que ha venido revitalizando al son, al fandango y a la cultura jarocho veracruzana en general, pero que entonces afianzó a Xalapa como nodo de la red de circuitos y de promotores/creadores jarocho.

Si el rock de los ochenta y noventa en la escena local fue una expresión alternativa adoptada del mundo global y adaptada localmente, por su parte el son y el fandango que vienen a desplazar al rock en términos de su visibilidad pública y de su papel de práctica alternativa que lo mismo que el rock dota de identidad a sus seguidores jóvenes, se tratará de una expresión local-regional tradicional que en su revitalización se integra al mundo global. Esas prácticas jarocho, emergidas durante los noventa pronto se asentaron y ganaron protagonismo en la paleta cultural citadina. En ambos casos, se trató de fenómenos colectivos marcadamente juveniles. Incluso, de alguna manera, el contacto e interinfluencia entre ambos eventos han tenido encuentros creativos intensos que han dado pie al neologismo de jipirochos con el que se nombra a jóvenes cuyo perfil cultural (*look*, producciones, conductas), híbrido, está entre rockeros y jarocho.

En su establecimiento local, si bien el son y el fandango tradicionales han recibido el apoyo de políticas y programas culturales que vindican lo propio, su asentamiento debe mucho al trabajo de base hecho por jóvenes originarios del Sotavento asentados en Xalapa desde los años noventa o bien de xalapeños, y otros migrados a la ciudad y entregados al trabajo cultural del son y el fandango. En poco tiempo, y debido al esfuerzo de diferentes representantes de la cultura sureña jarocho, el son fue ganando presencia definitiva en la capital, pues una vez avecindada, esa expresión ha pasado a ser parte del devenir y de la diversidad local. Diferentes tesis universitarias, desde mediados de la segunda mitad de la primera década del siglo que corre, van dando cuenta de distintos aspectos del son y el fandango jarocho que acaecen en Xalapa: nuevos sones, nueva versada jarocho, la presencia “histórica” de jaraneros en la localidad, nuevas composiciones de inspiración jarocho, red de promotores y creadores jarocho, documentación de eventos

jarocho como fandangos, presentación de discos, programas culturales municipales con son jarocho...

Los actores de la revitalización jarocho en la ciudad, y en general en los territorios en donde ahora tiene lugar, se han mostrado abiertos a la presencia de otros jóvenes no jarocho; además, en tanto fenómeno cultural, el Movimiento Jaranero ha resultado un palmario integrador de jóvenes en Xalapa (lo mismo que en otros puntos del país, de Estados Unidos, de Europa, por donde ahora circula), quienes han asumido la música y la fiesta jarocho como medio de expresión, como una beta de identificación y como “lugar” comunitario, tal como para la generación anterior en la ciudad consiguió serlo el rock, cuando menos para infinidad de jóvenes locales que alentaron bandas originales, públicos y un circuito de presentaciones que hizo que la escena rockera xalapeña se visibilizara en el espacio público y en la prensa local, haciendo de ello una experiencia un poco menos subterránea.

Además de su condición meramente musical, el Movimiento Jaranero también ha venido siendo un fenómeno plural en cuyo interior ocurren reivindicaciones –por ejemplo de género y de derechos (culturales)– por parte de algunos de sus miembros; es decir, que esa música de origen profundo, tradicional, se muestra capaz de recoger –o bien de ser usada para enunciar– demandas no sólo culturales sino de tipo político, como el que implica la construcción de ciudadanía y el cumplimiento de derechos. Hacia fuera de la tradición también se observa el uso del son para acompañar o para ser parte de demandas propias de luchas sociales amplias como las ligadas con construir democracia, cultura de paz, solidaridad con víctimas de las violencias contemporáneas en la localidad y el país.

En términos del devenir cultural del son, del periodo de la movilización revitalizadora que experimenta desde hace tres décadas, una de las características de quienes personifican el son y el fandango en Xalapa es que se trata de mujeres y hombres jóvenes que enseñan, aprenden, difunden y recrean esas manifestaciones; son chicos y chicas originarios del Sotavento y de diferentes ciudades y estados allegados a la ciudad y que manifiestan su compromiso con la revitalización, esto es,

con la promoción y la representación de la música jarocho y su fiesta. Hoy, los *neojaraneros*, como les llamara alguna vez una joven jarocho, son jóvenes tanto de entornos sotaventinos como de rumbos alejados incluso del sur de Veracruz y del país. Con jarocho y muchos otros mexicanos y extranjeros, hoy se componen importantes escenas soneras-fandangueras como las de Xalapa, Ciudad de México, de otras ciudades del país y del extranjero.

Un caso relevante en este sentido es el que engloba dos entidades Estado-nacionales y un asunto geopolítico estratégico: el Fandango fronterizo, celebrado desde 2008 entre Tijuana, México y San Diego, Estados Unidos. Se trata de un mismo fandango, llevado a cabo al mismo tiempo, pero en un punto donde se juntan dos entidades Estado-nacionales diferentes separadas por una cerrada malla metálica, parte del muro divisorio entre ambos países. Allí, el son y la fiesta tradicional adquieren un tinte político sostenido desde la práctica tradicional del tocar son jarocho; en ese *performance*, la presencia de los concurrentes de ambos lados de la línea divisoria intenta borrar fronteras geopolíticas materiales, simbólicamente mina la separación estatal-nacional con el hecho de que versos y música pasan a ambos lados, a ambos Estados-nación, mientras de cada lado, quienes bailan también logran “eliminar” la frontera simbólicamente al dar continuidad cultural al fandango en esas condiciones de división geopolítica pero no cultural-identitaria, o donde esta carga se impone a favor de la unión comunitaria provista por el fandango. A esa celebración asisten jóvenes sotaventinos, xalapeños y mexicanos de muchos rumbos del país, incluidos varios asentados en Estados Unidos, además de americanos de origen mexicano.

La presencia de los originarios del Sotavento, o jarocho, en las escenas fuera de la región histórica de esa cultura musical representa la expansión de esa cultura y esa identidad tradicional, y también su transformación. Por sus orígenes y en tanto portadores del saber cultural-sonoro tradicional, con su presencia los jarocho garantizan o legitiman la autenticidad cultural de esas expresiones fuera del Sotavento histórico que en el presente “le dicen algo”, “les representan algo importan-

te” a los pares generacionales de los diferentes rumbos donde ahora hay fandangueros jarocho. Esa infinidad de jóvenes contemporáneos encuentran en la música tradicional jarocho formas de pertenencia, un medio para comunicar, para convivir o hacer comunidad, y para construir visiones del mundo que tienen su correspondiente sistema de valores y sentidos; incluidas nuevas visiones y usos de, y sobre la tradición.

Si bien el son representa la continuidad de una tradición, de prácticas musicales y festivas históricas que configuran la identidad jarocho del presente, y si bien ha sido capaz de generar identificaciones entre jóvenes de diferente origen, al mismo tiempo, en su revitalización encuentra nuevos discursos, prácticas y demandas de carácter ciudadano o a favor de derechos. La maleabilidad de la tradición en este caso, deja ver el uso del son y el fandango en ejercicios performáticos que acompañan demandas sociales o políticas, como la lucha por derechos de inmigrantes, contra el acoso sexual contra mujeres y los feminicidios, a favor de la paz, a favor de la democracia, o del cumplimiento de obligaciones del gobierno con la Universidad Veracruzana, entre muchas otras manifestaciones y luchas colectivas.

Cultura y política se encuentran, porque si bien el son da identidad (pertenencia, enraizamiento, concreción del ser), además de ello también refleja luchas de carácter social a favor de la materialización de derechos. En este sentido, la cultura tradicional experimenta cambios al reflejar, encarnar, acompañar luchas sociales. De allí que se vea a jóvenes fandangueros componiendo versos ante situaciones políticas o sociales, llevando a cabo mesas de trabajo donde procesan temas propios de luchas como las de género, en particular sobre los nuevos roles que asumen en la tradición jarocho las mujeres jóvenes, y ligado con esto último también se observan talleres sobre los componentes músico-festivos jarocho y fandangos de mujeres (organizados, convocados, protagonizados por ellas). El que jóvenes encabecen o protagonicen el devenir contemporáneo del son habla también de nuevas sensibilidades entre esas juventudes que lo retoman e impulsan, que lo hacen parte de su vida cotidiana. Si otro mundo es posible, de

alguna manera el son jarocho parece que podrá ser parte de la banda sonora y de la acción efectiva para ello, pues su cualidad y capacidad de generar comunidad, y su flexibilidad para incorporar reflexiones y acompañar luchas sociales permite pensar en ello.

En este sentido, la movilización también es ventana del rol inédito de la mujer en la cultura tradicional, que en el caso de la música y la fiesta jarocho, tiene el carácter de presencia protagónica en la conformación de nuevos grupos de son, en varios de los cuales la alineación de mujeres es visible (como zapateadoras, jaraneras y cantantes, como promotoras y talleristas), llegando a haber en distintos momentos grupos conformados por jóvenes mujeres de diferentes lugares del estado, incluyendo algunas xalapeñas o radicadas en la capital veracruzana, como los grupos ya inexistentes Hojarasca y La Morena, o como Caña Dulce, Caña Brava y Tlacocotl, conformados con mayoría de mujeres, aunque con requintistas hombres.

También la producción de lírica (versada) nueva es una veta en crecimiento, es un quehacer notable posible de encontrar en acción en los fandangos, o de hallarlo documentado en libros que reúnen voces de mujeres de diferentes generaciones y proveniencias (no sólo jarochoas, pero *adoptadas* o consideradas tales), o en programas de radio (*Versos al aire* de Radio Más, es el ejemplo más cercano en este 2019 de un programa emitido en el sistema de comunicación radiofónica del estado de Veracruz), o en la programación de versadoras y agrupaciones jaraneras de fiestas patronales como la de La Candelaria en Tlacotalpan, Veracruz. Igualmente, en la difusión de los componentes de la cultura jarochoa, que desde hace décadas se lleva a cabo mediante talleres (de aprendizaje del zapateado, de construcción de instrumentos, de escritura de versos, de la ejecución de sones, de recreación de fandangos), la presencia de jóvenes mujeres es sustantiva.

EL MOVIMIENTO JARANERO EN XALAPA: RENOVACIÓN CULTURAL Y PROTAGONISMO JUVENIL

La escena local de rock original, conformada por amplios contingentes juveniles y por un circuito de espacios para la presentación de bandas que daban cuenta de un mercado incipiente pero sostenido entre finales de los años ochenta y durante la primera mitad de los noventa, fue cediendo su lugar ante la novedosa presencia musical y festiva jarocho de origen centenario (Delgado, 2004, considera que el son jarocho alcanzaría tres siglos). El lugar del epicentro jarocho en la capital veracruzana fue el Patio Muñoz, vieja vecindad situada en el centro capitalino. Ello fue significativo dado que allí mismo se habían llegado a escenificar conciertos rockeros en los primeros años noventa. Sin embargo, el Patio se izó como la sede por excelencia de esa nueva ola cultural centrada en la música, la danza y la fiesta sotaventina. Allí, en enero de 1994, un maratónico encuentro entre músicos jarocho y huastecos marcó la irrupción de un nuevo tiempo cultural, el tiempo jarocho, en Xalapa.

Ello en gran medida fue posible por la inmigración, en la última década del siglo pasado, de jóvenes del sur veracruzano a Xalapa, algunos de los cuales llegaron para estudiar en la Universidad Veracruzana. Fueron ellos quienes vinieron a colocar su cultura musical jarocho como manifestación emergente capaz de granjearse los procesos de construcción identitaria a partir de involucrar a infinidad de jóvenes en el aprendizaje y la reproducción de las prácticas sonoro-festivas jarochoas, inaugurando con ello la presencia del movimiento revitalizador en la capital; o bien, fue capaz de constituirse en alternativa cultural que concede identidad mediante su práctica a quienes se encuentran en proceso de confirmar su identidad individual y colectiva. La primera generación de sureños representantes del son, compuesta por no más de una decena de jóvenes, fue fundamental porque su trabajo de gestión cultural se enraizó en la ciudad donde algunos de ellos estudiaban y otros trabajaban, o ambas cosas. Se trató de hombres y mujeres jóvenes que desde adolescentes, en sus subregiones, regularmente

organizaban esas fiestas sonoras, líricas y dancísticas; y que como universitarios –o como promotores y creadores– hallaron empatía en muchos estudiantes de y en Xalapa.

Del trabajo cultural que asentó el son y el fandango en la capital veracruzana, sobresale el llevado a cabo por Rubí Oseguera Rueda, quien llegó de Coatzacoalcos para estudiar en la Facultad de Antropología de la uv entre 1994 y 1998; ella está entre las primeras personas que impartieron talleres de zapateado jarocho en Xalapa –en el Patio Muñoz– de modo continuo, desde mediados de los años noventa y hasta los inicios del nuevo siglo. Otras zapateadoras que impartieron esos talleres fueron Aracely Galván Cruz y Laura Reboloso Cuéllar, y poco después también Anahí Saoco Cruz. Dado que Rubí era integrante del grupo Chuchumbé de Coatzacoalcos, le fue natural gestionar la presencia en Xalapa de músicos tradicionales de su región para que efectuaran conciertos-fandangos. Su trayectoria en el Movimiento es de diversificación del trabajo cultural en el sur de origen, en Xalapa, en la Ciudad de México y en Estados Unidos. Además de impartir talleres de zapateado y haber organizado fandangos desde los años noventa del siglo pasado, también ha difundido con sentido pedagógico nociones históricas, culturales e identitarias de la cultura jarocho. En el campo académico, ha recuperado la memoria de bailadoras tradicionales, y en el creativo-artístico ha diseñado espectáculos coreográfico-musicales con temática centrada en las bailadoras tradicionales sotaventinas, musicalizados en vivo con jaraneros y versadores regionales, que han recorrido algunos teatros de ciudades mexicanas.

Hacia el mismo periodo se asentó en la ciudad Ramón Gutiérrez Hernández, originario de la región de Los Tuxtlas. Su llegada a Xalapa se debió a su relación en ese entonces con el Instituto Veracruzano de la Cultura (IVEC), quien lo destinó a trabajar en la capital veracruzana para continuar la promoción del son y montar un taller de laudería tradicional. En su oficina, dentro del Patio Muñoz, Ramón ha llevado a cabo un quehacer relevante para el asentamiento y el rápido desarrollo local del son y el fandango, pues también organizó y encabezó fandangos, dio talleres de jarana y requinto, instrumento este último

del cual es ejecutante virtuoso. Junto con su grupo Son de Madera, y siempre acompañado de Tereso Vega, ha grabado varios discos compactos y ha hecho algunas composiciones que amplían el universo de sones jarocho. Ese material grabado circula por circuitos de festivales culturales del país y fuera del mismo, y desde luego, en los mercados de música grabada. En el nuevo siglo han documentado su música con grabaciones en vivo hechas en el marco de festivales internacionales de las músicas del mundo, como el Smithsonian Folklife Festival de 2009, entre otros. Durante décadas ha participado en conciertos y fandangos –locales y regionales– mexicanos, además de explorar con otros ritmos caribeños. Su trabajo de promoción y difusión del son incluye un programa radiofónico y regularmente asiste a mesas de reflexión sobre el devenir de la cultura e identidad jarocho.

Laura Reboloso, originaria de la Ciudad de México, también llegó a la ciudad de Xalapa habiendo aprendido el son jarocho tradicional en la región Sotavento. Esos conocimientos la capacitaron para difundir los saberes en materia musical y de zapateado jarocho entre jóvenes que con el tiempo formaron sus propios grupos de son y han ido conformando generaciones de relevo jarocho en la ciudad; ella misma es referente de creatividad a partir de las bases del son jarocho, pues es compositora y especialista en tocar la “leona”, la jarana con el sonido más grave de esa familia de instrumentos de cuerda que identifica a la región de Playa Vicente, aunque ahora se ha extendido su uso en el son jarocho, difuminando así las particularidades sonoras e instrumentales micro-regionales del son.

Si bien el trabajo cultural de Laura ha tenido que ver en un inicio con el grupo Son de Madera, también durante lustros –entre el siglo pasado y el actual– llevó a cabo talleres de son –de jarana y zapateado– en el Centro Escolar Xalitic, donde varias generaciones de jóvenes de esa secundaria aprendieron a tocar jaranas, cantar versos y zapatear, para así poder integrarse a los fandangos que regularmente se celebraban y aún siguen llevándose a cabo en la ciudad. Su trabajo se despliega en nuevas composiciones y arreglos, tradicionales y mo-

dernas con base jarocho, en difusión de esa música fuera del país, incluyendo durante el decenio que corre la colaboración con mujeres músicas de universidades estadounidenses y la realización de giras en Estados Unidos, y recientemente también en Francia y España. Después de dejar la escuela Xalitic, otros jaraneros sotaventinos, como Tacho Utrera (región de Los Tuxtlas) y Saúl Bernal (región corredor industrial), tomaron su lugar y han continuado impartiendo allí los talleres de son jarocho. Sin duda, su trabajo mediante talleres en la Xalitic ha sido relevante para la escena xalapeña, ya que ha formado generaciones de relevo del son durante décadas.

Los mencionados son figuras clave de la historia de la jarochidad en la ciudad, su labor ha tenido lugar unas veces dentro de instituciones, otras como parte de grupos de son y otras más como grupos independientes de trabajo a favor de la música y la fiesta jarochas. Si bien no fueron los únicos ni los primeros, sí fueron quienes dieron forma y desempeñaron un trabajo consistente y duradero que generó un *boom* de nuevos músicos, nuevas y nuevos zapateadores, algunos lauderos, nuevos grupos de son, e incipientes versadores, al cabo de nuevos fandangueros locales. Sobre todo, su importancia radica en que asentaron el son en la ciudad, hasta sostener una escena relevante del Movimiento y haberla colocado dentro de la red (compuesta de actores y circuitos) en que se desenvuelve la movilización jarocho. Después de su llegada, infinidad de músicos del sur arribaron a Xalapa; y desde aquí varios de ellos se mantienen en permanente movilidad entre el Sotavento, Xalapa, Ciudad de México, Tijuana, California, Nueva York... Su quehacer lo iniciaron siendo muy jóvenes y quizá ello sea una de las razones de la afinidad que halló el son jarocho en infinidad de jóvenes de la ciudad, pues la escena local del son fue enteramente juvenil, aunque se trata de una música tradicional, en Xalapa no hubo adultos mayores que éstos impulsando y recreando el son mediante talleres y fandangos.

Al inicio de los años noventa, en la ciudad presentó son jarocho en Xalapa el cuenqueño, de Cosamaloapan, Daniel López Romero, estudiante de Derecho y luego de Arqueología en la uv. Él, junto con Raúl García Flores formó la primera alineación

ción del grupo Híkuri, que en 1994 grabó el casete *Rolas Jarochas* con sones del dominio público, como hace la mayoría de grupos desde los años ochenta. En la primera mitad de los noventa, Daniel y Raúl hacían investigación y difusión, pero no la promoción que la movilización jarocho pronto trajo a la ciudad. De algún modo ellos son el antecedente de la relación del son con luchas sociales. Al referirse a su quehacer local, en la presentación que hiciera Raúl García Flores del casete, leemos que Híkuri:

Era jarana que estudiaba de día, parrandeaba en la tarde y trabajaba de noche, jarana presente en fiestas de rancho y huelgas, jarana peleonera que nunca eludió una confrontación con presuntuosos y soberbios.

En los mismos años noventa, la yucateca Silvia Santos, quien llegó a la ciudad para estudiar teatro en la uv, se integró a Híkuri, grupo por el que pasaron otros dos estudiantes de antropología de la época: el tuxpeño Salvador Hernández y el coatzintleco Ariel García Martínez, ambos de la Facultad de Antropología de la uv. Con *Rolas Jarochas*, Daniel inauguró un trabajo de etnomusicología centrado en grabaciones de campo de algunos grupos de son de diferentes regiones del Sotavento (el casete *¡Ay, nomás, nomás!* del grupo San Martín; el del 2º *Encuentro de son jarocho y décima*; el CD *A decir verdad...* de Los Panaderos). También se especializó como laudero de instrumentos jarocho y de otras tradiciones musicales. Con su grupo, hacia el nuevo siglo hizo una gira a universidades de Estados Unidos, donde grabó un par de discos compactos que tuvieron circulación local (CD's *Ya no vale la razón*, 2006, y el *En vivo*, grabado en Santa Bárbara, California). A finales del siglo pasado, Daniel y Silvia realizaron talleres con chicos de la ciudad de Cosamaloapan que remataron en fandangos; también al final del siglo anterior, Daniel promovió y realizó un programa de fandangos jarocho en la Unidad de Artes de la Universidad Veracruzana.

Una constante, desde los segundos años noventa del siglo xx, en la promoción del son y el fandango en la capital vera-

cruzana es la presencia de jaraneras y jaraneros originarios del Sotavento, algunos de los cuales han migrado a la capital de modo temporal o definitivo. Ello también ha permitido que la escena local se reanime cada determinado tiempo. Se trata de migraciones con carácter cultural, pues la razón y el quehacer central de esas presencias es promover y enseñar el son jarocho (la música, el baile de zapateado, el canto...), aunque también se comparte con el hecho de trabajar o de estudiar alguna licenciatura o posgrado en la Universidad Veracruzana. Pero todo ello tiene en Daniel, Rubí, Ramón y Laura, entre otros como Tereso Vega, Juan Galván (más orientado al jazz y la música clásica, pero por temporadas presente en el son) o Álvaro Alcántara, a los precursores de la movilización en Xalapa y a quienes lo enraizaron en la vida cultural local.

En la ciudad, una de las maneras que ha asumido el desarrollo cultural desde inicios del siglo XXI es mediante la conformación de asociaciones, formalmente constituidas o no. En el caso del son jarocho esto también podemos encontrarlo; de hecho hay dos ejemplos significativos que han mostrado ser proyectos sostenibles en el tiempo, ya que han mantenido cartelera constante en torno al son jarocho. Se trata del quehacer de La Casa de Nadie, AC y de Culturaama. La primera es encabezada por Camil Messeguer, integrante del grupo de son jarocho Sonex, quien por alrededor de una década ha promovido y difundido el son y el fandango desde esa asociación civil. Ambas asociaciones son plataformas continuadoras sustantivas del son en la ciudad; su trabajo también es parte de las generaciones de relevo que mantienen vigente la escena jarocho local.

El trabajo musical de Sonex encuentra relevancia en el hecho de hacer propuestas renovadoras del son jarocho, o con él, a partir de fusiones de ese género popular con sonoridades de otras tradiciones, como el jazz y el rock; se trata esto del sincretismo sonoro-cultural originario que provocó el propio nacimiento del son jarocho y que hoy continúa experimentando encuentros con otros universos sonoros. Las presentaciones, la realización de giras nacionales e internacionales y la grabación de discos compactos realizadas por Sonex han tenido éxito,

pues ello conlleva promoción y difusión de la tradición jarocho. Pero el trabajo de base del grupo encontró un instrumento virtuoso en La Casa de Nadie, AC, ya que esta estrategia se ha vuelto un referente contemporáneo de la gestión cultural desde el son jarocho en la ciudad y para el Movimiento Jaranero en general. Y es que La Casa... opera como centro multidisciplinario que incluye galería para exposiciones, estudio de grabación, talleres de son jarocho y a veces también huasteco, la celebración de fandangos, entre otras actividades culturales, incluida la gastronómica.

En el otro caso, la actividad de gestión que hace Culturaama AC se revela como invaluable, ya que se trata de una organización orientada a la difusión cultural, la venta de artesanías en apoyo a sus creadores y de material grabado de son jarocho y huasteco –entre otros géneros populares–, y a la organización de eventos donde el son jarocho tiene lugar principal. Con dos décadas de trabajo ininterrumpido, se ha convertido en un eslabón importante para el devenir de la revitalización jarocho. Asentado en Xalapa, tiene presencia subregional debido a que llevan su trabajo a eventos realizados en diferentes puntos de la geografía jarocho. En ambos casos, su gestión cultural es hecha por jóvenes y con jóvenes, sin perder desde luego la relación con otras generaciones y sin desligarse de instituciones cuando el trabajo o los proyectos específicos así lo requieren.

El hecho de que los actores individuales y colectivos mencionados hasta aquí hayan mantenido un trabajo continuo durante años, nos habla de capacidades para hacer sostenibles esos proyectos culturales en favor de la cultura jarocho en Xalapa. No sin dificultades, la gestión cultural ha enraizado y construido redes de colaboración, así como la configuración de capital social que pasa por las políticas públicas de la cultura, formas ligadas a modelos empresariales de desarrollo cultural, a lógicas de mecenazgo y sobre todo a la inversión de energías propias de promotores y creadores de base civil.

Con la presencia de las prácticas musicales y festivas jarochas en la ciudad de Xalapa, la revitalización cultural de esas prácticas tradicionales amplía sus contornos geohistóricos primigenios y al mismo tiempo adquiere novedosas formas en su

lugar de llegada, pues su arraigo ha conllevado articulaciones con otras culturas, como la rockera o la del jazz (no han faltado grupos, efímeros, que fusionaron rock con son y con jazz; incluso un estudiante que pasó por los talleres de la Xalitlic recién se tituló de la licenciatura de jazz de la uv teniendo como instrumento central el requinto jarocho). La revitalización de la *jaroquidad*, cuando menos en el entorno urbano xalapeño es una versión muy viva de una tradición que se renueva para permanecer sin olvidar ni perder su origen ni sus elementos sustantivos, musicales y festivos, pero es además una tradición que en su continuidad integra la presencia de intereses y demandas propias de una sociedad implicada en el proceso global y del devenir de luchas de sujetos subalternos. En tanto tradición reflexiva, vemos que entre sus representantes hay soneros, zapateadoras y versadoras que resisten y/o contestan los roles tradicionales de género dentro del son, del fandango y en general dentro de la cultura tradicional.

TRADICIÓN Y POLITIZACIÓN: JUVENTUDES, PROTESTAS Y DEMANDAS EN EL SON JAROCHO

Cuando arriba se dijo que en el caso del son jarocho podemos ver que la cultura se encuentra con la política en su devenir como tradición, como la que aquí tratamos –expandida geográfica, histórica y generacionalmente a partir de la revitalización de una música y fiesta tradicionales–, se hace referencia al hecho de que el son y algunos de quienes lo representan, también lo “ocupan” para manifestar, procesar o difundir nuevos temas de interés para la comunidad jarocho o para la sociedad nacional, para la tradición o para luchas sociales contemporáneas. Así, se lo ha visto apoyando mítines de candidatos políticos opositores al régimen hasta antes del 2018 (es decir, el régimen del llamado mediáticamente PRIAN, del estado de cosas políticas sostenido tanto por el Partido Revolucionario Institucional como del Partido Acción Nacional cuando éste tuvo el poder presidencial: 2000-2012), en marchas por la paz, por la seguridad de las mujeres ante los constantes feminici-

dios y ante el panorama del horror que vive el estado de Veracruz en los últimos sexenios de gobierno local, incluido el par de años de la llamada “mini-gubernatura” en manos del PAN, por ejemplo.

El son jarocho también se hizo presente en calidad de banda sonora que acompañó o incluso desde la cual se levantó el grito que protestó en la plaza pública contra el gobierno del estado que ahorcó financieramente a la Universidad Veracruzana en el sexenio 2012-2016. Grito recogido en documentos audiovisuales de la misma universidad, donde jaraneras y jaraneros improvisan versos de apoyo a la uv y de reclamo al mal gobierno en 2016, en medio de la Plaza Lerdo rebotante de universitarios defendiendo su casa de estudios ante el palacio de gobierno del estado. Así, el son jarocho también se lo escucha inserto en otras luchas, como las de corte ecológico y de género; y siempre, como característica, se trata de un son hecho por jóvenes, mujeres y hombres, que lo han integrado a esas luchas por el reconocimiento de derechos que toman calles y otros espacios públicos; de Xalapa, de México y de fuera del país. Así, el son es una de las músicas de protesta o que protestan en escenarios *glocales*.

Otras arenas de lucha en el son se constituyen al interior del mismo movimiento y/o de la misma tradición. Esto mediante encuentros donde se ha reflexionado sobre el papel de las mujeres en esa tradición que históricamente obedeció al modelo heteronormativo y que ahora es cuestionada, incluso de modo específico a partir de encuentros para reflexionar sobre el rol que han jugado, que juegan y que deberían jugar las mujeres dentro del son y el fandango, de la tradición o de la cultura de pertenencia, en este caso la jarocho. Un nuevo “uso” de la cultura (Yudice, 2002) en el caso que nos ocupa es de lucha por el reconocimiento de derechos, de representación, de igualdad y equidad, de asumir nuevos roles por parte de las mujeres en la cultura tradicional y en general en la sociedad contemporánea; lo que etnográficamente, para el caso del son, se traduce en la toma de roles anteriormente “propios” de hombres, y desde el son se materializa como existencia de colectivos o agrupamientos de jaraneras sumadas a movilizaciones exigen

cumplimiento, por parte del Estado mexicano, de la seguridad para las mujeres acosadas o violentadas en formas varias.

En lo que toca a la asunción de nuevos roles de las mujeres en la tradición jarocho, en su etapa contemporánea, el periodo del Movimiento Jaranero, es posible acercarse a reflexiones sobre el tema. Para ello recuperamos ideas expresadas en la ciudad de Xalapa el 6 de septiembre de 2014, en el marco de un evento realizado en el espacio cultural La Bruja, por las hermanas Yaatsil y Sirani Guevara González, y Wilfried Raussert, para tratar diferentes situaciones que experimenta el son y el fandango como cultura musical de corte tradicional: políticas culturales y el son jarocho, globalización y el son, patrimonialización del son... De ello, aquí se recupera parte de la reflexión entre mujeres y hombres de distintas generaciones, proveniencias socioculturales y formaciones, todos reunidos por/en el son, y reconocidos por la comunidad fandanguera contemporánea. Se muestran algunas ideas alrededor del papel actual de las jaraneras, zapateadoras, fandangueras, que permiten pensar que la cultura, en este caso tradicional, experimenta transformaciones que son más evidentes entre los jóvenes que se suman a la tradición; como se observa en los testimonios, se trata de jóvenes, mujeres y hombres, urbanos más que rurales.

En lo que sigue, se presentan algunas de las voces, como las de Daniela Meléndez Fuentes, Wendy Cao Romero, Sirani Guevara, Ana Zarina Palafox y la de Ramón Gutiérrez Hernández, todas personas reconocidas en la comunidad jarocho abocadas a recuperar y recrear el son y su fiesta, pero también a renovarla y a pensar sus formas actuales. Esas voces representan en su mayoría al nodo Xalapa de la revitalización. Como se evidencia, la discusión central es alrededor de las relaciones de género, a los roles emergentes de mujeres y el más tradicional de los hombres en la recreación del son y de fandango, y a las diferencias culturales que implican ser mujer urbana o rural dentro del son. Ello deja ver permanencias y cambios de las relaciones de género en el devenir de la música tradicional.

Sirani Guevara González (SGG): ... a eso iba, o sea, Don Ray nos dijo, que allá en su tierra no hay problema de distinción. O sea, si las mujeres quieren bailar que lo hagan. Si van a tocar un instrumento, pues igual que todos, que lo hagan; nada más que bien hecho; afinar bien su instrumento y a darle. Y lo mismo para una cuestión de versada; pero darle como ese respeto para hacer bien las cosas. O sea, que realmente no encontramos como una diferencia entre el antes y el ahora; sólo que ahora lo están haciendo: "Ahora ellas decidieron hacerlo. Adelante...". De hecho ahora, retomando, que dijiste lo del machismo, era también precisamente dentro del mismo contexto, que como en parte que causaba alguna molestia. Yo creo que al contrario, dice que bien, que bien recibido. A lo mejor sí también influyó eso de que, bueno, pues eso es el miedo y la represión pero no tanto como siempre se maneja, sino que tal vez era esa parte también machista, pero que a veces no es muy consciente de parte de las familias; sobre todo de las mujeres, que mantienen o mantenían el cuidado de los hijos. Y que no lo hacían de forma así, pensándolo: "Ah, lo voy a hacer de esa forma, voy a llevar a mis hijos a tal nivel", ese grado. Y es como ahorita he visto, que precisamente ha cambiado esa visión, se ha vuelto un poco más consciente y entonces, por lo tanto, se ha tratado de que no sea tan machista, pero siempre...

Ramón Gutiérrez Hernández (RGH): ...Pero siempre de dónde, porque estás hablando de muchos mundos...

SGG: A eso voy, siempre se había manejado así, pero creo que en ciertos casos, tampoco se podrá generalizar de "*en tal región*"; pero en ciertos casos se ha estado como que dispersando y creo que eso sería importante tratar de que esa dispersión sí se generalizara, para simplemente ver qué pasa, y como dar apertura a que, no sé, no se vea algo negativo el hecho de que una mujer quiera tocar.

Wendy Cao Romero (WCR): Yo creo que, más bien, por eso cada comunidad tiene sus propias características. Yo no podría pretender que Arcadio se abra y se convierta en lo que yo quisiera.

RGH: Pero además el sector que siempre se queja es el sector que más apertura tiene y que más posibilidades tiene. A mí me gustaría escuchar qué piensan las señoras de una comunidad. Mi

abuela decía: “Es que las mujeres, como están bailando ahora, no es así”.

Relator: (de la mesa sobre mujeres y son jarocho. Leyendo) Dice así: “Nos decía Arcadio que la mujer suele acompañar al hombre a los fandangos y permite que su marido tenga pareja de baile, que eso se ve bien que la mujer sea quien acompañe al hombre, también le permite que tenga pareja de baile”... Luego decía Wendy que en El Hato hay matriarcado y depende de cada comunidad, como en El Hato, hay diferentes costumbres, que no todas las comunidades... Hay de dulce y de manteca, se manejan diferentes maneras de ser. Y que entre los jóvenes ya se empiezan a liberar estas conductas que no se han estado heredando tanto, que ya hay más libertad de que las mujeres toquen y versen y demás. La idea de que –eso es lo que yo digo–, como que se les ha permitido, pero también está la idea de que las mujeres se han impuesto; pero se han impuesto muy pocas mujeres, o sea, no es la generalidad. Es algo que yo le aumento: porque la generalidad no se impone, pero sí hay quienes de manera muy particular se les ha permitido. Bueno (leyendo conclusiones de la mesa): Ah, “que antes en los fandangos solían ir las mujeres a conseguir pareja”. Entonces no sé si ahora se haga así (...) Hay algo que, quien sabe quién lo dijo, pero, los cambios que ha habido de conducta y de cuestión de género, han sido por la participación de la mujer.

WCR: Yo lo dije, que nosotras nos hemos metido, ¿no?, pero que los hombres han sabido permitirnoslo también, ¿no? O sea, yo sería incapaz de ser un grupo de puras mujeres porque yo sí, me gusta mucho estar con hombres y hacer interacción con ellos, además he aprendido de ellos, también. Por eso digo, nosotros nos hemos, por más que abalanzado, las mujeres, en una fila que no se hacía entre mujeres; pero que afortunadamente nos han permitido los hombre y nos han cobijado y nos han dado el espacio.

Relator: ...Aquí Daniela nos dice: “La influencia de lo urbano ha sido definitoria en los cambios de actitudes. O sea las ciudades”.

Daniela Meléndez Fuentes (DMF): Yo pienso, mi idea, creo, se me ocurre, analizo, que a partir de que empezó, que se había perdido el son jarocho, se había impuesto el ícono nacional a través de la tv y no sé qué; y luego viene este rescate del son jarocho nacio-

nal, del movimiento jaranero y ahí es donde entramos las de las ciudades. O sea, si en las comunidades sigue siendo con estos códigos, las chicas que aprenden en la ciudad a tocar la jarana, a zapatear, no saben esos códigos; entonces no sabemos o no hay alguien que nos diga o que nosotras entendamos que no podemos. Yo soy de Minatitlán, Veracruz, mi papá es Juan Meléndez de la Cruz, que ha sido promotor cultural en esa zona, en el sur. Entonces yo aprendí a zapatear a los 4 años con Martha Vega, y yo no tenía idea de que Martha Vega venía de la comunidad chalalá, ¿no? A los 8 años aprendí a tocar la jarana con Patricio Hidalgo y yo no tenía conciencia de que él era nieto de Arcadio Hidalgo. Aprendí a versar a los 16 cuando, después de un Encuentro Iberoamericano en el puerto de Veracruz, que vinieron muchos poetas de varios lugares de Iberoamérica, y Ricardito González Yero fue a dar un taller en el patio de mi casa, y allí aprendí a escribir décimas. Y en ese momento yo estaba muy enamorada y entonces mis décimas empezaron a ser de amor. Pero yo no entendía que la décima tenía que ser para el caserío o para etcétera... o la jarocho bailadora, o sea, no. Mi contexto fue otro, a mí nadie me dijo: "Tienes que versar al ganado, o tienes que versar...", no. En mi experiencia esa fue la manera en que yo me incorporé, o he estado dentro de esta tradición, que finalmente nos arroja a una población enorme, ¿no?, porque finalmente se vuelve un modo de identidad... Entonces, si hablamos de mujeres y las mujeres decimos: "Me interesa el requinto, me interesa el marimbol, me interesa la quijada, me interesa la leona", y poco a poco se van abriendo esos espacios. Yo no digo que se nos haya negado, así tal cual negado, sencillamente uno entendía que eso era labor de los varones y que la de nosotras era la tarima. Pero ya en contextos diferentes pues uno se avienta, ¿no?, uno se avienta sin preguntar.

SGG: ...me gustaría aportar como una tercera experiencia o una cuarta... Pues yo puedo hablar por mí, no sé Yaatsil (Guevara González) cómo lo haya percibido, pero creo que nosotras venimos de una familia donde no había esa desigualdad de género, como en el caso de Ana Zarina (Palafox), ni tampoco somos hijas de soneros ni de personas reconocidas en el medio, pero sí tenemos una historia como, de, no sé, de ruptura en los ochenta, de

esquemas, de género. Y bueno, fuimos criadas en varios lugares, rurales principalmente, y yo puedo decir que si bien creo que –y lo discutimos en las mesas– es verdad que el caso de cada mujer es particular dentro de nuestra música. Si tuviéramos que hacerlo general, que ojalá que no, pero si tuviéramos que hacer un promedio, el promedio de las mujeres sí son oprimidas en sus comunidades y en nuestro medio también. Es decir, probablemente nosotras no lo vivenciamos de esa manera, pero creo que es evidente que las mujeres sí sufrimos hostilidad. Yo sí lo creo, y lo he vivido, a pesar de que no son mis esquemas. Y eso es lo que yo exponía en la mesa. Es decir, como decía Ana Zarina, para un hombre, en una escala de 0 al 10, si toca bien, en una escala, digamos si pasa de 5 de calificación, está dentro del medio. Y se le permite participar de manera equitativa. En cambio, una mujer tiene que entrar de 9 porque si no, simplemente no entra. Y eso también es verdad. Digo, en la medida que lo enfrentemos creo que el diálogo es mucho mejor. Creo que podemos aprender más y decir: “No, no existe, no es cierto”; o decir: “Sí, yo lo he vivenciado y sí somos muy oprimidas”. Obviamente la experiencia de cada quién es distinta pero, al menos en mi experiencia, me ha costado mucho trabajo. Eso era lo que yo exponía en la mesa, a pesar de no ser una mujer, en mi familia, oprimida, me ha costado muchísimo trabajo hacerme un lugar en la sociedad, no nada más en el mundo real, no únicamente en el contexto de la música nuestra. Y yo creo que tiene que ver mucho, pasando quizás a otro tema, que podemos discutir entre todos, creo que tiene que ver mucho con la lírica y creo que tiene que ver mucho con la manera en que se coloca la mujer. Y esto también creo que es general, digamos, nuestra música es el reflejo de una sociedad que está emitiendo ese discurso, yo creo que el dialogo es importante para concientizarlo y ya cada quién decidirá qué tomar o qué no tomar. En mi caso yo creo que la objetivación de la mujer, el hecho de que tengamos que ser graciosas, hermosas, discretas, no sé, castas, ¿no?, es un modelo sumamente exigente para un ser humano y es muy difícil no sentirse oprimida socialmente si no cumples ese rol. Y bueno, la versada no ayuda mucho porque todo el tiempo es “*qué bonita, qué florecita, qué no sé qué*” [AZP: Y calladita y muy bonita], y bailando primoro-

samente. Bueno esa es mi opinión. Yo creo que ahora la mujer, dentro del son jarocho, tiene un papel mucho más activo porque sí hablamos, sí tenemos, además, conocimiento, nos conocemos más. Empieza a haber más conocimiento musical, aunque ese siempre ese ha sido un flanco muy débil en las mujeres, y está asociado a precisamente a que debe ser hermosa, no talentosa, “Cultiva tu hermosura, no tu talento”. Y ahora comienza a verse más el empuje de la mujer como, digamos, participante activa dentro de nuestra música.

Refiriéndose al hecho de que si Rani en algún momento ha hablado de la Virgen de la Candelaria como modelo femenino tradicional, RGH pregunta lo siguiente.

RGH: A ver, Sirani, entonces para ti qué es; porque por una parte dices que como la Virgen de la Candelaria, hemos tenido ese concepto de la mujer, y a mí me parece que debemos respeto a la Virgen de la Candelaria; y por otro lado, dices que cantamos versos que ofenden a la mujer. Para ti, ¿cuál sería el equilibrio de qué es lo que pueden cantar, pues, todos estos hombres que están aquí?

SGG: Mmmmmhhh no sé. Solamente sé que la Virgen de La Candelaria es un modelo difícil de cumplir; o sea, es irreal. Nosotras también somos seres humanos, también sentimos atracción por los demás, también tenemos derechos de ejercer nuestra sexualidad, también tenemos derecho de no ser lo que quieren que seamos. Y a ustedes no se les exige lo mismo.

RGH: Se nos exige ser machos...

DMF: Yo no digo que ustedes dejen de cantar como quieran cantar, eso está perfecto. Lo que pasa es que hace falta un equilibrio, de que en las mujeres también haya presencia de nuestros versos desde nuestra voz... Yo he hecho dos encuentros de mujeres soneras y versadoras. El primero fue de puras jarocho y el segundo de mujeres de la huasteca y del son jarocho. Y lo que yo les decía: “Yo no quiero que el fandango se vuelva de puras mujeres. Porque es imposible, si finalmente se trata de convivencia y de comunidad. Lo que a mí me interesa es que las mujeres estemos afirmadas en lo que hacemos”. Yo cuando invitaba a cada una, me decían “No, pero es que yo nada más bailo, o canto, pero

poquito”. O: “Bueno, yo sí escribo, pero allá en mi casa”; o sea, no es para que todo mundo las vea. Entonces lo que yo quiero es que haya una afirmación, o me gustaría que eso fuera, de cada una, de lo que hace. Porque lo podemos hacer, no igual que los demás, a nuestro modo porque somos individuos.

Mujer: Y que no necesitábamos entrar en el 9, ¿no?, que también se nos reconociera desde el 5.

RGH: Claro.

Mujer: ...Y que haya espacio...

DMF: Claro, terminando los encuentros, que eran convivencias padrísimas, porque no era nada más, armar un grupo para ir a tocar y presentarse, sino era convivir y conocernos. Y después ya, escribir nuestros versos; si pegaban o no pegaban eso ya era un rollo histórico, ¿no? Uno escribe un verso y no sabe si va a trascender o mañana se te va a olvidar hasta a ti. Entonces, el hecho de que no podemos ser de puras mujeres es que terminando los encuentros acabamos en pura plática. No se puede armar un fandango de puras mujeres; no se puede. Nos necesitamos unos a los otros. Mi intención con los encuentros de mujeres soneras es eso, conocernos. Entonces, ¡qué padre es que sepamos qué hace la otra!, muy aparte de zapatear en la tarima y luego irnos por un café y seguir zapateando, y no entrar a lo profundo de cada quién, de conocernos.

SGG: ...aquí la compañera hizo una observación que me pareció interesante, ella dice: “También habrían de escribir más las mujeres para equilibrar todo esto”. También en nuestra mesa surgió este dato: que las mujeres que han sido borradas a través de la historia, de las que no se recuerda ni el nombre, por el simple hecho de haber sido mujeres, o de haber sido amantes de alguien que estaba casado. Don Raimundo nos comentaba cómo una de las mejores versadoras, que le ha dado competencia en un huapango, fue una mujer. Y su argumento era increíble, ninguno de los dos pudo vencer, los músicos se vencieron antes que los dos terminaran sus versos y él no recuerda ni el nombre, ni siquiera de la comunidad de donde era esa mujer. Es que no es que no haya habido, ha habido muchas mujeres; y bueno, mi tía Luz, otra de ellas y bueno, tantísimas mujeres que ha habido. Pero es porque

no las recordamos con el mismo aire casi mitológico con que recordamos a los hombres.

RGH: A nuestra generación nos interesó mucho, decir a la generación mía, yo me acuerdo desde siempre, pues al papá de Tacho, a don Andrés, a Los Baxim; nosotros siempre hemos reconocido la labor de los hombres y de las mujeres. Porque Bertha Tegoma era para nosotros, dentro de nuestro círculo estaba cobijada por nosotros; la íbamos a buscar en diciembre para que cantara con nosotros. Yo no he vivido esa discriminación hacia las mujeres, esa censura.

WCR: ...yo me permití opinar que veo como dos vertientes: la mujer de las comunidades, las más se quedan cuando se casan; ven a sus hijas que bailan, sus hijos, van a acompañarlas... Ir a los fandangos de su comunidad acompañar de repente –Gisela, Carmen Baxin– a sus maridos o a sus hijos. Las menos van a trascender, como Gemaní, como Clarita si se logra conseguir un marido que la apoye en el fandango; pero que las mujeres que van a permanecer en el fandango, en mi opinión, son las menos. Las que tenemos esta manera de reflexionar, de permanecer, de posicionarnos, ¿no?, pues que sí va a haber, a la larga –en mi opinión–, sí va a haber como una marcada... como lo hay ahorita, que en un fandango la mujer urbana tiene más presencia.

Yaatsil Guevara González (YGG): Veo que de manera material sí hemos dado pasos agigantados, sobre todo en los últimos años, pero en el imaginario –que creo que es algo que faltó recalcar– todavía queda muchísima violencia, sí hay una represión bastante notoria. No solamente en el tema del son jarocho, sino en el tema del lenguaje que tenemos como sociedad, en la manera de dirigirnos unos con otros, no solamente de mujer y con hombre, sino también cómo las mujeres hablamos de los hombres y cómo los hombres hablan de nosotras. Entonces creo que sí es importante llevarnos estos temas a reflexionar. Y como decía por ahí Sirani, ser un poco críticos con nosotros mismos. Y me pareció bastante interesante como Ramón le dijo: “Bueno, y por qué te refieres a la Virgen de la Candelaria”, creo que todos deberíamos de reflexionar esa metáfora, de qué se trata.

SGGi: ...a mí me gustaría comentar, porque sí noto que son temas cansados, porque siguen siendo temas tabú en nuestra socie-

dad, pero yo sí quiero apuntar que esto se trata ante todo, de cariño y de amor verdaderamente. O sea, si lo estamos trayendo a discusión y si lo estamos haciendo brotar, no es porque el decirlo implique que hay resentimiento y que estamos agrediendo a alguien, o que queremos reclamarlo, es simplemente: a mí me funciona dialogar. La palabra siempre ha sido como más o menos mi manera de expresarme... y decirle a alguien: “No estoy de acuerdo en cómo me has tratado, no estoy de acuerdo en cómo has tratado a las mujeres antes de mí”, no quiere decir que no haya cariño latente, mis personas favoritas en todo el ambiente de la música popular en el que crecí son, pues, los señores, a quienes más cariño les tengo, quienes más me levantan el espíritu. Yo los amo profundamente, también a las señoras, son menos, son muchas menos; pero es muy significativo el hecho de que sean hombres y además, hombres que me recuerdan a mi abuelo, por ejemplo, que me recuerdan a los hombres de mi familia, que tienen completamente otra noción y otro concepto del rol de la mujer en la familia, y aun así, esto no es juicio, es decir, no los estamos llevando a tela de juicio, es simplemente: “Vamos a pensar un poco, vamos a hermanarnos un poquito más”. No quiero decir que no haya un cariño implícito por debajo de todo lo que estamos platicando.

DMF: Sí y estamos en el mismo barco, simplemente.

CIERRE: JUVENTUD Y CAMBIO EN LA CULTURA TRADICIONAL

Si bien los roles de género en la tradición del son y en la representación del fandango pueden seguir estando diferenciados en el medio rural, éste tampoco está alejado ni permanece intocable de prácticas que se llevan a cabo por parte de mujeres y hombres en el espacio urbano. De hecho, el movimiento jaranero se compone de participantes del medio rural, que conocen la cultura campesina, y de los espacios urbanos. Un principio de la revitalización jarocho ha sido precisamente no perder los lazos, el estar presentes, entre las comunidades y las ciudades, entre el mundo local y regional, y las fronteras que ya rebasan los límites nacionales. De hecho, es en sus juven-

tudes y/o generaciones de jóvenes que se han ido sumando a la revitalización desde los años ochenta del siglo xx quienes componen generaciones puente entre ambas realidades; puentes edificados por la movilidad urbana, por las migraciones que no cortan pertenencias y presencias, sino que, debido a la práctica cultural sonora y festiva las fortalecen, pues uno de los principios de esta movilización es el respeto y la conservación de raíces, mismas que llevan consigo quienes salen de la región histórica de origen del son.

En el caso de Xalapa, hemos visto diferentes generaciones de jóvenes inmigrados que han continuado la promoción y recreación del son, al punto que han logrado configurar una escena local importante que es parte de una red local-regional-nacional-internacional. Red por la que circulan muchos jóvenes, algunos de los cuales se asientan en la ciudad de modo permanente, otros mantienen un ir y venir constante al sur y diferentes puntos por los que pasa la red local-global del son actualmente. Es significativo que entre las recientes generaciones de jóvenes fandangueros/os en Xalapa, se haya convocado al encuentro entre representantes rurales y urbanos del son del año 2014, para reflexionar sobre diferentes temas que atañen a una cultura viva, con permanencias y cambios, muy dinámica y muy juvenil, pues la revitalización ha sido hecha y protagonizada por una contundente mayoría de jóvenes. La escena xalapeña como las otras de fuera del sur de Veracruz se ha compuesto siempre por jóvenes que al paso de los años han dejado de serlo para ir acumulando generaciones de jóvenes durante las décadas que lleva en expansión el son jarocho. En el caso de la capital de Veracruz, suman al menos tres generaciones, si las medimos por décadas, que han desarrollado un relevante trabajo cultural a partir de sus referentes identitarios.

La relevancia de la UV en el devenir jarocho local ha sido tal que hoy diferentes estudiantes de diferentes orígenes documentan y reflexionan, amplían y proponen las formas actuales de la tradición jarocho. Esas juventudes han oxigenado las maneras en que se pensaba y realizaba la tradición; a veces la transforman en su interior, otras tantas la utilizan para unir

su voz a demandas de otros movimientos que también se encuentran en la cultura tradicional.

Así, mientras al interior podemos ver a la juventud instituyendo nuevas relaciones de género, por ejemplo, en la ejecución de instrumentos y en la conformación de grupos de son jarocho, en la elaboración de nueva versada o en la composición de nuevos sones, al exterior vemos el uso dado a esa música y sus formatos líricos para reclamar el cumplimiento de derechos humanos, como el de la seguridad a una vida sin violencia para las mujeres. Respecto a ciertas formas del canon, sobre todo en aspectos instrumentales, sonoros y estéticos, pero también innovaciones. Todo, para que el son continúe, todo porque el son confiere formas de identidad participativa, todo para que la tradición sea, digamos, más democrática en términos de las relaciones de género que incluye.

En la transición de los años ochenta a los noventa del siglo pasado el son jarocho se vio favorecido con la creación en 1987 del Instituto Veracruzano de la Cultura, el IVEC, cabeza rectora de la política cultural del estado de Veracruz. La vertiente del son más visible en aquel horizonte histórico de política cultural la representó el grupo Mono Blanco y en particular la gestión de su director, Gilberto Gutiérrez Silva, quien también fue encargado del Departamento de Música del recién establecido IVEC. El trabajo de revitalización a nivel de la entidad, desde entonces se llevó a cabo en los entornos urbanos y rurales, destacando el quehacer en la ciudad y puerto de Veracruz, y las subregiones fandangueras del sur del estado. Hacia el final de los años noventa, por razones laborales el IVEC tuvo que ver con la llegada del jaranero Ramón Gutiérrez a Xalapa, a las oficinas que el Instituto tenía en el Patio Muñoz, lugar donde durante lustros se gestó la parte xalapeña del Movimiento Jaranero, la acción colectiva que nombra la recuperación del son y el fandango jarocho dentro y fuera del Sotavento desde los años ochenta del siglo xx, hace lustros también fuera del país. La capital veracruzana, así, mostraba su cualidad de espacio multicultural en un momento de apertura económica, pero también cultural, y en este último sentido, se pudo apreciar la apuesta por lo propio-regional cuando el son jarocho y su fies-

ta enraizaron con fuerza en la ciudad, desplazando de alguna manera por la vía de la configuración cultural e identitaria de nuevas generaciones juveniles, al hasta entonces visible rock local.

REFERENCIAS

- Ávila, H. (2012). De rockeros y neojarocho. Culturas juveniles y lógicas de desarrollo cultural en la Xalapa contemporánea. *Liminar. Estudios sociales y humanísticos* (10), 90-105.
- ____ (2009). Generaciones juveniles, políticas culturales y revitalización del son y el fandango jarocho. La confluencia entre sociedad y estado en el movimiento jaranero. En C. Del Palacio (ed.), *Los nuevos objetos culturales en Iberoamérica*. México: Universidad Veracruzana.
- Delgado, A. (2004). *Historia, cultura e identidad en el Sotavento*. México: Conaculta, DGCP.
- Kohl, R. (2010). *Escritos de un náufrago habitual: ensayos sobre el son jarocho y otros temas etnomusicológicos*. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana.
- Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura. Los usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.

Juventudes y trabajo de servicios: algunas consideraciones para la investigación

Youths and work services: some research considerations

Julio César Becerra Pozos¹
y Diana María Chen Rodríguez²

RESUMEN

Este artículo expone algunas reflexiones sobre las asimetrías de las personas jóvenes en cuanto a la inclusión, condiciones y permanencia en el mundo laboral. Para esta tarea, se inicia por un recorrido sobre la conceptualización e historia de lo joven, continuando con la justificación de por qué resulta más adecuado hablar de *juventudes* y no sólo de *juventud*, para el reconocimiento de la inabarcable diversidad de las formas de experimentar la condición joven. Posteriormente, se exponen generalidades sobre las circunstancias y requerimientos predominantes en el ramo de los servicios de interacción directa, así como algunos conceptos que coadyuvan a su entendimiento. Lo anterior nos permite presentar la propuesta de la pertinencia de la tríada *transición-género-clase* como punto de partida para realizar investigaciones configuracionales, con y desde las juventudes en el mundo laboral de los servicios, puesto que consideramos son categorías que permiten visibilizar y profundizar en las asimetrías en la relación juventudes-trabajo.

Palabras clave: juventudes, trabajo, género, transición, clase social.

ABSTRACT

This article presents some reflections about the asymmetries of young people, through inclusion, conditions and remain on the labor world. For this chore, we begin with the exposure of the transformations of the youth conceptualization and history. Then, we continue to justify why is more accurate to talk about *youths*, than *youth*, in order of recognize the immeasurable diversity of ways of experiencing the youth condition. Afterwards, generalities about the prevailing circumstances and requirements on the Front line works of the service trade are explained. The above allow us to present the pertinence of the proposal *transition-genre-class* as starting point in order to conduct configurational investigations, from and with the youths on the service works; considering that they are categories which enable to awareness and to go in depth the asymmetries of the youths-work relation.

Key words: youths, work, genre, transition, social class.

¹ Investigador Asociado de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Argentina (FLACSO-Ar) / Instituto Mexicano de la Juventud.

Correo electrónico: juliocesarbecerrapozos@gmail.com

² Egresada de la licenciatura en Psicología de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala / Becaria del Instituto Mexicano de la Juventud.

Correo electrónico: diana96.chen@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Cuando concebimos la idea de realizar este artículo, lo hicimos con la intención de generar un insumo asequible para aquellas personas que estuviesen o desearan incursionar en el estudio de las juventudes y su relación con el mundo del trabajo. A sabiendas de los enormes desafíos que implica hablar “en generalidades”, desde el desconocimiento de cuál era “el punto cero” para ese lector imaginario -que en nuestras mentes quizá podía estar poco familiarizado con el tema, pero era poseedor de algunas nociones sobre Ciencias Sociales- y sin tener idea de dónde comenzar a buscar el hilo de Ariadna, emprendimos la tarea con un entusiasmo asaz pueril, ignorando los obstáculos a los que nos enfrentaríamos, probablemente creyendo que no representarían un problema demasiado complejo de sortear. Atentos y aparentemente conscientes de que necesitábamos encarnar nuestras ideas, maquinamos un plan en conjunto. Hicimos una lluvia de ideas, listas, índices tentativos, conceptos clave, con un puntual calendario de actividades y reuniones que, amén de nuestra inexperiencia, pensamos se cumpliría nítida y cabalmente... no fue así.

En el camino se sumaron algunas dificultades, nuestra costumbre a trabajar bajo la trinchera personal, desconocer cómo escribir un artículo en colaboración (o en el caso de uno de nosotros, que esta oportunidad representara su *debut* en el mundo de las publicaciones académicas), la comodidad generada por dictaminaciones sin rostro o la casi siempre amable revisión de insumos ya casi terminados, nos habían protegido de la confrontación directa que trae consigo lidiar *cara a cara* con el proceso productivo de otra persona y de la vulnerabilidad experimentada al exponer el propio saber y los sin saberes. Asimismo, había que atenerse a la forma, ser lo suficientemente breves para que todas nuestras ideas entraran en menos de 10 000 palabras (incluyendo título, resumen, palabras clave, pies de página y referencias, en fuente Times New Roman y a interlineado 1.5).

Algunas semanas más tarde, tras haber afrontado lo anterior de alguna forma, estamos escribiendo esta introducción, cansados después de un día laboral, pero por fin viendo la prometida luz al final del túnel. Es de noche y estamos en el Café La Habana, famosísimo y bello lugar que albergó a revolucionarios y escritores. Divagando un poco nos preguntamos, ¿qué imagen proyectaremos? Tenemos una laptop y algunas hojas con borradores del manuscrito, ¿pareceremos escritores? No creemos. La diferencia de edad entre nosotros quizá haría pensar que somos profesor-alumna, lo cual no es del todo erróneo porque en el espacio laboral que compartimos existe una relación similar. Con ello viene otro pensamiento, si algún colega nos viera podría creer que es testigo de explotación laboral o de una relación *extra laboral*, con sus respectivas conveniencias y abusos. Temores que no se gestarían si tuviésemos la misma edad o compartiéramos el mismo género. Justamente al tomar consciencia de lo anterior es que se hacen palpables las condiciones asimétricas por género y edad, es decir, la vulnerabilidad a la que nos expone el trabajar juntos por el mero hecho de ser una mujer joven y un hombre adulto.

Estas divagaciones son fugaces debido a la interrupción del mesero, quien pese a ser evidentemente mayor que ambos, nos habla *de usted*. Es imposible no interpretar este comportamiento con las ideas y reflexiones que tratamos en este artículo. También es inevitable pensar que el poder hacer eso, habla de una trayectoria de vida que nos permitió tener acceso a la educación superior y a mayores oportunidades de elección profesional. Ello no implica que no hayamos, ni sigamos, afrontando dificultades en el mundo laboral (precarización, falta de oportunidades, dificultades en el tránsito escuela-trabajo) que quizá, de haber nacido en “cuna privilegiada”, hubiéremos esquivado, no obstante con ello quizá también se hubiese nublado la capacidad de esa consciencia.

A la par que dialogamos sobre el asunto, escuchamos claramente cómo otros comensales (aún más jóvenes) se dirigen al camarero llamándole *joven*. No tardamos en comentar lo irónico del asunto, la charla sigue a rumbos geográficos y alguno menciona que en Argentina la clientela le diría *mozo*;

un breve sondeo sobre el asunto nos lleva descubrir que en Chile sería *garzón*. Esta indagación nos hace caer en cuenta que tanto *mozo* como *garzón*³ o simple y usualmente *joven*, son vocativos empleados en diferentes latitudes para referirse tanto a las personas jóvenes, como a quienes ejercen el trabajo de *meserear* y el de servidumbre.⁴ Es decir, mantienen un doble significado: de edad y función desempeñada (Gillis, 2017), al mismo tiempo que están atravesados por relaciones asimétricas de poder y subordinación.

Lo anterior se reafirma si tomamos en cuenta algunos coloquialismos que asocian la juventud con servidumbre, centrándonos en América Latina y el Caribe, tenemos como ejemplo: *chino(a)* que en Colombia es usado para referirse tanto a un infante como a un o una servidora (Diccionario de americanismos, 2010); mientras que en México se usa *muchacho(a)*, y su versión corta *chacho(a)*, equivalente a joven, ayudante y persona del servicio doméstico (Real Academia Española [RAE], 2019), esto último sobre todo en femenino. Aunque la polisemia de estos nominativos pareciera inocente, no lo es: tal y como lo menciona Saraví (2015), las desigualdades son modeladas y experimentadas a través de ciertos valores y creencias, sin embargo, encuentran la cúspide de su expresión en el “sentido común” y los significados ocultos que éste embarga, siendo el lenguaje y las formas de hablar un lugar donde estas connotaciones pasan desapercibidas a primera vista.

Toda esta narrativa -cuya intención no es la de constituir un listado de quejas ni evidenciar nuestra obsesión por el lenguaje- nos muestra cómo de manera cotidiana se viven situaciones que, tras un pequeño *insight*, revelan nociones e imaginarios sobre las juventudes y el mundo laboral. De ahí su pertinencia para introducir el conjunto de variables que, si bien no son las claves exclusivas para su estudio, sí pueden ser guías vertebrales para la investigación de este grupo etario,

³ Del francés *garçon*, el cual también mantiene el doble significado.

⁴ Asociaciones rastreables a la Europa preindustrial en la que una vez que las personas infantes alcanzaban la edad suficiente para apoyar en las labores familiares, sustituían a las y los sirvientes quienes, a su vez, eran personas jóvenes, solteras y de clase social baja (Gillis, 2017).

ellas son transición, clase y género. Además, para que esta propuesta no permaneciera superada por la ambigüedad, hemos optado por perfilarla hacia un aspecto fundamental que trastoca todos los elementos de la vida cotidiana: el trabajo, particularmente, el de interacción en servicios dentro de la urbe metropolitana, la cual ha sido arena privilegiada para quienes han estudiado la diversidad juvenil.

La escena recién referida también nos sirve para ejemplificar cómo nosotros mismos estamos atravesados por esas categorías, así como por inexperiencia, vulnerabilidad y ocasional falta de control en el proyecto y trayecto biográfico, inherentes de la condición juvenil (si institucionalmente abarca de los 12 a los 29, vivida en su tercer cuarto por uno y recién trascendida por el otro). Así, el objetivo de este artículo es invitar a la reflexión en torno al mundo juvenil laboral y esbozar una propuesta para su investigación, teniendo como partida la tríada transición-clase-género.

Para cumplir con este propósito comenzamos con un breve devenir del estudio de las juventudes, que nos permite exponer cómo estas tres variables inciden en la configuración de la condición juvenil a la relación juventudes-trabajo en los servicios. Finalmente, se enlistan algunas reflexiones en torno a las asimetrías, precarización e innovaciones en el mundo del trabajo y las juventudes.

1. BREVE, BREVÍSIMA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA CONDICIÓN JOVEN Y (AÚN MENOR) HISTORIOGRAFÍA DE LAS JUVENTUDES

Para empezar, valdría la pena preguntarse, ¿la condición joven es vivida o ha sido experimentada de la misma forma durante todas las épocas, en todos los espacios y por todas las culturas? Un breve recorrido sobre las formas de comprender a las juventudes evidencia la clara negativa a la interrogante. La edad es una construcción social y por lo tanto su conceptualización está enmarcada por los elementos culturales, históricos, políticos y económicos que una sociedad y sus integrantes experimentan en un momento y espacio determinados (Souto, 2018;

Sepúlveda, 2013; Berthier, 2008; Nateras, 2004; Duarte, 2000; Bourdieu, 1990), es decir, la parte no biológica de *lo joven* se transforma, significa y resignifica no solo en cada generación, sino también con cada contexto, región e incluso trayecto biográfico, no obstante es al mismo tiempo una condición que genera comunidad e identidad en lo colectivo.

Para comprender cómo empezó a tejerse esta categoría en la sociedad occidental, es útil seguir de la mano de Gillis (2017), quien explica que el reconocimiento e institucionalización de la juventud comenzó con el fin de nombrar al estadio de semi-dependencia que vivían los sujetos de la Europa preindustrial entre la niñez y la adultez. Ésta abarcaba desde el momento en el que los infantes de 7 u 8 años dejaban su hogar para irse como aprendices a otras casas, hasta los 20 años, cuando se volvían completamente independientes mediante el matrimonio.⁵ Pese a que era vivida y comprendida de forma distal a como lo hacemos hoy día, ya se dibujaban nociones colectivas sobre lo que era ser joven a través de la asociación de este grupo con prácticas y tradiciones que le diferenciaban de las otras etapas de la vida.

Después de ello, la modernidad y las transformaciones sociales que trajo consigo impactaron en la comprensión y experiencia de las personas jóvenes. Los cambios sociodemográficos y de las dinámicas familiares, aunados al crecimiento de los espacios urbanos, los procesos de industrialización, el establecimiento de la educación obligatoria, la expansión de los espacios de ocio y consumo, el aumento de agrupaciones juveniles, entre muchos otros cambios; provocaron que las formas en las que se estructuraba la sociedad transicionaran, propiciando nuevas formas de construir la propia identidad, así como de comportarse individual y colectivamente como joven (Souto, 2018; Manzano, 2010).

Pero de vuelta a la historia, por este proceso para nada homogéneo empezó a usarse el término *adolescente*, cuyo origen es rastreable en la Alemania preindustrial, donde los estudiantes novicios eran llamados *adolescens*, quienes no

⁵ No resulta descabellado afirmar que es por este hecho que mozo también significa soltero o célibe (RAE, 2019).

eran considerados como iguales sino hasta atravesar por una larga novatada (Gillis, 2017). Sin embargo, es hasta 1850 que el uso de la palabra *adolescencia* se generaliza gracias a la disminución de la mortalidad y de la fecundidad, así como por el establecimiento de la educación secundaria (Palacios, [1990] 1996). Factores que permitieron que ciertos sectores sociales postergaran la asunción de responsabilidades como el matrimonio, la emancipación y el tener descendencia, para aumentar el tiempo de estudio y capacitación (Margulis y Urresti, 2000). En nuestros días su uso es algo ya muy común, tanto que a veces cuesta imaginar que en otros tiempos no existía un término para referirse a esa etapa. Asimismo, contamos con equivalentes de este vocablo, como *sardino(a)* de Colombia (*Diccionario de americanismos*, 2010) o *pendejo(a)* de Argentina (RAE, 2019).

Pero no sólo el concepto ha transicionado, también lo han hecho las ideas sobre cómo es una persona adolescente y su reconocimiento -en la Europa preindustrial ni siquiera había una distinción entre adolescencia y juventud (Gillis, 2017)- para sostener este argumento bastaría remitirse a ejemplos que demuestran su condicionamiento histórico, social y cultural. Por mencionar un clásico, el estudio etnográfico de Margaret Mead ([1928] 1993) sobre la juventud en Samoa debate la otrora creencia de que existe una condición casi biológica que vuelve a la adolescencia un periodo turbulento lleno de drama o problemas, ya que las jóvenes samoanas realmente experimentaban una transición fácil y sencilla.

En la sociedad occidental es a partir de la Primera Guerra Mundial que la adolescencia comenzó a asociarse con tensión y sufrimiento emocional, debido a que la psicología y la medicina le atribuyeron consecuencias socialmente provocadas como naturales. Sucesos que llevaron a definirla como una etapa de transición correspondiente a los primeros años de la juventud “en la que ya no se es niño, pero en la que aún no se tiene el estatus de adulto” (Palacios, [1990] 1996, p. 299), siendo quien pasa por ella un ser dependiente al que hay que controlar y guiar. A propósito del vaivén histórico y actual, vale la pena mencionar que esa lógica aún tenía un carácter lineal que no

permitía interpretar procesos simbólicos de reposicionamiento a lo juvenil o pérdida del carácter de adulto, como sucede cuando por razones económicas o sentimentales una persona emancipada se ve obligada a volver al hogar parental bajo una condición de subordinación e incluso tutelar, perdiendo el estatus de adulto para reincidir en la posición de “hijo de casa”.

Souto (2018) menciona que en el periodo de guerras y entreguerras es cuando se comenzó a estudiar a las juventudes, sobre todo, por la relevancia que cobró el asociacionismo juvenil y su participación política en esa época. Sin embargo, fueron las movilizaciones juveniles contra el *status quo* de los sesenta las que lograron que la academia mantuviera su mirada en las personas jóvenes. Por los mismos motivos, a finales de esta década se iniciaron los estudios sobre las juventudes en Latinoamérica, aunque estos se reducían a estudiar sectores sociales de clase media donde la persona joven -pensada únicamente como estudiante- desempeñó un rol como agente social y era descrita mediante adjetivos como *rebelde*, *subversiva* o incluso *delincuente* y *violenta* (Manzano, 2010; Reguillo, 2000). Por su parte, en el caso mexicano “los primeros intentos de aproximación científica al sector juvenil están conectados con el movimiento insurreccional de 1968 y se concentraron en los jóvenes estudiantes de clase media, las élites intelectuales y los grupos radicales que conformaron los movimientos políticos” (Cabañas, 1988; Arteaga, 1996; como se cita en Feixa, 1998, p. 94).

En la década de los ochenta, caracterizada por la evaporación del Estado Benefactor y la entrada del neoliberalismo, emergieron investigaciones de los agrupamientos juveniles cuya apariencia corporal, consumos y expresiones culturales eran un instrumento de protesta, a la par que fungían como una especie de refugio afectivo y de resistencia ante un mundo con instituciones debilitadas, expectativas futuras desoladoras y regido por un sistema que marginaba, excluía y fragmentaba (García 2004; Nateras, 2004; Berthier, 2002; Feixa, 1999; Reguillo, 1991). Aunque no fue la única forma de analizar al sujeto joven: también existieron investigaciones sobre la relación de las juventudes con el género, contexto, consumo de

drogas, empleo, educación, salud (homicidio), participación social y política, y delincuencia (Nateras, 2004), sin embargo, esto se hizo con un enfoque que no atendía a la subjetividad ni a lo antropológico, sino que se centraba en lo estadístico y periférico, tomando a las juventudes como un eje y no como una condición.

Fue hasta los noventa cuando los estudios, denominados de Culturas Juveniles,⁶ cobraron mayor relevancia: abrieron la pauta a pensar en las juventudes como culturas del gusto, al mismo tiempo que ahondaron en los procesos identitarios que les rodeaban. Dichas investigaciones, fueron sumamente enriquecedoras para entender las diversas formas de experimentar lo juvenil, sus condiciones de precariedad y marginación, así como las particularidades de sus procesos de sociabilidad, pero manteniendo énfasis en sus consumos culturales. El hincapié en los consumos prevaleció debido a que estaban fuertemente vinculados con la moda, las tribus urbanas y la juvenilización: *lo juvenil* se había mercantilizado y fetichizado, pero a la imagen, cuerpo, hábitos, formas de entretenimiento y trayectorias ideales sólo tenían (y tienen) acceso ciertos sectores, lo que provocó expresiones disidentes (en México algunos ejemplos son los *punks*, cholos, fresas, *darks*, góticos).

Aun con esto y con las diferencias en estética corporal, estilo, prácticas sociales, sentidos y significados culturales, se demostró que las culturas juveniles brindaban (y brindan) un sentido de pertenencia, contribuyendo al reconocimiento y la identidad de las personas jóvenes (Urteaga y Ortega, 2004; Feixa, 1999, 1998; Margulis y Urresti, 1998, 1995; Reguillo, 1994, 1991; Valenzuela, 1997; entre otros). Esta perspectiva, aunque innovadora por el uso de enfoques multi y transdisciplinarios, así como por tener la frescura de ser parte de una oleada que nos mostraba nuevas aristas y formas de ser joven, tenía la limitante que sólo se consideraban aspectos atomizantes de las juventudes; denotando la tendencia de encuadrar a la diversi-

⁶ Para profundizar en el tema de los agrupamientos, consumos culturales y culturas juveniles en Latinoamérica véase a Berthier (2002); De Garay (1996); García (1985); García Canclini (1993); Feixa (1999, 1998); Manzano (2010); Nateras (2004, 2002); Reguillo (2000, 1994, 1991); Urteaga (1990); Urteaga y Ortega (2004); Valenzuela (1998, 1997, 1998).

dad juvenil desde y como prácticas de la alteridad, generando el dilema de desdibujar lo que sucede con las juventudes no disidentes ni atípicas y en el mismo tenor, restando relevancia a los efectos, imaginarios, experiencias y prenociones de una realidad en la gran mayoría de las personas jóvenes: la transición escuela-trabajo.

Por otro lado, fue en la última década del siglo pasado cuando nuevamente se pusieron de manifiesto las relaciones asimétricas por condición etaria; desde la sociología Bourdieu (1990) propuso que la juventud es una categoría socialmente construida, relacional y que sirve para la distribución del poder basándose en la edad cronológica. Logrando la producción y reproducción del orden social al establecer, entre otras cosas, qué comportamientos, intereses, condiciones de vida, aspiraciones, posibilidades de acceso y formas de construcción identitaria son propias de lo joven, lo cual es establecido en contraposición a lo adulto. Es por ello que resulta más inclusivo hablar de *juventudes*, lo cual no se reduce a una simple cuestión gramatical sino que apela a ser un reconocimiento de la heterogeneidad de lo juvenil (Duarte, 2000). Transitando así a un uso del término en plural para referirse de *lo joven y los jóvenes* a *juventudes*, y *las y los jóvenes*, puesto que reconoce la diversidad de contextos en los que se desarrollan, además de que da énfasis a la inclusión de género y la diversidad sexual, así como a la influencia que tienen las variables socioculturales en la constitución y conceptualización del sujeto joven (Valenzuela, 2005).

En la actualidad, se apela a estudiar a las juventudes desde una perspectiva de curso de vida que reconoce que existe una gran diversidad de formas de vivirse como joven, pero que todas están atravesadas por lo que social, institucional y legalmente está estipulado (Sepúlveda, 2013).⁷ Dicha visión apela a

⁷ Por ello, el rango de edad para reconocer quien es joven varía de país en país. Por ejemplo, en México se reconoce institucionalmente a las personas jóvenes como aquellas entre 12 a 29 años, mientras que muchos otros países lo hacen de los 15 a los 29. Esto también se transforma con el tiempo, habría que recordar a Duarte (2000) cuando expone el caso chileno donde se pasó del rango 15-24 al de 15-29, como producto de la "deuda social" que se tenía que pagar a las juventudes ante el empobrecimiento y exclusión que sufrieron durante el periodo de dictadura.

comprender que las formas de ser joven son diversas y cada una de ellas es producto de la interacción dialéctica entre el individuo y su entorno. Asimismo, se apela a priorizar su subjetividad -entendida como proceso de dar significado (De la Garza, 2003)- afectos, emociones, aspiraciones, imaginarios, performatividades, temores y opiniones, así como las condiciones estructurales, históricas y culturales en que se desarrollan las personas jóvenes.

En otras palabras, hoy día se reconoce que la condición juvenil -al igual que la adolescencia- es un hecho psicosociológico que depende de la cultura, contexto, estructuras y que varía con la historia; *ergo*, las formas de estudiar y de vivirse como joven configuran un entramado complejo y diverso (tal y como se ha expuesto hasta ahora), siendo la mirada usada dentro de la sociedad occidental, adultocéntrica: se ha comprendido a la juventud como una parte del ciclo vital cuyo destino es virar a la adultez funcional. Esto ayuda a comprender por qué lo joven, desde los imaginarios, prejuicios y preconcepciones, se relaciona con la inexperiencia, tal y como lo ilustran algunos otros regionalismos y coloquialismos de América Latina y el Caribe (ALC). Por ejemplo, la palabra *chavo(a)* es empleada como sustantivo de joven, pero también es un adjetivo usado para expresar que alguien está actuando con inmadurez, ingenuidad o irresponsabilidad. Lo mismo ocurre con *fiñe* de Cuba; *guaina* de Argentina, Chile y Uruguay (RAE, 2019); o *guagualón* de Chile (*Diccionario del habla chilena*, 1978).

2. TRANSICIÓN, CLASE Y GÉNERO COMO CATEGORÍAS DE ANÁLISIS PARA ESTUDIOS SOBRE JUVENTUDES Y TRABAJO EN LOS SERVICIOS

La justificación fundante sobre nuestra elección de enfocarnos en el mundo laboral juvenil radica en que el trabajo de los servicios suele ser predominantemente joven, tan sólo habría que mencionar que 14% de jóvenes en Latinoamérica labora en el sector agricultura, 21% en la industria y 65% en este sector (Organización Internacional del Trabajo [OIT], 2019b). Más allá de las estadísticas y numeraria, vale la pena detenerse un

instante para explicar las principales características y condiciones del trabajo de los servicios e interacciones en ALC, pero también y de suma importancia, enlistar algunas de las razones de por qué cada día más personas jóvenes buscan o aceptan su inserción laboral en este ramo. Cabe aclarar que con esta decisión no buscamos invisibilizar ni menospreciar la importancia de la investigación en el trabajo juvenil y fabril, sino destacar un ramo en que la tríada transición, clase y género es más fácilmente identificable, permitiéndonos ilustrar esta propuesta de acercamiento para la investigación de la compleja relación juventudes-trabajo.

Hablar de personas jóvenes insertas en los trabajos de interacción de los servicios requiere de un punto de partida conceptual, en ese tenor, una caracterización sobre el trabajo de este ramo resulta sumamente útil. Sin ahondar sobremanera en el debate teórico, resulta viable conceptualizarlo dentro del rubro de los servicios (Korczynski, 2002; Korczynski y Kerfoot, 2005; Brook, 2007; Hernández y Garabito, 2011) y cuidados (Arango y Molinier, 2011) de las actividades laborales de Trabajo no clásico, de producción simbólica y relación laboral ampliada (De la Garza, 2007, 2011a, 2011b). A su vez, se trata de actividades que ponen en juego elementos del trabajo emocional (Hoschild, 1987; Arango y Molinier, 2011; Warhust y Nickson, 2009), estético y sexualizado (Warhust y Nickson, 2009).

Tal perfilamiento nos encamina hacia estudios sobre juventudes y trabajo no clásico, el cual considera que el producto de la actividad laboral no debe ser necesariamente material, sino que puede ser simbólico e inmaterial, independientemente de que el producto final también conlleve o no, materialidad. A diferencia de la tendencia del trabajo fabril o material en que aspectos subjetivos tienen un papel inferior, por tal, en éste la condición o proyección de “lo juvenil” no resulta prioritaria como en una gran mayoría de los trabajos de servicios.

Al respecto es imperante mencionar que aunque las actividades en los servicios son predominantemente simbólicas, no están eximidas de incluir elementos de trabajo taylorizado (como sucede en *Call Centers*), de labor artesanal (pensemos en personas que venden artesanías, pero que parte de la ofer-

ta consiste en exhibir el proceso de creación de las mismas) o mezcla de ambos (como pudiera ser el caso de *bartenders* en clubes, donde la elaboración de tragos contiene, a su vez, elementos de teatralidad y espectáculo), situación que depende del modelo de negocio y proceso de trabajo.

Además, el trabajo de los servicios puede ser clasificado por el tipo de interacción desplegada por quien trabaja, la cual puede ser directa o indirecta. Del primer tipo se puede mencionar como ejemplo, a las y los vendedores de piso, meseros, mucamos, recepcionistas, profesores o instructores; mientras que del segundo, el trabajo realizado en *Call Centers* es el más emblemático. Pese a estas diferencias, en ambos la condición de juventud suele ser predominante.

Hasta aquí ya se resaltó que los trabajos de los servicios conllevan una dimensión simbólica, misma que -como ya se pudo intuir- requiere del desarrollo de capacidades de sociabilidad y la habilidad de generar empatía, simpatía y afinidad con la clientela en las breves interacciones *cara a cara* que forman parte de las actividades de este trabajo. Cualidades que terminan por articularse en un particular modo de ejercer y representar el trabajo, es decir, un *performance* laboral (Nieto, 2016), el cual procura proyectar unicidad así como poner en práctica capitales etarios, estéticos y fenotípicos (Warhust y Nickson, 2009), emocionales (Hoschild, 1987, 2016) y de cuidados (Arango y Molinier, 2011).

Dicho de otra manera, el *performance* laboral puede entenderse como una simulación entre la tríada cliente-capital-trabajo, propia del *Front line work*,⁸ en donde lo que se produce es el encubrimiento o desdibujamiento del trabajo. Se trata de una configuración en la que la lógica del capital, trabajo y consumidor se articulan de tal suerte que el resultado es, no solamente la producción de un servicio ni la obtención de ganancia o salario, sino un espacio con efectos sociales.

En ese sentido, destacamos que un gran número de personas jóvenes laboran en un modelo de negocio (generalmente) orientado hacia la satisfacción de la clientela (Korczyński,

⁸ Término que puede ser traducido como trabajo de interacción directa.

2002; Brook, 2007), donde su ingreso mayoritario lo constituye la propina –pese a ser en su mayoría asalariadas–, por lo que la subjetividad y valoración de ella es parte constitutiva de su apreciación, evaluación y continuidad en el trabajo. Por ejemplo, el trabajo del mesero no es el de un mero facilitador de comandas, sino que tiene interacciones directas con clientes donde la producción del servicio pone en juego elementos de carácter simbólico; entonces puede hacerse valer de diversas estrategias y habilidades aprendidas en la experiencia laboral y en su vida cotidiana, así como de capital físico, vestimenta y producción de imagen que, aunado a una puesta en escena de diversas emotividades para generar la performática, le haga probable ganar un monto mayor de propina.

En este mismo tenor, la conceptualización del trabajo emocional se ha nutrido al articularse con la teoría del trabajo no clásico al proponer que el esfuerzo realizado en una actividad no se limita a la fuerza de trabajo, sino que comprende capacidades físicas, emocionales, cognitivas, intelectuales, es decir, que *trabajar bien* también implica una fuerte carga emocional. De tal modo que cierto tipo de emociones sirven para “trabajar mejor” y generar mayores ingresos, además de que constituyen parte de los requerimientos de quienes contratan a la fuerza laboral; es decir, en estos conceptos entran las capacidades estéticas, emocionales y cognitivas (De la Garza, 2007). Aunado a lo anterior, el trabajo sexualizado (Warhust y Nickson, 2009) también tiene una fuerte presencia en el trabajo de los servicios, en particular hacia las personas jóvenes. Muestra de lo anterior puede ser la tendencia de algunos espacios laborales para contratar mujeres blancas o de origen extranjero, requerimiento que queda claramente definido en los anuncios de oferta de empleo en los que se hace palpable la importancia de los capitales físicos que, junto al imaginario de belleza occidental, configuran al perfil deseable de la fuerza de trabajo.

En otras palabras, en este tipo de ocupación laboral se busca que las y los trabajadores sean o al menos parezcan jóvenes, lo que se refuerza en el sentido de que los aspectos demandantes del trabajo, la necesidad de organizar (en la medida de

lo posible) su vida cotidiana con ritmos circadianos invertidos o inestables, aunado a la fuerte carga laboral, generan un desgaste que para ser sobrellevado requiere de la inexperiencia, permisividad y tolerancia a la explotación; todas ellas, vulnerabilidades propias de la condición juvenil.

Lo anteriormente expuesto nos permite entrar de lleno en nuestra propuesta de aproximación para el estudio de las juventudes y el trabajo, que puede servir como punto de partida para investigaciones *configuracionales* y que es la columna vertebral de este artículo.⁹ El primer elemento que proponemos considerar son las transiciones, cuyos procesos y marcadores son percibidos y experimentados de manera heterogénea por las personas jóvenes, a la par que tienen implicaciones distintas en sus trayectorias. El segundo: la clase social, que es una variable que condiciona la forma de vivir lo juvenil pues comúnmente las y los jóvenes de clases trabajadoras o bajas viven experiencias consideradas del mundo adulto, en contraposición de las clases medias y altas que pueden invertir en estrategias para adquirir mayor capital cultural, alargando así sus procesos de transición hacia la vida adulta.

Y tercero, el género: los preceptos sobre lo que es un hombre o una mujer siguen siendo los ejes -en nuestra sociedad- que mayor influyen en la construcción identitaria en todas sus etapas, incluida la juventud. En otras palabras, estos tres elementos son parte regular de la condición joven, por lo tanto, de sus prácticas, nociones, imaginarios, emociones, performances e incluso de su identidad, donde el trabajo funge un papel fundamental.

⁹ Al ver la realidad como una configuración de configuraciones que opera por niveles se genera una guía heurística conceptual que atraviesa por horizontes la realidad, donde cada nivel implica estructuras (objetivación del sujeto-objeto). A su vez, esas interacciones van por niveles que se deben reconstruir para poder llegar a niveles de abstracción de la realidad. En otras palabras, el método configuracionista es una "configuración de configuraciones en distintos niveles" (De la Garza, 2007, p. 57), la cual se capta de diferentes maneras en cada una de las situaciones -o configuraciones- específicas, en espacios de posibilidades y en situaciones específicas, en donde la realidad no es algo que se pueda captar en una sola cosa, sino que tiene varias configuraciones. Dicha realidad es, por tanto, configuracional.

A) TRANSICIONES

Sobre el primer elemento habría que mencionar que los seres humanos constantemente atravesamos procesos de transición, eventos que marcan cambios en nuestras vidas, y permiten dar sentido a la existencia y al mundo en el que nos desarrollamos, pero estos están enmarcados en un contexto sociohistórico específico que -en este caso- determina quién es o no, joven. Hoy día, las transiciones respecto a la estructura de edad han adquirido una dimensión más individualizada, sin embargo, siguen resaltando marcadores sociales como el matrimonio o el ingreso al mundo laboral mercantilizado, los cuales impactan en la sociabilidad de las personas -su desenvolvimiento y construcción en lo virtual y digital, así como en las interacciones cara a cara- sus formas de posicionarse en el mundo, la percepción del tiempo, de auto-percibirse, sus nociones sobre lo que implica cada etapa de la vida y las proyecciones sobre su propio futuro, entre otros factores.

De este punto también destaca el carácter relacional, contextual y temporal de cualquier concepción de lo joven, a la par que introduce el aspecto transicional de ésta; un estudiante universitario de 20 años en la carrera de derecho puede parecer un adulto para su hermano menor de diez años y, simultáneamente, ser un *chavo* para sus padres y profesorado -con toda la carga asimétrica que ello implica- aunque la transición a licenciado puede conllevar un estatus ascendente en su comunidad. Asimismo, hace 80 años, a pesar de tener la misma condición etaria, pero manteniendo la de abogado en formación, le referiría una respetada posición ante sus padres y comunidad.¹⁰

¹⁰ Siendo congruentes con reconocer el carácter contextual de la experiencia joven, es preciso hacer énfasis en que -por motivos de espacio y precisión- las reflexiones realizadas en este artículo se perfilan hacia las experiencias de las personas jóvenes en espacios laborales del rubro de los servicios, en entornos urbanos, latinoamericanos y de alta densidad poblacional, lo cual sólo es una faceta de la diversidad y multiplicidad de formas y conductas que existen sobre la temática de las juventudes y el trabajo. En caso de querer profundizar sobre la cuestión de las juventudes rurales, se puede comenzar revisando el artículo *Juventud rural. Trayectorias teóricas y dilemas identitarios* de González (2003).

Pasando al plano de las juventudes y lo laboral, las transiciones juveniles son variadas, siendo las más comunes la de escuela trabajo, primera experiencia de residencia fuera del hogar familiar, vida en pareja, y ejercicio de la maternidad o paternidad; mismas que, salvo la de la mayoría de edad (que en México es a los 18 años), no cuentan con una edad, ni tiempo estandarizado u homogéneo para vivenciarlas. Pensándolas desde la esfera de lo individual, todas ellas coinciden en un tránsito de condiciones tutelares, subordinadas o de dependencia, hacia un estado de autonomía, emancipación e independencia (al menos, en el esperado ideal), no obstante:

muchos investigadores apuntan al hecho de que las transiciones a la vida adulta no solo se han tornado más complejas y prolongadas, sino que, cada vez más frecuentemente, dejan de ser lineales, estandarizadas y homogéneas, adquiriendo formas cada vez más fragmentadas, diferenciadas y reversibles (Miranda, 136, p. 2016).

Así, a nuestro parecer, la inclusión de este elemento para el estudio de las juventudes y el trabajo permite adentrarse en una perspectiva de análisis de curso de vida, la cual es coincidente con el configuracionismo y la historiografía, permitiendo un amplio panorama como punto de partida. Donde, con carácter meramente sugerente, consideramos que ampliar la noción de transición a otros aspectos de lo laboral podría ser sumamente enriquecedor para la comprensión de la demanda, inserción y permanencia de personas jóvenes en trabajos altamente precarizados en la industria de los servicios. Ello si pensamos la paulatina adquisición de experiencia y conciencia de explotación como una transición hacia la concientización del *saber hacer* no credencializado; a una profesión de mayor apreciación y por tanto, con mayor capacidad para la negociación de las condiciones laborales.

B) CLASE SOCIAL

La clase social, según Marx ([1867] 2002), está determinada por las relaciones de producción y circulación que, en el caso de las sociedades occidentales, responden a un régimen capitalista. Dicho sistema funciona gracias al trabajo y determina el valor de sus distintas modalidades, así como el de las mercancías producidas gracias a éste, lo que influye en la distribución del capital, la reproducción de las clases y la organización social. Es decir, las relaciones de producción son la base de la estratificación social, las cuales, en Latinoamérica, tienden a ser inequitativas.

Margulis y Urresti (1998) explican que las transformaciones respecto a las transiciones impactaron, sobre todo, a las clases sociales medias y altas, las cuales pueden postergar eventos como el matrimonio, tener descendencia y el ingreso al mundo laboral, para dedicar mayor tiempo en estudios o capacitación, en contraposición a sectores económicamente vulnerables, cuyos integrantes siguen patrones más *tradicionales*. Saraví (2015) realizó una investigación donde se observa cómo esto sigue siendo una realidad a través de la diferenciación entre escuela acotada y total: la primera es el *destino* de las clases bajas, cuyos integrantes están condenados a *fracasar* en ella y, aunque no lo hicieran, la educación no les asegura un futuro trabajo bien remunerado, sino únicamente reconocimiento subjetivo, por lo que muchos de ellos optan por “generar ingresos, ser migrante, pertenecer a una pandilla o ser madre” (Saraví, 2015, p. 111). En tanto, la segunda corresponde a clases medias y altas, para quienes el título académico funge como un marcador de su curso de vida, siendo también algo parecido a un rito de paso para el ingreso al mundo laboral.

Además, la clase social, evidencia cruentamente las enormes brechas y desigualdades en la evaluación, planeación, apreciación (positiva o negativa) y pertinencia del momento en el trayecto biográfico de las vivencias transicionales, lúdicas y laborales (por mencionar algunas) que configuran a las juventudes. Es decir, los eventos o transiciones que usualmente suceden en el periodo de la juventud están condicionados por

la clase, tales como la definición de la identidad, socialización en contextos novedosos, primera relación sexo-afectiva, descubrimiento de la orientación sexual, debut sexual, emancipación, consumo de sustancias (como alcohol, tabaco o drogas ilícitas) e inicio de la maternidad/paternidad, además está fuertemente asociada a las condiciones del ingreso y prospectiva del mundo laboral.

Lo anterior nos lleva al siguiente planteamiento: si se afirma que la condición joven implica una forma de situarse en el mundo, distinta a las otras etapas de la vida, pero se menciona que algunas personas no pueden acceder a las *experiencias juveniles* debido a su posición económica, ¿ello implica que las clases sociales bajas no experimentan la juventud? Ante tal cuestionamiento, Margulis y Urresti (1998) esgrimen que sí, pero no de una forma paradigmática: quizá las clases populares no porten ni experimenten los signos de juventud difundidos por los *mass media*, no obstante, sí ocupan un lugar determinado en el marco de las instituciones y cuentan con moratoria vital. En otras palabras, las relaciones con otras generaciones generan un reconocimiento y posicionamiento particular en las trayectorias laborales de las personas jóvenes.

Además, las juventudes experimentan mayor capital temporal que los grupos con más edad; facticidad que se presenta como un camino poco recorrido y que se abre en un amplio abanico de posibilidades futuras (que se estrechan o amplían según la clase y el género). Aunque este hecho también se usa para atenuar las situaciones de precarización de las y los jóvenes. Por mencionar un caso, existen empleos que, tras un ambiente juvenil, aparentemente flexible y donde impera la *buena onda*, se ocultan salarios bajos, tratos indignos e incluso explotación; el costo de conservar los signos juveniles (estética y condición), es trabajar bajo condiciones precarias (Nieto, 2016).

C) GÉNERO

El género, el tercer componente, hace alusión al conjunto de ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales

que una cultura desarrolla a partir del hecho biológico de tener pene o vulva, para determinar cuáles prácticas, conductas y actitudes son propias de los hombres y cuáles lo son de las mujeres, lo que impacta directamente en los roles, la división del trabajo, las prácticas rituales y el ejercicio del poder, así como en la identidad, proyecto de vida, y características morales, afectivas y psicológicas de cada individuo (Lamas, 2000).

Si bien “el género no es exhaustivo; no es coherente o consistente en contextos históricos distintos, su significado se construye invariablemente en relación con las modalidades raciales, étnicas, de clase, sexuales y regionales en cada situación” (Guadarrama y Torres, 2007, p. 46), sí provoca experiencias distintas para las y los jóvenes, donde la vulnerabilidad se vuelve acumulativa.

Los nominativos para referirse a las mujeres jóvenes reflejan cómo las atraviesan ambas categorías sociales puesto que, desde una visión occidental, han sido vistas como objetos de intercambio, los cuales pueden ser empleados para engrosar el capital simbólico en las estrategias de reproducción social y para trabajar en los servicios, incluidos los de intercambio sexual (Bourdieu, [1998] 2000). *Mina* proviene del lunfardo y se usa para referirse a una mujer joven en Argentina, pero su origen es rastreable al italiano *minna*: prostituta (RAE, 2019). En esto también entran términos que refieren a mujeres sexualmente atractivas, e incluso de comportamiento sexual “amoral”, como *guacha*, *yegua*, *potranca* o *potra*, denotando que las mujeres son valoradas en relación al deseo masculino, el cual tiende a fijar como canon de belleza, la juventud.

Palabras como *chacha* –que se mencionó anteriormente– o *señorita* reflejan cómo la división del trabajo y la construcción misma de lo que ser hombre o mujer implican. *Señorita*, según la RAE (2019), es usada para referir a una mujer joven y como “tratamiento de cortesía que se da a maestras de escuela, profesoras, o también a otras muchas mujeres que desempeñan algún servicio, como secretarias, empleadas de la administración o del comercio”. Es decir, se ha relegado a las mujeres a la esfera de lo privado y, por lo tanto, al trabajo doméstico o a posiciones subalternas, de asistencia y servicios

(Bourdieu, 2000). Esto, conjugado con ciertos momentos históricos, da luz sobre el por qué el servicio doméstico ha sido la fuente de empleo principal de las mujeres de clases sociales bajas, o en momentos de necesidad, de las otras, como en la Europa preindustrial (Guillis, 2017) o al final de la Primera Guerra Mundial (Todd, 2005).

Lo anterior se relaciona con el hecho de que las edades para estipular quién era joven, variaban según se tratase de mujeres u hombres. Por mencionar algunos ejemplos: la juventud preindustrial terminaba a mediados de los 20 años para ellas y a finales de los 20 en varones (Gillis, 2017); mientras que en 1940, una mujer era considerada adulta dentro de la industria a partir de los 18 años y en el caso de ellos, a los 21 (Todd, 2005). Con esto se puede volver a mencionar que el matrimonio era el marcador de paso a la adultez en las sociedades occidentales precapitalistas y en el caso de las mujeres, era la única vía de movilidad social.

No sorprende, entonces, mencionar que la edad institucionalizada para considerar a una mujer joven se relacionaba con la *edad deseable* para que se casara; de alguna forma, el matrimonio como marcador social de transición sigue vigente en nuestro lenguaje y en algunos sectores: de *señora* a *señorita* hay una percepción subjetiva de la edad pero, con mayor peso, un anillo de bodas o un bebé, el cual, si nos fijamos bien, tiene un reloj en la mano. Es decir: el que las mujeres tengan una juventud más breve que los hombres, se vincula con la maternidad y el tiempo biológico para concebir. Periodo que se ha podido aplazar gracias a la apertura actual en materia de sexualidad, la entrada de la mujer en el mundo laboral, el aumento del acceso a la educación y a los avances biomédicos, aunque no para todas las clases sociales.

En esa direccionalidad, se debe considerar que la diferencia por género juega un importante papel en la mayoría de los aspectos que configuran el trabajo de servicios; tanto en los requerimientos y criterios de contratación, como en las expectativas y producción del servicio, hasta en la totalidad del *performance* laboral (Nieto, 2016). En concordancia con una postura no restrictiva, aun en el trabajo de los servicios, la di-

visión sexual del trabajo no debería considerarse necesariamente como inmutable y determinada, sino que los procesos subjetivos, simbólicos y del mismo trabajo que dotan de significado a la actividad laboral, deben considerar una perspectiva de caso para no caer en determinismos, ni en deterioro de la complejidad que el género añade a la relación juventudes-trabajo de servicios.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN, ALGUNAS REFLEXIONES GENERALES

El devenir histórico con el que inicia este artículo nos permite justificar por qué es preciso hablar de *juventudes* y no sólo de *juventud*. La pluralización del término implica el reconocimiento de la diversidad de formas de comprender y vivir la condición joven, la cual es configurada a partir de las características históricas, culturales y estructurales en las que se desarrollan las personas jóvenes, impactando en el desarrollo de su identidad, así como en las formas de relacionarse y posicionarse en el mundo. Además, permite establecer el carácter artificial de la distinción de los grupos etarios, el cual puede pasar desapercibido a simple vista, oculto tras las trampas del lenguaje y del “sentido común” que embargan.

De este punto se puede destacar la importancia que tiene el mantener la mirada en la historia y la historiografía, áreas del conocimiento que vuelven visibles los hilos que sostienen las nociones e imaginarios de lo joven. Entramado que, en la región de ALC se refleja en sus coloquialismos y regionalismos para referirse a las personas jóvenes. Esta misma región ha albergado interesantes transiciones de la comprensión de las juventudes, iniciando por considerarlas como eje -por tanto, no como una condición- dentro de análisis estadísticos y homogeneizantes, hasta la actualidad donde las investigaciones emplean la perspectiva de curso de vida. En el camino, han destacado los estudios sobre los agrupamientos y las culturas juveniles, los cuales -aunque enfocados a ciertos sectores e interesados en lo juvenil en tanto otredad- abrieron brecha para el interés de este grupo etario.

En segundo lugar, se debe mencionar que los tiempos actuales están dolorosamente grabados por el neoliberalismo, crisis e incertidumbres en todos los ámbitos: económico, institucional, político, social y cultural (Nateras, 2004; García, 2004). En lo laboral se vive en forma de desempleo, deficiencia de infraestructura para la búsqueda de trabajos remunerados (OIT, 2019a), accesos desiguales y precarización -reflejada en empleos de calidad deplorable-, así como falta de oportunidades en el tránsito escuela-trabajo (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico [OCDE], Banco de Desarrollo de América Latina [CAF] y Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], 2016). El último punto se nutre con la noción de que “la educación ha perdido fuerza en el imaginario juvenil como elemento de movilidad social, al tiempo que se presenta una fuerte disociación entre la educación escolarizada y las oportunidades laborales” (Valenzuela, 2005, p. 56).

Asimismo, con la llegada del nuevo siglo se entrelazaron configuraciones más amplias de la complejidad de las juventudes y el trabajo; ahora atravesadas por una mayor presencia de globalización, tecnologías digitales y virtuales que provocaron la sustitución y transformación de trabajos, así como el surgimiento de nuevas industrias y servicios (Nieto, 1998). Lo que se reafirma si consideramos que el trabajo de los servicios es la rama que muestra mayor crecimiento en América Latina, sobre todo en servicios comunales, sociales y personales; básicos, y la rama de comercio, restaurantes y hoteles (CEPAL y OIT, 2019). Sobre el tema, dentro de la gran diversidad del trabajo juvenil existen nuevas formas de laborar: los trabajos en red de las personas emprendedoras, *trendsetters* y empresarias culturales (Urteaga, 2012; Woodside y Jiménez, 2012), así como el trabajo no clásico de *streamers* y *youtubers* (Cerón, 2017).¹¹

Otra característica del trabajo juvenil en los servicios es que persista una noción por parte de quienes laboran en ellos que concibe a este tipo de actividades laborales como trabajos de

¹¹ En esta clase de trabajos la subjetividad cobra un valor estelar: el ingreso obtenido depende de las visitas y *likes*, íntimamente vinculados con la imagen de quien crea el contenido, es decir, son actividades que dependen de lo estético y lo emocional e intrínsecamente juveniles.

fácil acceso y con tintes joviales, que peligrosamente suelen ser percibidos como transicionales o “de paso”, generando la creencia en las personas jóvenes de la posibilidad de trabajar y estudiar simultáneamente. Plan que difícilmente se logra debido a las posibilidades que trae consigo el ingreso económico -en cuanto a consumos, ocio y mera supervivencia- y al paulatino incremento de la carga de trabajo, sin contemplar algunas transiciones no planeadas. Lo que frustra no solo el terminar la formación educativa, sino también otros planes de vida.

Dicho de otra manera, las razones para que jóvenes se desarrollen en el ramo de los servicios de interacción, no son meramente económicas ni estructurales, sino que tienen profundas raíces culturales, subjetividades e imaginarios que repercuten en la transición escuela-trabajo (sea fragmentada, precaria o idónea), así como en la (breve o larga) permanencia en el (precario, deseable, ideal o enajenante) empleo.

A ello hay que agregar que, en un mundo ya de por sí lleno de incertidumbre, desigualdad y precarización, se suman otras condiciones que afianzan y aumentan las asimetrías propia de la condición juvenil -asociada y equiparada a inexperiencia y puerilidad- entre ellas destaca el género y la clase social, pero la lista es larga: raza, origen étnico, aspecto físico, orientación sexual, entre otras. Además, pese a que hay un amplio abanico de formas de vivirse como joven -por tanto de trayectorias y transiciones de vida-, es innegable que las juventudes comparten algunas experiencias, códigos culturales y maneras de percibir la vida que están lancinantemente marcadas por dicha asimetría.

Es por lo anterior que la propuesta aquí desarrollada contempla al tránsito, género y clase como categorías que permiten estudiar las configuraciones de las juventudes en específico, de su relación con el mundo laboral de los servicios de interacción en un contexto urbano, latinoamericano y de alta densidad poblacional. Aun así, creemos que esta tríada de variables puede emplearse para analizar la relación de las juventudes en otros contextos, prácticas y transiciones, tales como educación, sociabilidad, sexualidad, emancipación, salud, maternidad/paternidad, entre otras.

Para finalizar, más allá de la pertinencia sugerida en tener como punto de partida a la transición, clase y género para los estudios sobre juventudes y trabajo –que posteriormente permitiría ir perfilando y creciendo el enfoque analítico– consideramos oportuno hacer hincapié en la importancia de destacar que no es deseable hacer investigación sobre juventudes si no se les considera o toma en cuenta, es decir, se debe alentar y fomentar el desarrollo de investigaciones con trabajo empírico (ya sea con trabajo etnográfico, consultas, encuestas, entrevistas, grupos focales, cuestionarios, historias de vida, etnografía digital y su conjunción); pues solo mediante la interacción conjunta con las personas jóvenes, sus experiencias y narrativas, se puede continuar generando el contacto con aquella dinámica e inaprensible configuración de configuraciones que denominamos *juventudes*.

REFERENCIAS

- Arango, L. y Molinier, P. (comps.). (2011). *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, La Carreta editores.
- Asociación de Academias de la Lengua Española. (2010). *Diccionario de americanismos* [versión en línea]. Recuperado de: <https://www.asale.org/obras-y-proyectos/diccionarios/diccionario-de-americanismos>.
- Amster, M. (ed.) (1978). *Diccionario del habla chilena*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Berthier, H. (2008). *Juventud, cultura y política social. Un proyecto de investigación aplicada en la ciudad de México, 1987-2007*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- ____ (2002). De las bandas a las tribus urbanas. De la transgresión a la nueva identidad social. *Desacatos* (9), 57-71.
- Brook, P. (2007). Customer oriented militants? A critique of the 'customer oriented bureaucracy' theory on front-line service worker collectivism. *Work, employment and society*, 21 (2), 363-374.
- Bourdieu, P. ([1998] 2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

- _____. (1990). *Sociedad y cultura*. México: Grijalbo, Conaculta.
- Cerón, J. (2017). Esbozos para pensar al streaming de videojuegos como trabajo. *Unidad sociológica*, 11 (3), 116-122.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] y Organización Internacional del Trabajo [OIT]. (2019). El futuro del trabajo en América Latina y el Caribe: antiguas y nuevas formas de empleo y los desafíos para la regulación laboral. *Coyuntura Laboral en América Latina y el Caribe* (20).
- De Garay, A. (1996). El rock como conformador de identidades juveniles. *Nómadas* (4).
- De la Garza, E. (2012). El Trabajo no clásico y la ampliación de los conceptos de la Sociología del Trabajo. *Revista de Trabajo* (10), 109-124.
- _____. (2011a). Construcción de la identidad y acción colectiva entre trabajadores no clásicos como problema. En *Trabajo no Clásico, Organización y Acción Colectiva*. México: Plaza y Valdés, UAM.
- _____. (2011b). El Trabajo no clásico y la ampliación de los conceptos de producción, control, relación laboral y mercado de trabajo. En *Trabajo no Clásico, Organización y Acción Colectiva*. México: Plaza y Valdés, UAM.
- _____. (2003). La Configuración como Alternativa del Concepto Estándar de Teoría, en H. Zemelman (coord.), "Epistemología y Sujeto", México: UNAM.
- Duarte, K. (2000). ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. *Última Década* (13), 59-77.
- Frenkel, S., Korczynski, M., Shire, K. y Tam, M. (1999). Service Work in Consumer Capitalism: Customers, Control and Contradictions. *Work, Employment and Society*, 14 (4), 669-687.
- Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de las juventudes*. Barcelona: Ariel.
- _____. (1998). *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México: Causa Joven, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud.
- García, J. (1985). ¿Qué transa con las bandas? México: Posada.
- García, N. (2004). Culturas juveniles en una épica sin respuesta. *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud* (8), 43-53.
- Gillis, J. (2017). *Juventud e historia: tradición y cambio en las relaciones de edad en Europa*. Ciudad de México: IMJUVE, UNAM.

- González, Y. (2003). Juventud rural. Trayectorias teóricas y dilemas identitarios. *Nueva antropología*, 19(63), 153-175.
- Guadarrama, R. y Torres, J. (comps.). (2007). *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: Estereotipos, transacciones y rupturas*. México: UAM-Iztapalapa, Anthropos.
- Hernández, M. y Garabito, G. (2011). Repensando el mundo de la empresa y el trabajo en los servicios: El caso McDonald's. En M. Hernández (coord.), *Los estudios laborales en México*. México: UAM, Plaza y Valdés.
- Hoschild, A. (1987). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. California, EU.: University of California Press.
- ____ (2016). *Invisible labour: hidden work in the contemporary world*. University of California Press: California, EU.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], El Colegio de México. (2017). *Encuesta Demográfica Retrospectiva [EDER]*. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/programas/eder/2017/default.html#Documentacion>.
- Korczynski, M. y Kerfoot, D. (2005). Gender and Service: New Directions for the Study of 'Front-Line' Service Work. *Gender, Work and Organization*, 12 (5), 387-399.
- Korczynski, M. (2002). Trade Unions and Service Work. En *Human Resource Management in Service Work*. Great Britain: Palgrave.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Nueva Época*, 7 (18), 1-23.
- Manzano, V. (2010). Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta. *Desarrollo Económico*, 50 (199), 363-390.
- Margulis, M. y Urresti, M. (2000). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis (ed.), *La juventud es más que una palabra* (13-30). Buenos Aires: Biblos.
- ____ (1998). La construcción social de la condición de juventud. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, 3-21.
- ____ (1995). Moda y juventud. *Estudios Sociológicos*, 13 (37), 109-120.
- Marx, K. ([1867] 2004). *El Capital*, tomo I "El Proceso de Acumulación Capitalista". Recuperado de: <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capitalI/>.
- Mead, M. ([1928] 1993). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós.

- Miranda, A. (2016). Transiciones juveniles, generaciones sociales y procesos de inclusión social en Argentina post-neoliberal. *Linhas Críticas*, 22 (47), 130-149.
- Nateras, A. (2004). Trayectos y desplazamientos de la condición juvenil contemporánea. *El Cotidiano*, 20 (126).
- _____. (2002). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- Nieto, R. (2016). Trabajo en la globalidad hegemónica. Performance laboral en México y Guatemala. *Revista Andaluza de Antropología* (11), 16-43.
- _____. (1998). Lo imaginario como articulador de los órdenes laboral y urbano. *Alteridades*, 8 (15), 9-21.
- Organización Internacional del Trabajo [OIT]. (2019a). Labour market access, a persistent challenge for youth around the world. *Ilostat. Spotlight on work statistics* (5).
- _____. (2019b). *International Labour Organization Department of Statistics*. *Ilostat*. Recuperado de: <https://ilostat.ilo.org/>.
- Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico [OCDE], Banco de Desarrollo de América Latina [CAF] y Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL]. (2016). *Perspectivas económicas de América Latina 2017. Juventud, competencias y emprendimiento*. Cartagena de Indias: OCDE.
- Palacios, J. ([1990] 1996). Capítulo 20. ¿Qué es la adolescencia? En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (comps.), *Desarrollo psicológico y educación. I. Psicología Evolutiva* (299-309). Madrid: Alianza Editorial.
- Real Academia Española [RAE]. (2019). *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.2 en línea]. Recuperado de: <https://dle.rae.es>.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- _____. (1997). Culturas Juveniles. Producir la identidad: un mapa de interacciones. *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud* (5), 12-31.
- _____. (1994). Las tribus juveniles en tiempos de la modernidad. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, V (15), 171-184.
- _____. (1991). *En la calle otra vez: las bandas. Identidad urbana y usos de la comunicación*. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

- Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: Flacso, CIESAS.
- Sepúlveda, L. (2013). Juventud como transición: elementos conceptuales y perspectivas de investigación en tiempo actual. *Última Década* (39), 11-39.
- Souto, S. (2018). Historiografía y jóvenes: La conversión de la juventud en un objeto de estudio historiográfico. *Revista Páginas*. Escuela de Historia. Universidad Nacional de Rosario, 10 (22), 16-38.
- Todd, S. (2005). *Young Women, Work, and Family in England 1918-1950*. Nueva York: Oxford University.
- Urteaga, M. (2012). De jóvenes contemporáneos: *Trendys*, emprendedores y empresarios culturales. En N. García, F. Cruces y M. Urteaga (coords.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. España: Ariel, Fundación Telefónica.
- ____ (1990). Nuevas culturas populares. Rock mexicano e identidad cultural en los ochenta (tesis de maestría), INAH, México.
- Valenzuela, J. (2005). El futuro ya fue. Juventud, educación y cultura. *Anales de la educación común* (I-II).
- ____ (1998). *El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismos*. México: El Colegio de la Frontera Norte, UIA.
- ____ (1997). Culturas juveniles. Identidades transitorias. *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud* (3), 12-35.
- ____ (1988). ¡A la brava ése! Cholos, punks, chavos banda. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Warhurst, C. y Nickson, D. (2009). Who's Got the Look? Emotional, Aesthetic and Sexualized Labour in Interactive Services. *Gender, Work and Organization*, XVI (3).
- Woodside, J. y Jiménez, C. (2012). *Creación, socialización y nuevas tecnologías en la producción musical*. En N. García, F. Cruces y M. Urteaga (coords.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. España: Ariel, Fundación Telefónica.

Jóvenes en la historia latinoamericana: una aproximación a la historiografía de la región

Youth in latin american history: An approach to the historiography of the region

Ivonne Meza Huacuja¹

RESUMEN

No es poco conocido entre especialistas en la historia de las juventudes latinoamericanas la escasez de publicaciones realizadas en la región que discuten la naturaleza de dicho periodo de vida. Pocas son las reflexiones realizadas desde la historia sobre el significado de ser joven, proliferando, en su mayoría, las que resaltan la participación del pequeño sector estudiantil en los movimientos de protesta en centros de educativos e incluso frente a regímenes dictatoriales. El objetivo del presente texto es mostrar cuáles han sido las temáticas y problemáticas abordadas, partiendo desde la perspectiva regional, por la naciente historia de las juventudes en Latinoamérica; cuáles han sido los puntos en común y las diferencias entre las producciones nacionales, regionales e internacionales.

Palabras clave: historiografía, juventud, historia conceptual, América Latina.

ABSTRACT

The shortage of publications on History of Latin American youth is not little known among specialists in the history of the region. Few are the reflections made by historians about the meaning of being young, proliferating, for the most part, those that highlight the participation of the small student sector in protest movements in education centers and even in the face of dictatorial regimes. The objective of this text is to show related issues that have been thematic and problematic addressed, starting from the regional perspective, by the history of youth in Latin America.

Keywords: historiography, youth, conceptual history, Latin America.

¹ Instituto José María Luis Mora, CDMX, México. Correo electrónico: imeza@colmex.mx

INTRODUCCIÓN

Aunque la mayoría de las investigaciones históricas de los jóvenes en América Latina se han centrado en el estudio de los movimientos estudiantiles, en últimas fechas han sido orientadas al análisis de distintas manifestaciones del fenómeno juvenil, dejando al descubierto las múltiples dimensiones del concepto y su heterogeneidad. Un punto en común entre especialistas en historia, sociología, antropología y psicología es contemplar a las juventudes como una construcción cultural, provista de distintos significados a partir de su propio contexto, es decir, de considerar la existencia de diferentes formas de entender a las personas jóvenes, siendo un punto fundamental para su análisis el impacto de la cultura, de la ideología, a partir de las condiciones de su espacio y temporalidad. Ya Pierre Bourdieu en 1978 reflexionaba sobre el papel de las y los adultos en la construcción del vocablo y en los atributos que conferían a dicho grupo etario, generalmente como una forma de control social o como reflejo de los temores o expectativas sociales. La misma historia occidental para Bourdieu, estaba llena de ejemplos sobre la arbitrariedad en la división y delimitación de las distintas edades. Una constante, de acuerdo con sus observaciones, era la pluralidad de criterios que marcaban su inicio y conclusión (Bourdieu, 2002, pp. 163-173), otras más, podríamos agregar, como lo encarna el caso de la adolescencia, que fue “construida” y “segmentada” a partir de condiciones demográficas, científicas, económicas y políticas específicas a finales del siglo XVIII (Souto, 2007, p. 172) y que tuvo, y ha tenido, impacto en la delimitación y conceptualización de la edad adulta (Mintz, 2015).

De acuerdo con la socióloga Rossana Reguillo (2010), cuyas argumentaciones toman la misma dirección de los presupuestos de Bourdieu, las juventudes deben ser observadas considerando una multiplicidad de factores que inciden en la constitución de distintas formas de enunciarlas, de experimentarlas, y que también participan en el proceso de autodefinición de ser joven. Esta particularidad ha sido denominada por los historiadores europeos Giovanni Levi y Jean

Claude-Schmitt (1996) y rescatada por Reguillo como “condición juvenil”, incluye “posiciones, categorías, clases, situaciones, prácticas, autorizaciones, prescripciones y proscripciones que se asumen como «naturales» al orden vigente y tienden a naturalizarse como «propias» o inherentes a esta franja etaria” (Reguillo, 2010, p. 401). Dicha problematización, aunque sin un término claro que la definiera, había inquietado desde varias décadas atrás historiadores en Europa, Canadá y Estados Unidos en donde las reflexiones sobre la “condiciones” de los distintos grupos etarios (infantes, jóvenes y más recientemente personas adultas y ancianas) fueron objeto central de una producción historiográfica bastante significativa.² En el caso latinoamericano, dicha tendencia llegó con mayor fuerza durante el cambio de siglo, periodo en el que también resurgieron los estudios sobre las juventudes en Estados Unidos. Todo ello como parte del análisis retrospectivo suscitado por el cambio de numeral que promovió el replanteamiento de políticas públicas, el reparo de cómo la vorágine humana arrasó los recursos naturales devastando el medio ambiente, la incapacidad política de combate a la pobreza, y del efecto de la globalización en las relaciones sociales y comerciales (Hobsbawm, 2008). A partir del cambio de siglo, los niños, niñas y jóvenes volvieron a ser objeto de las nuevas miradas, en ellos se centraron las esperanzas para aniquilar el apocalipsis político, social y medioambiental suscitado por las personas adultas. Al igual que en otros periodos históricos se les imputó la sobrevivencia de grupos socioeconómicos, religiosos, de comunidades regionales y nacionales, por otro lado, se han convertido en un sector capaz de romper con viejos paradigmas e ideologías que habían predominado en décadas anteriores, pero con una tarea aún mayor sobre sus hombros, el mejoramiento mundial y planetario.

² La primera obra histórica que aborda el proceso de construcción de la noción de un grupo de edad es *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen* (Ariès, 1960) que aborda el tema de la niñez en Europa; algunas obras consideradas clásicas sobre jóvenes son: *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations, 1770-Present* (Gillis, 1974); *Adolescence in America, 1790 to the Present* (Kett, 1977); *Historia de los Jóvenes* (Levi y Schmitt, 1996).

Mi objetivo, mediante el presente artículo es realizar un breve recorrido sobre algunos trabajos historiográficos que reflexionan directamente sobre las y los jóvenes en América Latina. Por cuestiones de extensión me enfocaré únicamente en aquellas obras cuya aparición coincide con el (re)surgimiento de la historia de las personas jóvenes en la región durante las primeras dos décadas del presente siglo. Mediante dicha metodología pretendo observar el efecto de las “nuevas propuestas” de investigación multidisciplinaria, es decir, el impacto y efecto de propuestas como la de Reguillo y otras influencias historiográficas “foráneas” en interpretaciones históricas que intentan dar cuenta y explicación del fenómeno juvenil local y regional latinoamericano en su totalidad (evidentemente limitada temporal y espacialmente). Del mismo modo, pretendo realizar un primer ejercicio sobre cuáles son las temáticas y problemáticas abordada en los trabajos de la región, así como cuáles son los puntos en común y disidencias en sus apreciaciones.

BALANCE GENERAL DE LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA SOBRE LA JUVENTUD

Pese a la designación de la Organización de las Naciones Unidas [ONU] de 1985 como el Año Internacional de la Juventud, en los años noventa algunas y algunos historiadores franceses aún señalaban la falta de producción historiográfica sobre las juventudes en Europa.³ Esa misma situación aqueja -fuera de los estudios sobre los movimientos estudiantiles- casi tres décadas después, a la región latinoamericana (Levi y Schmitt, 1996, p. 7). En el caso europeo Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt señalaban que si bien, la juventud había sido trabajada reiteradamente por otras disciplinas como la arqueología, so-

³ El 3 de noviembre de 1978, la Asamblea General de la ONU decidió proclamar 1985 el Año Internacional de la Juventud. La organización aludía a la necesidad de la participación joven en la implantación del nuevo orden económico internacional “basado en la equidad y la justicia” y la preservación de la paz entre las naciones. La resolución 67/97 de la Asamblea General “El Estado de derecho en los planos nacional e internacional” A/RES/67/97 (noviembre de 1979) disponible en: <https://undocs.org/es/A/RES/34/151>.

ciología, antropología, pedagogía y psicología, estas no habían problematizado la condición juvenil.

La nueva ola de reflexiones históricas sobre las juventudes, que dicho cuestionamiento impulsó, coincidió con el surgimiento de la cuarta generación de la escuela francesa de los *Annales*. Dicha escuela historiográfica, utilizó en sus investigaciones la metodología multidisciplinaria de la historia cultural para estudiar temáticas varias enfocadas tanto en sujetos sociales, como en historia de las mentalidades, de los objetos materiales, espacios, de los conceptos, entre otros. Retomó en algunos de sus estudios sobre el lenguaje, el giro lingüístico con el que buscó, más que centrarse en alcanzar un conocimiento objetivo y dotar de definiciones esencialistas, interpretar y comprender el porqué de las percepciones de los sujetos sobre ciertos fenómenos, la creación de nuevos vocablos y sus referentes, así como los factores y necesidades que permitieron socialmente su configuración y difusión en la sociedad (Mendiola, 2005). En este contexto, los estudios históricos de las personas jóvenes fueron ganando popularidad, por lo menos en los Estados Unidos donde se había acogido tempranamente la obra de Philipp Ariés como un referente para los estudios culturales.

En América Latina la influencia de la historia cultural en la historia de la juventud ha llegado de forma muy acompasada. Quizá no resulte arriesgado atribuir dicha situación al importante papel de las y los jóvenes en la conformación de su historia política, desempeñándose como agentes activos en el devenir de sus propias naciones. Por ejemplo, las juventudes latinoamericanas no sólo comparten un “origen” histórico y cultural común,⁴ sino también los estragos de vivir bajo dictaduras y regímenes totalitarios interesados en el control de las jóvenes generaciones como forma de garantizar el orden y la sobrevivencia de sus gobiernos.

⁴ Por ejemplo, ha sido reafirmada desde el siglo XIX la conformación de una región denominada Latinoamérica, con un pasado común al formar parte de un imperio latino y católico: el español (en contraposición al angloamericano y protestante). Y, por otro lado, como un conglomerado de naciones unidas para resistir el creciente expansionismo estadounidense (Quijada, 1998).

Una muestra tangible de dicho desbalance historiográfico puede encontrarse en la cantidad de obras compilatorias sobre jóvenes, ya sea en la región latinoamericana o de forma monográfica, a nivel nacional. La obra con registro más temprano es el texto coordinado por Yanko González y Carles Feixa: *La construcción histórica de la juventud en América Latina: Bohemios, rockeros y revolucionarios* publicada en 2013, pero antecedida por un libro coordinado por los mismos autores y Augusto Caccia-Bava en 2004.⁵ La composición del libro *La construcción histórica* da cuenta de los países en donde la mayor parte de los trabajos sobre historia de las juventudes se ha venido realizado: Argentina, Brasil, Chile y México (aunque faltaría resaltar el caso colombiano). Cada uno de estos casos es explicado en un capítulo en donde sus respectivos autores dedican un número significativo de cuartillas a su desarrollo histórico. El objetivo del libro, de acuerdo con sus coordinadores, es plantear un nuevo tipo de aproximación histórica basada en las realidades latinoamericanas y prescindir, lo más posible, de los marcos explicativos y metodologías eurocentristas. No es el propósito del presente artículo enjuiciar si los coordinadores alcanzaron dicho objetivo, pero lo que es claro es que en el libro intervienen en su mayor parte sociólogos y antropólogos, que intentan aproximarse, desde las metodologías de sus propias disciplinas (cuyos orígenes no son producto latinoamericano), al estudio de las juventudes (basta decir que el origen del vocablo juventud y la institucionalización de sus significados tienen raíz europea). Sin embargo, me parece pertinente insistir, tal y como Eric Zolov (1999) lo ha propuesto, en la importancia de observar los fenómenos juveniles a nivel global, lo que permite localizar continuidades, rupturas, características regionales propias, exportaciones, y adaptaciones en la idea y construcción identitaria de las personas jóvenes.

Otro ejemplo reciente sobre dicho esfuerzo por congregarse dicha historia se encuentra en el libro *La condición juvenil en*

⁵ En la bibliografía del texto coordinado por Yanko González es mencionado *Jovens na America Latina* (Caccia-Bava, Feixa y González, 2004), pero sin registro alguno en las bases de datos de librerías en México. Por lo que ha sido imposible consultarlo.

América Latina (2019), coordinado por Sergio Moreno Juárez y la autora del presente artículo. Al igual que González y Feixa, los trabajos que comprenden la obra abarcan a las juventudes de Argentina, Chile y México. Nuestro objetivo fue construir un espacio en el que jóvenes investigadores tuvieran cabida para presentar sus novedosas investigaciones sobre la historia de las juventudes, a la vez que compartieran espacios con historiadores de larga trayectoria. Una de nuestras metas fue incluir no solo trabajos sobre movimientos estudiantiles, sino considerar temáticas concernientes a la dimensión social y a las manifestaciones culturales.

Para los casos regionales, podemos citar *Historias de los jóvenes en México*, coordinado por José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (2004) que es una ventana con vista panorámica de las juventudes en México durante el siglo xx, considerando múltiples perspectivas temáticas y metodológicas para su estudio. De hecho, no en vano el término *Historias* forma parte del título con el que podemos entender el interés de quienes lo coordinaron por resaltar las múltiples formas de experimentar la juventud. Para el caso colombiano los trabajos del historiador Carlos Reina (2012) destacan por abordar la historia juvenil colombiana de manera global y trazando trayectorias juveniles desde el siglo xix y el xx. En su abundante obra concurren diversas dimensiones como lo político, cultural, educativo, así como la participación de niños y jóvenes en los ejércitos y la guerrilla. Una obra de la misma envergadura, pero con una periodicidad más limitada es la de Valeria Manzano (2014). Los trabajos de Manzano se caracterizan por dar su justa dimensión a los distintos componentes que forman el universo juvenil, sin menospreciar en sus interpretaciones a las sensibilidades como elemento explicativo, junto con los acontecimientos políticos, de las actitudes, identidades y acciones de las y los jóvenes argentinos. Más recientemente, encontramos otro texto que se une al esfuerzo latinoamericano en dicho ámbito: *La inolvidable edad. Jóvenes en la Costa Rica del siglo xx*, coordinado por Iván Molina Jiménez y David Díaz Arias (2018), con temáticas varias sobre algunos aspectos sobre la cultura juvenil costarricense.

Vale la pena destacar que las personas jóvenes, desde la institucionalización de la investigación histórica en el siglo XIX, han formado parte de la narrativa en gran cantidad de textos sobre temáticas tan variadas como las de estudiantes, y las de corte biográfico, generacional, político, cultural e incluso religioso (Graterol, 2019). Sin embargo, pocas de ellas han convertido a la juventud y a la condición juvenil (en contraposición con su utilización como modelo interpretativo para explicar el curso de la Historia) en su objeto de estudio, ni mucho menos como sujeto principal de reflexión. Es decir, si bien su presencia es mencionada en múltiples obras históricas -e incluso inferida en estudios monográficos como los de las universidades, del deporte, y la música-, pocas son las reflexiones sobre los imperativos de la juventud en dichos espacios y disciplinas, sus identidades y sociabilidades.

EL CONTINGENTE ESTUDIANTIL

La historiografía sobre las personas jóvenes, especialmente la elaborada en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, no puede ser separada de su propio contexto: el de los movimientos estudiantiles. Es decir, la producción académica de aquellos años se concentró en un sector pequeño de la juventud (Ossenbach, 1993), en las acciones, ideologías y formación de contingentes estudiantiles, dejando fuera su vida cotidiana, sociabilidades y sensibilidades, apelando mayormente a las explicaciones constructivistas generalizantes. De hecho, las visiones “novedosas” del estudio del joven surgirán en los años noventa, inspiradas, institucionalmente, por el impulso de las investigaciones sociales a partir de 1985, en otras palabras, de las celebraciones y políticas impulsadas a partir del Año Internacional de la Juventud (Pérez Islas, 2006, pp. 147-150; Graterol, 2014, p. 56), pero aderezadas, indudablemente, por las nuevas herramientas y temáticas propuestas por la nueva historia social estadounidense y la historia cultural francesa. Aunque a la fecha predomina el interés por la historia de las y los estudiantes, la organización de agrupaciones y de los movimientos

estudiantiles, dentro de los estudios de juventud encontramos trabajos que, desde nuevas metodologías, exploran su agencia, sensibilidad, sociabilidad y vida cotidiana a lo largo del siglo xx. La producción de dicha temática es prolífica para los casos de Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México.

Uno de los aspectos sobresalientes de la producción historiográfica contemporánea latinoamericana son las reflexiones sobre lo que podría denominarse “condición estudiantil” que entiende a los y las estudiantes como un grupo social heterogéneo caracterizado por la diversidad de posiciones políticas de sus integrantes, procedencia socioeconómica e identidad sexo-genérica. Por ejemplo, el historiador mexicano Javier Garciadiego (1996) se enfoca en las posturas políticas y neutrales de los estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México durante la Revolución mexicana, mientras otras y otros investigadores, se han especializado en el estudio de las y los estudiantes o movimientos estudiantiles de izquierda, o de sujetos “olvidados” como las y los indígenas (Loyo, 1996; Robinet, 2019); de derecha dentro de la Universidad (Contreras Pérez, 2002; Guerrero, 2019), en organizaciones estudiantiles intercolegiales de tendencia conservadora (Arias, 2007; Aspe Armella, 2008). Siguiendo dicha temática, pero en el contexto sudamericano se pueden citar los trabajos de Ernesto Bohoslavsky, Magdalena Broquetas y Gabriela Gomes sobre Argentina, Chile y Uruguay (2018) quienes además de explorar los movimientos de derecha en sus propios países, se han interesado por los estudios comparativos sobre los movimientos juveniles conservadores durante los años sesenta en la región.

Desde finales de los años noventa, Renate Marsiske (1998, 1999a, 1999b, 2006, 2015, 2017), como coordinadora de la serie *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, ha venido recopilado una gran cantidad de investigaciones que abordan, desde una amplia perspectiva, la historia de los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Dicha colección no solo es la primera en reunir una muestra significativa de los trabajos históricos sobre los y las estudiantes y movimientos estudiantiles en la región, sino que es una muestra, en sí misma, de los avances metodológicos y temáticos que se han

alcanzado en el hemisferio sur del continente. Así pues, encontramos algunos escritos sobre los levantamientos de estudiantes novohispanos en la Real Universidad de México (Pérez, 1991), sobre la lucha de estudiantes venezolanos, cubanos y argentinos a principios del siglo, llegando hasta los movimientos estudiantiles de México en 1999 y Chile en 2011 (Ledezma, 2017).

Una de las primeras conclusiones a las que podemos llegar es que la mayoría de las investigaciones se concentran alrededor de dos momentos: el primero corresponde a la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918, que generó una oleada de movimientos reformistas en Latinoamérica y fomentó la unidad del estudiantado concretándose, de esta manera, la idea de una identidad y hermandad estudiantil a nivel regional. El segundo, corresponde a las “revueltas juveniles” de 1968. Cabe destacar que dicho “momento” se caracterizó por la manifestación abierta y grupal del descontento juvenil y estudiantil en forma de protestas y la adopción y organización de movimientos contraculturales en América Latina. Muchos estudios coinciden que el 68 constituyó un momento de detonación del descontento social generado por las políticas represivas de los regímenes dictatoriales en la región. El mayo francés, los vientos de cambio internacional a partir del triunfo de la Revolución cubana, los procesos de descolonización en Asia y África, y la aparición de la Nueva Izquierda en mucho contribuyeron a crear las expectativas de cambio y a que las personas jóvenes se pensasen como emisarias de cambio político, social y espiritual en la región. En el caso específico de México, a diferencia de otros países, las protestas estudiantiles fueron reprimidas agresivamente por el gobierno en turno, teniendo como saldo un alto número de estudiantes heridos, asesinados y desaparecidos. La tragedia tuvo un impacto profundo en la memoria nacional, por lo que ha sido considerado, de acuerdo con René Rivas Ontiveros: “el movimiento más importante del siglo xx después de la Revolución mexicana, así como la protesta urbana más significativa y trascendente en la historia de México” (Rueda, 2017).

La abundancia de investigaciones englobadas alrededor de estos dos momentos ha propiciado que las y los investigadores

apelen a la originalidad de formas de abordar los movimientos, y organización estudiantil y juvenil dentro de la disciplina. Claro ejemplo del primer grupo lo podemos encontrar en las reformas universitarias, especialmente en la conformación de la identidad estudiantil latinoamericana. Algunos trabajos que me parecen particularmente interesantes por su originalidad y rigor metodológico son los realizados por Gloria Graterol (2018, 2019), quien expone la inferencia de la idea de lo latinoamericano como un concepto que articuló la unidad y organización de asociaciones estudiantiles a principios del siglo xx. Por otro lado, Fabio Moraga (2014) propone una revisión y reinterpretación sobre los orígenes de la reforma de Córdoba y rescata, además, la organización, debates y acuerdos del Primer Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México en 1921. Al contrario de algunas y algunos investigadores que descartan de sus investigaciones aquellos acontecimientos o propuestas sin aparentes repercusiones, Moraga ofrece una interpretación sobre las razones del fracaso de los acuerdos tomados en el país norteamericano. Horacio Biagini (2002) propone entender al movimiento de Córdoba como una revolución producto del aprendizaje histórico de la conformación de la región sudamericana, en sus propias palabras: “Sin embargo, asuntos verdaderamente cruciales para la causa reformista –como la representación estudiantil en los consejos superiores– resultaron mucho más un producto de la propia experiencia colectiva americana que una derivación del propio continente” (Biagini, 2002, p. 82). No obstante, continúa su argumentación tratando de explicar las razones históricas, culturales e individuales que se articularon para unificar la diversidad de asociaciones estudiantiles en el cono sur, que permitirían la expansión del reformismo en la región. Cabe señalar que las celebraciones del centenario en el año 2018 propiciaron la abundancia de la producción historiográfica revisionista sobre el tema y las miradas comparativas pasado-presente.

En el segundo momento, correspondiente a la “rebeldía juvenil” del 68, encontramos en México no sólo investigaciones sobre el acontecimiento en sí, sino una abundante producción histórica que ilustra la vida juvenil previa y posterior al perio-

do álgido de las protestas estudiantiles y la violenta respuesta gubernamental. Aunque estas “derivaciones” serán abordadas más adelante, me enfocaré en mencionar algunos trabajos específicos sobre el movimiento del 68. En este tenor, destacan los trabajos de Alberto del Castillo Troncoso (2012a, 2012b) sobre el Movimiento desde la fotografía y el fotoperiodismo; Jaime Pensado (2013, 2015) que aborda los antecedentes del movimiento estudiantil durante los “largos años sesenta”, así como la cultura juvenil durante dicho periodo para recrear y analizar el 68 mexicano; de Ariel Rodríguez Kuri (2018) sobre la interrelación entre los Juegos Olímpicos en México y las represalias gubernamentales contra las y los estudiantes; y René Rivas Ontiveros, Ana María Sánchez Sáenz y Gloria Tirado (2017a, 2017b), quienes coordinaron un par de volúmenes sobre el movimiento estudiantil en los que participaron especialistas en historia y sociología, que presentaron múltiples perspectivas sobre los acontecimientos, incluyendo las movilizaciones estudiantiles en otros estados del país; por otro lado, Julia Sloan (2009), Sergio Aguayo (2018) y Sara Musotti (2019) nos acercan a la participación de instituciones y sujetos internacionales en el 68 mexicano.

No obstante, historiadores e historiadoras del cono sur han concentrado sus intereses en torno a la protesta estudiantil durante esos años a partir de su propia realidad, es decir, a la actuación juvenil durante y frente a las dictaduras imperantes en sus respectivos países. Así pues, la mayoría de las investigaciones se concentran en los casos específicos de Argentina, Brasil, Chile y en menor medida Uruguay.⁶ Indudablemente las últimas dos dictaduras argentinas (1966-1973 y 1976-1983) son las que concentran el mayor interés de investigadores e investigadoras. Los trabajos de Fernando Pedrosa (2002), Laura Luciani (2007, 2017), Valeria Manzano (2011), Pablo Buchbinder (2014), Juan Sebastián Califa y Mariano Ignacio Millán (2016), y Guadalupe Seia (2018, 2019), entre muchos más, abordan el

⁶ En este último, aunque la cantidad de investigaciones es muy limitada, sobresale Vania Markarian por la calidad y propuesta de sus trabajos, uno de sus libros más icónicos es *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat* (2012), aunque su producción es bastante abundante.

tema desde perspectivas que van desde lo exclusivamente político hasta la integración de múltiples dimensiones como la vida cotidiana y lo cultural, los estudios nacionales, regionales y de universidades, o de determinados niveles educativos.

Para el caso brasileño, la lucha estudiantil contra el régimen dictatorial iniciado en 1964, considerada por Andrés Donoso (2018) como “una de las mayores gestas en la historia política de Brasil” (p. 54), inició ese mismo año con la unión de estudiantes universitarios (con una trayectoria organizativa por varias décadas ya bien cimentada) y algunos sectores de la clase media nacional.⁷ La historiografía que cubre el movimiento estudiantil del periodo se centra, casi en su mayor parte, en la organización y acción política de sus actores. Casos específicos como el de Christopher Dunn, quien desde 1997 (en su tesis doctoral) a la fecha se ha enfocado en estudiar las repercusiones de la represión dictatorial en las manifestaciones artísticas de las juventudes brasileñas; Marcos Napolitano (2004, 2011) y Victoria Langland (2013), quienes, al igual que Dunn, han tomado en cuenta una visión más culturalista.

La historiografía del caso chileno se enfoca, de forma similar a los otros ejemplos sudamericanos, en la resistencia estudiantil contra un régimen dictatorial de larga duración (1974-1990). Entre la producción abundante, seguramente por la cercanía temporal y los años del régimen de Pinochet, el trabajo de Pablo Toro Blanco (2015a, 2015b) destaca por el uso de nuevos temas y metodologías (la historia de las emociones), así como de una revisión crítica de la historia de la infancia y juventud en el país costero. Puedo agregar las investigaciones de Yanko González (2010, 2015), quien, al igual que Toro, ofrece acercamientos originales sobre la historia estudiantil chilena, y recientemente el trabajo de Alfonso Salgado (2014, 2019), enfocados en el estudio particular de casos en donde la historia social juega un papel importante para las interpretaciones sobre el sentir estudiantil durante la represión política.

Un subtema dentro de los estudios sobre historia de las y los estudiantes, que actualmente ha ganado interés entre es-

⁷ Algunos autores que han abordado el tema: Groppo (2007), Santos (2008) y Müller (2010).

pecialistas, se refiere al de las redes estudiantiles. No obstante, podemos afirmar que Hugo Biagini (2002) antecedió a las investigaciones que hoy parecen ganar popularidad con su artículo *Redes estudiantiles en el Cono Sur (1900-1925)*. Dentro de esta área el análisis de las influencias transculturales en contenidos y formación de personas jóvenes son tópicos que han ganado terreno. Estos abordajes comparativos han permitido comprender el funcionamiento de los medios y circuitos intelectuales, la adopción y adaptación de ideas foráneas (regionales, nacionales e internacionales), además de las generadas en un espacio frente a una situación específica.⁸ Sobresalen los estudios de Gloria Graterol (2018), Sebastián Mir (2012, 2018), Rachel Newman (2019), entre otros.

Hasta aquí queda demostrado que las investigaciones históricas sobre el gremio estudiantil son abundantes.⁹ Resaltan el papel de su agencia, particularmente su poder organizativo y de resistencia frente a la hegemonía estatal o de algunas instituciones, primordialmente conservadoras. Es decir, parece extendida la percepción de las y los estudiantes como agentes de cambio, de revolución y no, como varios autores han señalado, como personajes neutrales o inclusive defensores de la tradición y del conservadurismo imperante. No obstante, el interés sobre dichos sectores cobra fuerza en investigaciones recientes en México (Tirado, Guerrero, 2017, 2019; Martínez, 2019; Moussel-Brillaxis, 2018) y Argentina (Acha, 2011; Lepera, 2015; Santiago, 2017).

⁸ Hugo Biagini (2002), Michael Allen Ridge Jr. (2012), Fabio Moraga (2012, 2014), Sebastián Rivera Mir (2012, 2018), Ricardo S. Salvatore (2016), Gloria Graterol (2018, 2019) y Rachel Grace Newman (2019).

⁹ Denisse Cejudo (2016) sobre la organización estudiantil en la Universidad de Sonora en 1991, Romain Robinet (2019) sobre la Confederación Nacional de Jóvenes Indígenas en México; y de izquierda en Brasil: Reginaldo Benedito Días (2008), sin olvidar los trabajos de investigadores consolidados mexicanos como Gloria Tirado, René Rivas Ontiveros, Verónica Oikion, Alberto del Castillo, Alicia Civera y Sergio Sánchez.

LA HISTORIOGRAFÍA FRENTE A LA CULTURA Y VIDA COTIDIANA JUVENIL

La cultura juvenil y los fenómenos que engloba (música, contracultura, la industria cultural, las sociabilidades) han formado paulatinamente parte de la nueva historiografía regional. El siglo xx, en particular la segunda mitad, ha sido un periodo que ha llamado la atención de quien estudia el tema.

Carles Feixa y Jordi Nofre (2012) señalan la década de 1920 como el momento en que se configuró dicho concepto como efecto de la institucionalización de la adolescencia. Es decir, durante el siglo anterior la adolescencia existía, por lo menos, como parte del léxico del inglés y del español. Mientras que en las últimas décadas del siglo xix se instituía como un grupo de edad con características propias. Finalmente, durante los años veinte del siguiente siglo comenzaba a conformarse como un grupo social con gustos y una identidad propia (diferenciable de la infancia y la edad adulta). De acuerdo con Feixa y Nofre (2012) la aparición de la sociedad de consumo había contribuido a dicho reconocimiento y por lo tanto adolescentes, jóvenes y la cultura juvenil se habían convertido en un objeto de estudio para algunos centros de investigación europeos como la Escuela de Birmingham creada en 1964 (Feixa y Nofre, 2012, p. 1). A dicha síntesis, se podría agregar el efecto de la transformación de las ciudades europeas y estadounidenses a mediados del siglo xix, de las dinámicas y composición del núcleo familiar (de familia extendida a familia nuclear) entre otros aspectos, como catalizadores del miedo contra la desocupación juvenil y su visualización como individuos con predisposición al vicio y al crimen. En ese contexto, las y los jóvenes fueron víctimas del pánico moral de las personas adultas ciudadinas. Algunos sectores como los guías espirituales (pastores protestantes y sacerdotes católicos) se enfocaron en la moralización y formación de las juventudes, mientras que especialistas en psicología y sociología se encargaron de entender sus comportamientos particulares y encauzarles por el camino correcto.

En esta síntesis, puede encontrarse una explicación sobre la aparente baja popularidad de los estudios históricos sobre la cultura juvenil en América Latina. Por un lado, su condición de

producto extranjero, tanto teóricamente como de las mismas manifestaciones culturales. Con ello me refiero a su procedencia anglosajona en un área donde lo latinoamericano, por lo menos en el ámbito de la historiografía estudiantil, guarda una imperiosa fuerza. De hecho, un historiador estadounidense presenta una interpretación semejante, por lo menos para el caso mexicano, en una entrevista:

Pienso que hay dos razones básicas por las que Avándaro y la contracultura no existen en la historiografía mexicana. Por un lado, está el desprestigio, porque, ¿cómo es posible que luego de los mártires del 68 (que los hubo, por supuesto) había gente cantando y desnudándose en Avándaro? Era una pena, una vergüenza, mejor olvidarlo. Por otro lado, es muy difícil acceder a los sonidos y las imágenes de la época. Eso es importante. ¿Existiría la referencia y el mito de Woodstock sin la película de tres horas y el disco doble? En México, aparte de unas cuantas fotos, un libro y algunos rollos de película, la memoria de Avándaro se ha transmitido de manera oral (García, 2002, p. 3).

Para el caso sudamericano aludo a la cercanía con los acontecimientos violentos, al procesamiento del dolor y pérdida de quienes presenciaron y fueron víctimas de las dictaduras. Quizá las nuevas generaciones buscan respuestas sobre la vida de sus madres, padres, abuelas y abuelos, reclaman justicia y dar explicación a lo que acaban de vivir. Especialistas coinciden en señalar los trabajos de Zolov como el iniciador de dicha rama historiográfica. Dicho autor, al igual que otras y otros historiadores extranjeros, ofrece una mirada fresca desde su perspectiva como una “otredad” cultural (me refiero propiamente a su origen estadounidense). Dicha visión le permite dominar los análisis comparativos con respecto a su propia cultura, localizar similitudes regionales con el caso estadounidense y las particularidades tanto del caso mexicano como del latinoamericano. Una de sus grandes propuestas es la articulación del término los “sesenta globales”. De acuerdo con Zolov (1999) a partir de su libro *Refried Elvis*, se abre una nueva fase en la escritura de la historia cultura juvenil de los sesen-

ta, pues la distancia temporal de las nuevas generaciones de especialistas en el área permite trascender las memorias de los acontecimientos de aquella época y mirarlos con objetividad y en toda su dimensión (Barr Melej, 2017, p. 12). Zolov cree apropiado no perder de vista el panorama “global” y a partir de dicha perspectiva observar el proceso adaptativo de las distintas manifestaciones juveniles y por supuesto, el efecto de los movimientos políticos de amplio espectro como la Nueva Izquierda y de la reorganización geopolítica internacional. Aunque sus trabajos son abundantes, vale la pena mencionar sus investigaciones sobre el rock mexicano y latinoamericano con Deborah Pacini y Héctor Fernández Hoeste (2014), los Juegos Olímpicos en México (2004). Los trabajos de Zolov son una fuente obligada para los especialistas de las manifestaciones contaculturales en los años sesenta, tal es el caso de José Rodrigo Moreno (2014, 2019) que aborda la protesta juvenil encubierta durante festivales musicales, Sara Luna (2019) que ha dedicado varios estudios al pánico moral en la Ciudad de México sobre los “rebeldes sin causa” en los años sesenta, Julio Espinosa (2019) que analiza el rock independiente de los años ochenta y noventa, y Sergio Moreno (2019) quien estudia las identidades sexuales juveniles.

El referente obligatorio sobre la contracultura en Argentina es Valeria Manzano. Dicha historiadora incorpora distintas dimensiones a las explicaciones sobre las temáticas que expone en cada uno de sus trabajos, de ahí que *La era de la juventud en Argentina: cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* (2017), englobe temas tradicionalmente considerados incompatibles (la sexualidad y la moda como formas de confrontación a los valores impuestos por la dictadura). A diferencia de otras y otros historiadores, los trabajos de Manzano incluyen a las jóvenes como agentes participantes en la historia y como protagonistas de algunas de sus investigaciones (Manzano, 2007). Una característica de sus estudios es el uso meticuloso de la metodología sobre temas propios del contexto y la historia argentina. Manzano tiene la facilidad de observar, como *insider*, las particularidades de su propia cultura.

Dentro de esta ola de investigaciones de los “sesenta globales” podemos citar los trabajos del chileno-estadunidense Patrick Barr Melej (2017), especialista en clases medias y movimientos contraculturales en Chile durante los años sesenta y setenta. Una de sus propuestas más sobresalientes es resaltar a una izquierda chilena reacia a permitir las manifestaciones contraculturales, que contrasta con la tendencia en Argentina y Uruguay de asociar la izquierda con la contracultura.

Otros estudios destacados son Pablo Blanco Toro (2015b, 2017, 2018), quien es uno de los contados historiadores en la región que trabaja el novedoso campo de historia de las emociones de las juventudes. Carlos Reina (2017), también ha realizado aportaciones muy importantes sobre el rock y el heavy metal en Colombia a la par de sus investigaciones históricas sobre el desarrollo de la idea de juventud en su país natal; Vania Markarian (2012, 2013), cuya producción sobre la historia de las y los jóvenes en Uruguay es pequeña pero muy sustanciosa en contenido; y finalmente, en esa misma sintonía encontramos a Christopher Dunn (2001), especializado en música y contracultura en Brasil.

REFLEXIONES FINALES

En el presente artículo fueron revisadas algunas obras sobre el estado de las investigaciones históricas sobre las juventudes en América Latina durante los primeros veinte años del siglo xxi. Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México fueron los países con mayor número de estudios y los años sesenta fue la década que más ha interesado a los especialistas. Dicha delimitación temática partió de considerar el cambio de siglo como un periodo de corte y renacimiento de las expectativas regionales e internacionales sobre el papel de las juventudes en la resolución de problemas nacionales y globales. Si bien, parece que la entrada al nuevo siglo tuvo poco efecto en la selección de temáticas novedosas, pues la tendencia sigue ubicando al siglo xx (Pérez Islas, 2006) centrándose en los efectos de la Reforma de Córdoba de 1918, en la organización y mo-

vimientos estudiantiles y la revolución cultural juvenil de los años sesenta, la cantidad de trabajos ha aumentado, al igual que los métodos, tópicos y miradas sobre algunos aspectos anteriormente ignorados.

Aunque soy consciente de que “Latinoamérica” puede y debe ser considerada una comunidad imaginada y por lo tanto construida, el término que le da nombre ha sido utilizado para delimitar un espacio que facilitara el presente estudio. Como consecuencia pude observar algunos elementos compartidos y/o que influyeron en la trayectoria histórica de los movimientos estudiantiles en la región, pero también discrepancia sobre los temas de preocupación, la composición social de los movimientos juveniles, la conformación de la cultura y contracultura, entre muchos otros aspectos.

Finalmente, es importante destacar que no fue posible ubicar la producción historiográfica sobre las juventudes centro-americanas, caribeñas, así como la de países sudamericanos como Venezuela, Paraguay, Perú, Ecuador, y Bolivia.

REFERENCIAS

- Acha, H. (2011). *Los muchachos peronistas. Orígenes olvidados de la Juventud Peronista (1945-1955)*. Buenos Aires: Planeta.
- Aguayo, S. (2018). *El 68. Los estudiantes, el presidente y la CIA*. México: Proceso.
- Arias Trujillo, R. (2007). *Los leopardos: Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.
- Aspe, M. (2008). *La formación social y política de los católicos mexicanos. La Acción Católica Mexicana y la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, 1929-1958*. México: Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, Universidad Iberoamericana.
- Barr-Melej, P. (2017). *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship*. University of North Carolina Press Books.

- Bergel, M. (2008). Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la reforma universitaria (1918-1930). En E. Sader, P. Gentili, P. y Aboites, H. (eds.), *La reforma universitaria: desafíos y perspectivas noventa años después*. Buenos Aires: Clacso.
- Biagini, H. (2002). Redes estudiantiles en el cono sur (1900-1925). *Universum*, 17, 279-296. Recuperado de: <http://universum.utalca.cl/contenido/index-02/biagini.html>.
- Bohoslavsky, E., Broquetas, M., y Gomes, G. (2019). Juventudes conservadoras en los años sesenta en Argentina, Chile y Uruguay. En F. Kolar, y U. Mücke (eds.), *El pensamiento conservador y derechista en América Latina, España y Portugal, siglos XIX y XX*. Madrid: Iberoamericana.
- Bourdieu, P. (2002). La "juventud" no es más que una palabra. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura*. México: Grijalbo, Conaculta.
- Buchbinder, P. (2014). Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973). *Conflicto Social*, 7 (11).
- Caccia-Bava, A., Feixa, C., y González, Y. (eds.). (2004). *Jovens na América Latina*. Sao Paulo: Escrituras.
- Califa, J. y Millán, M. (2016). La represión a las universidades y al movimiento estudiantil argentino entre los golpes de Estado de 1966 y 1976. *Revista de Historia Iberoamericana*, 10-38.
- Cejudo, D. (2016). La Universidad en el naufragio: contienda política en la Universidad de Sonora, 1991 (tesis doctoral). México: Instituto José María Luis Mora.
- Contreras Pérez, G. (2002). *Los grupos católicos de la Universidad Autónoma de México (1933-1944)*. México: UAM-X.
- Del Castillo, A. (2012a). *Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968: la fotografía y la construcción de un imaginario*. México: Instituto Mora.
- (coord.) (2012b). *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968: nuevos enfoques y líneas de investigación*. México: Instituto Mora.
- Donoso, A. (2018). El movimiento estudiantil brasileño de 1968 y las discusiones sobre el papel de la educación en la transformación social. *Perfiles educativos*, 40 (161), 53-68.
- Días, R. (2008). Da esquerda católica à esquerda revolucionária: a Ação Popular na história do catolicismo. *Revista Brasileira de História das Religiões*, 1 (1), 166-195.

- Dunn, C. (2001). *Brutality garden: Tropicália and the emergence of a Brazilian counterculture*. University of South Carolina Press Books.
- Espinosa Hernández, J. (2019). Les caemos por la espalda y los demás por el costado...: violencia juvenil en la ciudad de México y sus representaciones en el rock (1980-1990). En I. Meza y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE (en prensa).
- Feixa, C. y Nofre, J. (2012). Culturas juveniles. En *Sociopedia.isa*. DOI:10.1177/205 684601291.
- García Hernández, A. (23 de junio de 2002). Rebeldes con causa inaugura la historiografía sobre un tema hasta ahora menospreciado. *La Jornada*, 3.
- Gillis, J. (1974). *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations, 1770-Present*. Nueva York: Academic Press.
- Gomes, G. (2014). El anticomunismo de la juventud conservadora chilena. El caso de la Falange Nacional (1935-1957). *Mediações. Revista De Ciências Sociais, Universidade Estadual de Londrina*, 19 (1), 170-186.
- González, Y. (2010). "Sumar y no ser sumados": Culturas juveniles revolucionarias. Mayo de 1968 y la diversificación identitaria en Chile. *Alpha (Osorno)* (30), 111-128.
- ____ (2015). El "Golpe Generacional" y la Secretaría Nacional de la Juventud: purga, disciplinamiento y resocialización de las identidades juveniles bajo Pinochet (1973-1980). *Atenea (Concepción)* (512), 87-111.
- González, Y. y Feixa, C. (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina: Bohemios, rockanroleros y revolucionarios*. Cuarto Propio.
- González-Ledezma, M. (2017). Movimientos estudiantiles y reforma a la educación superior. México (1999) y Chile (2011). En R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, 5. México: IISUE.
- Graterol, G. (2014). Red de estudios y políticas sobre juventud en América Latina: Una mirada a la participación ciudadana (tesis de doctorado). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

- _____. (2018). La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos: un espacio de formación de la juventud en París. *Páginas*, Revista Digital de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 22 (10). Recuperado de: http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/290/html#_ftn1.
- _____. (2019). La idea de juventud y el pensamiento latinoamericano (1900-1930). En I. Meza y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE.
- Grosso, L. (2007). As novas esquerdas e o movimento estudantil no Brasil: 1961-1967. *Movimento estudantil brasileiro e educação superior* (231-260).
- Guerrero, A. (2017). El movimiento campesino de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), 1934-1958. *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/70564>.
- _____. (2017). El Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) contra el rector Ignacio Chávez (1961-1966). En I. Meza y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE (en prensa).
- Hobsbawm, E. (2008). Después del siglo xx un mundo en transición. *Letras Libres* (82), 16-22.
- Jiménez, M. (2017). Las revoluciones rusa y mexicana en la visión conspirativa de grupos secreto-reservados mexicanos: Tecos y El Yunque (1934-1964). *Claves. Revista de Historia*, 3 (5), 101-127.
- Kett, J. (1977). *Rites of Passage: Adolescence in America, 1790 to the Present*. Nueva York: Basic Books.
- Kolar, F. y Mücke, U. (2019). *El pensamiento conservador y derechista en América Latina, España y Portugal, siglos xix y xx*. Madrid: Iberoamericana.
- Langland, V. (2013) *Speaking of flowers. Student movement and the making and remembering of 1968 in military Brazil*. Londres: Duke University Press.
- Lepera, L. (2015). Disputing public moral: the Catholic Action during Perón's first term (Tucumán-Argentina, 1946-1955). *Estudios Históricos* (Rio de Janeiro), 28 (55), 109-127.

- Levi, G. y Schmitt J. (coord.). (1996). *Historia de los jóvenes* (2 vols). Madrid: Taurus.
- Loyo, E. (1996). La empresa redentora. La casa del estudiante indígena. *Historia mexicana*, 99-131.
- Luciani, L. (2007). Una ciudad sin jóvenes. El discurso de los medios gráficos rosarinos en torno a la juventud en los primeros años de dictadura 1976-1978. *XI Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia*.
- ____ (2017). *Juventudes en dictadura. Representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario (1976-1983)*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Luna, S. (2019). El “problema juvenil”: entrecruces de clase y género en la representación de los “rebeldes sin causa” y la delincuencia juvenil en los sesenta. En I. Meza, y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE (en prensa).
- Manzano, V. (2007). Ella se va de casa: fugas de chicas, ‘Dolce Vita’ y drama social en la Buenos Aires de los tempranos 1960. *XI Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia*.
- ____ (2011). Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo xx. *Propuesta educativa* (35), 41-52.
- ____ (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: FCE.
- Markarian, V. (2012). *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- ____ (2013). Violencia, heroísmo y cultura juvenil entre los comunistas uruguayos de los sesenta. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 21 (2).
- Marsiske, R. (coord.). (1998). *Los estudiantes. Trabajos de historia y de sociología*. México: CESU.
- ____ (coord.). (1999a). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina, 1*. México: CESU.
- ____ (coord.). (1999b). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina, 2*. México: CESU.

- ____ (coord.). (2006). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, 3. México: CESU, Plaza y Valdés.
- ____ (coord.). (2015). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, 4. México: IISUE.
- ____ (coord.). (2017). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, 5. México: IISUE.
- Martínez Villegas, A. (2019). Identidad y acción de jóvenes católicos tradicionalistas en los años setenta en Guadalajara: el caso del Seminario Laico Juvenil y la revista *Adalid*. En I. Meza, y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE.
- Mendiola, A. (2005). Hacia una historia de la observación de observaciones: la historia cultural. *Revista Historias* (60), 19-36.
- Mintz, S. (2015). *The Prime of Life. A History of Modern Adulthood*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Molina, I. y Arias, D. (coord.). (2018). *La inolvidable edad: Jóvenes en la Costa Rica del siglo xx*. Heredia, Costa Rica: EUNA.
- Moraga, F. (2012). El Congreso de Estudiantes Latinoamericanos de Santiago. Antiimperialismo e indoamericanismo en el movimiento estudiantil chileno (1935-1940). *Historia Crítica* (47), 187-213.
- ____ (2014). Reforma desde el sur, revolución desde el norte: El Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921. *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* (14), 155-195.
- Moreno, J. (2014). Contracultura e identidades iconoclastas en la ciudad de México. De la apropiación del rock progresivo a la descolonización musical, 1971-1985 (tesis de maestría inédita). Instituto Mora, México.
- Moreno Elizondo, J. (2019). Contracultura e izquierda estudiantil. Festivales musicales y protesta encubierta en México: Avándaro y Monterrey, 1971. *Secuencia*, 0 (105). doi: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i105.1594>.
- Motta, R. (2014). *As universidades e o regime militar: Cultura política brasileira e modernização autoritária*.
- Moussel-Brillaxis, D. (2018). Résister à l'État, reconstruire la patrie: la Jeunesse catholique féminine mexicaine dans les années trente. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/71935>.

- Musotti, S. (2019). Los intelectuales orgánicos, los estudiantes y las redes transnacionales de solidaridad con el movimiento estudiantil del 68. En I. Meza y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE (en prensa).
- Napolitano, M. (2004). A MPB sob suspeita: a censura musical vista pela ótica dos serviços de vigilância política (1968-1981). *Revista Brasileira de História*, 24 (47), 103-126.
- ____ (2011). *Coração civil: arte, resistência e lutas culturais durante o regime militar brasileiro (1964-1980)*. São Paulo: Universidad de São Paulo.
- Newman, R. (2019). *Studying Abroad for the Good of the Nation: Mexican Student Migration and the Making of Transnational Mexico in the Twentieth Century* (tesis doctoral). Nueva York: Columbia University.
- Ossenbach, G. (1993). *Estado y Educación en América Latina a partir de su independencia* (siglos XIX y XX). *Revista Iberoamericana de Educación*, (1). Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1019327>.
- Pacini, H., Zolov, E. y Fernandez-L'Hoeste, H. (2014). *Rockin Las Americas: The Global Politics of Rock in Latin/o America*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Pedrosa, F. (2002). La universidad y los estudiantes frente a la dictadura militar. En R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. México: CESU.
- Pensado, J. (2013). *Rebel Mexico. Student Unrest and Authoritarian Political Culture during the Long Sixties*. Stanford: Stanford University Press.
- ____ (2015). El movimiento politécnico de 1956: la primera revuelta estudiantil en México de los sesenta. En R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV*. México: IISUE.
- Pérez Islas, J. (2006). Trazos para un mapa de la investigación sobre juventud en América Latina. *Papers* (79), 145-170.
- Pérez Islas, J., y Castro-Pozo, M. (2004). *Historias de los jóvenes en México: Su presencia en el siglo XX*. México: Secretaría de Educación Pública, Instituto Mexicano de la Juventud.

- Pérez Puente, L. (1999). Una revuelta estudiantil en 1671. ¿Intereses estudiantiles o pugna de autoridades? En R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina, I*. México: CESU.
- Quijada, M. (1998). Sobre el origen y difusión del nombre “América Latina” (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad). *Revista de Indias*, 58 (214), 595-616.
- Reguillo, R. (2011). *Los jóvenes en México*. México: FCE, Conaculta.
- Reina Rodríguez, C. (2012). *Historia de los jóvenes en Colombia 1903-1991* (tesis doctoral). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Reina Rodríguez, C. (2017). Rock and roll en Colombia: el impacto de una generación en la transformación cultural del país en el siglo xx. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 51 (93), 22-39.
- Rivas Ontiveros, R., Sánchez, A., y Tirado, G. (2017a). *Historia y memoria de los movimientos estudiantiles: a 45 años del 68. Los movimientos estudiantiles en la Ciudad de México*. México: UNAM.
- ____ (2017b). *Historia y memoria de los movimientos estudiantiles: a 45 años del 68. Los movimientos estudiantiles regionales en México*. México: UNAM.
- Rivera Mir, S. (2012). La experiencia de los centroamericanos becados en México (1922-1928). *Latinoamérica: Revista de estudios latinoamericanos* (55), 185-214.
- ____ (2018). El intercambio académico entre México y América Latina durante el cardenismo. Problemas, debates y actores. *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, 6 (11), 79-104.
- Robinet, R. (2017). *La Révolution mexicaine: une histoire étudiante*. Rennes: Presses universitaires de Rennes.
- ____ (2019). “Hermanos de raza...”: la Confederación Nacional de Jóvenes Indígenas, entre el indigenismo y la política (1940-1960). En I. Meza, y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE (en prensa).
- Rodríguez Kuri, A. (2018). *Museo del universo. Los Juegos Olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*. México: El Colegio de México.
- Rueda, S. (29 de Agosto de 2017). El 68 vive, Rivas. *Independiente de Hidalgo*. Recuperado de: <https://www.elindependientedehidalgo.com.mx/68-vive-ful/>.

- Salgado, A. (2014). A Small Revolution: Family, Sex, and the Communist Youth of Chile during the Allende Years (1970-1973). *Twentieth Century-Communism: A Journal of International History*, 8, 62-88.
- (2019). Making Friends and Making Out: The Social and Romantic Lives of Young Communists in Chile (1958-1973). *The Americas*, 76 (2), 299-326.
- Salvatore, R. (2016). *Disciplinary conquest U.S. Scholars in South America, 1900-1945*. Durham: Duke University Press.
- Seia, G. (2018). El reformismo universitario entre la dictadura y la democracia. Un análisis del movimiento estudiantil de la UBA entre 1976 y 1983. *Cuadernos de Historia. Serie Economía y sociedad* (21), 161-196.
- (2019). Las revistas estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires durante la última dictadura (1976-1983). En I. Meza, y S. Moreno (eds.), *La condición juvenil en América Latina: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México: IISUE (en prensa).
- Sloan, J. (2009). Carnivalizing the Cold War: Mexico, the Mexican Revolution, and the Events of 1968. *European journal of American studies*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/ejas/7527>.
- Souto Kustrín, S. (2007). Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis. *Historia Actual Online* (13), 171-192. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2479343>.
- Tirado, G. (2016). Las universitarias en el contexto violento de la Universidad Autónoma de Puebla, UAP, 1972-1973 (Puebla-México). *Ánfora: Revista Científica de la Universidad Autónoma de Manizales*, 23 (40), 51-73.
- Toro Blanco, P. (2015a). La vida de los otros: la Fecech y su conflictiva relación con el movimiento estudiantil en la Universidad de Chile (1978-1984). En R. Marsiske, *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, 4. México: IISUE.
- (2015b). «Tiempos tristes»: notas sobre movimiento estudiantil, comunidad y emociones en la Universidad de Chile ante la dictadura de Pinochet (1974-1986). *Espacio, tiempo y educación*, 2 (2), 107-124.

- ____ (2017). Volver a donde nunca se estuvo. Pacto social, felicidad pública y educación en Chile (c. 1810-c. 2010). *Araucaria*, 19 (38), 323-344.
- ____ (2018). Las aventuras del afecto: cambios y permanencias en los modelos de relación entre profesores y estudiantes en los liceos chilenos (c. 1910-c. 1950). *Revista Brasileira de História da Educação*, 18.
- Vale, M. (1999). *1968: O Diálogo É a Violência. Movimento Estudantil e Ditadura Militar no Brasil*. Campinas: Editora da Unicamp.
- Zolov, E. (1999). *Refried Elvis: The rise of the Mexican counterculture*. Berkeley: University of California Press.
- ____ (2002). *Rebeldes con causa. La contracultura mexicana y la crisis del Estado patriarcal*. México: Norma.
- ____ (2004). Showcasing the 'land of tomorrow': Mexico and the 1968 Olympics. *The Americas*, 61(2), 159-188.
- ____ (2009). Mexico's Rock counterculture (La Onda) in historical perspective and memory. Dubinsky et al. (coords.), *New world coming: the sixties and the shaping of global consciousness*. Toronto: Between the Lines.

Implicaciones de la migración internacional sobre la educación en una comunidad del Occidente de México

Implications of the international migration over the education of a community in western Mexico

Enrique Martínez Curiel¹ y Andrea Bautista León²

RESUMEN

El sistema migratorio internacional entre México y Estados Unidos involucra diferentes fases a lo largo de poco más de cien años en los cuales se han modificado perfiles sociodemográficos de aquellos que migran al mismo tiempo que han ocurrido cambios en la población que no migra derivado de avances en las políticas educativas y sociales. En este trabajo analizamos en diferentes etapas el cambio del patrón familiar migratorio de una comunidad del Occidente de México de donde predominantemente los padres de familia eran aquellos que tendían a migrar, situación que cambia hacia las y los hijos de las familias migrantes. Lo anterior tiene implicaciones en la escolaridad de las y los jóvenes de esta comunidad (en los que se quedan y en los que se van) lo cual crea demandas de empleo específicos en esta comunidad. Sin embargo, en la actualidad, ante el incremento del control fronterizo y las políticas que desalientan a migrar, es importante reflexionar sobre la situación de las y los jóvenes y sus posibilidades de encontrar un lugar en la sociedad.

Palabras clave: migración internacional; jóvenes y migración; educación y migración.

ABSTRACT

The international migration system between Mexico and the United States involves different phases over a hundred years in which sociodemographic profiles of those who migrate have been modified while changes have occurred in the population that does not migrate due to advances in educational and social policies. In this paper, we analyze at different migration stages the change in the family's pattern of a community in western Mexico. It changes from been predominantly driven by male's head of the households towards the children of migrant families. This has implications for the schooling of the youth of this community (in those who stay and in those who leave) which creates specific employment demands in this community. However, today, given the increase in border control and policies that discourage migration, it is important to think on the situation of young people and their chances of finding a place in society.

Key words: international migration; youth and migration; education and migration.

¹ Profesor e Investigador de la Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de los Valles, Jalisco, México. Correo electrónico: emarcuriel@aol.com Teléfono: +52 1 33-1359-8213

² Egresada del doctorado de la Universidad de Texas en San Antonio, investigadora independiente. Correo electrónico: andrea.btst@gmail.com Teléfono +52 1 55-4386-1750

INTRODUCCIÓN

Este trabajo reflexiona sobre los procesos estructurales en la dinámica migratoria y su influencia sobre la educación de las y los hijos en una comunidad del occidente de México. Utilizamos datos del *Mexican Migration Project* [MMP] (2017), de donde seleccionamos cinco barrios de la cabecera municipal de Ameca, lugar donde se levantó la muestra a principios de 1992. La información proveniente del MMP es la base de nuestro análisis. Sin embargo, ante la carencia de levantamientos recientes en esta comunidad, recurrimos a información proveniente de los Censos de Población y Vivienda 2000 y 2010 levantados por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI] (2000, 2010). En conjunto, la información que procesamos nos ayuda a entender el impacto del proceso migratorio en la dinámica educativa de los hijos de la comunidad estudiada.

En el presente capítulo partimos de las siguientes interrogantes: ¿qué diferencias sociodemográficas existen entre los pobladores de Ameca de acuerdo con su experiencia migratoria y cómo han cambiado al paso de los años? ¿Cuáles son las implicaciones en el perfil educativo de la comunidad de Ameca, ocurridos a raíz del aumento en el volumen y proporción de hijos e hijas migrantes? Y, por último, reflexionar sobre ¿qué ocurre cuando las y los hijos –jóvenes y adolescentes– ya no pueden emigrar?, ¿cuál es la encrucijada en la que se encuentran las personas, los jóvenes y adolescentes cuando el crimen organizado permea todas las estructuras de la localidad?

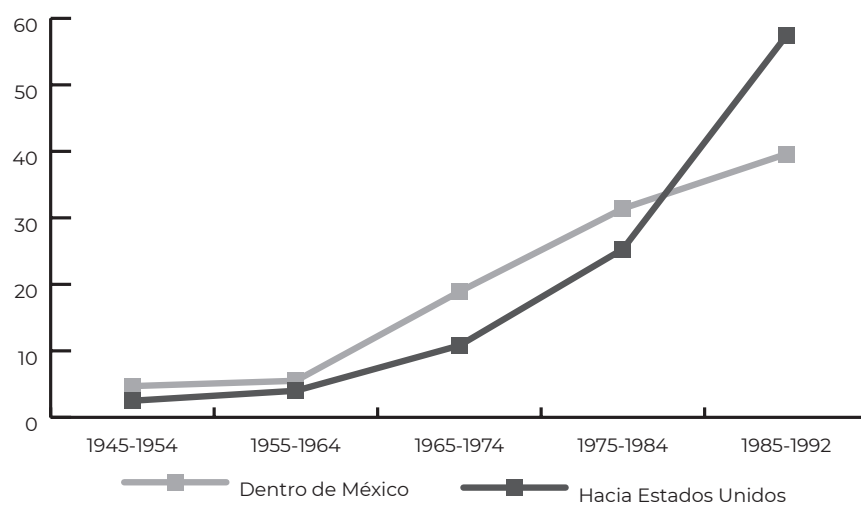
Este capítulo está organizado de tal manera que va dando respuesta a cada una de las preguntas planteadas donde analizamos el proceso de la migración internacional de los hijos de las unidades domésticas que formaron parte de la muestra del MMP en Ameca con una mirada longitudinal y vinculada a los procesos estructurales de las políticas nacionales de ambos países y la dinámica de dicha comunidad.

FLUJO MIGRATORIO Y CARACTERÍSTICAS DEMOGRÁFICAS EN AMECA

La migración de la población de Ameca hacia Estados Unidos, está configurada como resultado de la madurez del flujo, mismo que data desde principios del siglo xx. Es así, que el proceso migratorio se ha auto-sostenido hasta el presente, en buena medida por las redes que se han construido al paso de las décadas. Este flujo migratorio que sentó sus bases durante la época bracera 1942-1964 (Martínez, 2016), se fue intensificando al sumarse factores locales internos u otros de carácter externo, propiciando una mayor magnitud en tiempo de crisis económicas, como las de 1982 y 1994, así como por los efectos de la implementación de la Ley de Reforma y Control de Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés) en Estados Unidos.

A mediados del siglo se dio en México un proceso de migración interna de comunidades rurales a urbanas, sucediendo a la par de la implementación del programa “Bracero”, considerando esto, si analizamos los flujos de migración interna e internacional y encontramos para el caso de Ameca tendencias similares entre 1940 y 1965, donde se incrementan ambos tipos de migración. Pero es a partir del periodo 1985-1992 donde se observa un aumento en la intensidad del flujo migratorio –casi se quintuplicó– (figura 1).

Figura 1. Migración interna e internacional según año del último viaje



[Fuente: mmp, 1992].

Aquí, varios factores pueden dar cuenta de este incremento: una mayor incidencia provocada por la Ley IRCA, incentivó que muchos emigrantes se quedaran a trabajar de manera indefinida en Estados Unidos; el Programa Especial de Trabajadores Agrícolas (*Special Agricultural Workers* [SAW])³ estimuló una migración masiva a la que se sumaron personas que nunca habían emigrado, sin olvidar que México se encontraba en crisis económica desde 1982.

Por su parte, la migración a Estados Unidos ha sido notoriamente alta, si consideramos que es un contexto urbano agroindustrial, donde poco más de la mitad (55%) de las unidades domésticas –que fueron entrevistadas por el MMP en cinco barrios de la ciudad a finales de 1991 y principios de 1992– contaba con algún miembro de la familia con experiencia migratoria. Esta proporción situaba a la ciudad de Ameca muy por encima de los niveles detectados en otras ciudades del occidente y se ubicaba a la par de los estándares migratorios de zonas rurales (Martínez, 2003). Aunque en la primera década del presente siglo el flujo migratorio ha ido disminuyendo en consonancia con el nivel nacional (Massey, Pren y Durand, 2009), en la comunidad bajo análisis, la migración hacia los Estados Unidos ha continuado en la presente década.

El panorama hasta ahora mencionado nos ayuda como antecedente para responder el primer cuestionamiento que aquí nos hemos planteado. ¿Qué diferencias sociodemográficas existen entre las y los pobladores de Ameca de acuerdo con su experiencia migratoria y cómo han cambiado al paso de los años? La figura 1 nos muestra el comportamiento elevado del flujo de amequenses hacia Estados Unidos desde el periodo bracero hasta 1992, y nos ayuda a inferir que la tendencia siguió por lo menos hasta 2001. Además, la gráfica nos muestra una división del comportamiento de migrantes internos e internacionales.

Sin embargo, para conocer las características sociodemográficas de la población de Ameca, de acuerdo con su experiencia migratoria y no migratoria, y los cambios ocurridos al

³ La ley de inmigración de 1986 legalizó a más de un millón de trabajadores indocumentados mediante el SAW (Cornelius, 1989).

paso del tiempo, es posible observarlo en la tabla 1. La cual nos indica que, del total de la muestra de las y los residentes de Ameca, 20.2% de migrantes tuvieron experiencia migratoria a Estados Unidos, mientras que 5.5% han emigrado, tanto al interior de México como fuera del país. También, hay una característica importante que se puede observar al paso del tiempo, esto se muestra con las personas no migrantes nacidas en Estados Unidos que concentran 2.8%,⁴ es decir, lo conforman primordialmente mujeres y hombres que llegaron a México cuando aún eran menores, una vez que sus padres decidieron retornar a su lugar de origen. Ahora conforman el flujo migrante actual. Por un lado, son mujeres que han decidido buscar una nueva vida en el país de nacimiento, mientras que muchas otras, sólo regresan para procrear y después de unos meses vuelven a México. En cuanto a los hombres, hay tres caminos en su recorrido hacia su vida adulta, unos regresan al país donde nacieron, otros son migrantes circulares y el resto decide permanecer en México, no emigran, ellos –los menos– no visualizan a Estados Unidos como el país que les puede ofrecer una mejor vida, aunque son ciudadanos por nacimiento (Rumbaut y Komaie, 2010).

Tabla 1. Perfiles de residentes de Ameca

Tipo de población	Hombre		Mujer		Total	
	n	%	n	%	n	%
No migrante	380	51.4	570	75.4	950	63.5
No-migrante nacido EUA	18	2.4	24	3.2	42	2.8
Migrante nacional-internacional	72	9.7	10	1.3	82	5.5
Miigrante internacional	194	26.2	108	14.3	302	20.2
Migrante nacional	76	10.3	44	5.8	120	8.0
Total	740	100.0	756	100.0	1496	100.0

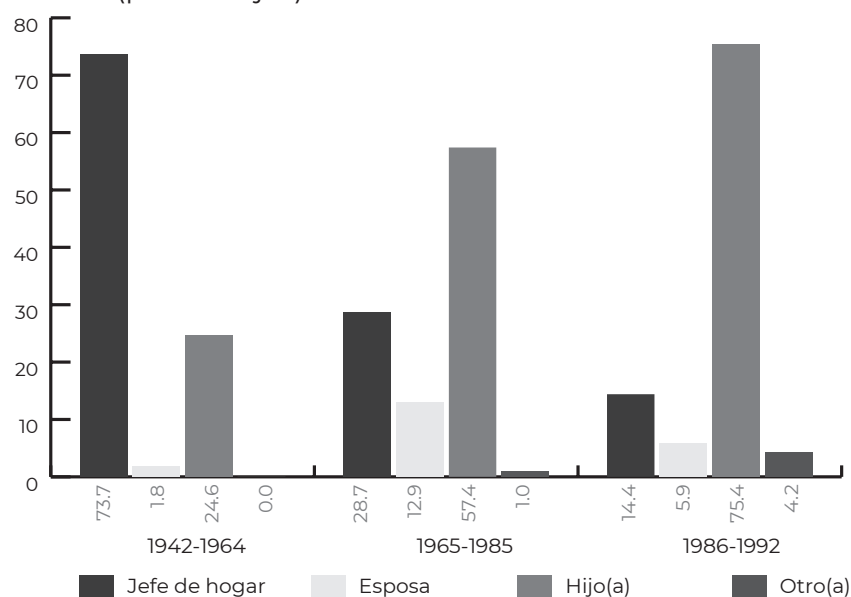
[Fuente: MMP, 1992.]

Para profundizar en la respuesta de la primera interrogante: ¿Qué diferencias sociodemográficas existen entre las y los po-

⁴ Este porcentaje se encuentra por encima de la media (2.3%) del total de lo registrado por todas las comunidades que hasta ahora ha registrado el MMP.

bladores de Ameca de acuerdo con su experiencia migratoria y cómo han cambiado al paso de los años? La figura 2 nos proporciona información valiosa, para ello, hemos dividido el flujo migrante en tres periodos históricos, el primero representa la época de los braceros (1942-1964), donde casi tres cuartas partes del flujo 73.7% estaba conformada por los jefes de familia, que cumplían con las características que requerían las negociaciones del programa, además de los contratistas rancheros y empleadores en Estados Unidos. Mientras que solo una cuarta parte correspondía al flujo de hijos e hijas (24.6%) que conformaban las unidades domesticas de la muestra, lo que demuestra que había un dominio casi total de los jefes de familia varones, quienes emigraron preferentemente como braceros contratados a Estados Unidos.

Figura 2. Migrantes internacionales por parentesco en tres etapas migratorias (porcentajes)



[Fuente: MMP, 1992.]

Sin embargo, para el siguiente ciclo histórico (1965-1985) la etapa de los indocumentados, llamada así por Durand (1994), muestra un incremento sustantivo en la proporción de hijos e hijas que llega a ser de 57.4%. Esto logra explicarse si consideramos que después de que Estados Unidos dio por termi-

nado el programa “Bracero” en 1964, el flujo de trabajadores continuó independientemente del trámite de permisos de trabajo debido a la demanda creada en los Estados Unidos y a la iniciada tradición migratoria. Además, para mediados de la década de los sesenta la crisis agrícola era ya un hecho, la descomposición progresiva de la economía campesina basada en el cultivo temporal del maíz tuvo una serie de efectos en el movimiento poblacional, al interior y exterior del país, donde la economía agrícola y en general la población amequeña vivió tiempos difíciles (Martínez, 2003; Warman, 1978). Lo que motivó la migración temporal al otro lado de la frontera norte. Eran momentos de zozobra donde todos tenían que salir de casa, padres, madres, hijas e hijos, fenómeno que mantenía la economía familiar en una situación relativamente estable, además de la migración interna que se suscitaba a la capital del estado –estimulada por el desarrollo urbano e industrial que se venía gestando desde los años cincuenta–, llegando a mantenerse dos lustros (1965-1974) por encima de la migración internacional. De 1975 hasta 1984 la migración internacional disminuyó en comparación con la migración al interior del país, a pesar de la devaluación del peso, en 1976. Para la segunda mitad de la década de 1980, la migración internacional dejaría atrás definitivamente a la migración interna, tras los efectos de la crisis de 1982, esto ocurriría por lo menos hasta 2008 (Martínez, 2016). De tal manera que en estas dos décadas el panorama cambió rotundamente, pues solo 28.7% de los migrantes internacionales eran jefes del hogar, mientras que más de la mitad (57.4%) del flujo estaba compuesta por hijos.

Un tercer periodo (1986-1992) que nos muestra la figura 2, es el arranque de la legalización de 2.3 millones de migrantes indocumentados, por medio de la Ley Simpson Rodino. Derivado de la implementación de la ley se multiplicaron las posibilidades de emigrar y de legalizar su estatus a cientos de amequeños, gracias a que dicha ley creaba una nueva condición de residente legal permanente. Lo anterior aplicaba a quienes habían radicado de modo ininterrumpido en Estados Unidos en condición de indocumentado desde antes del 1 de enero de 1982 (o quienes habían vivido en Estados Unidos y

trabajado en la agricultura por lo menos 90 días durante el año que terminaba el 1 de mayo de 1986) se les concedía la oportunidad de obtener la condición de residente temporal. Bastaba con solicitar o *conseguir* una carta donde el patrón o contratista refiriera que había solicitado de sus servicios en el trabajo agrícola durante el periodo señalado permitido.

Aunado a esta regulación de la población indocumentada, en Ameca hubo profundas transformaciones en el sector industrial azucarero, sobre todo en su planta laboral. En 1974, el ingenio azucarero de Ameca fue comprado por el sector estatal –la Operadora Nacional de Ingenios, S. A.– argumentando falta de rentabilidad, inadecuada localización geográfica, variedades de caña con bajo contenido de sacarosa, falta de infraestructura de campo, problemas de urbanización agrícola, deterioro, maquinaria obsoleta y una diversidad de equipo (Martínez, 2003). La rentabilidad de la industria azucarera también se vio afectada por el exceso de personal, los bajos niveles de capacitación y las elevadas prestaciones laborales, todo en un contexto de una situación política y social que limitaba las posibilidades de realizar ajustes drásticos en la estructura y funcionamiento del campo y la fábrica.

La privatización de la industria azucarera durante el periodo salinista (1988-1994) trajo consigo cambios inmediatos en su estructura, reduciendo su planta laboral y disminuyendo los permisos de trabajo. El caso del ingenio de Ameca no fue la excepción y la reestructuración provocó grandes conflictos dentro del sindicato, debido a que ya no se otorgaron permisos para poder ausentarse por largos periodos para permanecer más tiempo en Estados Unidos, lo que fomentaba una migración circular (Martínez, 2003). La reducción de 15 a 25% del personal productivo originó cambios en el flujo migratorio de las y los obreros, complicando así el panorama de muchas familias (Martínez, 2003). Tenían que decidir entre quedarse en el pueblo o emigrar todos juntos al norte. En 1990 muchas de las familias empezaron a ver en Estados Unidos una opción para vivir, formaba parte ya de un proyecto de vida, tanto para la familia, como para los hijos jóvenes que se encontraban sin empleo y sin estudio en Ameca.

LA LEY IRCA Y SU IMPACTO EN LA EDUCACIÓN EN AMECA

Los efectos internos y externos que se han visto reflejados en la figura 2, nos muestran que durante 1986 a 1992 hay un giro en las características del flujo migratorio en Ameca. Para ese periodo hijos e hijas conformaban el 75.4%, mientras que los jefes de familia sólo representaron el 14.4% del flujo migrante a Estados Unidos. Los datos cuantitativos del MMP señalan que durante este periodo 1986-1992 la participación familiar se elevó debido a que la migración femenina se intensificó, y la migración infantil creció notoriamente, lo que denota una intensa migración familiar de la comunidad amequense. El momento de salir de casa llegó y los hijos se sumaron a seguir los pasos que los padres habían trazado años atrás. Ahora, ellos formarían el grueso del flujo migrante.

Un segundo cuestionamiento por responder es, ¿cuáles son las implicaciones en el perfil educativo de la comunidad de Ameca, ocurridos a raíz del aumento en el volumen y proporción de hijos migrantes? En tanto, el nivel educativo de migrantes que se fueron a Estados Unidos durante 1942-1964, representó el grupo de mayor analfabetismo (11.7%), le siguieron los que emigraron dentro de México (9.1%); mientras que las personas no migrantes representaron 3.6%, grupo que económicamente tenía mejor situación social y que no se vio en la necesidad de emigrar a ninguna parte. Durante 1965-1992 la situación cambió notablemente y el grupo con menos analfabetismo se encontró en migrantes al exterior (1.7%) –casi a la par del nivel medio en Estados Unidos (1.0%)–, mientras tanto, los que registraron menor escolaridad fueron las y los no migrantes. Además, el nivel de escolaridad se duplicó, tanto en porcentaje como en el promedio para los dos grupos de migrantes (tabla 2), situación que fue fundamental para tener más posibilidades de encontrar trabajo y lograr mejor estabilidad económica fuera de su pueblo. Ambos grupos de migrantes con mayores niveles de escolaridad se vieron en la necesidad de emigrar, principalmente porque de acuerdo con su nivel de escolaridad –en su lugar de origen– ya no les fue po-

sible encontrar empleo, sobre todo con niveles de bachillerato o universidad terminada (Sanchez-Soto, 2011).

Tabla 2. Años de educación entre tres grupos con 15 años o más en dos etapas migratorias (1942-1965 y 1965-1992).

Periodos	Migración					
	1942-1964			1965-1992		
Años de escolaridad	Hacia EUA	Dentro de México	No Migrantes	Hacia EUA	Dentro de México	No Migrantes
	%	%	%	%	%	%
Ninguno	11.7	9.1	3.6	1.7	2.7	4.5
1 a 3	36.7	36.4	12.1	9.1	12.8	13.9
4 a 5	8.3	15.2	7.9	6.3	8.1	8.8
6	30.0	21.2	24.6	25.4	21.5	24.9
7 a 8	1.7	3.0	8.0	11.5	6.7	6.9
9	6.7	3.0	13.7	15.7	10.1	12.6
10 a 11	3.3	3.0	10.4	9.4	4.7	11.6
12	1.7	3.0	9.0	12.5	11.4	7.1
13 a 15	0.0	3.0	4.4	2.8	6.0	4.5
16 o más	0.0	3.0	6.3	5.6	16.1	4.9
Promedio	4.2	4.7	7.7	8.2	8.8	7.4
n	60	33	1013	288	149	638

[Fuente: MMP, 1992]

Las y los migrantes a Estados Unidos tuvieron un promedio de escolaridad de 8.2 grados, mientras que dentro de México registraron un promedio de 8.8 grados. Por su parte, los que se quedaron en Ameca presentaron un promedio de escolaridad de 7.4 grados (tabla 2). Con lo anterior, podemos observar que en el periodo 1965-1992 la migración fue selectiva en términos educativos, los dos grupos de migrantes –internos e internacionales– presentaron mayores niveles de escolaridad comparados con las personas no migrantes. Lo cual evidencia que éstos se vieron en la necesidad de emigrar, principalmente

porque en su comunidad ya no les fue posible encontrar trabajo, de acuerdo con su grado de escolaridad, como fue el caso de los amequenses que contaban con estudios de bachillerato o universidad terminada (Martínez, 2016).

Por otra parte, si seleccionamos a hijos que alguna vez migraron hacia los Estados Unidos, podemos observar a través de la tabla 3 un aumento en la escolaridad de éstos en las distintas etapas migratorias. Lo cual va en consonancia con el proceso que México vivió de incremento de escolaridad a lo largo de las décadas (Tuirán y Muñoz, 2010). Es así, que aquellos individuos identificados como hijos con migración, muestran un incremento en su nivel educativo de 4.0 a 8.1 grados de 1942 a 1992.

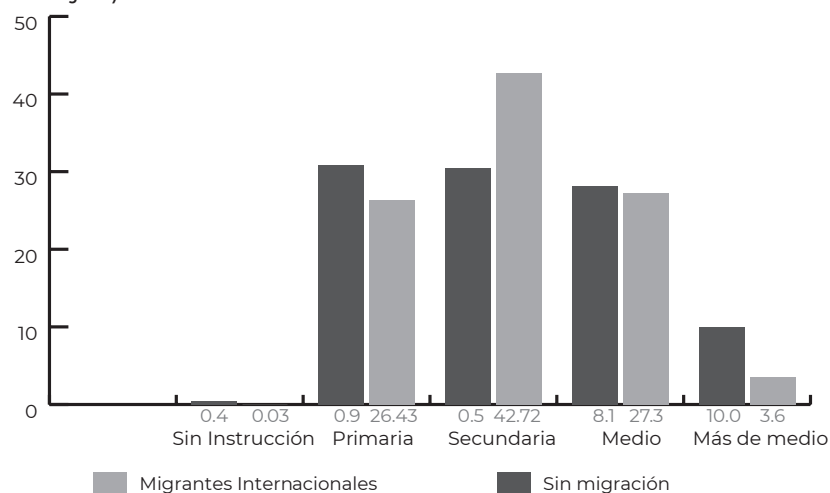
Tabla 3. Años de educación en hijos con experiencia migratoria

Educación (años)					
Etapas	n	media	Desviación estándar	min	max
1942-1964	57	4.0	2.8	0	11
1965-1985	208	7.7	3.8	0	17
1986-1992	118	8.1	3.6	0	19
Total	383				

[Fuente: MMP, 1992]

Los impactos de las políticas migratorias y el cambio educativo ocurridos en la población de Ameca –concretamente para el caso de las y los hijos de la muestra del MMP– se puede observar en la figura 2 y tabla 3. Pero, además la escolaridad de hijos por grupos de edad tuvo efectos significativos, las personas jóvenes de 15 a 29 años con experiencia migratoria internacional con algún grado de secundaria fue de 42.7% lo cual representó mayores niveles respecto a jóvenes del mismo grupo de edad que no emigraron (30.5%) (figura 3).

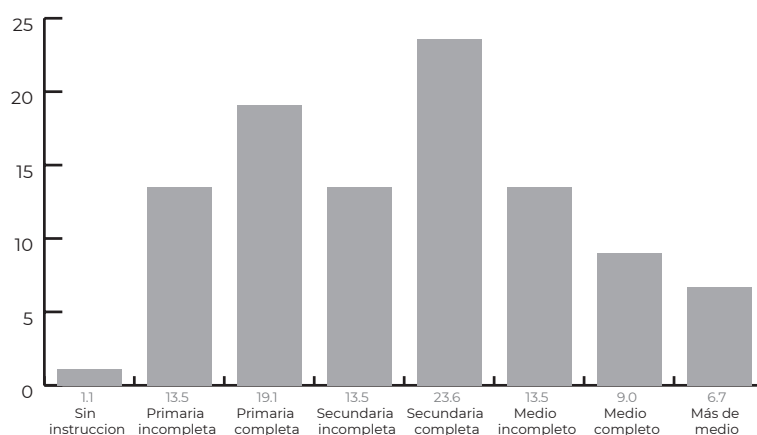
Figura 3. Escolaridad de hijos entre 15 a 29 años de edad en 1992 (porcentajes)



[Fuente: MMP, 1992].

Al observar detenidamente la escolaridad de hijos con experiencia migratoria internacional durante el periodo 1986-1992 –precisamente durante los efectos de IRCA–, se percibe que se estimuló una migración anticipada de los jóvenes y adolescentes. Dicho de otro modo, las y los hijos con primaria, secundaria y bachillerato incompleto, representaron un mismo porcentaje (13.5%) para cada nivel educativo inconcluso (figura 4), lo que representó una tercera parte del flujo total de hijos con experiencia migratoria internacional.

Figura 4. Escolaridad de hijos con migración internacional, periodo 1986-1992 (porcentajes)



[Fuente: MMP, 1992].

De manera que, las y los hijos que no concluyeron los grados seis, nueve o doce, se vieron impulsados a emigrar e interrumpir sus estudios de nivel básico y/o medio superior. Así que, el impacto de IRCA en la población estudiantil de Ameca provocó efectos negativos en la educación de jóvenes y adolescentes, dado que se vieron estimulados y/o forzados a emigrar a Estados Unidos, esto significó una solución laboral a un problema formativo, producido por un sistema educativo deficiente que no proporciona las herramientas suficientes para estimular la continuidad y evitar el abandono escolar (Mckenzie y Rapoport, 2011). Una veta poco explorada en la investigación sobre jóvenes migrantes es acerca de adolescentes y/o jóvenes que abandonan la escuela y sus posibilidades reales de desarrollo educativo. Hemos encontrado que la literatura se centra en quienes terminan algún nivel educativo y continúan sus logros escolares, pero hace caso omiso de los que abandonan la escuela. Es por esto, que precisamente es en ellos y ellas, en quienes hemos prestado atención, ya que este grupo de jóvenes y adolescentes fueron encontrando esa válvula de escape ante una crisis educativa y laboral que los pone en una encrucijada. Consideramos que es un problema relacionado con su formación educativa y su inserción laboral, es decir, su transición a la adultez. Sin embargo, la solución no la encuentran en su terruño, puesto que al abandonar la escuela se ven forzados a buscar trabajo fuera de las fronteras nacionales. Pero, ¿qué ocurre cuando la frontera norte se cierra?, y en consecuencia, ¿qué impacto ocasionó el reforzamiento de la línea fronteriza entre México y Estados Unidos –desde fines de los años noventa– particularmente en la educación de los jóvenes y adolescentes de la localidad?

REFORZAMIENTO DE LA FRONTERA Y SUS EFECTOS EN LA EDUCACIÓN EN AMECA

La crisis de diciembre de 1994 en México pone en entredicho la entrada a una nueva etapa en la historia de la migración entre México y Estados Unidos, denominada entre crisis (1995-2008),

misma que tuvo sus efectos en la localidad de Ameca, tanto en el sector industrial como en el agrícola, afectando las condiciones locales del mercado de trabajo. La migración indocumentada temporal fue primordial, pero solo por un tiempo, dado que el endurecimiento de la patrulla fronteriza modificó las estrategias de migración de la población de Ameca. La imposibilidad de ir y venir *al otro lado* ha dejado de ser una opción para cientos de migrantes y se han visto forzados a emplear una modalidad de migración permanente.⁵ La difícil situación económica que atravesaba el país, particularmente desde la década de 1990, como resultado de la gran inflación, la caída de la balanza comercial, la estrepitosa devaluación del peso en 1994 y el desplome del poder adquisitivo de la clase trabajadora, obligó que cada vez más migrantes con familia se quedaran en Estados Unidos y se establecieran en aquel país, o en su caso, que dejaran de emigrar.

La migración en Ameca –al igual que a nivel nacional– ha ingresado a una nueva fase de su larga historia migratoria (Arias y Durand, 2013). Después de un largo ir y venir entre ambas fronteras y de haber tenido un ascenso importante –durante 1970-1995–. La evidencia muestra que desde la primera década del presente siglo el flujo ha disminuido considerablemente (Zenteno, 2012). Las probabilidades de nuevos ingresos de indocumentados y los que lo intentan por segunda o tercera vez son cada vez menores (Gonzalez-Barrera, 2015). Sin duda, los factores principales de este descenso pueden atribuirse a las medidas de control migratorio tomadas a partir de 1996 con la Ley de Reforma Migratoria IIRAIRA (*Illegal Immigration Reform and Immigrant Responsibility Act*), firmada por el presidente William Clinton el 30 de septiembre de 1996.

La ley IIRAIRA, que propiamente no es una ley migratoria de carácter general, sino un instrumento que penaliza a los migrantes irregulares y limita el acceso a los servicios a quienes no sean

⁵ Para 1992 únicamente 4% de los migrantes encuestados por el MMP en Ameca mantenían una estrategia migratoria considerada como de establecidos en Estados Unidos, para la siguiente década dicha estrategia se incrementó drásticamente donde la migración recurrente y temporal bajó sustancialmente.

ciudadanos, le otorgó al INS la facultad de utilizar información clasificada para deportar migrantes irregulares, [...] pasó de ser un asunto administrativo a una falta de carácter penal y permitió, acuerdos entre la federación y las policías estatales para actuar con agentes de inmigración (Durand, 2013, p. 90).

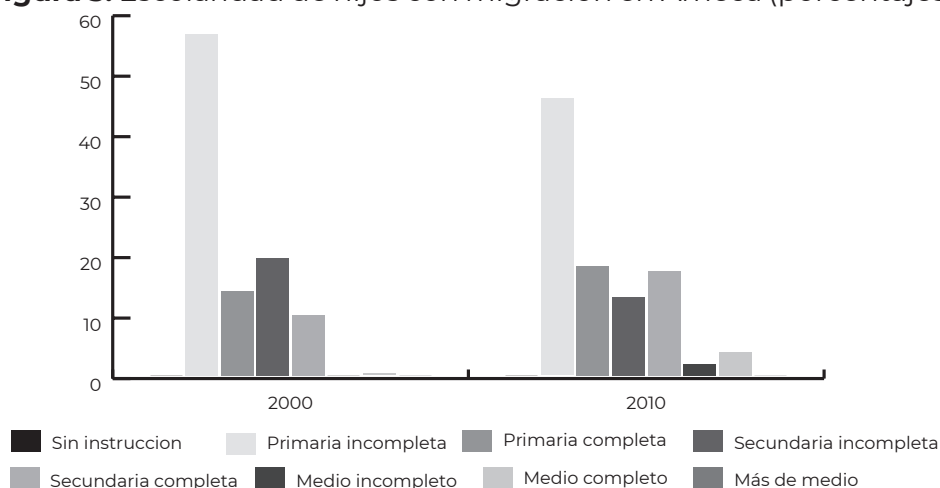
Posteriormente, surgieron una cascada de propuestas legales de corte anti-inmigrante que enrarecieron aún más el panorama del cruce fronterizo. Sumado a esto, “el atentado terrorista de 2001 tuvo un impacto directo en la política migratoria, pero sobre todo fronteriza” (Durand, 2013, p. 91; Alba, 2010). Y pocos años después, viene lo peor, la crisis financiera, económica e hipotecaria de 2008 impulsaron un “colapso financiero, la crisis económica, el desempleo y una sensible disminución en la demanda, que es el principal motor de la migración indocumentada” (Massey *et al.*, 2009, pp. 124-125). Con este panorama se inicia la primera década del siglo XXI para la migración de amequeños hacia Estados Unidos.

Por su parte, el modelo de migración temporal terminó. Los cambios en las leyes de inmigración, el reforzamiento de la patrulla fronteriza y la crisis económica en Estados Unidos obligaron a jóvenes y adolescentes a establecerse en su comunidad de origen; provocando una continuidad en sus estudios, básicos y medio superiores, como resultado de la detención del flujo de la migración indocumentada de forma considerable.

Los efectos en la educación de las y los hijos no se hicieron esperar, y se vieron reflejados en la escolaridad de jóvenes y adolescentes con experiencia migratoria, de acuerdo con el Censo de 2000 y en perspectiva con el Censo de 2010. En la figura 5 podemos observar que hay un doble efecto positivo en la educación, por un lado, hay una disminución en los niveles de abandono escolar de personas jóvenes y adolescentes de una década a otra, principalmente en los niveles de educación primaria y secundaria. Igualmente, hay un incremento en la conclusión de los niveles de educación primaria, secundaria y medio superior. Es decir, para el nivel primaria hubo un incremento del 4.2%, secundaria 7.3% y bachillerato 3.6%, estos

datos nos muestran que aumentó el porcentaje de hijos escolares que concluyeron sus estudios durante el periodo en el que se dio el endurecimiento de la línea fronteriza (figura 5).

Figura 5. Escolaridad de hijos con migración en Ameca (porcentajes).



[Fuente: INEGI, Censos de Población y Vivienda 2000 y 2010 (microdatos muestra censal 10%).]

Aquí podemos inferir que una serie de elementos externos e internos de carácter estructural impactaron positivamente en la continuidad y la permanencia de los estudios. Así que, al no tener posibilidades de emigrar, las y los hijos se vieron obligados a permanecer en la escuela y seguir avanzando en la culminación de los grados escolares.

Con esta evidencia podemos decir que años atrás, la ley IRCA –entre otros factores– impulsó a jóvenes a salir de casa y abandonar la escuela sin concluir los estudios de nivel básico –secundaria primordialmente. Una década después, el panorama cambió, ante la imposibilidad de cruzar la frontera y los niveles educativos de los hijos avanzaron.

Por lo anteriormente descrito, podemos inferir, que el reforzamiento de la frontera, aunado a la crisis económica, financiera e hipotecaria de los Estados Unidos en 2008, así como la expansión del sistema educativo medio en México, dio como resultado que los niveles educativos de los jóvenes y adolescentes en Ameca se incrementaran.

Así que, cabe preguntarnos ¿qué ocurre cuando las y los hijos –jóvenes y adolescentes– ya no pueden emigrar? Además,

con miras a ponerlo en la agenda de investigación: ¿Existe alguna relación directa e indirecta entre jóvenes y adolescentes que no terminaron sus estudios de secundaria o bachillerato y los posibles efectos de la guerra contra el narcotráfico?

LOS EFECTOS DE LA VIOLENCIA Y LA EDUCACIÓN EN HIJOS DE LA LOCALIDAD

En México existe un ambiente de inseguridad, miedo y zozobra por una serie de acontecimientos relacionados por un lado, por las acciones que ha implementado el crimen organizado como resultado de la guerra contra el narcotráfico, y por el otro, por la respuesta del gobierno del presidente Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto hacia estas operaciones; ante esto, dicha guerra ha dejado como saldo, según cifras oficiales de diciembre de 2006 a agosto de 2015, van 151 233 muertos y más de 26 798 “personas no localizadas o desaparecidas a nivel nacional”,⁶ que en su gran mayoría son jóvenes entre 18 a 35 años, a lo que podemos señalar que estos sucesos han permeado a todo el norte y occidente del país, incluido el estado de Jalisco,⁷ situación que ha obligado a muchos jóvenes a verse forzados a involucrarse en actividades ilícitas, e incluso muchas y muchos de los jóvenes son reclutados y obligados a ser criminales para servir dentro de los cárteles de la droga.⁸ Ante esta situación adversa, estructural, de violencia e inseguri-

⁶ Revela el Informe de país México de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, *Situación de Derechos humanos en México*, Organización de los Estados Americanos, 31 de diciembre de 2015, Página 12. Sin embargo, la prensa señala que van, 234 mil muertes resultado de la guerra contra el narco de 2006 a 2017, y 33 mil desapariciones forzadas en el mismo periodo. La Jornada, sábado 17 de marzo 2018. <http://www.jornada.unam.mx/2018/03/17/opinion/02501est>.

⁷ Son menores de 25 años, tres de cada diez desaparecidos en Jalisco, según el Registro Nacional de Datos de Personas Extraviadas y Desaparecidas [RNPED], que se reportan hasta enero de 2018. *El Informador*, 28 de marzo de 2018. Además, la situación es tan alarmante en Jalisco que de los 125 municipios que conforman al estado, en 112 se buscan personas en dicha condición de desaparición forzada. <http://numerocero.mx/jalisco-lider-en-desapariciones/>.

⁸ Para más detalle véase la investigación realizada por Darwin Franco: Región Valles “Los jóvenes no desaparecen, los desaparecen”. <http://www.proyectodiez.mx/region-valles-los-jovenes-no-desaparecen-los-desaparecen/>.

ridad, que repercute en las familias, y sobre todo, en las decisiones individuales de hijos, en las trayectorias educativas de jóvenes del país y particularmente en Ameca. Ante esto, ¿cuál es la encrucijada en la que se encuentran las personas jóvenes y adolescentes cuando el crimen organizado permea todas las estructuras de la sociedad?

Esta interrogante arroja más preguntas que respuestas, dada la complejidad del fenómeno. En ese sentido, antes debemos preguntarnos, ¿ante qué panorama educativo y laboral se encuentran las personas jóvenes de la localidad?, pues anteriormente un joven que no terminaba la secundaria podía emigrar al país del norte, sin embargo, hoy, ¿qué alternativa laboral existe para los que no concluyen sus estudios básicos? En resumidas cuentas, es indispensable explorar, ¿qué están haciendo las juventudes que no continúan estudiando el bachillerato o la universidad?, pero más preocupante aún por conocer es, ¿qué están haciendo las y los jóvenes y adolescentes que no estudian ni trabajan? ¿si antes las juventudes tenían la alternativa de emigrar, ahora qué opción les queda a los que no estudian ni trabajan?⁹

El panorama educativo de jóvenes en la localidad es preocupante, para ello veamos los siguientes datos, el censo de 2010 revela que el total de personas de 12 a 14 años –nivel secundaria– que vivían en la zona urbana de Ameca y que no iban a la escuela representó el 6.8%, mientras que la población de 15 a 24 que no asistían a la escuela en el área urbana representó 57.6%, es decir más de la mitad no estudiaban. Ahora bien, si consideramos el total de jóvenes y adolescentes de 12 a 24 años que no iban a la escuela fue del 45.5% (tabla 4). Sin duda, estas cifras muestran que jóvenes del área urbana de Ameca representan un problema formal de exclusión, producto del abandono escolar en los niveles de secundaria, bachillerato y universidad, lo que demuestra la incapacidad gubernamental por satisfacer un servicio obligatorio y gratuito a jóvenes y adolescentes.

⁹ El presente estudio no se plantea dar respuesta a todas y cada una de las interrogantes mostradas en este último apartado, sino más bien vemos la necesidad de mostrar una veta de análisis en los estudios de migración y educación.

Así mismo, los porcentajes de la población de 12 a 24 años de edad que no asistían a la escuela muestran una situación sumamente adversa como parte de su preparación formal en su transición a la adultez, no sólo en el área urbana de Ameca, sino también a nivel estatal y nacional dentro del mismo medio –incluso con porcentajes aún mayores–, confirmando que una tercera parte de esta población no continúa o abandona la escuela (tabla 4). Estas cifras reafirman que la situación educativa se encuentra en una crisis profunda, sombría y poco esperanzadora para jóvenes y adolescentes de la localidad de Ameca.

Tabla 4. Porcentaje de adolescentes y jóvenes que no asisten a la escuela del nivel medio urbano.

Grupos de edad	Ameca urbana	Jalisco urbano	México urbano
	%	%	%
Adolescentes de 12 a 14 años que no asisten a la escuela	6.8	9.1	6.9
Jóvenes de 15 a 24 años que no asisten a la escuela	57.6	59	55.4
Total 12 a 24 años que no asisten a la escuela	45.5	47.5	44.3

Fuente: INEGI, Censos de Población y Vivienda 2010.

Aunado a esto, debemos señalar que las oportunidades de empleo calificado y bien remunerado en la localidad entre jóvenes que no terminaron secundaria o bachillerato son mínimas. Los trabajos que logran encontrar son precarios, mientras que el crimen organizado acecha, existe un alto índice de inseguridad y violencia en el país y particularmente en la localidad de Ameca, donde el nivel de desaparición forzada es alarmante concentrándose particularmente en jóvenes urbanos. El panorama se vislumbra sumamente desesperanzador, ya que coloca precisamente a los jóvenes en riesgo latente por la simple condición de estar en desventaja en términos educativos y de vivir en familias hostiles y con niveles de pobreza. En correlación a lo anterior, hay estudios (Merino *et al.*, 2013)

que destacan entre los hallazgos donde sostienen que las víctimas están concentradas entre hombres jóvenes con bajos niveles de escolaridad y de ingresos. Para el caso específico de Ameca –en cierta proporción– se trata de jóvenes y adolescentes que no estudian ni trabajan –es decir, están desconectados¹⁰ socialmente de las instituciones– por lo que “tienden a verse expulsados de la sociedad” (Goodman, 2008, p. 94). Además, son jóvenes que acumulan una serie de desventajas, tanto económicas, como de pocas esperanzas de capitalizar a corto plazo la educación formal, por otra parte, sus familias se encuentran en situación de pobreza y las opciones de trabajo resultan inútiles. Esto, debido a que para muchos de ellos y ellas “es inútil seguir adelante; puesto que, en esas condiciones desesperadas de ausencia de cualquier oportunidad, de hostilidad familiar, de inusitada frustración de la infancia, o de vagancia por las calles, no es posible enderezar las cosas” (Goodman, 2008, p. 95). Dicha situación los orilla a situarse en un desarraigo de la sociedad, son vidas precarias que los coloca entre los más vulnerables ante la violencia y sus ramificaciones estructurales.

Sin embargo, los últimos acontecimientos en el estado de Jalisco, ponen de manifiesto que la única condición para ser una posible víctima de la violencia, es ser joven –estar entre 17 a 25 años preferentemente–, no importa si se es estudiante de bachillerato o universidad, si se es joven de estrato bajo o medio, simplemente la amenaza es, estar en la categoría de ser jóvenes (Valenzuela, 2015a, Valenzuela, 2015b).

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos analizado los procesos migratorios estructurales en ambos países que fueron delineando la implementación de programas y leyes que repercuten en las

¹⁰ Para mayor información sobre el tratamiento del término desconectados, véase documento de investigación de Sarah Burd-Sharps y Kristen Lewis, *More than a million reasons for hope Youth Disconnection in America today. Measure of America of the Social Science Research Council*, 2018.

dinámicas a nivel micro en la vida de las y los individuos, en este caso en particular sobre la escolaridad de las personas jóvenes de Ameca en distintos periodos. Aquí pudimos observar que la implementación de la Ley IRCA en 1986 elevó el flujo de migrantes hacia los Estados Unidos. Más adelante, los eventos del 11 de septiembre de 2011 produjeron una disminución en este flujo que aunado a la expansión del sistema educativo podemos inferir que incrementó la permanencia de jóvenes en las aulas. Sin embargo, a pesar de haber ocurrido un cambio positivo en la escolaridad de la población amequense, se muestra todavía una importante proporción de jóvenes con niveles escolares incompletos, lo cual es perjudicial en un mercado laboral que requiere credencialización. Las personas que se quedan en Ameca son cada vez las que tienen menos estudios y profesionistas encuentran trabajos menos remunerados. Por su parte, muchas y muchos migrantes internos profesionistas o no, han tenido que emigrar a la zona metropolitana de Guadalajara o al interior del país porque no existen suficientes empleos calificados y las oportunidades de vida son cada vez más escasas en su localidad. Este es el panorama que persiste en la actualidad y parece continuar para el futuro inmediato, situación que seguramente complicará las posibilidades de estabilidad y ascenso económico para las siguientes generaciones.

Finalmente, en México, durante la última década con el inicio de la guerra contra el narcotráfico se tiene evidencia en múltiples comunidades del país de que las y los jóvenes son atraídos o –reclutados forzosamente– por estas organizaciones criminales. Si bien nuestra investigación se focaliza en una comunidad de Jalisco, pensamos que el escenario no es muy distinto de otras localidades de México que al igual que Ameca contaban con un patrón de migración internacional, pero que al cerrarse la frontera y ante la falta de empleos se sientan las bases para que jóvenes encuentren en las actividades criminales una válvula de escape. Proponemos entonces para la agenda de investigación sobre jóvenes de comunidades migrantes esta veta de estudio.

LIMITACIONES

La muestra del MMP levantada en 1992 contiene información robusta y valiosa acerca de las características de la población migrante de la comunidad bajo estudio. Sin embargo, al analizar solamente a los hijos con experiencia migrante la muestra se ve reducida, aunque con poder explicativo para los fenómenos descriptivos que estudiamos. Una manera de solventar la carencia de datos actualizados sobre la comunidad hicimos uso de los microdatos a nivel municipal provenientes de los censos de población y vivienda 2000 y 2010 para observar los cambios ocurridos en la escolaridad de las y los hijos migrantes y no migrantes de la comunidad. La combinación de ambas fuentes nos permitió mostrar evidencia acerca de las características de educación de las juventudes en diferentes momentos históricos donde el proceso migratorio ha tenido características distintas.

REFERENCIAS

- Alba, F. (2010). Respuestas mexicanas frente a la migración a Estados Unidos. En *Los Grandes Problemas de México* (pp. 515-547). El Colegio de México.
- Arias, P. y Durand, J. (2013). Paul S. Taylor y la migración jalisciense a Estados Unidos. Universidad de Guadalajara.
- Burd-Sharps, S. y Kristen L. (2018). More than a million reasons for hope Youth Disconnection in America today. Measure of America of the Social Science Research Council.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos, [CNDH] (2015). *Situación de Derechos humanos en México*, Organización de los Estados Americanos.
- Cornelius, W. (1989). Impacts of the 1986 US Immigration Law on Emigration from Rural Mexican Sending Communities. *Population and Development Review*, 15(4), 689-705.
- Durand, J. (1994). Más allá de la línea: patrones migratorios entre México y Estados Unidos. Colección Regiones. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

- _____. (2013). "Nueva fase migratoria", *Papeles de Población*, 19(77), julio-septiembre, 2013, pp. 83-113.
- Franco, D. (2015). Región Valles "Los jóvenes no desaparecen, los desaparecen". Proyecto Diez. Fecha de consulta 27 de marzo de 2018. Recuperado de: <http://www.proyectodiez.mx/region-valles-los-jovenes-no-desaparecen-los-desaparecen/>.
- Garip, F. (2012). Discovering Diverse Mechanisms of Migration: The Mexico-US Stream 1970-2000. *Population and Development Review*, 38(3), 393-433. Recuperado de: <https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2012.00510.x>.
- Goodman, P. (2008). "La estructura de clases", en José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez González y María Herlinda Suárez Zozaya (coord.), *Teorías sobre la Juventud Las miradas de los clásicos*, México. UNAM/Porrúa. pp. 93-108.
- González-Barrera, A. (2015). More Mexicans Leaving Than Coming to the U.S. Pew Research Center, 32. Recuperado de: <http://www.pewhispanic.org/2015/11/19/more-mexicans-leaving-than-coming-to-the-u-s/>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI]. (2000). Censo de Población y Vivienda 2000.
- _____. (2010). Censo de Población y Vivienda 2010.
- Kandel, W. y Kao, G. (2001). The Impact of Temporary Labor Migration on Mexican Children's Educational Aspirations Performance. *International Migration Review*, 35 (4), 1205-1231. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/3092008>.
- Martínez, E. (2003). Hasta que la *Green card* nos separe: elección de la pareja: matrimonios mixtos y migración internacional: el caso de los migrantes de Ameca, Jalisco.
- _____. (2016). Los que se van y los que se quedan Familia, migración, educación y transición a la adultez en contextos binacionales. Universidad de Guadalajara.
- Massey, D., Pren, K. y Durand, J. (2009). Nuevos escenarios de la migración México-Estados Unidos. Las consecuencias de la guerra antiinmigrante. *Papeles de Población*, 1115 (61), 101-128.
- Mckenzie, D. y Rapoport, H. (2011). Can migration reduce educational attainment? Evidence from Mexico. *Journal of Population Economics*, 24 (4), 1331-1358.
- MMP. (2017). The Mexican Migration Project.

- Merino, J., Zarkin J. y Fierro E. (2013). "Marcado para Morir", *Nexos*. Julio.
- Rumbaut, R. y Komaie, G. (2010). Immigration and adult transitions. *Future of Children*, 20 (1), 43-66. Recuperado de: <https://doi.org/10.1353/foc.0.0046>.
- Sánchez-Soto, G. (2011). The Effects of International Migration on the Educational Attainment and Educational Mobility of Youth in Mexico. Brown University.
- Tuirán, R. y Muñoz, C. (2010). La política de educación superior: trayectoria reciente y escenarios futuros. En *Los Grandes Problemas de México* (pp. 359–390). El Colegio de México.
- Valenzuela, J. (coord.) (2015a). *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias de América Latina y España*. Barcelona. Ned Ediciones.
- ____ (coord.) (2015b). *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. Barcelona: Gedisa, UAM, El Colegio de la Frontera Norte.
- Warman, A. (1978). Frente a la crisis ¿política agraria o política agrícola? *Comercio Exterior*, 28 (6), 681-687.
- Zenteno, R. (2012). Saldo migratorio nulo: el retorno y la política anti-inmigrante. *Coyuntura Demográfica*, 2, 17-21.

ENSAYO
CRÍTICO

La importancia social de la práctica deportiva para las juventudes

The social importance of sport to the youth

Claudia Romero Molina¹

RESUMEN El presente ensayo tiene la intención de visibilizar la importancia social de la práctica deportiva para un desarrollo integral de la población juvenil latinoamericana. Dado que es un espacio de integración, que genera cohesión, identidad y comunidad, funge como un lugar de encuentro e interacción entre jóvenes de distintas edades, estrato social, condiciones físicas; además, es una alternativa a los núcleos formales de la sociedad (familia, escuela y trabajo), donde pueden adquirir herramientas para su transición a la adultez por medio de la interiorización de pautas culturales, que no obtuvieron dentro de su núcleo primario o no lograron desarrollar con plenitud, para un desenvolvimiento positivo en la sociedad, mediante la generación de capital social, su influencia en la relación con los otros actores sociales y su repercusión en el posicionamiento dentro de los campos sociales que conforman su comunidad.

Palabras clave: inclusión social, socialización a través del deporte, jóvenes.

ABSTRACT The present essay intends to make visible the social importance of sport for a comprehensive development of the Latin American youth population. Since it is a space of integration, which generates cohesion, identity and community; it serves as a meeting place and interaction between young people of different ages, social stratum, physical conditions; In addition, it is an alternative to the formal nuclei of society (family, school and work), where they can acquire tools for their transition to adulthood through the internalization of cultural patterns, which they did not obtain within their primary nucleus or failed to develop with fullness, for a positive development in society, through the generation of social capital, its influence on the relationship with the other social actors and its impact on the positioning within the social fields that make up its community.

Key words: social inclusion, socialization through sport, youth.

¹ Egresada de la licenciatura en Sociología de la Universidad Nacional Autónoma de México / Becaria del Instituto Mexicano de la Juventud.

Correo electrónico: clau.rm13@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Se preguntarán, ¿por qué poner atención al fenómeno deportivo, una actividad que tiene como prioridad el cuidado del cuerpo y que además se ha convertido en una de las más grandes mercancías de consumo? Sencillo, ha logrado llegar a un gran número de personas, pero no de manera igualitaria, más bien, como una mercancía que vende figuras deportivas para que podamos comprar ropa, tenis o alimentos, también como una medida para evitar problemas de salud como la obesidad (medida no muy exitosa en México) o, mejor aún, como un espacio de competencia entre distintos grupos a nivel local o mundial. Esta última expresión hace que los países pongan más atención en el deporte competitivo, en el cual los programas y estructuras se enfocan en obtener atletas que den prestigio, dejando de lado otras expresiones y bondades que brinda.

Conjuntamente la participación de la población joven ha sido discriminada y excluida de espacios formales de la estructura (familia, escuela o trabajo), los cuales influyen en el desarrollo individual y colectivo, mediante la adquisición de herramientas y capitales, productos de la interacción en el campo social. Desafortunadamente se ha legitimado el monopolio de estos núcleos para la transmisión del *habitus* y distintos capitales, sin tener en cuenta que no son los únicos, ya que el actor interactúa en distintos campos.

De esta manera, se invisibilizan otros ámbitos de reproducción social que deja de lado que los lugares cerrados (aula escolar, casa, trabajo) pueden ser una alternativa para la inclusión de las y los jóvenes en el desarrollo social; en este sentido me pregunto lo siguiente, ¿cuáles alternativas existen para una positiva transmisión de valores que contribuyan tanto al individuo como a la colectividad? En una pronta respuesta, diré que el deporte.

En la actualidad y en el caso particular de México,² el deporte ha tomado dos rumbos, el competitivo, en el que la prioridad

² Con esto no se quiere decir que no existan otras maneras de hacer deporte, sin embargo, le han dado mayor promoción a la competencia, y al mercado deportivo, lo

es detectar talentos, futuras promesas para las competencias nacionales y, por supuesto, internacionales; en segundo lugar como una medida paliativa para disminuir los índices de obesidad y sedentarismo, problemas particulares que pudieran ser menores si esta práctica se acercara de manera recreativa y equitativa a la población. Pero, esta falta de acceso a espacios y el poco hábito deportivo de la población joven, no sucede sin razón, existen dos factores, el primero es el curso que el deporte ha tomado a través del tiempo, desde manifestaciones lúdicas hasta expresiones clasistas que segregan a grupos vulnerables; el segundo son las condiciones socioeconómicas que vive este grupo de edad, por consiguiente, no existe la oportunidad de disfrutar los beneficios que trae consigo.

Encuentro oportuno señalar que la predilección por esta temática de reflexión se sustenta en mi etapa como deportista semi-profesional que inició en el nivel de educación media superior y continuó en el nivel superior, donde representé a mi institución en varias justas nacionales, después de varios años me retiré y comencé a realizar deporte de manera recreativa, sin el rigor de las reglas. En este tiempo pude identificar los aspectos positivos, pero, sobre todo, comprender que es una experiencia necesaria para las juventudes. Por ello, este ensayo pretende mostrar la importancia de no descuidar la práctica deportiva como sociedad y en especial en el periodo de la juventud, para de esta manera contribuir a su desarrollo integral. Las cuestiones que ayudan a la redacción son: ¿por qué el deporte recreativo es importante para el desarrollo social?, ¿puede ser un espacio de inclusión social?, ¿qué características tiene?

Antes de entrar de lleno al tema, es importante especificar a qué tipo de deporte hace alusión este texto; la Ley General de Cultura Física y Deporte (2018) define el deporte como aquella actividad física,³ organizada y reglamentada, que tiene como finalidad preservar y mejorar la salud física y mental, el

cual limita su accesibilidad y acercamiento a las múltiples expresiones, es decir, limita la posibilidad de elección de las y los jóvenes.

³ Acciones motoras de las personas, como caminar, voltear, levantar la mano; todo movimiento del cuerpo.

desarrollo social, ético e intelectual, con el logro de resultados en competencias, asimismo, se refiere al deporte social como aquella actividad recreativa, educativa y de salud que promueve la participación de todas las personas sin ningún tipo de distinción, finalmente, conceptualiza la recreación física como aquella que prioriza el aspecto lúdico. Dicho lo anterior, este texto se basa en el *deporte recreativo*, el cual contribuye al desarrollo de las personas por medio de prácticas basadas en reglas aplicadas en espacios específicos, sin embargo, no son rigurosas al grado de cumplir como disciplina competitiva, se basan en el plano lúdico vinculado con el tiempo de ocio que tienen las personas en momentos donde deciden invertir de otra manera su tiempo, de acuerdo con sus necesidades personales, de este modo “facilita las relaciones, canaliza la agresividad y la necesidad de confrontación, despierta la sensibilidad y la creatividad y contribuye al mejoramiento del clima social” (Cayuela, 1997, p. 5). Por este motivo hablaremos de deporte recreativo, actividad físico-recreativa o práctica recreativa.

EN CONTEXTO

Haré un breve recuento de las múltiples facetas que tiene el deporte, con la intención de entender este fenómeno en la modernidad, la relación que tiene con la población joven, la problemática respecto a su práctica desigual y los beneficios que puede traer en el desarrollo de las personas jóvenes.

En un inicio surgió como una experiencia donde desde pequeños se experimenta una socialización primaria; una de sus características era el sentimiento lúdico, es decir, no existía la formalidad y rigurosidad que se exige en la modernidad; entonces su fin no se encontraba en la competencia (alto rendimiento), sino en generar primeros encuentros con las personas externas a la familia y propiciar un conocimiento del cuerpo como parte de una totalidad, puesto que es la herramienta con la que nos comunicamos, nos relacionamos con el medio ambiente y espacio, interactuamos con otros, es de-

cir, experimentamos con nuestro cuerpo, nos representamos ante el mundo, construimos nuestra identidad.

Posteriormente la estructura social sufrió un cambio, el cual se ve reflejado en las normas, reglas, tradiciones y el surgimiento de nuevas actividades. Una de las peculiaridades de estas dinámicas, era la reducción del uso de violencia física, si esta no se detenía, no sería posible sostener las sociedades nacientes, este proceso se acompaña de tres momentos, el primero es la enseñanza del autocontrol de las emociones espontáneas; el segundo es el surgimiento del sentimiento de vergüenza, el cual ayudaba a seguir las reglas vigentes, a través de esta emoción se podía limitar la acción de las otras personas, pues estas ya estaban sujetas a observación; el tercer momento fue el surgimiento de actividades en espacios regulados que permitieran sacar las emociones que en la vida social no se podían, así el deporte se convirtió en una herramienta que ayuda a mantener el nuevo sistema.

Esta última etapa era clasista, pues solo las clases altas ejercían una actividad recreativa, con el detalle de que ya no usaban la fuerza física, la caza es un ejemplo de ello; posteriormente trajo consigo nuevas formas de violencias simbólicas, donde los países se enfrentaban a través del deporte, por ello, la competencia cobró importancia. En la actualidad este fenómeno se relaciona con un buen nivel de vida y posiciona como potencia mundial a los países que tengan un alto número de medallas, esta es la razón por la que hay un mayor interés en la vida competitiva que en el modo recreativo.

Por este motivo, la expresión deportiva sufre una limitación y, en consecuencia, las personas no buscan satisfacer sus necesidades recreativas con el deporte. El deporte no se ha mostrado como una experiencia que tiene más beneficios que solo traer medallas, como resultado no existe un hábito en las familias y distintos grupos donde las y los jóvenes interactúan, lo que disminuye la transmisión de esta actividad. Además, están las condiciones de vulnerabilidad y exclusión que viven las juventudes, pues su acceso a espacios y bienes se ve limitado no sólo por cuestiones económicas, también por la forma en que la sociedad configura la juventud. Estos factores no fa-

vorecen la práctica deportiva, ni brindan la oportunidad para otorgar habilidades que puedan fortalecer el desarrollo de las personas jóvenes con la intención de conseguir una transición más estable a la vida adulta.

En este sentido, el deporte de manera recreativa es importante, la emoción⁴ agradable debe ser la prioridad porque es la encargada de brindar placer y satisfacción, lo cual ayuda a las personas jóvenes, pues durante esta etapa nos encontramos inmersos en presiones sociales, vivimos desencanto de las instituciones, además, algunos grupos se encuentran en un alto grado de vulnerabilidad y exclusión, lo que influye en el actuar, que muchas veces trae experiencias negativas. Es por este motivo que se necesita tener la oportunidad de generar un impacto positivo y fortalecer las habilidades por medio de esta actividad recreativa.

RELACIÓN DEPORTE-JUVENTUDES

El acercamiento a esta actividad generalmente se da porque en la familia ya existe ese hábito o porque la escuela es el medio que acerca esta actividad a la población, en particular infantil y juvenil. Estas dos formas de llegar al deporte suelen tener obstáculos. La población joven en su mayoría se encuentra inmersa en condiciones de vulnerabilidad que se reflejan en la fracturación de sus núcleos primarios como la familia, donde las circunstancias económicas que viven no son óptimas, entonces, realizar otra actividad es difícil, pues no se conocen los beneficios que trae consigo, incluso la idea que se forma gira en torno a la pérdida de tiempo, porque no trae un bien económico,⁵ conjuntamente se encuentran inmersos en

⁴ Al hablar de emociones se tiene como base la teoría figuracional de Norbert Elias, plasmada en su texto "El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas" (1989), teoría que se ejemplifica en su libro *Deporte y ocio en el proceso de civilización* (1992), específicamente en el capítulo "La búsqueda de la emoción en el ocio" redactado junto a Eric Dunning.

⁵ La cuestión económica en la práctica deportiva puede ser otra rama digna de un análisis particular, por ello, en este ensayo no profundizará en este tema, pero se sugiere leer *La Sociología del Deporte* (2009) de García Ferrando y Francisco Lagardera o *Sociología Política del Deporte* (1976) de Jean-Marie Brohm.

condiciones de violencia, en respuesta a esta situación buscan espacios donde puedan generar sentimientos de identidad y pertenencia, en algunas ocasiones suele ser en lugares que afectan el nivel individual, lo que daña la manera de relacionarse con otras personas de su comunidad.

Aquí el deporte podría ser una alternativa para construir la identidad y adquirir habilidades que ayuden al desenvolvimiento de las juventudes, la práctica de alguna disciplina sustituye emociones y sentimientos que pueden mermar las relaciones interpersonales, asimismo termina con la rutina y monotonía que la vida cotidiana deja. Sin embargo, la transmisión de esta actividad dentro de la familia no sucede por múltiples factores, uno de ellos se debe a que en otro momento de su vida las personas adultas no tuvieron contacto con la práctica deportiva, este punto se convierte en otro obstáculo porque dentro los grupos familiares las personas comienzan a adquirir ciertos capitales que influyen en la forma de actuar (*habitus*),⁶ entonces en algunos hogares suelen estar limitados, esto quiere decir que si las personas en su infancia no ven ciertas acciones, no las reproducen, por ejemplo, si en casa se ve que hagan ejercicio, es probable que los demás miembros le den un sentido y lo reproduzcan con mayor facilidad.

Por otro lado, es cierto que la escuela es el lugar donde las personas jóvenes se acercan al deporte. En mi caso, a pesar de llevar la materia de educación física desde la primaria, realmente disfruté y comprendí los códigos de esta disciplina en la preparatoria. No obstante, dentro del sistema escolar esta materia presenta dos problemas, el primero de ellos fue que, en mi experiencia, la clase no se impartía de manera adecuada, de modo que no se aprendía a conocer tu cuerpo, trabajar en equipo y convivir, pues podías hacer lo que quisieras, realmente no existía un sistema que enseñara a entender de manera lúdica los códigos y beneficios que surgen con esta actividad. El segundo problema se encuentra en el acceso o permanencia en el sistema escolar. Como hemos visto, en

⁶ Al hablar de capitales, campo y *habitus*, se hace referencia a Pierre Bourdieu, por ello, si se desea profundizar en este tema se sugiere consultar *Poder, derecho y clases sociales* (2002).

América Latina, la continuidad en el sistema escolar es baja, la deserción escolar surge en el nivel medio superior y como resultado no todas las personas jóvenes tienen la opción de practicar alguna disciplina, lo cual es lamentable, pues la experiencia que otorga es increíble, influye en la construcción de nuestra identidad y motiva a continuar los estudios a nivel superior, lo que sin duda ayuda para nuestra estabilidad en etapas futuras de nuestro curso de vida.

Entonces, ofrecer el deporte exclusivamente en estos espacios limita no solo la oportunidad de practicarlo, también de que la población joven que no se encuentra inmersa en estos lugares, no pueda gozar ni acceder a otras dinámicas que le permitan tener experiencias positivas en su vida, las cuales son necesarias para alcanzar un desarrollo pleno.

¿POR QUÉ APOSTAR AL DEPORTE RECREATIVO?

Una vez mostrada la relación que existe entre el deporte y la población joven, es sustancial conocer algunas de las características. Dentro de la práctica deportiva ocurren varias cosas, esto se debe a que es una actividad que se realiza de manera grupal, a pesar de que algunas disciplinas sean individuales (como el atletismo), la forma de organización que tiene permite generar nuevas maneras de relacionarse. Algunos autores⁷ consideran que se da un proceso de socialización a través del deporte y hasta cierto punto es cierto, porque en esta actividad se obtienen elementos que facilitan la integración dentro de los grupos debido a que se interactúa con juventudes diversas, lo que ayuda a la adaptación de las dinámicas sociales, además, se aprende a respetar reglas y normas que permiten llevar a cabo las actividades deportivas, dichas pautas se pueden transpolar a otros espacios, lo que influye en una mejor adaptación ante los cambios que ocurren en los distintos núcleos donde se desenvuelven.

⁷ García Ferrando y Largadera, en su libro, *Sociología del deporte*, o Cati Gómez, en su texto *Deporte e Integración Social, Guía de Intervención Educativa a través del Deporte*, ambos autores españoles en esta materia.

Otra característica de esta actividad recreativa que ayuda al desarrollo y al control de las emociones negativas es su capacidad mimética,⁸ la cual consiste en recrear o imitar sentimientos que no se pueden expresar en la vida cotidiana, como la excitación, el miedo, el placer, el peligro, la tristeza, los cuales son limitados por ciertas pautas morales y culturales, lo que crea una tensión y presión en las personas jóvenes, al realizar algún deporte de manera recreativa pueden evocar emociones de rabia, enojo, o batallas imaginarias, porque se liberan frustraciones sin dañar a otras personas.

Por ejemplo, si se tiene una fuerte pelea con alguna persona de tu familia surgen sentimientos negativos, los cuales no se pueden demostrar en ese instante, está mal visto y pueden dañar a alguien, por consiguiente se crean tensiones, al ir a jugar un partido se encuentra la oportunidad de sacar esa emoción porque la competencia y lucha contra el otro equipo permite imitar o recrear las sensaciones de la experiencia pasada, y como en este campo existen reglas, se pueden mostrar sin dañar a alguien. Al terminar el juego baja la intensidad de la sensación negativa, por ello no hay motivo para recrearla en otro lado.

Otro ejemplo es la rutinización que puede llevar una persona joven en su vida diaria, lo cual produce monotonía e incluso aburrimiento, aquí nace la necesidad de buscar espacios para evocar sensaciones placenteras, descubre que el *kick boxing* es una gran alternativa para recrear emociones de excitación, alegría o miedo, porque en el entrenamiento, a pesar de no pelear con otra persona, pegarle a un costal es suficiente para satisfacer esa necesidad sin tener dañar a un tercero.

Lo anterior permite ver otra característica, la prevención del uso de la violencia física, la cual se ejerce regulada a través de reglas y normas que permiten canalizar impulsos y emociones. Por este motivo se necesitan espacios adecuados y accesibles para poder liberar las tensiones que produce esta sociedad.

⁸ Para Norbert Elias el sentido mimético de las actividades recreativas consiste en evocar estados de ánimos diferentes y contrapuestos a través de una situación imaginaria, en donde estas emociones pueden ser experimentadas sin correr algún riesgo o peligro.

Las actividades recreativas son una alternativa para construir un sentido de pertenencia, algo difícil en un contexto como el actual, más si la estructura constantemente segrega a la población vulnerable, como las juventudes; por este motivo se vuelve necesario el deporte recreativo. Esto lo aprendí con mi equipo, lo consideraba mi segundo hogar, pero además aprendí a ser empática con las situaciones de otras personas, es decir, permite comprender la diversidad y al mismo tiempo se generan vínculos personales y un sentimiento de arraigo, motivo por el cual la actividad deportiva se convierte en un espacio que contribuye a la construcción de identidad y posicionamiento en la sociedad.

Por ello su práctica dota a las personas jóvenes de sentido de pertenencia por medio de la generación de identidad al interior del grupo (identidad individual) y como grupo (identidad social). Por ejemplo, en un equipo deportivo representativo la identidad se forma en relación con el equipo y con la comunidad, incluido el lugar geográfico al que representan, aquí las y los espectadores se identifican con los símbolos del equipo, asumen con cierta responsabilidad su rol como espectadores y habitantes de la comunidad representada. Así, la práctica deportiva es capaz de producir en todos los actores involucrados en el acto sentimientos y emociones compartidas, ya que interactúan distintos grupos etarios, no solo los juveniles, al mismo tiempo se forman dinámicas que dan paso a representaciones sociales colectivas e interpretación de símbolos, los cuales serán transmitidos a otros miembros del grupo.

Esto solo es posible si el deporte recreativo se genera en espacios públicos, factor que influye en la identificación no solo dentro de un grupo, sino con lugares cercanos de donde viven, el espacio social cobra importancia porque las y los jóvenes hacen propios los significados que existen en ellos, donde las acciones dotan al espacio de significado individual y social, a través de los procesos de interacción (Pol, 1996, 2002a, citado por Vidal, 2005, p. 283), de modo que uno se siente parte del lugar donde habita, esto trae consigo un interés en cuidar sus espacios y a las personas que se encuentran inmersas, para así conjuntamente convertirse en un espacio de encuentro, pues

es común que se conviva con personas de distintos estratos sociales, condiciones físicas, edad o sexo.

Dicho lo anterior, el deporte no solo es un medio para adquirir habilidades que ayuden al individuo en el proceso de socialización, también, mediante esta actividad se puede construir y fortalecer el tejido social, además de ser un espacio de inclusión de grupos vulnerables y excluidos. La integración a la comunidad mediante esta práctica influye para que las personas jóvenes puedan tomar otros roles en las actividades comunitarias que los alejen de la estigmatización y la segregación en la que se encuentran inmersos, transformándolos en sentimientos de confianza por parte de la sociedad. También contribuye a la generación de capital social,⁹ basado en las relaciones que se dan entre los distintos agentes. Estar inmerso en un grupo implica primero que haya un reconocimiento entre cada miembro, algo que muchas veces no se da en otros lados; cada miembro llega con ciertos capitales acumulados, por ello es posible un intercambio tanto a nivel simbólico como material, esto trae consigo beneficios que podrían ayudar a acceder a bienes materiales y simbólicos que colaboren a mejorar su situación actual. Esto es posible porque, al encontrarse en un espacio que impulsa el encuentro entre distintas juventudes, se aprenden cosas nuevas, por ejemplo, si llega una persona joven que gusta de la lectura, acerca este *hobby* a las demás personas con las que interactúa, por esto es que los capitales y las relaciones pueden aumentar.

CONCLUSIÓN

El deporte es una práctica que debe tener como base la recreación y el aspecto lúdico, si cuenta con ello, será una herramienta capaz de generar mecanismos para la adquisición de habilidades y elementos de manera relajada, lo que influye en el desarrollo integral de las juventudes de América Latina y

⁹ En palabras de Pierre Bourdieu (2000), el capital social se basa en una red de relaciones duraderas más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuo, se trata aquí de la totalidad de recursos basados en la pertenencia a un grupo.

una positiva transición hacia la adultez. Se vuelve fundamental, porque logra suplir necesidades que muchas veces la convivencia familiar, escolar o laboral no pueden satisfacer.

El desarrollo de las habilidades, la generación de identidad, la integración, inclusión, adquisición de capitales y transformación de los sentimientos negativos, aumentan la posibilidad de mejorar las condiciones de vida, no solo de las juventudes, sino del colectivo en su conjunto, porque este espacio se convierte en liberador de tensiones y frustraciones, otorga confianza ante los otros y dota de pertenencia, por ello es importante aumentar y asegurar el acceso al deporte de forma equitativa y gratuita.

Para que el deporte tenga el efecto social esperado, no basta con una política que solo promueve lugares para su realización, también se tiene que interiorizar su práctica constante por parte de los miembros de la sociedad, lo que busca asegurar un uso igualitario e inclusivo de los espacios, para dejar de enfocarse en el deporte como un espectáculo o mercancía y con el fin de que sea parte de la vida cotidiana de las y los jóvenes de América Latina, donde exista un acompañamiento constante cuya ausencia puede convertirlo en una experiencia negativa y no cumplirá su finalidad de contribuir al desarrollo individual y social.

REFERENCIAS

- Banco de Desarrollo de América Latina [CAF]. (2016). *Somos: Red del Deporte para el Desarrollo de América Latina*. Recuperado de: <https://www.caf.com/es/actualidad/noticias/2016/09/somos-red-del-deporte-para-el-desarrollo-de-america-latina/>.
- Bourdieu, P. (2002). *Poder, derecho y clases sociales*. España: Desclée de Brouver.
- Cayuela, M. (1997). *Los efectos sociales del deporte: ocio, integración, socialización, violencia y educación*. Barcelona: Centre d'Estudis Olímpics. Recuperado de: http://olympicstudies.uab.es/pdf/wp060_spa.pdf.

- OCDE/CEPAL/CAF. (2017). *Perspectivas económicas de América Latina 2017: Juventud, competencias y emprendimiento*. París: OECD Publishing. Recuperado de: <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/40721>.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México, Madrid, Buenos Aires: FCE.
- García, M. y Lagardera, O. (2009). *Sociología del deporte*. España: Alianza.
- Gómez, C., Puig, N. y Maza, G. (2009). *Deporte e integración social. Guía de intervención educativa a través del deporte*. Barcelona, España: INDE.
- Jaitman, L. y Scartascini, C. (2017). *Deporte para el desarrollo*. BID.
- Ley General de Cultura Física y Deporte* (19 de enero de 2018). México. Recuperado de: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGCFD_190118.pdf.
- López, J. y Meneses, M. (2018). *Jóvenes y espacio público*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades del Instituto de Investigaciones Sociales. México: UNAM.
- Malgesini, G. y González, N. (2005). *Cuaderno europeo 2. Cumbre de Lisboa, Estrategia Europea de Inclusión Social*. España: Fundación Luis Vives. Recuperado de: https://www.fresnoconsulting.es/upload/45/23/10_Cuaderno_Europeo_2.pdf.
- Puig, N. (2008). Espacio público y deporte: de la reflexión a la intervención. Algunas propuestas. *Apuntes. Educación Física y Deporte*, 114-120. Recuperado de: https://www.diba.cat/c/document_library/get_file?uuid=5a996991-1553-4088-b7fb-d4d804dc48f3&groupId=7294824.
- Segovia, O. (2007). *Espacios públicos y construcción social, hacia un ejercicio de ciudadanía*. Santiago de Chile: Sur.
- Vidal, T. y Pol, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 36 (3), 281-297. Recuperado de: <https://www.raco.cat/index.php/anuariopsicologia/article/viewFile/61819/81003>.



RESEÑA

Rethinking Young People's Marginalisation: Beyond Neo-Liberal Futures?

Perri Campbell, Luke Howie & Peter Kelly

Guillermo Leal Muñoz¹

En su presentación de *Les Temps Modernes*, revista que fundó junto con Beauvoir, Sartre (1962) reconocía que quizá hubo tiempos mejores, pero que ese era el suyo y que no quería perder nada de él. Después procedía a afirmar que, aun en medio de la guerra, sólo *tenían* esa vida para vivir. El escrito se publicó en octubre de 1945, en el marco del advenimiento del desasosiego provocado por las avasallantes consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Ahí, en la posguerra, lo que quedaba era asir el propio tiempo, aprehenderlo, negándose a perder algo de él y habitarlo en la profunda complejidad de las circunstancias dinámicas que sobrevenían ante el acontecimiento.

No perder nada del propio tiempo exigiría hacerse presente –habitar el presente–, entendido no como articulación entre el pasado [que lo mismo aparece como acumulación incesante de ruinas a los ojos del *Angelus Novus* de Klee, que como objeto de anhelo para quienes reconocemos elementos respecto a los cuales nuestro tiempo resulta decadente] y el futuro [saturado de presagios entre la brutalidad de *Mad Max* y la promesa de la *Multivac* aprendiendo lo suficiente como para revertir la entropía]. Porque, como anunciaba Foucault en *Los espacios otros* (2015), si el siglo XIX estaba obsesionado con la historia, a nuestro tiempo le correspondería, más bien, la cuestión del espacio, del emplazamiento. Ya no el tiempo como acumulación del pasado o como medio para el cumplimiento

¹ Licenciado en Psicología de la Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco / Becario del Instituto Mexicano de la Juventud.

Correo electrónico: guillermo.leal.munoz@gmail.com

de la teleología moderna –el progreso–, sino como movimiento en el espacio. Tiempo-espacio que, entonces, atendería a la existencia de lo simultáneo, de los vínculos, encuentros y desencuentros, humanos y no humanos que crean relaciones en las que se producen sentidos, significados para el sincrónico habitar el presente, cartografías nomádicas.

En el complejo entramado de la marginación de las personas jóvenes, *Rethinking Young People's Marginalisation* (Kelly, Campbell y Howie, 2019) formula una sucesión de consideraciones involucrando una variedad de propuestas teóricas y metodológicas rumbo a cuestionarse sobre los límites y posibilidades de los Estudios sobre Juventud, un campo intelectual, multidisciplinario e institucionalizado, para pensar en las juventudes a principios del siglo XXI. Se trata de abrir espacios para pensar de manera productiva en una condición juvenil emplazada en el dominio de la racionalidad neoliberal, y caracterizada en términos de inequidad, desventaja, exclusión y –una vez más– marginación con consecuencias culturales, sociales, económicas y políticas –constituyendo vectores con los contextos con los que se corresponden–, pero también personificadas por sujetos, en tanto cuerpos subjetivados desde y hacia puestas en acto de la gubernamentalidad, que deben ser pensados más allá de razonamientos causales, en procesos de acción y afecto [no de causa-efecto], y cuyas líneas de fuga proveen problematizaciones a nuestro entendimiento de la dialéctica entre capacidad de agencia y estructuras.

En las vidas de las personas jóvenes, a través de sus cuerpos como nodos en los que se manifiestan las ecologías que crean los puntos de encuentro entre las segmentaridades y como terrenos [cuerpos-terreno] de máxima transversalidad potenciada todavía más por la coexistencia de lo físico y de una virtualidad que revienta los límites geográficos, se despliegan las relaciones con los emplazamientos como trayectorias de vida que capturan el devenir. Las biografías son procesos reflexivos sobre quiénes somos, historias de angustia y deseo, de la evidente tiranía de la fortuna [con sus hondos y flechas shakespearianas, proyectiles que al impactar no son líneas de fuerza, sino de subjetivación; subjetividades sancionadas] y la

sutil y más sofisticada tiranía de la virtud, del reclamo por el propio valor que incorpora la precariedad generalizada como responsabilidad individual. Para las juventudes marginadas, las biografías desdoblan luchas constantes de las que no se sale victorioso sin un esfuerzo considerable, aun si la recompensa es insignificante.

Parecería, pues, que para las personas jóvenes en los márgenes –físicos y simbólicos– no perder nada de su tiempo responde a la ausencia de más tiempo, de proyecto como proyección hacia un horizonte de posibilidades. Desde los límites más absolutos que imponen las narrativas apocalípticas y una perpetua y obtusa conciencia de finitud que se vive más como resignación que como apropiación del presente, de la crisis de una naturaleza separada ontológicamente de la cultura por la modernidad, hasta la temporalidad neoliberal que, en su afán de cumplir la reproducción del ciclo del capital en un tiempo cero, constriñe cada vez más el tiempo mientras arrasa con los medios para planear [y pensarse] a largo plazo. La dictadura de la instrumentalidad de un mercado salvaje ha reconfigurado las promesas de la modernidad, arrebatándoles su potencial emancipador.

Para la modernidad, el trabajo ha sido el único medio para evaluar y valorar a los seres humanos. En el humanismo individualista de la cultura occidental, el trabajo es la base misma en la construcción de sentido para la propia existencia. Combatir la angustia existencial del sinsentido, oponiéndonos a la perenne falta que nos constituye, reclama encontrar una vocación; aquello que nos convoca como la zarza a Moisés, pero tan secular como se pueda [tan secular como la ciencia –y su racionalidad instrumental– ocupando el lugar de Dios]. Ofreciendo nuestra fuerza de trabajo, ¡nuestro corazón y alma!, a nuestra vocación, encontramos el significado de nuestro estar en el mundo. Sin embargo, en el siglo XXI, donde el capitalismo neoliberal apunta a que la satisfacción de la totalidad de las necesidades esté mediada por el dinero y el mercado, la negociación entre la vocación y el capital inhabilita a la mayor parte de las personas jóvenes a encontrar una actividad a la

que puedan consagrar su existencia, convirtiendo la vocación en un privilegio.

Relegando la vocación y su respectiva dotación de seguridad ontológica (Giddens, 1996) en favor de la seguridad financiera, la sociedad del riesgo constriñe a las juventudes al presente difuminando el futuro en la incertidumbre que provoca la hipercompetitividad del capitalismo flexible en el siglo XXI, donde los mercados laborales se caracterizan por el creciente desempleo y la informalidad, por derechos diluidos, pensiones eliminadas, sistemas de salud insuficientes... Las y los jóvenes buscan transformarse en trabajadores en un mundo inhóspito, las secuelas de la Crisis Financiera Global de 2008 y la instalación del régimen neoliberal les arrojan a una marcada inestabilidad laboral en la que la vida se precariza. Las transiciones a la adultez se diluyen en la incapacidad de conquistar los marcajes ortodoxos de *ser adulto*. Las relaciones significativas con los otros (como tener una familia), con los lugares (como tener una casa) y la independencia económica se desdibujan, forzando repensar el sentido que las personas jóvenes tienen sobre sí mismas. Vivimos, además, tiempos guiados por una mercantilización totalizante en la que la felicidad es un bien de consumo cuyo acceso está determinado por la vida laboral.

Las consecuencias de estos contextos se funden con las redes que bosquejan los dispositivos de la gobernabilidad, el neoliberalismo como racionalidad de gobierno concentra los segmentos en maquinarias que resuenan deviniendo en *tecnologías del yo* (Foucault, 2008). La marginación se convierte en un espacio discursivo donde las personas jóvenes reproducen las relaciones de poder. Así, se van cristalizando narrativas subjetivantes en las que la figura del individuo, ilusoriamente, se sobrepone a la sociedad, absorbiendo la responsabilidad sobre su propio bienestar. Esta responsabilidad se manifiesta en el ideal del emprendimiento como acto de libertad [neoliberalmente fomentado] que lleva a entender la felicidad –en tanto bien de consumo– en función de la capacidad de cada sujeto joven de transformarse en un *yo emprendedor*, mercantilizándose y autoexplotándose (Chul Han, 2014) inadvertida-

mente. En este tenor, la idea de las y los *jóvenes construyendo el futuro*, podría interpretarse girando la sentencia de “las y los jóvenes son el futuro” hacia una narrativa en la que se responsabiliza a cada individuo joven de posibilitarse existir más allá del presente construyéndose un futuro negado. Sobre esto, *Rethinking Young People's Marginalisation* problematiza el concepto de resiliencia, una herramienta clave en el proceso de “hacer morir a la sociedad” para hacer vivir al individuo en cada cuerpo joven cargado con el peso de prosperar a pesar de su marginalidad socialmente producida. La resiliencia se vive en el desplazamiento de la precariedad estructural hacia la capacidad personal de sobrevivir, adaptarse y tener éxito.

Mientras la cultura del emprendimiento y la resiliencia como uno de sus valores predilectos establecen el régimen hegemónico de valores de un neoliberalismo individualizante que se expande con la globalización de la modernización, *Rethinking Young People's Marginalisation* explora en las historias de vida de las personas jóvenes la manera en que el laberinto de estos emplazamientos es vivido. ¿Qué quiere decir hacer Estudios sobre Juventud en el siglo xxi? Con el marxismo, el feminismo, posestructuralismo, poscolonialidad, posmodernidad, posthumanismo. Y, ¿cómo articularlos en términos productivos para repensar la marginación e imaginar futuros posibles? Resistencia, territorios, cursos de vida, transiciones; elecciones conceptuales, normas y convenciones que caracterizan a los Estudios sobre Juventud y que modelan sus potenciales críticas. ¿Cómo hacer Estudios sobre Juventud con jóvenes deviniendo en los complejos mapas del siglo xxi? En las consecuencias disruptivas de la invasión de Irak, de habitar escenarios bélicos; del movimiento *Occupy* contra el salvaje avance de la desigualdad; del movimiento *Black Lives Matter* y la falsa promesa de una nación posracial; de la Crisis Financiera cuyas secuelas descansan sobre los hombros de jóvenes.

Metodologías, teorías, conceptos y contextos se entrelazan en los Estudios sobre Juventud como claves interpretativas de *ser joven* en nuestro tiempo, de vidas administradas por las relaciones de poder ejercidas sobre la identidad, la (sub) cultura, el género y la sexualidad, la raza, la etnia, la geogra-

fía, la discapacidad [como diversidad funcional truncada por el entorno], la clase, la familia... Condiciones que, puestas en práctica, dan forma a ser y devenir bajo epistemologías normativas respaldadas por la violencia hacia la disidencia. Violencia que organiza la vida desde la soberanía neoliberal. Las y los jóvenes incapaces, desde las responsabilidades contraídas en la eficacia de las tecnologías del yo, de ser "válidos" bajo estas epistemologías, son expuestos a la violencia de ser desechables, de la administración necropolítica (Mbembe, 2011). Desempleados supranumerarios que no alcanzan lugar ni en el ejército de reserva; cuerpos feminizados brutal e impunemente asesinados; jóvenes negros acribillados por policías en Estados Unidos. Vidas marginales negadas de valor.

Aquí, ser joven aparece como desafío a devenir válido. Fallar es ser arrojado a la violencia. El éxito está en integrarse al marco normativo: en la metamorfosis hacia la adultez funcional, en escapar de los marcajes estigmatizados, en el *yo empresario* resiliente a pesar de la diversidad de condiciones y las asimetrías que conllevan, en ingresar al trabajo remunerado y socialmente reconocido, alcanzar la ciudadanía cabal en una trama en la que la racionalidad neoliberal convierte el carácter político de la democracia en uno económico. Esta ciudadanía autoriza la pertenencia a un contrato social que ha excluido a las personas jóvenes, negándoles su posibilidad de participar en la democracia. La exclusión de los jóvenes de las formas tradicionales e institucionalizadas de hacer política ha dado lugar a ejercicios de resistencia en los que lo político toma formas más complejas y críticas que fluyen entre los espacios físicos y virtuales. Las redes sociales, por ejemplo, han posibilitado la creación de comunidades de sentido; aunque a raíz de la incertidumbre y la crisis de ideas que ha caracterizado al siglo xxi, también ha posibilitado la radicalización de estos sentidos, como en la proliferación de la ultraderecha. Los retos a la democracia son contestados por las personas jóvenes por medio de culturas de democracia que reimaginan la participación política como un ejercicio que trasciende los mecanismos normativos y sistémicos, haciendo que la democracia sea cultura.

La colectividad de las culturas de democracia permite ejercer resistencia; como el movimiento *Black Lives Matter* y su visibilización del estigma racial. Crear conexiones en nuestro tiempo, el de la existencia simultánea, entre y a través de la diferencia, confronta la individualización y la violencia, la acción política es un medio de enunciación ante la racionalidad neoliberal y la marginación juvenil que produce. Es en la pertenencia como manera de cohabitar lo político que se co-deviene como expresión de esperanza en el presente.

Rethinking Young People's Marginalisation propone sostener el problema. Los Estudios sobre Juventud deben hacerse presentes habitando el propio tiempo, pensando a las y los jóvenes situados en una compleja urdimbre configurada por procesos neoliberales que les sujetan a los márgenes. Ahí, en los mapas enredados de un tiempo volcado sobre el emplazamiento, del nomadismo que reflexiona sobre la agencia, las estructuras y las transiciones de cuerpos en movimiento que se vinculan con los otros y lo otro, la investigación debe atender a la emergencia de lo juvenil, de las personas jóvenes tratando de no perder nada de su tiempo y esto no puede hacerse bajo las reglas del juego neoliberal que piensan en la persona individualizada. Los Estudios sobre Juventud reclaman la imaginación radical necesaria para repensar la marginación juvenil y concebir horizontes diferentes.

REFERENCIAS

- Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- Foucault, M. (2015). Espacios Otros. *Revista Versión Estudios de Comunicación y Política*, 9, 15-26
- ____ (2008). Tecnologías del yo. En *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Argentina: Paidós.
- Giddens, A. (1996). Modernidad y autoidentidad. En J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.

- Kelly, P., Campbell, P., y Howie, L. (2019). *Rethinking Young People's Marginalisation: Beyond Neo-Liberal Futures?* Estados Unidos: Routledge.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica, Sobre el gobierno privado indirecto*. España: Melusina.
- Sartre, J. (1962). Presentación de "Los Tiempos Modernos". En *¿Qué es la literatura?* Argentina: Losada.

Esta revista se terminó de imprimir en diciembre de 2019 en los talleres de Ediciones del Lirio, ubicados en Azucenas CP. 09850. El tiraje consta de 1,000 ejemplares en papel cultural.



10, San Juan Xalpa, Iztapalapa, Ciudad de México,

